



Biblioteca Virginia Woolf **Momentos de vida**



Lumen

# Momentos de vida

Virginia Woolf

Edición, epílogo y notas a cargo de  
Jeanne Schulkind

Traducción de  
Andrés Bosch

Lumen

---

*narrativa*

[www.megustaleerebooks.com](http://www.megustaleerebooks.com)

Momentos de vida

# Índice

Momentos de vida  
Nota preliminar  
Recuerdos (Nota de la editora)  
Capítulo primero  
Capítulo segundo  
Capítulo tercero  
Capítulo cuarto  
Apunte del pasado (Nota de la editora)  
Apunte del pasado  
Aportaciones al Memoir Club (Nota de la editora)  
Hyde Park Gate, 22 (Nota de la editora)  
Hyde Park Gate, 22  
Old Bloomsbury (Nota de la editora)  
Old Bloomsbury  
¿Soy una esnob? (Nota de la editora)  
¿Soy una esnob?  
Epílogo  
Agradecimientos  
Notas  
Biografía  
Créditos

## Nota preliminar

Este conjunto de escritos autobiográficos de Virginia Woolf reúne textos inéditos seleccionados en los archivos Woolf de la Biblioteca Británica y la Biblioteca de la Universidad de Sussex. Los «Documentos de Monks House», como se les llama, pertenecieron a Leonard Woolf. Cuando este consiguió convencer a Quentin Bell de que escribiera la biografía autorizada de Virginia Woolf, puso a su disposición esos papeles, y el profesor Bell citó breves párrafos de los mismos en la biografía. Después de la muerte de Leonard Woolf, los papeles pasaron a la Universidad de Sussex, gracias a la generosidad de la albacea testamentaria, la señora Trekkie Parsons.

La decisión de publicar unos textos que hubieran sido extensivamente revisados por Virginia Woolf, y la mayoría de los cuales —a diferencia de los ensayos publicados con carácter póstumo por Leonard Woolf— no fueron escritos con la intención de darlos a la luz pública, no fue tomada sin una cuidadosa consideración previa. El innegable interés y valor de estas memorias alejaron cualquier duda sobre la pertinencia de su publicación. Poner al alcance de un amplio público un material que con tanta claridad revela la visión y la sensibilidad de una escritora cuya contribución a la historia de la literatura inglesa tuvo un carácter tan profundamente individual, sería necesariamente un tributo a su memoria. Estas memorias constituyen una aportación única a la documentación de su vida y su arte.

Virginia Woolf solía escribir uno o más borradores de sus obras y, luego, los pasaba a máquina, efectuando con ello diversas revisiones totales, en ocasiones hasta ocho o nueve. Los textos de esta compilación se encuentran en diversas fases de revisión —en su mayoría están escritos a mano, solo parte de uno está escrita a máquina— pero, con la sola excepción del primer texto, los escritos llevan la marca de «obra en desarrollo», pese a que los tres últimos apartados fueron leídos por Virginia Woolf a aquellos para quienes los escribió. Estas obras están sembradas de correcciones, adiciones y tachaduras, y en el caso antes indicado del manuscrito hay párrafos enteros revisados, intercalados en el texto. En la presente edición no se ha pretendido dar constancia de estas revisiones y variaciones. Hacerlo habría comportado dificultar la lectura a la mayoría de los lectores. Quienes estén seriamente interesados en estudiar este aspecto de las memorias de Virginia Woolf encontrarán el material a su disposición en la Biblioteca de la Universidad de Sussex y en la Biblioteca Británica. Sin embargo, en ningún caso se ha permitido que el deseo de ofrecer un texto de fácil lectura prevaleciera sobre una finalidad de primordial importancia, como es la de seguir fielmente las últimas intenciones de Virginia Woolf en lo tocante a estos textos, en la medida en que estas intenciones se conocen o pueden deducirse

razonablemente o, en caso contrario, dar los motivos por los que no se hace o indicar la existencia de dudas cuando las hay. Esperamos que este «aspecto crítico» no constituya un desagradable obstáculo para su lectura —para reducir al mínimo este peligro hemos utilizado el recurso de poner notas en cada texto—; sin embargo, que este «mecanismo editorial» sea visible tiene la ventaja de recordar al lector que Virginia Woolf no había preparado estos textos para su publicación, de ahí que no deban ser juzgados con el mismo criterio que se podría aplicar a las obras que publicó en vida.

Debido a que los textos seleccionados se encontraban en diferentes etapas de revisión, en algunas ocasiones ha sido preciso adaptar la práctica editorial a la naturaleza de ciertos problemas. En esos casos se ha hecho mención de ello en la correspondiente nota previa. Con esta salvedad, se han seguido con carácter uniforme los siguientes criterios editoriales.

Las tachaduras efectuadas por Virginia Woolf no han sido incluidas, salvo cuando lo suprimido era imprescindible para comprender el sentido del párrafo y la autora no lo sustituyó. En estos casos, las palabras eliminadas se han puesto entre corchetes angulares. Las tachaduras parciales, que no son raras, han sido subsanadas, sin hacer advertencia alguna al respecto. En los raros casos en que la autora añadió una palabra o una frase pero dejó sin suprimir lo necesario para dar cabida al añadido, también se ha subsanado el olvido, sin advertencia alguna. Por ejemplo, en «Old Bloomsbury», la primera versión de un párrafo dice: «Cierto es que seguíamos teniendo las veladas de los jueves, igual que antes. Pero siempre eran tensas y, generalmente, terminaban en un lamentable fracaso». Luego Virginia Woolf añadió las palabras «a menudo» junto a «terminaban», pero olvidó tachar «generalmente». Las tachaduras que tienen interés por sí mismas se han hecho constar.

Algunas tachaduras de Virginia Woolf eran incompletas, y lo mismo ocurría con sus añadidos y correcciones. Cuando ha sido imposible incorporarlas al texto, sin causar grave perjuicio al sentido de la frase, estas correcciones y añadiduras han sido omitidas, aunque ello se hace constar en la correspondiente nota. En los casos en que añadió una palabra o una frase de tal manera que se advierte con claridad que lo consideraba una alternativa, se ha seguido la segunda versión, salvo cuando la primera era claramente preferible. En muy pocas ocasiones estas expresiones alternativas producen efectos de importancia en el texto. Sin embargo, han sido consignadas cuando tienen interés, o cuando no se puede saber con certeza qué expresión habría preferido Virginia Woolf.

En sus primeros borradores, las costumbres de la autora en lo tocante a puntuación, ortografía y empleo de mayúsculas eran muy variables y, además, utilizaba a menudo abreviaturas que jamás aparecieron en sus obras publicadas. A veces, evidentes negligencias, unidas a errores mecanográficos o correcciones efectuadas con premura, dieron lugar a textos con numerosas incorrecciones. En otras ocasiones, salta a la vista la esmerada atención que prestaba a estos aspectos y que es un rasgo característico de su obra publicada. Virginia Woolf solía pasar su obra

a su marido, Leonard, para que revisara estos detalles, y este último, al publicar las obras póstumas de Virginia, no dudó, tal como dice en su prefacio a *The Death of the Moth*,<sup>1</sup> en «puntuar» los ensayos y corregir «evidentes errores verbales». A pesar de que las libertades plenamente justificables que Leonard Woolf podía tomarse no lo serían en el caso de cualquier otra persona, no cabe duda de que su criterio puede, por lo menos, servir de orientación con respecto a la clase de correcciones que se han efectuado en el presente texto; por eso parece evidente que, en estas memorias —a diferencia de su diario o de sus cartas—, Virginia Woolf habría adaptado la puntuación, la ortografía y el empleo de mayúsculas a los usos generales, salvo en los casos de específica matización, si hubiera decidido publicarlas.

En consecuencia, aquí la puntuación ha sido modificada de manera que fuera acorde con la costumbre seguida por Virginia Woolf en su obra publicada. Cuando era oportuno se han añadido guiones, cursiva, interrogantes, puntos y aparte o la estructura propia del diálogo. El signo & ha sido sustituido por la usual copulativa y se han suprimido las abreviaturas y los números en los casos en que era su costumbre hacerlo así. Con la salvedad de estos ejemplos, que difícilmente cabe discutir, la puntuación solo ha sido alterada con el fin de evitar ambigüedades, corregir evidentes olvidos, o hacer que concuerde con la fórmula establecida en una frase o en un párrafo, momentáneamente olvidada por la autora. En absoluto se ha pretendido armonizar, en cualquier otro aspecto, la característica y altamente expresiva puntuación de Virginia Woolf con los usos generales. Por ejemplo, cuando utiliza un signo de exclamación en mitad de una frase, el signo se mantiene, si es acorde con el sentido del párrafo. Todos los errores mecanográficos han sido corregidos. La ortografía y el uso de mayúsculas se han conformado con la costumbre común, salvo en los casos en que comportan un matiz expresivo.

El sentido de una frase o su estructura gramatical han exigido, en alguna ocasión, la añadidura de una palabra, que ha sido puesta entre paréntesis. Sin embargo, como hemos dicho, la aparición de más de una palabra entre paréntesis, sin una nota al respecto, indica que se trata de palabras tachadas por Virginia Woolf. Todas las frases dudosas y palabras ilegibles han sido objeto de la correspondiente nota, salvo en los raros casos en que se daba una alternativa legible y aceptable.

Las notas que preceden a cada uno de los escritos contienen una breve exposición del tema del texto memorialista, a fin de evitar engorrosas notas. Contienen, asimismo, la fecha y las circunstancias del escrito y una descripción del texto mecanografiado o manuscrito en el que se ha basado el texto publicado, así como una referencia a los problemas insólitos que pueda plantear.

En las notas, recogidas al final del libro, se han utilizado las iniciales «VW» y «LW» para hacer referencia a Virginia Woolf y a Leonard Woolf, respectivamente, en aras de la brevedad. Las hojas manuscritas o mecanografiadas (ms. y mc.) quedan identificadas por su referencia catalográfica, como, por ejemplo, «MH/A.5a»; sin embargo, después de la primera mención se omiten las iniciales «MH» (Monks House), ya que todos los papeles proceden de la misma colección. La biografía en dos volúmenes, obra de Quentin Bell,<sup>2</sup> se cita simplemente con las

iniciales «QB», seguidas del correspondiente número del volumen y de la página. Las cartas, en la edición crítica de Nigel Nicolson, se mencionan como *Letters*, con indicación del volumen en el que se encuentran. No hemos intentado identificar a las personas que se mencionan en estas memorias. Es decir, cuando la persona era de importancia menor o pasajera para Virginia Woolf, o solamente importante en cuanto encarnación de un tipo, y así se advierte claramente por el contexto, no se ha procedido, por lo general, a su identificación. Quienes estén interesados en estos detalles tienen a su disposición la biografía escrita por Quentin Bell, que se puede complementar con los seis volúmenes de la correspondencia, *Letters*, ya mencionados, y los cinco volúmenes que componen el *Diary of Virginia Woolf*, editado por Olivier Bell en colaboración con Andrew McNeillie, cuya traducción al castellano, en tres volúmenes, se titula *Diario íntimo*. El período que abarcan estas memorias, en general, y «Bloomsbury», en particular, ha sido ampliamente estudiado.

## Recuerdos (Nota de la editora)

Estos recuerdos de Julia Stephen, Stella Duckworth y Vanessa Bell, las tres figuras que fueron sucesivamente el centro del hogar Stephen-Duckworth, en el 22 de Hyde Park Gate, fueron dirigidos por Virginia Woolf al primer hijo de Vanessa y Clive Bell. Sin embargo, solo de manera muy remota podemos culpar a Julian de haber inspirado estos recuerdos, ya que, según Quentin Bell, su redacción comenzó antes del nacimiento de Julian (en febrero de 1908), mientras Virginia pasaba las vacaciones de verano de 1907, en Playden, al norte de Rye, donde estaban los Bell.<sup>1</sup> Se mencionan estos recuerdos en dos cartas posteriores al nacimiento de Julian, una de Virginia a Clive, escrita el 15 de abril de 1908, y otra de Vanessa a Virginia, desde Cleeve House, del 20 de abril de 1908.<sup>2</sup> En la carta a Clive se advierte que los sentimientos de Virginia hacia Vanessa eran una importante fuente de inspiración: «He estado escribiendo la vida de Nessa; y dentro de uno o dos días os mandaré dos capítulos. Lo que escribo habría podido ser muy bueno. Ocurre que estoy demasiado cerca y demasiado lejos; y todo me parece borroso, por lo que me pregunto por qué lo escribo, ya que nunca podré volver a captar lo que está a mi lado, en el momento presente».<sup>3</sup>

A la edad de veinticinco años, Virginia Woolf tenía muy clara conciencia de ser una aprendiz del arte que había escogido. Desde 1904 había escrito críticas de libros, pero solo había comenzado su primera «obra de imaginación», como ella calificó «Melymbrosia» (publicado en 1915, con el título *Fin de viaje*). Una parte importante de los ejercicios literarios que ella misma se imponía era la descripción de lugares visitados y el relato de la vida de amigos íntimos o parientes.<sup>4</sup> Mostraba estos experimentos solo a algunos amigos íntimos, muy pocos, y en varias ocasiones reveló sus intenciones de volverlos a escribir, al cabo de un tiempo. «Recuerdos» debe leerse teniendo en cuenta ese carácter provisional de la versión.

Sin embargo, al dirigir los recuerdos a la generación siguiente, y al ampliar el tema para que abarcara también a la familia Stephen, de modo que no cabe hacer una válida distinción entre biografía (de Vanessa) y autobiografía, Virginia Woolf dio continuidad a una práctica que casi se podría decir que había alcanzado la categoría de tradición familiar. Y así es, pues el bisabuelo de Virginia, James Stephen, escribió sus memorias para que las leyera sus hijos,<sup>5</sup> y el padre de Virginia, Leslie, le imitó al escribir su «Mausoleum Book», dirigido a sus hijos e hijastros.<sup>6</sup>

Virginia Woolf comienza sus recuerdos relatando sus impresiones infantiles de Vanessa, que tenía tres años más que ella, y al hacerlo recrea una vívida impresión del ambiente de vitalidad, afecto y seguridad que caracterizaba la vida familiar de los Stephen. Esta vida familiar sufrió un

cambio brutal con la muerte de Julia, la madre de Virginia, y, después, de Stella, traumáticos acontecimientos que parecían llevar consigo el mensaje de que la vida empezaba a ser un asunto serio para los niños Stephen.

Julia Jackson, hija de Maria, una de las bellas hermanas Pattle, y del doctor Jackson, nació en 1846. En 1867, cuando contaba veintiún años, contrajo matrimonio con Herbert Duckworth, abogado, que murió tres años más tarde, el 19 de septiembre de 1870. El matrimonio tuvo tres hijos: George (1868), Stella (1869) y Gerald, nacido después de la muerte de su padre, en 1870. Después de ocho años de viudez, en 1878, Julia contrajo matrimonio con Leslie Stephen, cuya primera esposa, Minny, hija de Thackeray, había muerto en 1875, dejando una hija, Laura, cuya deficiencia mental se hacía cada vez más evidente. Julia y Leslie Stephen tuvieron cuatro hijos: Vanessa (1879), Thoby (1880), Virginia (1882) y Adrian (1883). Cuando Julia murió, en 1895, Stella asumió sus responsabilidades en la casa de Hyde Park Gate. Stella contrajo matrimonio con John Waller (Jack) Hills, en 1897, y murió tres meses más tarde. Ahora, a Vanessa le tocaba ser el «ángel del hogar» de su padre, papel poco compatible con ella. Jack comienza a salir del negro abismo de tristeza en el que le había sumido la muerte de Stella cuando los «Recuerdos» de Virginia Woolf terminan con cierta brusquedad, tal vez debido, como ha indicado Quentin Bell, a las dificultades que planteaba la descripción del *affaire* de Vanessa con Jack.

El texto que viene a continuación (MH/A. 6) se basa en cincuenta y seis páginas mecanografiadas por Virginia Woolf, con correcciones efectuadas por ella misma con lápiz plomo blando, azul y negro, y con tinta negra.<sup>7</sup> Las correcciones son de poca importancia, en su mayoría se limitan a palabras aisladas o a frases, y responden a cuestiones de estilo más que de pensamiento. El trabajo mecanográfico de Virginia Woolf es, en este caso, insólitamente esmerado. Hay cierto número de frases poco afortunadas, repeticiones que le restan gracia, cierto desorden gramatical y oscuridad en algunos pensamientos, lo cual rara vez se encuentra en su obra posterior. Con toda seguridad, habría resuelto estos errores si hubiese preparado el texto para su publicación.

# Recuerdos

## CAPÍTULO PRIMERO

Tu madre nació en 1879, y supongo que transcurrieron seis años antes de que me enterase de que era mi hermana, por lo que nada puedo decir de dichos años.<sup>1</sup> El mejor testimonio de su aspecto es una fotografía, y, también en este caso, la cara revela mucho del personaje. Ves la suave, soñadora y casi melancólica expresión de los ojos, y no sería exagerado añadir que en ellos había también una especie de actitud inquisitiva y rechazo, como si ya entonces considerara lo que estuviera mirando, y no siempre encontrase en ello lo que necesitaba. Pero sería pura fantasía imaginar que, a su edad, eso no fuera necesariamente inconsciente. Por lo demás, una madre que le mirara la cara habría sentido que el corazón le daba un vuelco, al ver lo que prometía su hija, pues iba a ser de gran belleza. Y, en este caso, la madre habría sentido asimismo en su interior una tierna alegría luminosa y risueña, pues la hija ya dejaba presagiar que sería honesta y afectuosa. Según me han dicho, ya era capaz de cuidar a las tres criaturitas menores que ella, enseñaba las letras a Thoby y le daba de comer. Puedo imaginar que daba gran importancia a la manera en que Thoby se sentaba en la sillita, y que encomendaba a la niñera que lo sujetara bien antes de dejarle comer la sopa. Su madre habría sonreído en silencio al verlo.

Nuestra vida estaba ordenada con gran sencillez y regularidad. Parecía dividirse en dos grandes espacios, no atestados de acontecimientos, pero, en cierta manera, más exquisitamente naturales que lo que siguió. Nuestros deberes eran muy claros, y nuestros placeres absolutamente correctos. La tierra nos daba cuantas satisfacciones pedíamos. Un espacio transcurría en casa, en la sala de estar y en el cuarto de los niños, y el otro en los jardines de Kensington. De vez en cuando había pequeñas guerras, y Nessa y Thoby luchaban con nosotros, y otras veces eran amigos nuestros. También recuerdo la gran extensión y misterio de la tierra oscura debajo de la mesa del cuarto de los niños, donde parecía que se desarrollara sin cesar una romántica historia, a pesar de que el tiempo que pasábamos allí era realmente breve. Ahí conocí a tu madre, en una penumbra felizmente rodeada de luz de fuego y poblada de piernas y faldas. Navegamos juntas como buques en un inmenso océano, y me preguntó si los gatos negros tenían cola. Y yo le contesté que no tenían, después de una pausa durante la cual su pregunta pareció caer, despertando ecos, por vastos abismos, hasta entonces silenciosos. Me parece que hubo cierta conciencia, entre nosotras dos, de que en el futuro nos aguardaban posibilidades. Pero a pesar de que, en ocasiones, éramos

víctimas de tormentosas pasiones, cuando las simpatías parecían despertar más allá del alcance de las circunstancias, nuestra mayor satisfacción surgía de las cosas impersonales. Había olores y flores, hojas muertas y castañas, gracias a lo cual se distinguían las estaciones, y cada una de nosotras tenía innumerables asociaciones y poder para inundar el cerebro en un segundo. Había largas veladas de verano, con blancas mariposas fuera; y luminosas veladas de invierno, durante las cuales se podía dar forma a la leña cortándola. «Los otros» no eran hermanos y hermana,<sup>2</sup> sino seres en posesión de cuchillos, o de envidiables dotes para correr y cortar, y tu madre, debido en parte a que no mantenía estas opiniones de forma tan rotunda como nosotros, fue la primera que enturbió mi felicidad. Incluso entonces, ya bullía en el interior de tu madre otra influencia, la influencia de un afecto que solo la gente podía corresponder. No había hoyo en el jardín, por hondo que fuera, del que se pudiera extraer arcilla o materia maleable que diera a tu madre lo que necesitaba. Las muñecas no la satisfacían. En aquellos tiempos, y hasta que cumplió quince años, era en su fuero externo seria y austera, la más digna de confianza y siempre la mayor; a veces se quejaba de sus «responsabilidades». Los otros niños tenían sus etapas de crecimiento, y sorprendentes dotes e incapacidades, pero ella parecía avanzar constantemente, como si tuviera la vista fija en un objeto lejano, para revelarse cuando lo alcanzara. Era muy silenciosa, y los únicos gustos peculiares que se sentía estimulada a manifestar eran aquellos que la gente rehúye; lloró cuando Thoby fue a la escuela y le afectó mucho más que a los demás que tu abuela declarara, no sin pasión y humor, que jamás volvería a tener confianza en ninguno de nosotros; ¿acaso no habíamos ido a la caza de un gato muerto, desobedeciendo sus órdenes? Pero bajo la superficie de seriedad, solo legítimamente quebrada por tales gustos, ardía otra pasión, la pasión por el arte. Dibujaba, efectivamente, bajo la dirección de un tal señor Cook, pero nunca habló de arte, ni de sus dotes y amores. ¿En qué pensaba, pues? Con sus largos dedos agrupados y la vista penetrante, seguramente pintó muchos cuadros, sin lienzo. Una vez la vi trazar sobre una puerta negra un gran amasijo de líneas con tiza blanca. «Cuando sea una famosa pintora...», empezó a decir, y luego le entró la timidez y borró lo dibujado, con la eficacia habitual en ella. Y cuando ganó el premio, en la escuela de dibujo, apenas supo, tan tímida era en lo tocante al reconocimiento de un secreto, cómo decírmelo, para que yo repitiera la noticia en casa. «Me han dado una cosa... No sé por qué...» «¿Qué cosa?» «Bueno, dicen que la he ganado, la cosa esa... el libro... el premio, ya sabes.» Era torpe y tímida como una yegua joven de largas patas.

Cuando intento verla percibo con más claridad que nuestras vidas son parte de una forma, y que para juzgar en verdad a alguien hay que considerar que este lado está encogido, y el otro está mellado, y el tercero estirado, y que nadie está realmente aislado, por eso entiendo que, en aquel entonces, había muchas razones por las que tu madre se mostraba un poco diferente de lo que era. Vivíamos en un estado de crecimiento angustiado; escuelas, notas, profesiones que elegir, matrimonio para los mayores, libros que salían a la luz, facturas, salud... El futuro estaba siempre demasiado cerca y era un interrogante demasiado grande, por lo que no permitía la expresión

serena de la propia manera de ser. Además, todas estas actividades cargaban el aire de emociones personales y obligaban incluso a los niños, y desde luego más todavía a «la mayor», a desarrollar prematuramente una faceta. Ayudar, hacer algo, era lo deseable, y no manifestar tímidos deseos, irrelevantes y probablemente caros.

Por esto tu madre, cuya visión en otros aspectos parecía tan clara, se impuso a sí misma ser eso que la gente llama una «persona práctica», a pesar de que su generoso talento para perder paraguas y olvidar recados revelaba que la naturaleza a veces se complacía en reírse de semejante propósito. Pero la facultad que no fingía y que probablemente reconocían quienes confiaban en ella era lo que, de diversas maneras, denominaré sagacidad, y sentido común y, quizá con más justeza, honestidad mental. Quizá no lo viera todo, pero nunca veía lo que no estaba. Las anécdotas, por poco profundas que puedan parecer, y no tengo la seguridad de que para otros revelen lo mismo que para mí, flotan sobre la superficie y deberán ilustrar este fugaz relato. Una noche de agosto, mucho más tarde, cuando tu abuela había muerto ya,<sup>3</sup> salimos a pasear por el jardín, en Ringwood. Tu abuelo se quedó solo, sentado, dentro de la casa, y en cualquier instante podía llamarnos para que jugáramos con él al whist, como de costumbre; y la luz y los naipes y las voces altas nos parecían aquella noche algo muy burdo, casi intolerable. Paseamos en la oscuridad y, cuando oímos que tu abuelo se acercaba a la ventana y nos llamaba, guardamos silencio. Entonces él salió, y miró alrededor, y nos llamó por nuestro nombre a cada uno. Pero nosotros persistimos, y al fin volvió a entrar y nos dejó pasear en paz. Pero, como quizá sabíamos desde el principio, semejantes goces no se conceden a los mortales; paseamos sin rumbo y sin placer y por fin entramos y le encontramos con un aspecto impresionante, consciente pero de verdad impresionante, viejo, solitario, abandonado. Dijo: «¿Es que no habéis oído que os llamaba?», y yo guardé silencio, y Adrian también; tu madre dudó y luego dijo «Sí».

Pero esto arroja una luz trágica sobre la manera de ser de Vanessa; revelando su más violenta tensión. Antes solíamos tomarla como una faceta suya que nos hacía reír: «la honradez de nuestra querida Nessa», «nuestra Nessa es tan realista», o bien «lo hace con buena intención». Y así era debido a que, a veces, se agarraba con demasiada tenacidad a la verdad, de una manera excesivamente simplista; y nosotros, con frivolidad y a veces con insolencia, la hostigábamos dándole títulos horribles como «Santa», y otros por el estilo, ya que los niños en cuanto pueden utilizar el ingenio lo esgrimen con crueldad. Pero había días de pura diversión, cuando pienso en ellos los sitúo principalmente en St. Ives,<sup>4</sup> donde tu madre iba al trote de un lado para otro, ocupándose de los más diversos asuntos, estudiando con mucha gravedad el carácter y los deseos de los perros, ideando redes para atrapar mariposas, bajo la dirección de tu tío Waller,<sup>5</sup> y aceptando su palabra como ley divina, pintando a la acuarela, y dibujando buen número de negros cuadraditos, siguiendo los consejos de Ruskin.<sup>6</sup> Por estas mismas razones jugaba mejor al críquet, con su golpe directo al frente, calculado de modo que pudiera responder a todas las emergencias, y gracias a tal fidelidad y externa sencillez, comenzó a ganarse el respeto de aquellos tiranos y

semidioses que gobernaban nuestro mundo: George, Waller y Madge Symonds.<sup>7</sup> Era un ser feliz que empezaba a sentir en su interior la primavera de insospechados dones, que el mar era hermoso y que podía pintarse algún día, y quizá una o dos veces se miró fijamente en el espejo, hallándose sola, y vio un rostro que la excitó de extraña manera; su ser comenzó a tomar una forma definida, un lugar en el mundo —¿cómo era? Pero su natural desarrollo, en el que las dotes artísticas, tan sensibles y tan vigorosas al mismo tiempo, se habrían impuesto, fue coartado; el efecto de la muerte entre quienes viven es siempre extraño, y a menudo terrible por el daño que causa a los deseos inocentes.

En este sentido, la muerte de tu abuela fue terrible, ya que debes tener en cuenta que no solo era la mujer más hermosa que quepa imaginar, como comprobarás en sus retratos, sino también una de las mujeres más destacadas. Su vida había transcurrido tan deprisa, y sería tan corta, que las experiencias que en la mayoría de las mujeres tienen espacio en el que dilatarse y dar fruto a su debido tiempo quedaron comprimidas en ella. Se había casado, había tenido hijos, y había llorado la muerte de su esposo cuando contaba veinticuatro años. Durante ocho años reflexionó sobre esa época activa, y, a mi parecer, formuló entonces en gran parte el juicio de la vida que sería la base de su futuro. Había sido feliz como pocas personas lo son, pues pasó, como una princesa de leyenda, desde su juventud de suprema hermosura al matrimonio y a la maternidad, sin despertar. Si no me equivoco, incluso el ambiente de su hogar estimulaba estos sueños, y proyectaba sobre la figura del novio todos los dorados encantos del sentir a lo Tennyson. Pero sería necesaria una visión más clara que la mía para determinar hasta qué punto su marido, pese a que se le considera claramente inferior a ella en todos los aspectos, pudo a la sazón satisfacer las nobles y genuinas pasiones de su vida. Quizá supo hallar la satisfacción envolviendo las deficiencias de su marido en su propia superabundancia. De todas maneras, cuando él murió, ella decidió consagrar aquellos años como los años dorados; y, como ella misma expresó quizá, no había conocido los dolores y los crímenes de este mundo, debido a que había vivido con un hombre sin tacha entre los de su clase, elevada a un mundo de puro amor y belleza. El efecto de la muerte de su marido fue, pues, doblemente tremendo, porque fue una desilusión al mismo tiempo que una trágica pérdida humana. Tenía, tu abuela, por naturaleza, una mente aguda, ajena a toda insinceridad e incluso excesivamente inclinada a insistir en que todo sentimiento tiene un equivalente en la acción o, de lo contrario, carece de valor. Y ahora que ya no tenía a quien adorar, adoraba su memoria, y contemplando el mundo con clara visión, consideraba con más desdén de lo que sería justo su carácter trágico y estúpido, debido a que había vivido en un sueño, y todavía amaba aquel sueño. Dejó su religión, y llegó a ser, según he oído decir, la más positiva incrédula. Transformó aquellos instintos naturales, tan fuertes en ella, de felicidad y alegría, en una vida generosa y abundante, y solo se llevó a los labios los más amargos frutos. Visitaba a los pobres, cuidaba a los agonizantes, y se sintió al fin poseída por el verdadero secreto de la vida, que aún se oculta a unos pocos, aunque también llegarán a conocerlo, de que el dolor es nuestro sino, y que lo menos que podemos

hacer es enfrentarnos a él con valentía. Todas esas cosas las habría aprendido, ciertamente, si su marido hubiese vivido, pero las habría aprendido con sabiduría y templanza, deleitándose y gozando en el ejercicio de sus otros dones, y en el disfrute de bendiciones que sin duda no eran singulares. Pero sería fácil exagerar el significado de esta actitud, ya que gran parte de su primitivismo procedía, no de una innata dureza, sino de la mutilación que su natural desarrollo había sufrido. Lentamente, según creo, llegó a ejercitar su mente, y con tristeza llegó a decidir que gran parte del interés del mundo debía proceder en el futuro de la satisfacción de su intelecto. Trataba a muchas personas inteligentes y leía, con el deseo de reafirmar su triste fe, las obras de incrédulos que escribían Dios sin D mayúscula. De manera especial, había leído algunos de los primeros artículos de tu abuelo, que le gustaron más que el autor.

El destino, que algunos creen ordena a su antojo las vidas humanas, decidió que tu abuelo, juntamente con su primera esposa, viviera en la misma calle en que vivía tu abuela, y decretó además que Minny muriera allí, y que por ello tu abuela fuera impulsada a entrar en relación con su sabio y formidable amigo, en circunstancias que ella más que nadie consideraba conmovedoras. ¿Acaso otra serie de circunstancias habría podido dar lugar al milagro? Porque encontró a un ser con tantas razones como ella para creer en el dolor de la vida y que tenía todos los incentivos para adoptar su estoica filosofía; este ser también era de la raza de los gigantes, y no un amante superficial, ni un optimista a la ligera. Tu abuela podía ir cogida de la mano con él por las sombras del valle. Pero, de pronto, su compañero se convirtió en su guía, indicó una dirección, la exhortó a seguirla, a tener esperanza, a luchar una vez más. Ella no podía prescindir tan pronto de cuanto se había convertido casi en un hábito de sufrimiento, a pesar de que la razón de tu abuelo era la más fuerte, su necesidad la más grande. Por fin, con dolor y remordimiento, valerosa como era, más auténticamente valerosa quizá que su marido, se impuso enfrentarse a la verdad y caer en la cuenta con todas sus consecuencias de que hay que soportar la alegría al igual que el dolor. Tu abuela se elevó a esas alturas, abiertos los ojos y noblemente liberada de ilusiones y sentimientos, su segundo amor resplandeciendo con la pureza de la luz de las estrellas; las rosadas neblinas de su primera pasión habían quedado disipadas para siempre. Y es de destacar que nunca habló de su primer amor; y al atesorarlo así quizá lo transformó en algo mucho más hermoso de lo que hubiera podido ser en el caso de que la vida hubiese permitido su continuación. El segundo matrimonio fue la verdadera, aunque tardía, realización de cuanto ella podía ser; y, con la salvedad de que fue más bien tardía, más bien concurrida y más bien dominada por el ansia, no hubo unión con más verdadera equidad, ni más incesantemente valerosa. ¡Grandes palabras tal vez para dedicarles quince años!, con todas las oportunidades que daban para la mezquindad, el fracaso, la tolerancia de la mediocridad. Pero, a pesar de que hubo ciertos asuntos que ahora, a nuestro parecer, fueron decididos por ella gracias a un excesivo espíritu conciliador, y que él decidió sin la debida consideración a la justicia o la magnanimidad, no por ello deja de ser cierto, tanto a juzgar por las

obras de ambos como por ellos mismos, que fue una vida triunfante, encaminada siempre a objetivos elevados.

Estas circunstancias contribuyeron a la formación del carácter de tu abuela; y cuando nosotros, sus hijos, la conocimos, era el ser humano más activo, práctico y vital que quepa imaginar. Parecía que hubiera adoptado una decisión definitiva con respecto a ciertos grandes temas y que, después de hacerlo, nunca se hubiera tomado la molestia de volver a pensar en sí misma, pero todos sus hechos y palabras llevaban el esplendente, inexorable y diligente sello de algo que era evidentemente resultado de la gran experiencia atesorada. Cuatro hijos tuvo, y había ya otros cuatro, mayores, exigiendo sus cuidados;<sup>8</sup> nos enseñó, fue compañera de ellos, y tranquilizó, alegró, inspiró, cuidó y decepcionó a vuestro abuelo; y cuantos a ella acudían para pedir ayuda siempre la encontraron erguida en su lugar, con tiempo que darles, la más sincera consideración y la más práctica comprensión. Realmente, sus relaciones con las personas fueron, durante toda su vida, extraordinarias; y, después de su segundo matrimonio, esa decisión de la que estoy hablando parecía inducirla a entregarse al servicio del prójimo más libremente que en cualquier tiempo pasado. Y, como sea que esta expresión tiene una reputación un tanto dudosa, y puede llevarte a imaginar a una mujer diferente de la que realmente fue, debo decir que su comportamiento en ese aspecto fue singular, y en modo alguno esa comedia de malévola filantropía que otras mujeres representan con tanta complacencia y a menudo con tan desastrosos resultados.

Su visión del mundo había llegado a ser muy amplia; parecía contemplar, como un hado lleno de sabiduría, el nacimiento, crecimiento, florecimiento y muerte de innumerables vidas a su alrededor, con una constante conciencia del misterio que las rodeaba, no tan escéptica como en otros tiempos, y con una idea perfectamente definida de la ayuda que era posible y útil. Sus dotes intelectuales fueron siempre aquellas que encuentran su mejor expresión en la acción; tenía una visión profunda de gran claridad, buen juicio, humor y la capacidad de captar muy rápidamente la verdadera naturaleza de las circunstancias de alguien, de manera que conseguía que los problemas, fueren los que fuesen, quedaran enmarcados en sus verdaderas proporciones. A veces, llevada por su natural impetuosidad, solventaba las dificultades sin darles importancia, como una soberana emperatriz. Pero lo más frecuente, a mi parecer, era que sus servicios, cuando no eran de naturaleza puramente práctica, consistían sencillamente en ayudar a la gente con la luz de su entendimiento y experiencia, a ver lo que realmente querían o sentían. Pero es posible que toda mujer sensible tenga estas cualidades, sin ser ninguna de las cosas que era tu abuela. Todos sus dones tenían en su naturaleza un matiz rápido, decisivo, incluso ingenioso, por lo que no se podía hablar de aburrimiento o pesadez en lo tocante a su quehacer cotidiano, por lúgubre que en sí mismo pareciera. Era sensible por temperamento y la estupidez la impacientaba, y mientras estuvo en este mundo, la interminable e incongruente procesión que es la vida de una familia numerosa, se desarrolló alegremente, muy a menudo con incidentes de exquisito humor, o cierto matiz grotesco e impresionante en su forma de presentarse, perpetuamente iluminado por su entusiasta

atención, por su pasmosa conciencia de la vida que contienen las situaciones más insignificantes o triviales. Inmediatamente, imprimía carácter en la gente; y en St. Ives, o los domingos por la tarde en Hyde Park Gate, la escena era a menudo digna de un escenario; actuando audazmente sobre la base de sus conceptos, conseguía sacar del viejo general Beadle, o de C.B. Clarke o de Jack Hills, o de Sidney Lee, unas chispas de carácter de las que nunca habían dado muestras a nadie. Todas las vidas, en cuanto se cruzaban con ella, parecían adquirir forma y mientras ella estaba presente todos los actos parecían tener suma importancia. Pero no era un espectador estético que recibía impresiones para su diversión.<sup>9</sup>

La vida le había enseñado que los hechos, tal como ella los interpretaba, eran en sí mismos de suprema importancia; era para ella cuestión de trascendencia ansiosa el que Lisa Stillman tuviera simpatía por su cuñado, o que un obrero herido en accidente encontrara un empleo en el que no corriera peligro. Contemplaba con maravillosa vitalidad todos los cambios que se producían a su alrededor, como si constantemente oyera el tictac de un vasto reloj y no pudiera olvidar que algún día cesaría para todos nosotros. Personas de la más diversa condición acudían a ella cuando tenían motivos de alegría o de llanto; en realidad, quizá parecía excederse un poco en tratar a todos por igual, como amigos; pero los aburridos y los insensatos tienen también sus buenos momentos. He de reconocer que, viviendo así, a alta presión, consiguió infundir a cuanto la rodeaba un inimitable valor, a pesar de considerarlo, con toda justicia, compuesto por insensatos, payasos y espléndidas reinas, una amplia procesión en marcha hacia la muerte. Esta intensa preocupación por los hechos del momento tenía su origen, sin la menor duda, en que la naturaleza la había dotado de lo necesario para enfrentarse victoriosamente con esos asuntos, pero también se debía a que tenía el sentido innato de la futilidad de todo esfuerzo, el misterio de la vida. En su rostro se podían ver las dos cosas. «Saquemos cuanto podamos de lo que tenemos, ya que nada sabemos del futuro», era la razón que la impulsaba a trabajar tan intensamente en pro de la felicidad, del comportamiento honesto, del amor; y ecos melancólicos respondían: «¿Qué importa? Quizá no haya futuro». Encerrada como estaba en esa solemne duda, sus más triviales actos tenían cierto matiz de grandeza; y su presencia era grande y austera, llevando consigo no solo vida y alegría, exquisita y fugaz feminidad, sino también la majestad propia de un ser humano noblemente formado.

Las palabras escritas por una persona muerta o viva suelen, desdichadamente, quedar envueltas en suaves pliegues que anulan todo rastro de vida. No encontrarás en lo que digo, ni tampoco en aquellas sinceras pero convencionales frases en la vida de tu abuelo, ni en las nobles lamentaciones que llenan las páginas de su autobiografía,<sup>10</sup> la semblanza de una mujer a la que tú puedas amar. A menudo he lamentado que nadie escribiera las frases de tu abuela y los vívidos giros de su habla, pues tenía el don de emplear las palabras de manera muy personal, moviendo las manos deprisa, o levantándolas gesticulante al hablar.<sup>11</sup> Me parece estar viéndola, en pie junto a la puerta abierta de un vagón de ferrocarril en el que Stella y otros se iban a Cambridge, y

trazando en una o dos frases el retrato de gente que pasaba por el andén, con lo cual consiguió que todos estuvieran riendo hasta el momento en que el tren se puso en marcha.

Cuánto daría por recordar una sola frase suya, o el tono de su voz clara y redonda, o la visión de su hermosa figura, tan erguida y precisa, y su larga y vieja capa, con la cabeza un poco ladeada, algo levantada, de manera que sus ojos miraban recto a la cara. «Vamos, niños», solía decir inmediatamente después de su última y fantástica despedida, y uno de nosotros cogía su paraguas, y otro le cogía el brazo, y uno, naturalmente, se quedaba con la boca abierta, y ella decía con sequedad: «Deprisa, deprisa». Y echaba a andar con su paso rápido, entre la gente, y subía a un deslucido tren o un autobús, donde puede que preguntara al conductor por qué razón la empresa no le había puesto paja sobre la que apoyar los pies —«Debe tener los pies fríos»—, y escuchara lo que el conductor le decía y ella haría su comentario, y así llegábamos a casa justamente a la hora del almuerzo. «No hagáis esperar a vuestro padre.» Y durante el almuerzo en respuesta a una lánguida pregunta: «¿De manera que esos jóvenes se han ido? Bueeeno... La verdad es que no les envidio», tenía una pequeña historia que contar, o quizá decía una frase sibilina que nosotros no sabíamos interpretar, pero que sabíamos, a juzgar por los encogimientos de hombros y por los «quizá», que hacía referencia a una de aquellas historias de amor que a los dos les gustaba comentar. La relación entre tu abuelo y mi madre era, como suele decirse, perfecta, y no lo pondría en duda siquiera por un momento, porque creo que cada uno de esos dos seres que tan duras pruebas sufrieron y cuya vida en modo alguno fue fácil, hallaba en el otro la más alta y perfecta armonía a la que su naturaleza mejor podía corresponder. Hermosos, incluso a nuestros ojos, eran sus ademanes, las miradas de la pura e inexpresable dicha con que cada cual contemplaba al otro. Pero, si me es permitido expresarlo con una metáfora, la alta consonancia, las melodiosas voces acordes de dos pájaros, solo se conseguían mediante ricas y rápidas escalas discordes e incongruentes. A fin de cuentas ella tenía quince años menos que él, y la diferencia de edad quedaba resaltada por la aguda inteligencia de él, siempre viajando, como seguramente ella pensaba, en solitario por mares helados. El orgullo con que tu abuela contemplaba esa inteligencia era como el orgullo que se puede tener del alto pico de una montaña, visitado únicamente por la luz de las estrellas y la nieve; era un orgullo entusiasta, pero muy humilde.

Ella estaba encantada de encargarse de esos triviales asuntos que, como saben instintivamente las mujeres, son un tanto atentatorios a la dignidad que a ellas les gusta descubrir en los hombres inteligentes. Y tu abuela consideraba que era noble testimonio de ello el que tu abuelo hubiera llegado a ella ignorante de todas las depresiones y placeres salvo los que la alta filosofía engendraban en él. Pero tu abuela nunca rebajó su propio trabajo, considerando que, si lo llevaba a efecto debidamente, tenía tanta importancia, aunque de diferente clase, como el de su marido. Por eso, en aquellos momentos, espacios de respiro en el incesante conflicto, en que cada uno de ellos descansaba con seguridad, durante un minuto, en el abrazo del otro, ella sabía con justo pero siempre placentero orgullo que él rendía culto en ella a algo tan inaccesiblemente alto como la

remota y elevada cumbre que ella reverenciaba en él. Y cada uno de ellos se apresuraba gozoso a rendir homenaje a cualidades diferentes de las propias; ¡cuán dulce, al quedar liberado de la tortura y soledad del pensamiento, reconocer inmediatamente la real presencia de una incuestionable dulzura humana!, como el navegante que durante largos días ha estado envuelto en nieblas en estériles aguas y llega al alba a una playa iluminada por el sol, donde la naturaleza le envuelve y murmura a su oído sosiego y seguridad. También ella, que consumía los días en labores triviales y a veces vanas, exultaba como aquel a quien de pronto estrechan recios brazos, y lo sitúan por encima de todo, silencioso, en calma e inmortal. Ella fue siempre la primera en reforzar el impulso de tu abuelo hacia las tareas más remotas y menos rentables; creo que fue su apoyo lo que hizo que tu abuelo comenzara su último libro extenso, *The Utilitarians*,<sup>12</sup> que ningún beneficio y muy poca fama le reportaría, porque ella hizo lo preciso para que todos los problemas restantes quedaran entretanto debidamente solucionados.

Pero estos fueron los momentos culminantes de la vida y, con el paso del tiempo, la discrepancia se agudizó, y la alegría de la juventud disminuyó. La salud de tu abuelo estaba socavada, y la clase de elogios que le habrían estimulado se retrasaban injustamente, y él se quejaba. Y en esta época la actividad de tu abuela se había proyectado en lugares tan distantes, callejas de St. Ives, barrios míseros de Londres y a otros barrios más prósperos pero no por ello menos onerosos, que ya reducir gastos quedaba fuera de su alcance. Parecía que cada día le traía una nueva cosecha que tenía que recoger y que brotaba de nuevo, infaliblemente al día siguiente. Todas las noches, tu abuela se sentaba ante su escritorio, después del intenso trabajo de la tarde, y su mano se movía incesantemente, un tanto insegura en los últimos tiempos, escribiendo respuestas, consejos, bromas, advertencias, frases de comprensión, labor presidida por su sabia frente y sus ojos profundos, todavía tan bellos, pero tan fatigados, dotados de tan profunda experiencia, que difícilmente se podía decir que fueran tristes. Después de su muerte, encontré en un cajón cerrado de una mesa de St. Ives, cuidadosamente guardadas, todas las cartas recibidas por la mañana, quizá para contestarlas cuando llegara a Londres. Había una carta de una mujer cuya hija había sido engañada y pedía ayuda; una carta de George, de la tía Mary,<sup>13</sup> de una enfermera que se había quedado sin trabajo, unas cuantas facturas, cartas pidiendo dinero, y una carta de muchas páginas de una chica que se había peleado con sus padres y que se veía obligada a poner su alma al descubierto ansiosa, profusamente. El sábado, tu abuela exclamaba sonriendo y suspirando a la vez: «¡Gracias a Dios, esta noche no hay correo!», e incluso tu abuelo levantaba la vista del libro, le oprimía la mano y protestaba en vano: «¡Esto debe terminar, Julia!».

Además de todas estas tareas, tu abuela se impuso la de darnos clase, y esto estableció una relación muy estrecha, aunque un tanto irritante, ya que era mujer de genio vivo, y en manera alguna propensa a ser indulgente con sus hijos. «Vuestro padre es un gran hombre.» Pero de ninguna otra manera habríamos podido llegar a saber, en el poco tiempo que para ello tuvimos, tanto acerca de su verdadera manera de ser, que nunca estuvo oscurecida por esas amables

ficciones que generalmente se interponen en el abismo que media entre una mujer de mediana edad y sus hijos. Habría sido mejor, ya que se habría fatigado menos, que hubiera permitido que alguien la descargara de parte de sus trabajos. Pero era impetuosa, y también un poco imperiosa, tan consciente de su propia voluntad ardiente que apenas podía creer que en su actuación hubiera algo más rápido y eficaz que en la de cualquier otra persona. Y hasta tal punto era así que, cuando tu abuelo estaba enfermo, jamás permitió que una enfermera le cuidara, ni tampoco creía que una institutriz pudiera enseñarnos tan bien como lo hacía ella. Además de a los asuntos económicos de la casa, que siempre eran de su incumbencia, llegó a dar una desesperada importancia al ahorro de tiempo, como si viera cómo sus deberes y deseos se amontonaban a su alrededor, mientras el tiempo para abarcarlos se le escapaba entre los dedos codiciosos tratando de atraparlo. Siempre tenía presente aquella amplia visión de las proporciones definitivas de las cosas a la que antes me he referido; me he dado cuenta de que sus palabras nunca eran triviales; pero, a medida que sus fuerzas disminuían, eran menos sus momentos de descanso; se hundía, al igual que el nadador agotado, más y más en las aguas, y solo durante unos instantes podía percibir en el horizonte una playa en la que descansar a la que llegaría en la vejez, cuando sus trabajos hubieran terminado. Pero, cuando lanzamos exclamaciones ante la extravagante pérdida de una vida así, nos mostramos propensos a perder de vista lo que constituía su entorno, el marido, los hijos y el hogar, que, si se contemplan en conjunto, rodeándola, complementándola, despojan su vida única de aquella velocidad propia de una flecha, y su trágica desaparición. Y ahora pienso que lo que más claramente se advierte en ella no es el derroche de energía y la esterilidad de su valentía, sino la belleza, nacida del buen juicio con que ponía sus esfuerzos al servicio de sus fines. Casi no había en ello nada superfluo, y esa es la razón por la que, a pesar del tiempo transcurrido, la impronta que dejó en aquellos años es indeleble, como si hubieran quedado marcados por un acero puro, desnudo, cortante. Voces vivas en muchas partes del mundo todavía hablan de ella como si en realidad viviera. Poco importa que apareciera airada, alegre o con una impulsiva simpatía; hablan de ella como de un hecho que ocurrió, recordando, como si todo lo que estuviera a su alrededor hubiera adquirido importancia, la postura en que estaba, la manera en que se volvió, o con qué fuerza cantó el pájaro o que una gran nube cruzó el cielo. ¿Adónde se ha ido? Lo que dijo jamás ha dejado de existir. Murió a los cuarenta y ocho años, cuando tu madre era una niña de quince.<sup>14</sup> Si lo que he dicho de ella tiene algún significado, te darás cuenta de que su muerte fue el mayor desastre que pudo ocurrir; fue como si en un radiante día de primavera las rápidas nubes de pronto se quedaran quietas, se oscurecieran y se amontonaran; aullara el viento, y todos los seres de la tierra gimieran y vagaran sin rumbo, buscando. Pero ¿qué imagen o variedad de imágenes puede hacer justicia a las formas que, desde entonces, tu abuela ha adoptado en incontables vidas? Los muertos, dice la gente, se olvidan, aunque quizá sería mejor decir que la vida, en su mayor parte, poco significado tiene para nosotros. Pero una y otra vez, y en más ocasiones de las que puedo recordar, de noche ya en la cama, o en la calle, o al entrar en mi aposento, allí está ella; hermosa,

vital, con su familiar expresión, su conocida risa; más cerca que cualquier otro ser vivo, iluminando nuestras vidas sin rumbo como con una antorcha, infinitamente noble y deliciosa para sus hijos.

## CAPÍTULO SEGUNDO

Su muerte, el día 5 de mayo de 1895, inauguró un período de melancolía oriental, ya que sin la menor duda algo había en las estancias en penumbra, en los gemidos, en las apasionadas lamentaciones que rebasaba los normales límites del duelo y que acompañaron la genuina tragedia con pliegues de orientales colgaduras. Tu abuelo tenía mucho de profeta hebreo; conservaba en parte el pasmoso vigor de su juventud, pero ya no gastaba sus energías escalando montañas o entrenando tripulaciones; durante años, toda su devoción se había centrado en el hogar. Y ahora, cuando, en contra de todas sus previsiones, su esposa le había precedido en la muerte, se encontraba en la situación de aquel a quien se le ha roto un cabo de su embarcación y navega a ciegas por el mundo, y lo llena con su aflicción. Pero mis palabras no pueden expresar lo que él sentía, ni siquiera la fuerza de la expresión visible de sus sentimientos, expresión que se manifestó una y otra vez, escena tras escena, durante todo aquel terrible verano. Parecía que siempre hubiera una habitación cerrada, una habitación cuyo silencio quedaba alterado de vez en cuando por un sollozo o un estallido de genio. Tenía constantes entrevistas con mujeres que le visitaban llevadas por el espíritu de comprensión, que entraban visiblemente nerviosas y salían con la cara congestionada y húmeda de lágrimas, confusas, como suelen estarlo las personas que son arrastradas por la marea de la emoción de otro ser, para contárselo a Stella. Por cierto, se requería toda su diplomacia para conseguir que tu abuelo estuviera ocupado, de una manera u otra, al terminar el trabajo de la mañana. Y hubo comidas espantosas en las que tu abuelo, incapaz de oír lo que le decíamos, o desdeñando el consuelo de nuestras palabras, se entregaba a la pasión que parecía consumirle, y gemía o manifestaba una y otra vez su deseo de morir. Creo que Stella ni siquiera por un momento perdió la serenidad durante aquellos meses en que tu abuelo más agobiado estuvo. Stella siempre tenía algo que ofrecerle, por pequeño que fuera, y lo observaba tan atentamente que, de repente, pedía a cualquiera de nosotros que le dijéramos algo, o le pedía a él que fuera a dar un paseo con nosotros. A veces, por la noche, Stella pasaba largo rato a solas con él, en su estudio, escuchando una y otra vez la amarga historia de su soledad, su amor y sus remordimientos. A pesar de que estaba agotado y con los nervios alterados, se atormentaba con la conmovedora idea de que jamás había dicho a su esposa lo mucho que la amaba, y que ella había sufrido a su lado penas y angustias en silencio.

Le oí preguntarle: «No fui tan malo como Carlyle, ¿verdad?». Quizá Stella poco supiera de Carlyle, pero le tranquilizó una y otra vez, cansada pero persistente. No cabe duda de que produce cierto extraño consuelo hacer que los vivos escuchen la confesión del mal que se ha hecho a los muertos; los vivos no solo pueden tranquilizar a uno rebatiendo sus observaciones, sino que

representan, misteriosamente, un poder que se puede apaciguar mediante la propia confesión, y que puede proporcionar algo que se acerca a la absolución definitiva. Por estas razones y, además, porque siempre fue propio de su naturaleza y costumbres hallar consuelo en la expresión de sus sentimientos, no sentía escrúpulo alguno en revelar a Stella sus sufrimientos y exigirle perpetua atención y cuanto consuelo pudiera darle. Pero ¿qué consuelo? Dada la naturaleza del caso, poco se podía hacer. En consecuencia, todo dependía de lo que ella era, porque de repente Stella se encontró en suma intimidad con un hombre que era su padrastro y, además, un hombre de letras entrado en años a quien hasta el momento solo había tratado con respeto y un afecto formal. La situación de Stella, hasta el momento de esta crisis, había sido en varios aspectos peculiar; desde luego su manera de ser, al verla ahora bajo otra luz, con otra edad, era extraordinaria; asombrosa por ser como era y excepcional por su destino; grandes asuntos se cernían sobre su vida; pero la brevedad y la casi trémula calidad de los años jóvenes hacen difícil contar la historia con actitud resuelta.

Stella no era inteligente, rara vez leía un libro; y esto, a mi parecer, tuvo una influencia inmensa en su vida; en realidad, una influencia desproporcionada. Stella exageraba esta deficiencia y, por vivir en íntima compañía con su madre, siempre ponía de relieve las diferencias que mediaban entre las dos, y se atribuía una inferioridad que la indujo desde un principio a vivir a la sombra de su madre. Ya he dicho que tu abuela también era despiadada en su comportamiento, e indiferente a todo sufrimiento personal, si veía que era para bien. Era característico en ella considerar que su hija, tal como solía decir, formaba parte de ella, y, como parte suya más lenta y menos eficaz, tu abuela no tenía escrúpulo alguno en tratarla con la misma severidad con que hubiera considerado sus propios defectos, o bien en ofrecerse a Stella con la misma generosidad con que ella misma se habría ofrecido. Una vez, antes del matrimonio de tus abuelos, cuando él le hizo observar la dureza con que trataba a Stella en comparación con el modo en que trataba a sus otros dos hijos, que eran varones, tu abuela dio la contestación que he escrito.<sup>15</sup>

En consecuencia, Stella, siendo niña, fue reprimida, y pronto aprendió a considerar a su madre persona de poder e inteligencia divinos. Pero luego Stella se hizo mayor y, cuando desarrolló su propia belleza y su propio singular encanto y temperamento, su madre dejó de tratarla con dureza, si es que podía llamarse así, y mostró la verdadera naturaleza de aquella actitud, a saber, una singular profundidad e intimidad de sentimientos. En general, siempre tuvieron la relación que quizá la naturaleza había ordenado. Stella siempre fue la bella acompañante que alimentaba la vívida llama de su madre, gozando a su servicio y convirtiéndolo en el principal deber de su vida. Pero, además, Stella pronto empezó a gozar de la influencia que sus dotes ejercían en los demás seres; era hermosa, más hermosa de lo que cabe apreciar en las fotografías, porque gran parte de su etérea belleza tenía su origen en las circunstancias del momento, la piel pálida y luminosa, la luz cambiante de sus ojos, el movimiento y la vibración del conjunto. Y si tu abuela tenía una cabeza típica del mejor período del arte griego, Stella también, aunque de un período griego

posterior y más decadente, y con sus líneas suaves y su forma más lánguida tenía un atractivo más inmediato. Pero, en uno y otro caso, su belleza era su expresión. Stella era mudable, modesta, pero con lo que se ha dado en llamar encanto, una magia dotada de maravillosa distinción y con el poder de penetrar profundamente en la mente de los otros. No creo que fuera debido a lo que Stella decía, ya que era muy sencilla, sino a esa vibración de dulzura y risa sobre una forma que se adivinaba vagamente de escultural mármol. Era tan alegre, tan femenina, y al mismo tiempo había en ella aquel gran sosiego que en su madre, bajo la presión de las circunstancias, se había transformado en sufrida melancolía. Stella y su vida social, y sus éxitos, y sus enamorados, despertaban en su madre muchos instintos que habían estado dormidos durante largo tiempo; a Stella le gustaban los muchachos, gozaba con sus confidencias y le divertía intensamente el juego y la intriga de todo ello; de lo único que se quejaba tu abuela era de que Stella siempre insistía en regresar a casa mucho antes de que la velada terminara, por temor a que su madre se cansara. Esto es en realidad lo que, en un desesperado recurso a las imágenes, he denominado su forma marmórea; porque todos sus triunfos eran bagatelas sobre la superficie de esta constante preocupación por su madre. Era hermoso y era casi excesivo, pues había en ello un matiz propio de la morbosa naturaleza del afecto entre dos personas tan íntimamente unidas que no podía darse entre ellas la debida reflexión; lo que su madre sentía se comunicaba casi instantáneamente a la mente de Stella; no había necesidad alguna de que el cerebro meditara y sometiera a crítica lo que el alma ya sabía. No cabe la menor duda de que a tu abuela le habría gustado encontrarse con una resistencia más diligente, con cierta oposición intelectual, que exigiera otra clase de afecto. Es muy posible que estimara que los vínculos eran excesivamente estrechos para ser saludables, y quizá quisiera frenar a Stella en el cultivo de aquellos sentimientos naturales a los que otorgaba tan alto valor. Incluso una breve separación era indebidamente dolorosa; Stella se quedaba blanca como un fantasma días antes de irse y, en cierta ocasión, rompió en apasionado llanto. Dijo: «¿Qué importa el lugar en que estemos, siempre y cuando estemos juntas?».

En el curso de los últimos años, los sentimientos de Stella llegaron a ser incluso más angustiados, ya que percibió indicios del empeoramiento de la salud de su madre y no tenía modo de proporcionarle el descanso que, entre todas las cosas, era lo que más necesitaba. El silencio que Stella observaba ante su padrastro casi se transformaba en ocasiones en abiertos reproches. Y tu abuelo nunca veía lo evidente, las innumerables obras que su esposa llevaba a cabo, o lo terriblemente cansada que estaba. Entonces, en la primavera de 1895, Stella se fue de viaje y, hallándose a mitad de él, se convenció, por la caligrafía o por la expresión, de que su madre yacía enferma en casa. Recurrió a Vanessa, quien no pudo enviarle sino la contestación dictada por su madre. Ciertamente es que una leve dolencia la había atacado, pero el extraño y horrendo capricho de alguien que interpreta un papel hasta el último instante insistió en que no se dijera la verdad. Stella regresó a casa con la seguridad de que la habían engañado durante largo tiempo, y en el

estado de ánimo propio de un atormentado animal sin pensamiento; y encontró a su madre en cama, con el resfriado que, diez días después, la llevaría hasta su muerte.

Stella quedó totalmente deshecha; por pura belleza de carácter, empezó a hacer cuanto podía por todos, pero casi como un autómata. El futuro nada le reservaba, y el presente era, supongo, con un padrastro al que apenas conocía y cuatro niños que necesitaban ser atendidos y que poco podían ayudarla, constantemente penoso. Contaba solo veintiséis años, y en un instante tuvo que renunciar no solo a la principal fuente de toda su vida, sino también al peculiar modo en que mejor disfrutaba de sus dones. En verdad, su posición hubiera sido penosamente dura para cualquiera, pero, teniendo en cuenta la gran inseguridad en su propia capacidad, y de modo especial su temor a los libros, su tarea era terriblemente dolorosa y casi enloquecedora. Pero, a pesar de todo, si no hubiera sido por esa desolación que dejaba huérfana su naturaleza entera y la obligaba a ejercer sus facultades en total soledad, ¿acaso hubiera podido mostrarse tan noble y leal como realmente era? Cuanto Stella llegaría a ser en el futuro se asentaba ya en firmes cimientos, debidos a sus méritos; nadie volvería a utilizarla como algo en que apoyarse y quizá nunca más se preocupó tanto por alguien como se había preocupado por su madre. Fuera cual fuese el beneficio que pudiera reportar, esa fue la pérdida irreparable.

En cuanto tu abuela murió, Stella heredó todos los deberes que ella había cumplido. Y como un viejo y chirriante carruaje lastimosamente oxidado y cargado de inquietas criaturas, nuestra familia prosiguió penosamente su camino.

## CAPÍTULO TERCERO

La posición que tu abuela ocupaba en la familia era tal que su muerte no solo apartó de nuestra vista la figura central, sino que trajo cambios tan significativos en las relaciones que la vida, durante mucho tiempo, nos pareció increíblemente extraña. Tu abuelo, llevado por su natural pero sin duda nada aconsejable deseo de hacer en nuestro beneficio lo que tu abuela había hecho, comenzó a darnos clases; y nos consagró la mitad de la mañana; fue un sacrificio, ciertamente, pero en modo alguno mejoró su humor. Entonces George, en el más alto punto de la marea de la emoción, insistió en una amistad más íntima y más madura con nosotros; incluso Gerald se volvió durante un tiempo serio y sentimental; y alrededor de este centro de profunda emoción se movían varios amigos que de pronto sintieron el deseo de participar en nuestro vivir, y al mismo tiempo tuvieron conciencia de su derecho a que se reconociera la profundidad de sus sentimientos. Stella, a pesar de que en aquellos tiempos estaba casi atontada, jamás abandonó la calma actitud de infinita consideración hacia los demás, de silencio con respecto a sus propios sentimientos, pero esta misma calma parecía sufrir, con indiferencia, innumerables pruebas, y en especial aceptar una rendición absolutamente incondicional a las necesidades de tu abuelo. Todo consuelo, fuera cual fuese su naturaleza, que tuviera al alcance se lo ofrecía a tu abuelo para calmar su dolor; toda la jornada de Stella estaba al servicio de tu abuelo, y se esforzaba, tal como he dicho, en encontrar personas que le visitaran, a fin de que la ayudaran en algunos de sus innumerables y minuciosos planes para el bienestar de tu abuelo. Ahora es fácil advertir que el punto en el que Stella fracasó fue el de su propio discernimiento. La desconfianza en sí misma y los largos años de dependencia la hacían incapaz de confiar en su claro instinto en este asunto. Su padrastro era el pupilo que su madre le había legado. Stella lo dio todo sin reserva, consciente de que lo que daba no era lo mejor de cuanto se podía dar. Y tu abuelo, que sin duda habría comprendido una clara definición de las posiciones, aceptaba cuanto Stella le ofrecía, considerando que era un derecho. Pero una de las consecuencias fue que durante cierto tiempo nos pareció que la vida estaba en un estado crónico de confusión. Como es natural, éramos desdichados; sentíamos una clara necesidad, en algunos momentos insoportablemente aguda, que jamás sería satisfecha. Pero se trataba de un dolor fácil de reconocer, y ese intenso sufrimiento casi llegó a ser bienvenido, en medio de esa vida triste y opaca que no tenía nada de real y que, sin embargo, nos rodeaba, nos ahogaba, nos cegaba. Todas aquellas lágrimas y gemidos, reproches y protestas de afecto, las charlas altisonantes acerca del deber y de vivir para los demás, eran sin duda lo que debíamos sentir, si sentíamos debidamente, pero lo cierto es que experimentábamos una sensación de tristeza que honradamente no podía relacionarse con la muerta; por desgracia, esto no avivó nuestros

sentimientos hacia los vivos sino que, odioso como era, oscureció por igual a vivos y muertos; y durante tiempo causó un daño imperdonable al sustituir la imagen de una verdadera madre llena de vida por algo que no era más que un desagradable fantasma.

Aquel verano, después de unos cálidos meses en Londres, lo pasamos en Freshwater. Y allí el calor en la llana bahía, que parecía rebosante de suaves vapores, engalanada de lujuriosa vegetación, se mezcla como el humo con otros recuerdos de habitaciones cálidas y silencio, y un ambiente denso de sensaciones exuberantes, de modo que a veces se sentía una necesidad física de despiadada barbarie y aire fresco. Stella parecía una blanca flor en los cálidos vapores de un invernadero, pues en ella se había operado un cambio que parecía enormemente simbólico. Nunca hubo nadie tan pálido. Sin embargo, y por muy sorprendente que pueda parecer, pese a ser sumamente natural, el primer impulso encaminado a darnos libertad surgió de tu abuelo; surgió y desapareció. A veces, quizá durante un paseo, tu abuelo prescindía bruscamente del curioso convencionalismo de nuestras relaciones, y nos mostraba durante unos instantes una estimulante visión de vida libre, bañada en una luz impersonal. Había muchas cosas que aprender, libros que leer y se podían alcanzar éxito y felicidad sin incurrir en deslealtad. Y en esos momentos parecía posible continuar el viejo vivir, de una manera más significativa, utilizando, según nos dijo, nuestro dolor para intensificar el sentimiento que nos quedaba. Pero la duración de estos momentos de exaltación dependía, como es natural, de una relación más íntima de lo que permitía nuestra edad. Éramos demasiado jóvenes, y para alcanzar una comprensión que exigiera menos esfuerzo tu abuelo tenía que recurrir a otras personas cuya diferencia en la sangre y en el temperamento hacía que tuvieran más dificultades para darse cuenta, como nosotros —en atisbos—, de su más apremiante necesidad. Era hermoso en aquellos momentos; sencillo y ávido como un niño; y exquisitamente dispuesto a todos los afectos; exquisitamente tierno. Entonces, le habríamos ayudado, si hubiéramos podido, le habríamos dado cuanto teníamos, y sentíamos que era muy poca cosa, en comparación con su necesidad. Pero el momento pasaba.

A veces resultaba embriagador mirar por encima de nuestro mundo inmaduro e imaginar que el conflicto real propio de seres humanos reconocidos como tales, para nosotros había empezado ya. En verdad, el cambio que se produjo cuando de nuevo estuvimos en Londres, entregados a nuestras tareas, fue en parte vigorizante, porque nos esforzamos en comportarnos como compañeros de Stella, en condición de igualdad, y nuestro vivir se vio en gran manera intensificado por la caballerosa devoción que suscitaba en nosotros. Era caballerosa debido a que se hallaba tan alejada y remota que siempre había cierto riesgo en el ofrecimiento. Quizá Stella no se daba cuenta; otras veces nos extasiaba al darse cuenta de repente; el que Stella fuera tan distante motivaba que esos momentos de intimidad fueran exquisitamente dulces. Pero he aquí que tan humilde amistad, por romántica que fuera, no podía darle la sensación de que nosotros compartiéramos íntegramente sus pensamientos; la naturaleza de estos dificultaba su comprensión a cualquiera; y su dolor era muy solitario. Si uno entraba de improviso en una habitación, quizá

encontrara a Stella llorando y, ante la dolorida confusión de quien hubiera entrado, Stella ocultaba al instante sus lágrimas y pronunciaba frases normales y corrientes, como si no pudiera imaginar que quien había entrado alcanzara a comprender su sufrir.

Y me parece que fue en ese momento cuando tu madre entró por primera vez en escena, un tanto tímidamente, contando casi diecisiete años. Sus cualidades de honradez y prudencia eran precisamente las que Stella más se inclinaba a apreciar, debido a que a menudo quedaba desorientada por los excéntricos y tormentosos estallidos que tu abuelo se permitía, y que Stella atribuía sencillamente a la grandeza de su intelecto, y también porque veía en la naturaleza y en la persona de Vanessa algo parecido al reflejo de su madre. Además, podía tratar a Vanessa casi como a una confidente, la única persona que no necesitaba que se hiciera por ella sacrificio alguno. Y no cabe duda de que Stella experimentaba aquel curiosamente íntimo sentimiento de orgullo que siente una mujer cuando ve virtudes femeninas bellamente expresadas por otra mujer que lleva en alto la antorcha con dignidad; y en este caso el orgullo era muy tierno y mezclado con maternal alegría. No sé hasta qué punto seré culpable de excesiva franqueza si descubro otra causa, nunca revelada, del aumento de la natural comprensión con Vanessa. Hacía entonces dos o tres años que el pretendiente que más destacaba entre todos, hacia el que tu abuela sentía gran simpatía y que la propia Stella toleraba, era John Waller Hills. Era un joven seco, de aspecto un tanto raído, que parecía en trance de abrirse paso a fuerza solamente de decisión e inquebrantable honradez; traía a la mente la imagen de un tenaz terrier de pelo como alambre, en cuyas obstinación y fuerza de su mandíbula parecía haber, en aquel tiempo en que todos los hados estaban en su contra, algo honorable que, contemplado con cierto humorístico sentido del deporte, resultaba incluso patético. Solía venir, domingo tras domingo, y consumir su hora de visita royendo la conversación igual que un terrier roe un hueso, pero persiguiendo siempre su objetivo, hasta que por fin lo conseguía. Su método era siempre igual. Sabía lo que quería, y a menos que le estallara de repente su sólido cráneo, y se abrieran a uno y otro lado suaves perspectivas sin límite, lo cual era increíble, no cabía dudar de que lo conseguiría —salvo en el caso concreto de que nos ocupamos. Ya que, a pesar de lo mucho que todos podían respetarle y encontrarle admirable en sus relaciones con los demás, poco había en ello que pudiera despertar amor a primera vista. Era cosa natural tener que estarle agradecida por fieles servicios prestados durante largos años, y recompensarle con un perpetuo asiento junto al fuego del hogar, y atribuirle el título de tío de los hijos de otra persona. Pero hacer caso omiso de todos esos tangenciales servicios y mirarle cara a cara, como a alguien capaz del supremo don, requería como juzgaba la propia Stella, larga consideración y llevaba a rechazarle reiteradamente. Cumplía muchos requisitos, pero la suma de lo que daba no era para ser recompensada con el amor. Sin embargo, Stella, después de la muerte de su madre, fue menos exigente, porque había perdido interés en su propio destino, y carecía de conceptos para oponerse a ello; Jack se mostró más insistente que en cualquier momento pasado, llegando a convertirse en una parte natural, aunque secundaria, de

Stella. No cabía la menor duda de que se había trazado un plan, trazado en un papel en su pequeña habitación de Ebury Street, y que se limitaba a seguirlo al pie de la letra. Pero incluso eso no dejaba de ejercer fascinación en una persona como Stella, tan propensa a considerarse meramente como la atmósfera que envolvía los cuerpos sólidos. Las largas visitas, en las que se daban tan largas pausas, o charla intermitente sobre temas indiferentes, la pesca del salmón o las novelas de Stevenson, tenían un innegable esplendor, una base de convicción en las intenciones, que les daban un carácter notable y penetraban en su mente igual que un bochornoso calor. Esto tuvo la virtud de que Stella adquiriera conciencia de sí misma y de dar solidez a gran parte de lo que flotaba a su alrededor, vago como una niebla, mientras desarrollaba sus actividades cotidianas. Pero eso amenazaba con destruir el acuerdo a que había llegado con su padrastro, del que tantas cosas habían llegado a depender. Era natural que Stella se volviera instintivamente hacia Vanessa, por muchas razones no formuladas y por una evidente, a saber: que solo Vanessa podía justificar la decisión de Stella en el caso, que a veces parecía posible, de que por fin accediera a contraer matrimonio con Jack. Y también tu madre se mostraba favorable, en silencio; sentía gran respeto hacia el señor Hills, y este respeto era bien aceptado y al mismo tiempo quedaba sancionado por la seguridad, que todos teníamos, de la devoción de él. Poco a poco, Stella llegó a estar pendiente de las visitas de Jack ya que, aun cuando estaba triste hasta el límite de la desesperación, y al mismo tiempo físicamente agotada, había en ella una pálida llama que crecía ante la perspectiva de una vida independiente, una vida al menos que dependiera solo de una persona. Porque cuando pasaron unos meses y se disipó la primera tormenta de la desdicha, Stella se dio cuenta de que se había entregado íntegramente a su padrastro; él esperaba que Stella se sacrificara íntegramente, y visiblemente había decidido, no sin razón, que Stella tenía una de esas hermosas naturalezas femeninas totalmente carentes de deseos propios. Stella tuvo que plegarse a ello, debido en parte a que era más fácil seguir igual que había comenzado, y en parte a que, ya que no le podía ofrecer compañía intelectual, debía darle lo único que tenía. Pero Jack, con la astucia del hombre de negocios que está enamorado, vio rápidamente cuál era la situación y le brindó una muy divertida rebelión. Estimó que los deseos y la salud de Stella eran mucho más importantes que los de un ser a quien trataba como si fuera una enciclopedia que debería guardarse en una estantería y a la que, caso de que se le ocurriera bajar a la primera planta de la casa, había que tolerar y seguirle la corriente en todos sus irracionales deseos. Stella no habría sido humana si ese cambio de punto de vista no hubiera representado un alivio para ella. Lentamente dio cabida en su mente al pensamiento de una nueva vida y reconoció que era Jack, y solo Jack, quien se lo había inspirado.

Pero Stella se había dejado caer hasta grandes profundidades de una especie de nevado letargo del que no podía despertar al primer contacto. Jack le propuso casarse con él en el mes de marzo (me parece), casi un año después de la muerte de su madre, y Stella le rechazó. La idea de la ruptura, del daño que ello causaría a la delicada tela de araña que no hacía más que empezar a trabarse sobre el abismo, quizá fue lo que la disuadió; y cuando Stella se enfrentó cara a cara con

el amor de Jack e intentó ceder a su pasión, a su honestidad, a todas sus caninas cualidades brillando en su máxima expresión, ¿encontró todavía en ella algo frío, meditativo, reflexivo, cuando todo debería haber sido consentimiento? Stella recordó lo que había sentido antes. Pero el verano tocaba a su fin; contemplaba con consuelo a Vanessa, y no faltaban las voces autorizadas que declaraban que aquel sacrificio, ya que este claro nombre le daban, era una cobardía y, al mismo tiempo, una falta de visión. En años venideros discutieron, su padrastro gozaba de su mayor consuelo gracias al hogar por ella organizado. Entretanto, Jack se comportaba con persistente paciencia; y Stella tuvo que confesar que había acumulado con Jack unas cuentas que eran serias, las contemplara como las contemplara; Jack significaba mucho en su vida. El verano tocaba a su fin, y nadie sospechaba, salvo quizá tu madre, el cambio que se había operado en la manera de pensar de Stella; todos confiábamos en ella de la misma manera que los hombres insensatos confían en un poder natural; porque a nuestro juicio era evidente que tenía que haber alguien que llevara a cabo las tareas realizadas por ella. Nos habían prestado una casa en Hindhead y, una tarde de fines de agosto, Jack llegó allá, se dirigía en bicicleta a algún lugar de la vecindad. Solía excusar sus visitas de este modo con tanta frecuencia que solamente sospechábamos la existencia de la habitual moderación de sus explosivas costumbres, además de esperar de Jack mucha información acerca de perros y bicicletas. Sus opiniones en estas materias gozaban de gran prestigio entre nosotros. Se quedó a cenar, lo cual también era característico de su método pero, después de cenar, se produjo una extraña alteración en las habituales normas de comportamiento. Stella salió de la estancia en compañía de Jack, para mostrarle el jardín o la luna, y con decidido ademán cerró la puerta tras ella. También nosotros teníamos cosas que hacer, y poco después seguimos el mismo camino que la pareja, equipados con una linterna, ya que teníamos la costumbre de cazar mariposas nocturnas después de cenar. Les vimos una o dos veces, siempre apresurándose a doblar una esquina; una o dos veces oímos el susurro de la falda de Stella, y una vez un murmullo. No obstante la luna estaba muy luminosa y no había mariposas. Stella y Jack habían regresado, al parecer, y nosotros volvimos a la sala de estar. Pero nuestro padre estaba solo, y se hallaba insólitamente inquieto, volviendo las páginas de un libro, cruzando las piernas y mirando el reloj una y otra vez. Entonces mandó a Adrian a la cama; luego, a mí; después, a Nessa y a Thoby; y no eran más de las diez, ¡y Stella y Jack aún no habían regresado! Entonces se produjo una pausa, y nos reunimos todos en el cuarto de Adrian, fríos, melancólicos y extrañamente incómodos. Tu tío Thoby descubrió a un vagabundo que pedía comida en el jardín, le echó con gran elocuencia y sentimos un poco de miedo, porque no era una noche normal y estaban ocurriendo cosas que no auguraban nada bueno. Tu abuelo paseaba por la terraza, arriba y abajo, arriba y abajo. Estábamos todos despiertos, todos a la expectativa. Por fin, alguien miró por la ventana y exclamó: «¡Stella y el señor Hills vienen juntos por el sendero!». ¿Iban cogidos del brazo? ¿Supimos de repente todo lo que no habíamos osado suponer? De todos modos, lo

cierto es que cada cual se fue corriendo a su cuarto, y poco después llegaba Stella, ruborizada con el más bello color de rosa, y nos dijo lo feliz que era.

Desde luego, la noticia fue recibida con el habitual clamor que, en estas ocasiones, siempre amenaza con ahogar la manifestación de la única verdad. En estas ocasiones, las familias llegan a su punto más alto y también, quizá, al más bajo. Recuerdo que tu abuelo reprendió a no sé quién, al que encontró llorando, y le dijo que el hecho de que Stella fuera feliz debía hacernos felices a todos, y nada más. ¡Decía verdad, ciertamente! Pero, en el instante siguiente, se estaba quejando ante ella gimiendo que le había asestado un golpe irreparable. Entonces George y Gerald, que prodigaban besos y que hacían cuanto podían para que Jack y ella estuvieran solos, no tardaron en dar a entender a Stella que habría dificultades si Jack venía a la casa con excesiva frecuencia. Inmediatamente, y sin el más leve matiz de queja, Stella repuso: «Es inútil, los hombres son así», y Kitty Maxse,<sup>16</sup> que tenía entre nosotros el prestigio de atesorar profundos conocimientos y exquisita capacidad de comprensión, lo cual era una combinación irresistible, confirmó categóricamente la triste opinión que Stella tenía de los hombres en general: «Es inútil».

Desde el principio, el compromiso matrimonial de Stella estuvo a merced de muchas fuerzas; de todas maneras, hubo paseos en Hindhead, una semana que pasaron juntos en Corby,<sup>17</sup> y Jack encontró pretextos para cenar con nosotros todas las noches en Londres, y se quedaba hasta muy tarde, hasta el momento en que George bajaba e invocaba las normas de decente comportamiento o insistía, no sin razón, en que Stella debía descansar. Había una cosa que superaba todos esos disgustos y que era maravilloso contemplar: el exquisito estremecimiento de vida que de nuevo ardía en Stella; brillaban sus ojos y sus pálidas mejillas resplandecían constantemente en pálido color de rosa. Reía y también hacía sus cariñosas bromas. De vez en cuando el temor se apoderaba de ella, la dominaba; su vida tocaba a su fin; pero allí estaba Jack para apartarla razonablemente de sus temores, para besarla, para hablarle de un futuro equilibrado, con mucho interés y mucho contenido. Stella había llegado a sostenerse por sí misma, con los pies dolorosamente asentados en la vida real, y en su amor había, ahora, tan poca subordinación como se pueda imaginar. Ciertamente es que Jack tenía más ganas de vivir que ella, pero Stella daba y tomaba con los ojos abiertos de par en par. Era hermosa; era, una vez más, un vuelo con las alas desplegadas en el aire, arriba.

Pero estas dificultades y celos abocaron al cabo de muy poco tiempo en una formidable pregunta. ¿Dónde viviría, después de casarse? Tu abuelo había dado por sentado que Stella no le abandonaría, pues se había convertido en un ser indispensable; y en el primer arrebatado de su alegría, tanto Stella como Jack acordaron que sí, que era posible vivir en Hyde Park Gate. Luego empezaron a estudiar el asunto de las habitaciones, las costumbres, las conveniencias y los derechos, y pronto se vio claramente que el plan era imposible. Y si empezaban mal, los desastres se acumularían. Stella estaba convencida de ello, ya que había empezado a albergar una idea correcta de su independencia como esposa, y George y Gerald estaban de acuerdo con ella. Sin

embargo, es revelador del estado de ánimo de tu abuelo, en aquellos tiempos, el que siguiera contando con la temeraria promesa de los novios, como si fuera una solución justa y natural que no necesitaba ulterior consideración. Su despertar de esta creencia forzosamente tenía que ser penoso, y ambas partes dijeron muchas palabras hirientes; habían hecho una promesa y luego le habían abandonado. Sin embargo, una noche Stella fue sola al estudio de tu abuelo y le explicó sus sentimientos. No puedo decir lo que le dijo y lo que él contestó, pero después de aquello y durante algún tiempo, tu abuelo no pudo oír hablar del matrimonio sin soltar un profundo gemido y explicar con gran detalle, a poco que le dejaran, lo mucho que sufría y las pocas razones que tenía para estar alegre. Sin embargo, Stella era muy paciente y ahora, bajo la influencia de Jack, sabía ver la otra cara de las observaciones de su padrastro. Había indicios de que, con el paso de los años, gozaría de una deliciosa relación de compañerismo con él. Stella y Jack alquilaron una casa al final de nuestra calle, lo cual no dejó de ser una transacción, y a principios de abril de 1897 se casaron.

Se había hablado tanto de la pérdida, de la soledad y del cambio, que resultó sorprendente descubrir que, al día siguiente, en casa todo seguía casi igual. Fuimos a Brighton y empezaron a llegar cartas de Stella desde Florencia, y de Jack, con promesas alentadoras como la primavera de nueva intimidad en el futuro. En realidad, ya era un alivio el que existiera una casa distinta, con una base diferente a la de la nuestra, libre, cabía presumir, de nuestra tristeza; bajo estas influencias esa tristeza parecía aligerarse. Tu abuelo, al quedarse solo con nosotros, quedó sin duda muy afectado por nuestra rudeza y falta de comprensión, pero también mostraba gran interés en nuestro desarrollo, y comenzó a sorprendernos con observaciones, hechas de buen grado, acerca de cuestiones de arte y de literatura. Dijo que Thoby se estaba convirtiendo en un «gran muchacho»; descubrió de repente que tu madre se había vuelto «muy hermosa»; en resumen, entablar amistad con nosotros pasó a ser el gran deseo de su vida, y el matrimonio de Stella parecía abrir el camino hacia este fin. También nosotros teníamos nuestra teoría acerca de la manera de tratar a nuestro padre, que no era la manera de Stella, pero que prometía mucho. El caso es que, cuando llegó el momento de regresar a Londres, ansiábamos verla de nuevo y teníamos muchas cosas que contarle, así como mucha curiosidad por ver cómo iba a vivir. Pero la misma mañana en que regresamos recibimos una carta de George diciendo que Stella estaba en cama con un resfriado. Al llegar a casa, Stella había empeorado un poco. Casi inmediatamente tuvimos la impresión de que nos hallábamos ante una grave enfermedad: enfermeras, consultas, cambios de impresiones y conversaciones en susurros. Se apoderó de nosotros como una pesadilla, despertando terribles recuerdos, enfrentándonos con una posibilidad en la que ni siquiera podíamos creer, y luego, igual que una pesadilla, todo se había esfumado; dijeron que Stella se estaba recuperando. Incluso anduvo un poco de un lado para otro, vino a almorzar y a tomar el té con nosotros, y fue a pasear a los jardines de Kensington. Pero tuvo una recaída, y luego otra, y los médicos ordenaron que no saliera de su habitación en una temporada. Sin

embargo, nos permitieron visitarla, y parecía que, si bien aquella temporada estuvo atravesada por terribles temores, a los que a pesar de todo nos acostumbramos, aun sin tener nunca seguridad, nuestras esperanzas iban a convertirse en realidad. De hecho, Stella era feliz; se mostraba menos pesimista que antes, menos modesta que en cualquier momento anterior, como si Jack, por fin, la hubiera convencido de su valía. Realmente, este fue un servicio gracias al cual se podían perdonar muchas cosas y, por otra parte, bajo la influencia de su gran presencia y serenidad, Jack se había liberado en gran medida de su difícil manera de comportarse, de su enfática insistencia en los lugares comunes del vivir, y se mostraba leal y amable como siempre había sido, pero más dulce, más sensible y con una percepción mucho más afinada. Quizá solo necesitaba esa felicidad para limar todas sus aristas, creadas sin duda alguna por el agujón que había tenido dentro durante años, a fin de abrirse paso por entre tantos obstáculos. Todas las disposiciones de Stella tuvieron éxito; su padrastro tomaba el té habitualmente con ella, y Stella se maravillaba de la recia salud y su buen ánimo y él la trató con gran ternura desde que supo que Stella iba a ser madre. George y Gerald la veían aparte. Tu madre comenzó la «vida de sociedad» aquel verano, y Stella sintió uno de los más puros placeres de su vida al contemplar la belleza de tu madre e imaginar sus éxitos. Stella sentía lo que una madre habría sentido, y esta era la clase de éxito que mejor podía comprender Stella, puesto que había intentado conseguirlo. Pero cayó enferma una vez más. Casi en un instante, su vida estuvo en peligro, pero esta vez el peligro no desapareció, sino que creció y creció, hasta que, bruscamente, supimos que lo peor había ocurrido ya. Incluso ahora, parece increíble.

## CAPÍTULO CUARTO

En ocasiones de desconcierto tan grande, como aquella en la que nos encontrábamos, ocurre que una persona se convierte inmediatamente en la figura central, como si fuera la única figura sólida, y en esa ocasión fue tu madre. Muchas razones concurrieron para que adquiriese esta preeminencia. Cumplía los deberes que hasta hacía muy poco tiempo había cumplido Stella; tenía la belleza y parte del carácter que, forzando solo un poco la imaginación, podíamos aceptar como dignos de proseguir la tradición, ya que, en el enfermizo estado de ánimo en que nos hallábamos, habitados por grandes fantasmas, insistíamos en que ser como nuestra madre o como Stella representaba alcanzar la cumbre de la humana perfección. Vanessa, que a la sazón contaba dieciocho años, fue exaltada, de la más trágica manera que quepa imaginar, a esa extraña posición, pletórica de poder y responsabilidad. Todos fijamos la mirada en ella, y ella se comportó como una joven reina bajo el peso de su atuendo ceremonial, con perplejidad y tristeza, sin saber con certeza el camino que debía seguir. La inmediata necesidad era consolar o, mejor dicho, hacer compañía a Jack. Había perdido infinitamente más de lo que cualquiera de nosotros podía calcular; parecía que su dolor se proyectaría en años futuros dejándolos estériles y, al mismo tiempo, proyectando amarga luz en su pasado. Jamás hubo pérdida tan cruel, porque fue cruel de la manera más despiadada. Como un animal atontado por un golpe en la cabeza, se dedicó metódicamente a su trabajo, triste y fatigado, prestando brusco y mecánico interés a cuestiones de orden práctico, como la construcción de una bicicleta o el número de hombres que habían muerto en la batalla de Waterloo. Pero por la noche venía y se sentaba al lado de tu madre, relajaba su fuerte tensión y farfullaba cuanto podía expresar de su dolor. ¡Pobre hombre sin capacidad de expresión! A su torpe manera había rendido culto a la belleza; fue un largo aprendizaje; y seguramente puso en duda, a medias consciente, el que algún día pudiera alcanzar otra vez tan altas cumbres. Stella había sido su cumbre más alta, durante toda su tenaz juventud; la había amado, lo mismo que a la madre de Stella, con toda su capacidad de amar; las dos habían sido para él poesía y juventud. Un ser de gran espíritu quizá hubiera conservado el eco, pero Jack era más propenso a fijar la vista, sin parpadear, en la dureza de su pérdida, de la misma manera que habría contemplado el daño que le hubiera infligido un enemigo humano carente de escrúpulos. Su actitud era valiente, ciertamente, de una manera obstinada; sin embargo, había en ella poca esperanza, y amenazaba con paralizar su futuro.

Tal como he dicho, tu madre, al recibir este legado, con todas sus complicaciones, quedó desorientada; muchas eran las exigencias que le formulaban; en cierto sentido, era muy fácil llegar a ser lo que se esperaba que fuera, teniendo tales modelos, pero también era muy difícil seguir

siendo ella misma. Tenía solo dieciocho años y, cuando debía haberse comportado con libertad y tentando el camino, se le exigía que fuera rígida y exacta. Y ocurrió que, al principio, se comportó como si supiera la lección de memoria, pero como si muy poco significado tuviera esta lección para ella; ante George se portaba con cariño y obediencia; ante Gerald, con afecto; ante su padre era útil y ante nosotros, protectora. Era más que una persona. Supongo que quedó desolada por la muerte de Stella, privada de una feliz relación que día tras día se había hecho más íntima, y también tenía muchas responsabilidades que no podía compartir con una mujer mayor que ella. Extraña era su situación, en consecuencia; y un observador animado por el afecto muy bien habría podido preguntarse con ansiedad con qué clase de ánimo podía Vanessa luchar contra esa situación. Una sola mirada habría bastado a ese observador para tranquilizarle y, al mismo tiempo, sin embargo, darle un motivo diferente de ansiedad. Vanessa parecía tan disciplinada y tan madura que, evidentemente, nunca podría cometer una insensatez, pero había al mismo tiempo en los ojos y en la frente, y en la boca apasionada, algo tan prometedor en relación con su pensamiento y evolución que se advertía con claridad que esa quietud no duraría mucho tiempo. Aquella calma momentánea era un escudo instintivo para proteger sus sentimientos heridos, pero no tardarían en recobrase y actuarían sobre las dificultades tan profusamente acumuladas ante ellos. Pero ¿con qué consecuencias?

Vanessa era hermosa, pero no había vivido dieciocho años sin revelar que también tenía un cerebro poderoso, ágil y decidido. Ya lo había demostrado de niña, discutiendo con Thoby; en ocasiones atacaba directamente el meollo del asunto, tanto si se trataba de cuestiones de arte como de moral. En secreto, también era sensible a todo género de belleza de formas y colores; pero lo ocultaba, debido a que su parecer no era acorde con el de quienes la rodeaban, y temía molestarles. Además, era tan rápida descubriendo la insinceridad en la manera de ser como la falacia en las argumentaciones, y una y otra quedaban muy mal paradas; en este aspecto, su criterio era rígido. Sin embargo, una especie de instintiva sinceridad la vinculaba a ciertas personas, y esa fidelidad era inquebrantable; quizá fuera incluso excesivamente instintiva. Este era el sentimiento que albergaba para con Jack antes de su matrimonio, y también el rasgo primordial de su devoción por su madre y por Thoby. Si su madre hubiera vivido, es fácil imaginar a Vanessa buscando a su alrededor, como un perro diligente, haciendo experimento tras experimento, discutiendo, pintando, haciendo amigos, revelando engaños, con la consiguiente diversión de su madre, que se hubiera deleitado con el espíritu y las aventuras de su hija, hubiera lamentado su carencia de sentido práctico, hubiera reído con sus fracasos y hubiera gozado con su inteligencia. Pero esto es algo que, si bien debería ocurrir, por increíble que parezca, nunca ocurrió, pues la muerte puso término a todas esas cosas exquisitas en preparación. En cambio, Vanessa quedó, en primer lugar, desorientada por la muerte de su madre y por la anómala vida que esto implicó para nosotros durante un tiempo, y, en segundo lugar, la muerte de Stella la situó en unas circunstancias totalmente nuevas.

Las personas que siempre tienen que guiarse por señales evidentes, como el color de los ojos o la forma de la nariz, y a las que les encanta inventar fórmulas melodramáticas en la vida, como si fuera una novela sensacionalista, la aclamaron entonces como heredera por mandato divino de todas las virtudes femeninas, y sus mentes nubladas les hicieron olvidar que tu abuela era una mujer de rasgos muy definidos, en tanto que los de Stella eran vagos, y con esos rasgos crearon un modelo para que Vanessa lo imitara, bello en la superficie, pero fatalmente insípido en su interior. Una vez más, tuvimos que soportar las expresiones de condolencia; oímos una y otra vez que nunca había sucedido una tragedia tan grande; a veces, lo ocurrido aparecía casi bajo la luz de una obra de arte; pero más a menudo era una catástrofe informe, de la que nunca más nos podríamos recobrar. Pero afortunadamente había llegado el momento de partir de Londres. Habíamos alquilado una casa en Painswick; y los inaguantables plañideros que venían a expresar sus condolencias, parientes y amigos, regresaron a sus casas.

Pero para nosotros la tragedia no hacía más que empezar; tal como ocurre con otras heridas, el dolor quedó amortiguado en los primeros momentos, pero se hizo sentir después, cuando empezamos a movernos. Todas nuestras circunstancias eran dolorosas, o bien sufríamos una sorda incomodidad, una especie de inquietud y falta de rumbo, que era todavía peor. Este tipo de infortunio suele concentrarse en un objeto, si es que puede encontrarse, y había, por desdicha, una figura que servía muy bien a este fin. Tu abuelo se mostró extrañamente diligente, y tan pronto nos dimos cuenta de ello, fijamos la vista en él, y hallamos justa causa de ira. Recordamos el modo en que había abusado de las fuerzas de Stella y amargado sus pocos meses de felicidad y, ahora, cuando debería estar arrepentido, era quien menos dolor mostraba. Al contrario, nadie era más vigoroso, e inmediatamente aparecieron indicios, lo que nos volvía locos de preocupación, de que estaba plenamente dispuesto a convertir a Vanessa en su próxima víctima. Cuando él estaba triste, explicó, también Vanessa debía estarlo; cuando él se irritaba, lo cual hacía periódicamente cuando Vanessa le pedía un cheque, ella debía llorar; en cambio, se quedaba ante él como una piedra. Una muchacha con carácter no podía tolerar semejantes discursos, y cuando los relacionó con otras palabras por el estilo dirigidas a su hermana recientemente muerta, e incluso a su madre, no es de sorprender que la invadiera una ira sin atenuantes. Convertimos a tu abuelo en la encarnación típica de cuanto odiábamos en nuestra vida; era el tirano de inconcebible egoísmo que había sustituido la belleza y la alegría de las muertas por la fealdad y el pesimismo. Nos comportamos con amargura, con dureza y, en gran medida, con injusticia, pero incluso ahora me parece que algo de verdad había en nuestro agravio, y causa suficiente de que ambas partes no pudieran, por el momento y de manera inmediata, llegar a un buen entendimiento. Si tu abuelo hubiera tenido diez años menos, o nosotros diez años más, o si hubiera habido una madre o una hermana para mediar, se nos habría ahorrado mucho dolor, ira y soledad. Pero una vez más la muerte arruinó lo que debería haber sido en justicia.

También concurría otra causa que nos inquietaba y nos impedía juzgar con claridad. Jack, que

estaba pasando un verano terrible en Londres, nos visitaba todos los domingos. Estaba cansado y taciturno, y parecía que su único consuelo consistiera en pasar largas horas en compañía de tu madre o en la mía, en una pequeña glorieta del jardín; hablaba, si es que hablaba, de Stella y del pasado; cuando las palabras parecían carecer de sentido, se producían silencios; recuerdo la forma de un arbolito que se alzaba en un hoyo ante nosotros; recuerdo que permanecía sentada, cogiendo la mano de Jack, y que este árbol llegó a ser para mí el símbolo del dolor, porque era silencioso, sufrido y estéril. Pero de vez en cuando Jack decía algo amargo, aunque moderado, acerca de tu abuelo y la manera en que había tratado a Stella, y de que su muerte no lo había entristecido. Esto bastaba para exacerbar todos nuestros sentimientos adversos hacia tu abuelo, ya que sentíamos vivos deseos de ayudar a Jack, y en verdad él parecía la persona que mejor comprendía nuestro dolor. Pero, aun cuando al principio yo compartía por igual con Vanessa esas vigiliás al lado de Jack, poco a poco, ella empezó a gozar más que yo de su simpatía y confidencias; y tan pronto como ese favoritismo apareció, se hizo más marcado y duradero. Vanessa era la persona que, de modo natural, debía estar al lado de Jack, y por otra parte, como he dicho, hacía tiempo que sentía por él un afecto que, a pesar de ser inmaduro, era el punto de partida de sentimientos más ágiles y fervientes, y ahora el incentivo era más alentador.

Pese a la profunda tristeza de todo lo dicho, la faceta más intolerable radicaba en la conciencia de las diferencias de carácter y de objetivo, reveladas día tras día, entre personas que deben convivir. Stella había unido muchas cosas que, sin ella, eran incompatibles. Nosotras (a partir de ahora, este «nosotras» significa tu madre y yo) paseábamos a solas siempre que podíamos, y hablábamos del estado de las diferentes partes interesadas en aquella situación, concluyendo que existía la amenaza de que todas ellas confluyeran en un ataque contra la persona de Vanessa. Por el momento, solo se trataba de una amenaza, pero un hombre o una mujer con conocimiento del mundo, como George, por ejemplo, o como Kitty Maxse, ya podían predecir la suprema lucha del futuro. La decencia impedía hablar con claridad, pero no cabía duda de que la suspicacia estaba alerta, y se manifestaba en una inquietud e intensidad de sentimientos, en George, que nosotras percibíamos pero no sabíamos interpretar. Verdaderamente, George se había convertido en una figura importante, y seguiría siéndolo. Había alcanzado muy pronto tanta intimidad con nosotras que no es de sorprender que, en el estado de ceguera en que nos hallábamos, hiciéramos juicios precipitados y crédulos respecto a él. Otrora, cuando éramos niñas, George había sido un héroe para nosotras; fuerte, apuesto y justo, nos enseñó a comportarnos con rectitud y a decir la verdad, y nos sonrojábamos de placer cuando nos alababa. Y, en la medida en que podíamos saberlo, también el resto del mundo aplaudía a George. Tu abuela gozaba en gran manera con su trato y compañía, y nosotras, sentimentales como suelen ser las niñas, creíamos que George era como el marido muerto de tu abuela, y quizá no nos equivocábamos. Sus triunfos con condesas italianas y con los relojeros de los barrios bajos, que le revelaban los más íntimos recovecos de su corazón, formaban parte de nuestra cotidiana leyenda; y, después, jugaba con nosotras en el jardín trasero, y

fingía, pues ya intuíamos que era apariencia, leer las historietas que escribíamos como deberes escolares. A nuestro juicio, su alma, su carácter y sus afectos eran immaculados, y diariamente conseguía esas inquietantes y misteriosas victorias que la virtud, en los libros, alcanzaba sobre el intelecto. Gerald, por extraño que pueda parecer, representaba el intelecto en esta lucha. En realidad, George era un joven poco inteligente y de naturaleza bondadosa, con profusos y volubles afectos, que reprimió en vida de su madre. Sin embargo, cuando ella murió, el dique se desmoronó; se mostró tan triste, tan afectuoso, con unos planes que carecían por completo de egoísmo, que todas las mujeres cantaban por todo lo alto sus alabanzas, en tanto que los hombres se mostraban conmovidos por sus generosas virtudes, y al mismo tiempo un tanto intrigados. ¿A qué se debía que George fuera tan diferente de los otros hombres? Desde luego, inteligente no era pero sí de natural bondadoso, aunque estas cualidades no eran planas; estaban sujetas a modificaciones, confusiones, alteraciones y exaltaciones, y nadaban en un mar de súbitas emociones, de manera que nos dejaba totalmente desorientadas y sin saber a qué atenernos. Parece que la naturaleza le había dotado de abundante vigor, pero había olvidado darle un cerebro eficaz que lo regulara. El resultado fue que todas las impresiones que aquel muchacho bueno y pacato recibió en la escuela y la universidad permanecieron en él cuando llegó a hombre, no se ampliaron, pero violentos soplos de emoción las hinchaban, dándoles enormes proporciones, y demostró, en creciente medida, ser incapaz de contenerse. De esta manera, en nombre de la generosidad, se permitió cometer actos que un hombre más inteligente habría considerado tiránicos y, creyendo profundamente en la pureza de su amor, se comportaba como un bruto, o poco menos. Hasta qué punto se engañaba voluntariamente a sí mismo, hasta qué punto era capaz de comprender, y qué clase de malabarismos se producían en las tinieblas de su mente era una incógnita que nosotras nunca conseguimos resolver. La combinación de algo parecido al razonamiento y de algo distinto a todo salvo al instinto irracional siempre nos confundió, nos engañó y nos indujo a confiar y a sospechar de él, alternativamente, hasta que afortunadamente su matrimonio dio a estas especulaciones el carácter de una ocasional diversión del intelecto.<sup>18</sup> Pero en aquellos tiempos su posición parecía perfectamente definida; era el sencillo ser doméstico, de profundos sentimientos que, llevado por su innata bondad, ahora que el más grande afecto de su vida había desaparecido, se había propuesto hacer cuanto estuviera en su mano para convertirse en nuestra madre, hermana y hermano en una sola pieza. Pasó las vacaciones con nosotros y estaba siempre dispuesto a salir de paseo con tu abuelo, o a hablar con Vanessa de las dificultades con que ella tropezaba, o a preparar pequeños planes para nuestra diversión. ¿Quién puede decir que no había verdadero afecto en todo ello? ¿No era un intento de hacer lo que él creía correcto, en contra de su inclinación? Pero también podemos preguntarnos: ¿quién puede distinguir el bien del mal, el sentimiento del sentimentalismo, la verdad de la actitud fingida? No obstante nosotras éramos sencillamente crédulas, y estábamos dispuestas a proyectar nuestra convencional forma heroica sobre el tumulto de su carácter. La virtud, al parecer, salía siempre victoriosa. Estas eran

las figuras que parecían haber sido reunidas incongruentemente en medio del torbellino; y no era necesario tener visión profética para prever la colisión, la fractura y, por fin, el distanciamiento de las distintas partes. Y así fue. ¿Dónde estamos ahora aquellos que tan íntimos fuimos?

Al terminar el verano, Jack nos invitó con gran insistencia a pasar una semana en Corby; iríamos allí para amortiguar el golpe de su primera visita a su casa, o para enterarnos de algo que solo si íbamos podríamos saber; pues cuando se examinan los sentimientos con el potente microscopio que nos da el dolor, es pasmoso ver cómo se estiran, como la más fina lámina de pan de oro, sobre inmensas extensiones de contenido sustancial. Y nosotras, que no éramos más que unas pobres niñas, considerábamos que era nuestro eterno deber ir en busca de estos átomos, fuera cual fuese la superficie del ancho mundo, océanos o montañas en que se hallaran esparcidos. Es lamentable recordar las horas que pasábamos entregadas a tan minuciosas especulaciones. O bien Jack expresaba un deseo, o bien nosotras creíamos adivinarlo, y entonces sentíamos que debíamos idear o encontrar para él el consuelo adecuado, era la oscilación diminuta, pero para nosotras gigantesca, hacia aquí o hacia allá, del curso de los acontecimientos. Y podíamos rescatar un granito o cerrar un puntito determinado, con lo que nuestra inmensa tarea de reunir todos los fragmentos de su vida desgarrados avanzaba la amplitud de un átomo. El mismo Jack no podía darse cuenta en detalle de lo que hacíamos por él, pero ciertamente había llegado a comprender en conjunto nuestro empeño o, mejor dicho, el empeño de Vanessa. Empezó a sentir, a gozar, una regular e impremeditada satisfacción con la compañía de Vanessa, sin advertir, creo yo, ya que a veces sentía celos, ni uno solo de la multitud de minúsculos reajustes que intervenían en su frecuente presencia. Pero eso demostraba, lo mismo que un sueño reparador, que el proceso de curación había empezado bien. Fuimos a Corby y allí pasamos una de las semanas más intensamente desgraciadas de nuestra vida, y quizá nuestra desdicha se debía en parte a que Jack no veía todos nuestros esfuerzos y a que el mundo exterior los ignoraba totalmente. De vez en cuando me rebelaba contra Jack de la manera en que antes solía hacerlo, pero inmediatamente tenía la sensación de haber cometido un acto de traición, cuando pensaba en el silencio con que Vanessa, como quien posee un conocimiento incommunicable, escuchaba mis quejas.<sup>19</sup>

## Apunte del pasado (Nota de la editora)

«Apunte del pasado» abarca el mismo período que los anteriores recuerdos, aunque desde un punto de vista tan diferente que no se da repetición alguna digna de consideración. Virginia Woolf cuenta casi sesenta años cuando empieza este escrito autobiográfico. Ese momento de su vida, 1939-1940, es la plataforma desde la que explora el significado contenido en ciertas experiencias de su infancia y algunas figuras predominantes en ese mundo y que quedaron indeleblemente grabadas en ella. Los primeros recuerdos la conducen, a través de la figura central de su madre, a St. Ives, Cornwall, y a Talland House, donde los Stephen pasaron las vacaciones de verano desde 1882 hasta 1894. Este idílico mundo «rural» queda contrastado por las descripciones de la vida en Londres, donde los jóvenes Stephen iban creciendo, en Hyde Park Gate, 22, envueltos en una amplia red de relaciones con parientes y amigos en cuyo centro siempre encontramos a Julia Stephen. Una vez más se relata el aplastante efecto de su muerte, así como el comienzo de la reorganización de la vida familiar alrededor de Stella, la hija mayor de Julia. La primera manifestación de la enfermedad mental de Virginia se presenta en esta época, pero esto se menciona solo en una versión anterior, eliminada, con la referencia MH/A.5c. La nueva disposición de la vida familiar es alterada por primera vez por el matrimonio de Stella con Jack Hills, y más tarde queda aniquilada por la muerte de Stella, apenas tres meses después. Las tensiones en el seno de la familia, que apenas parecían existir en vida de Julia y que quedaron atenuadas durante el reinado de Stella, adquirieron entonces un carácter más pronunciado; las chicas Stephen, serias y de mentalidad abierta, se ven obligadas a someterse a los planes trazados por George Duckworth para conseguir que prosperen, que entren en la vida «de sociedad», brillante, vacía y convencional; las jóvenes Stephen se rebelan en silencio contra Leslie Stephen, ya envejecido, cada día más sordo, crecientemente aislado de la realidad y que, en ocasiones, trata a sus hijas de modo rudamente tiránico. El mundo exterior empieza a ejercer una mayor influencia en la vida de los Stephen y este escrito autobiográfico termina con un día característico, alrededor de 1900, de esta familia victoriana de la clase media alta.

Virginia Woolf empezó «Apunte del pasado» el 18 de abril de 1939, para descansar de la agotadora tarea de escribir la biografía de Roger Fry. La última fecha de escritura que Virginia Woolf hizo constar en el manuscrito es la del 17 de noviembre de 1940, es decir, unos cuatro meses antes de su muerte. El texto que sigue está basado en dos escritos mecanografiados diferentes, uno de ellos conservado en la Biblioteca de la Universidad de Sussex (MH/A.5d) y el

otro en la Biblioteca Británica (BL. 61973). No cabe la menor duda de que fueron escritos con la intención de ser el uno continuación del otro. Si estos escritos hubieran quedado terminados, habrían sido, con toda seguridad, considerablemente revisados y ampliados.

El texto A.5a está integrado por setenta páginas mecanografiadas por Virginia Woolf, con correcciones efectuadas por ella con tinta negra y lápiz plomo blando, y también con correcciones a cargo de Leonard Woolf, hechas con tinta azul. Estas últimas correcciones se centran en puntuación, ortografía, aclaraciones de lo añadido a mano por la autora y limpieza de los errores mecanográficos de más difícil comprensión. Dichas correcciones se han conservado en todos los casos en que están de acuerdo con los criterios sentados en la «Nota preliminar».

El texto BL 61973 es un texto mecanografiado contenido en una carpeta (de la que ha sido extraído) titulado por Virginia Woolf «Apunte del pasado I» y numerado de la página 70 a la 147. La página 132 ha desaparecido. Fue corregido tanto a pluma como a lápiz por Virginia Woolf y también fue corregido e interpretado por Leonard Woolf a pluma y lápiz. Las primeras diez páginas, que están fechadas el 19 de junio de 1940, están escritas con una máquina distinta a la del cuerpo principal de la obra. Los Woolf, que durante la guerra vivieron en Monks House, estuvieron en Londres en Mecklenburgh Square durante tres días, del 17 al 20 de junio de 1940, según Oliver Bell. El texto mecanografiado de la Biblioteca Británica es una revisión muy reelaborada y pulida del manuscrito MH/A.5d que fue transcrito en la edición original de *Momentos de vida* (en las páginas 107-137). Sin embargo, las primeras veintisiete páginas (numeradas de la 70 a la 96) representan un material totalmente nuevo del que no existe versión manuscrita conocida, aparte de un fragmento manuscrito de ocho páginas de la colección Berg: «La mesa de té era el centro de la vida victoriana...». Dos de las entradas tienen fechas anteriores a las de las entradas del citado manuscrito, pero no hay duda de que el texto mecanografiado es una versión posterior, ya que contiene muchas notas marginales del manuscrito y está mucho más pulido en todos los aspectos. En muchos casos, Virginia Woolf no se molestó en suprimir el material que procedió a rehacer directamente. Esos pasajes han sido omitidos en la presente edición, salvo cuando sirven para aclarar su opinión o son de interés por sí mismos. En tales casos, el material reelaborado ha sido incluido en una nota a pie de página. La sección relevante del texto MH/A.5d ha sido incluida entre corchetes para sustituir la página perdida del texto BL 61973, así como el último párrafo del texto MH/A.5d que contiene material no reelaborado en el texto mecanografiado.

Entre los documentos de Monks House hay otros textos relacionados con los dos aquí utilizados, el A.5b, el A.5c y el A.13a. Su valor radica principalmente en que da indicios acerca del método de trabajo de Virginia Woolf. El más interesante de ellos es el A.5c, manuscrito de veintiuna páginas, parte del cual es una versión anterior de una parte del A.5a. Alguna que otra vez ha sido útil para aclarar aspectos poco claros de este último. El resto del texto A.5c consiste en listas de nombres, hechos e ideas, para su posterior desarrollo, y en breves apuntes de otras

figuras relacionadas con los Stephen, que no aparecen en la revisión «a». Estos textos, comparados con el texto mecanografiado «a», más cuidadosamente revisado, y con el texto manuscrito «d», menos comprobado, nos ofrecen una visión de las diferentes etapas por las que probablemente pasaba la obra de Virginia Woolf, desde las notas aproximativas y los primeros apuntes provisionales hasta el borrador ya próximo a la última etapa, además, desde luego, de las revisiones totalmente escritas a máquina, que podían ser muchas.

## Apunte del pasado

Hace dos días —el domingo 16 de abril de 1939, para ser exactos—, Nessa dijo que, si yo no me ponía a escribir mis memorias, pronto sería tan vieja que no podría hacerlo. Tendría ochenta y cinco años, y lo habría olvidado todo, como demuestra el triste caso de lady Strachey.<sup>1</sup> Comoquiera que estoy harta de escribir la vida de Roger, quizá pase dos o tres mañanas escribiendo un apunte.<sup>2</sup> Hay varias dificultades. En primer lugar, el enorme número de cosas que recuerdo, y en segundo lugar, las muy distintas maneras en que cabe escribir unas memorias. Por ser una gran lectora de memorias, conozco muchos diferentes modos. Pero si empiezo a examinar esas memorias y a analizarlas y a fijarme en sus méritos y defectos, voy a emplear en ello las mañanas —no puedo dedicar más que dos o tres—. De modo que, sin detenerme a escoger el camino que debo seguir, en la seguridad y cierto conocimiento de que el camino se trazará por sí solo —y de que si no es así poco importa—, empiezo: el primer recuerdo.

Eran unas flores rojas y moradas sobre fondo negro, el vestido de mi madre. Y ella estaba sentada en un tren o un autobús, y yo me encontraba en su regazo. De modo que veía muy de cerca las flores que llevaba; y todavía puedo ver el morado, el rojo y el azul, me parece, contra lo negro; seguramente eran anémonas. Quizá íbamos a St. Ives, aunque es más probable —ya que, a juzgar por la luz, tenía que ser de noche— que regresáramos a Londres. Pero desde un punto de vista artístico es más cómodo suponer que íbamos a St. Ives, ya que esto llevará a mi otro recuerdo, que también parece ser el primero, y que, en realidad, es el más importante de todos mis recuerdos. Si la vida tiene una base sobre la que sostenerse de pie, si es un cuenco que se llena y llena y llena, en este caso mi cuenco, sin la menor duda, se apoya en este recuerdo. Es el recuerdo de estar en la cama, medio dormida, medio despierta, en el cuarto de los niños de St. Ives. Y es oír olas al romper, una, dos, una, dos, y enviando el agua a la playa; y después, rompiendo, una, dos, una, dos, detrás de una persiana amarilla. Es oír cómo la persiana arrastraba por el suelo la pequeña pieza en forma de bellota, al extremo del cordón, cuando el viento impulsaba la persiana hacia fuera. Es estar acostada y oír el agua, y ver esa luz, y sentir, es casi imposible que yo esté aquí; sentir el más puro éxtasis que se pueda concebir.

Podría consumir horas intentando escribir esto tal como debiera escribirse, a fin de comunicar aquella sensación que incluso en este momento experimento con mucha fuerza. Pero no lo conseguiría (a no ser que tuviera una suerte maravillosa); me atrevo a decir que solo habría podido tener esa suerte si hubiera empezado por describir a la propia Virginia.

Y aquí me encuentro ante una de las dificultades del escritor de memorias, una de las razones

por las cuales, a pesar de haber leído tantas memorias, tantas de ellas son un fracaso. Dejan fuera a la persona a quien le ocurren las cosas; la razón es que es muy difícil describir a un ser humano. Dicen: «Esto es lo que pasó», pero no dicen cómo era la persona a quien le pasó. Y los hechos poco significan si antes no conocemos a la persona a quien le ocurren. ¿Quién era yo entonces? Adeline Virginia Stephen, segunda hija de Leslie y Julia Prinsep Stephen, nacida el 25 de enero de 1882, descendiente de gran número de personas, unas famosas y otras oscuras; nacida en el seno de una familia numerosa, nacida no de padres ricos, sino acomodados, en un mundo de finales del siglo XIX, muy comunicativo, literario, epistolar, dado a las visitas y que sabe expresarse; de tal manera que si quisiera tomarme tal molestia podría escribir mucho aquí, no solo acerca de mi padre y mi madre, sino también de tíos y tías, primos y amigos. Pero ignoro cuánto de todo esto o qué parte de esto me hizo sentir lo que sentí en el cuarto infantil de St. Ives. No sé hasta qué punto soy diferente a los demás. Esta es otra dificultad del escritor de memorias. Sin embargo, para describirse a uno mismo con veracidad, hay que tener un término de comparación: ¿era yo inteligente, estúpida, guapa, fea, apasionada, fría? Debido, en parte, a que nunca fui a la escuela, a que jamás competí con niñas de mi edad, nunca he podido comparar mis dotes y defectos con los de otras personas. Pero desde luego había una razón externa que explicaba la intensidad de esta primera impresión: la impresión de las olas y de la pieza en el extremo del cordón de la persiana, la sensación, como me la describo a veces a mí misma, de yacer dentro de una uva y de ver a través de una película amarilla semitransparente, se debía, en parte, a los muchos meses pasados en Londres. El cambio de un cuarto infantil a otro fue muy grande. Y también estaba el largo viaje en tren, y la excitación. Recuerdo la oscuridad, las luces, el ajeteo de ir al piso superior para acostarse.

Pero centrar la atención en el cuarto infantil: tenía un balcón; había una partición, pero era continuación del balcón del dormitorio de mi padre y mi madre. Mi madre solía salir al balcón en bata blanca. Crecían pasionarias en la pared; había grandes flores estrelladas, veteadas de morado, y grandes capullos verdes, algunos llenos, otros vacíos.

Si fuera pintora pintaría estas primeras impresiones en amarillo pálido, plateado y verde. Allí estaba la persiana de pálido amarillo, el mar verde y la planta de las pasionarias. Pintaría un cuadro de forma esférica; semitransparente. Pintaría un cuadro con pétalos curvos, conchas, cosas semitransparentes; pintaría formas curvas traspasadas por la luz, aunque sin darles contornos definidos. Todo sería grande y difuso; y todo lo que se viera se oiría también; los sonidos llegarían a través de ese pétalo o de esa hoja, sonidos que no se podrían distinguir de la imagen. Cuando pienso en la primera hora de la mañana en cama, oigo también el graznido de las cornejas, cayendo desde una gran altura. El sonido parece caer a través de un aire elástico, como de goma, que lo sostiene en lo alto, que impide que sea seco y claro.<sup>3</sup> La calidad del aire sobre Talland House parecía dar soporte al sonido, dejar que se hundiera lentamente, como si quedara atrapado en un velo azul elástico. El graznar de las cornejas es parte del romper de las olas —una, dos,

una, dos—, y el sonido del agua al retirarse la ola, para luego volver a alzarse, y yo yacía allí, medio despierta, medio dormida, en un éxtasis tal que no puedo describirlo.

El recuerdo siguiente —todos esos recuerdos de color y sonido se juntan en St. Ives— fue mucho más recio, intensamente sensual. Ocurrió más tarde. Todavía me produce sensación de calidez; como si todo fuera maduro; zumbante; soleado; oliendo a muchos aromas al mismo tiempo; y formando un todo que aun ahora me obliga a detenerme —tal como me detuve entonces, yendo a la playa; me detuve en lo alto para mirar hacia abajo, hacia los huertos. Estaban hundidos bajo el camino. Las manzanas se encontraban al nivel de mi cabeza. De los huertos salía un zumbido de abejas; las manzanas eran rojas y doradas; también había flores rosadas; y hojas grises y plateadas. El zumbido, el canturreo, el olor, todo parecía oprimirse voluptuosamente contra una membrana; pero no para reventarla; sino para zumbar a mi alrededor hasta elevarme a un rapto tan total de placer que me detuve, olí; miré. Pero una vez más, no puedo describir el rapto. Fue rapto antes que éxtasis.

La fuerza de estos cuadros —aunque la visión estaba siempre tan mezclada con el sonido que la palabra cuadro no es la adecuada—, la fuerza de esas impresiones me obliga una vez más a una digresión. Aquellos momentos —en el cuarto infantil, en el camino a la playa— pueden ser aún más reales que el momento presente. Lo acabo de poner a prueba. Porque me levanté y crucé el jardín. Percy estaba cavando en la parcela de los espárragos; Louie sacudía una alfombra ante la puerta del dormitorio.<sup>4</sup> Pero yo los veía a través de la visión que vi aquí —el cuarto infantil y el camino de la playa. A veces puedo regresar a St. Ives de una forma más completa que la de esta mañana. Puedo llegar a un estado en el que me parece contemplar la sucesión de los hechos, igual que si estuviera allí. Supongo que esto se debe a que mi recuerdo me proporciona lo que había olvidado, de manera que parece que esté ocurriendo independientemente, cuando en realidad soy yo quien hace que ocurra. En ciertos estados de ánimo favorables, los recuerdos —los que se han olvidado— quedan superpuestos a todo. En este caso, ¿no será posible, me pregunto a menudo, que las cosas que se han sentido con gran intensidad tengan una existencia independiente de nuestra mente? ¿Siguen existiendo de hecho? Y si es así, ¿no será posible, con el tiempo, que se invente algún mecanismo por el que podamos conectar con él? Lo veo —el pasado— como una gran avenida que se prolonga hacia atrás; una gran cinta de escenas, emociones. Y allá, al final de la avenida, todavía están el cuarto infantil y el huerto. En vez de recordar una escena aquí, un sonido allá, puedo plantar un enchufe en la pared y escuchar aquel pasado. Evocaré aquel agosto de 1890. Siento que esa emoción fuerte ha de dejar rastro; y se trata solamente de descubrir la manera de volver a quedar conectados a ella, de modo que podamos volver a vivir nuestra vida desde el principio.

Pero la peculiaridad de estos dos fuertes recuerdos consiste en que cada uno de ellos fue muy simple. Apenas tengo conciencia de mí misma, y solo de la sensación. Solo soy el continente de la sensación de éxtasis, de la sensación de rapto. Quizá esto sea propio de todos los recuerdos

infantiles, quizá explique su fuerza. Más tarde añadimos a los sentimientos muchos elementos que les dan mayor complejidad, y en consecuencia les quitan fuerza, y en caso de que no les quiten fuerza, los dejan menos aislados, menos completos. Pero en vez de analizarlo, he aquí un ejemplo de lo que quiero decir: mi sensación ante el espejo del vestíbulo.

Había un espejo pequeño en el vestíbulo de Talland House. Recuerdo que tenía una repisa con un cepillo. Si me ponía de puntillas podía verme la cara en el espejo. Cuando tenía seis años, o quizá siete, me acostumbré a mirarme en el espejo. Pero solo lo hacía cuando tenía la seguridad de encontrarme sola. Me daba vergüenza. Parecía que llevara unido un fuerte sentimiento de culpa. Pero ¿por qué era así? Se me ocurre una razón evidente. Tanto Vanessa como yo éramos lo que entonces se llamaba unos marimachos; es decir, jugábamos al críquet, subíamos a las peñas, trepábamos a los árboles, se decía que no prestábamos interés a los vestidos, etcétera. En consecuencia, si me hubieran encontrado mirándome al espejo, quizá esto hubiera ido contra nuestro código de marimachos. Pero creo que mi sensación de vergüenza tenía raíces mucho más hondas. Casi me siento tentada a invocar a mi abuelo, sir James, que una vez encendió un cigarro, le gustó y entonces arrojó lejos de sí el cigarro y jamás volvió a fumar otro. Me siento inclinada a creer que heredé una raíz de puritanismo, de la secta Clapham.<sup>5</sup> De todas maneras, la vergüenza del espejo ha durado toda mi vida, hasta mucho después de que terminara mi etapa de joven marimacho. Ahora soy incapaz de empolverarme la nariz en público. Todo lo que guarda relación con el vestir —las pruebas, entrar en una estancia llevando un vestido nuevo— todavía me atemoriza; por lo menos, me produce inhibición, timidez, incomodidad. No hace muchos años, en Garsington, pensé: «¡Oh si fuera capaz, como Julian Morrell, de correr por el jardín con un vestido nuevo!»; recordando aquella ocasión en que Julian abrió un paquete, se puso un vestido nuevo y echó a correr, dando vueltas y vueltas, como una liebre.<sup>6</sup> Sin embargo, la feminidad era muy fuerte en nuestra familia. Éramos famosas por nuestra belleza —la belleza de mi madre, la belleza de Stella me produjeron, desde los primeros tiempos que recuerdo, placer y orgullo. Por lo tanto, ¿qué me producía esa sensación de vergüenza, como no fuera el haber heredado un instinto opuesto? Mi padre era espartano, ascético, puritano. Creo que carecía de sensibilidad ante los cuadros; de oído para la música; de sentido del sonido de las palabras. Esto me induce a creer que mi —debería decir «nuestro», si supiera lo suficiente acerca de Vanessa, Thoby y Adrian, pero lo cierto es que poco sabemos incluso en lo referente a nuestros propios hermanos—, esto me induce a creer que mi natural amor a la belleza quedó reprimido por un temor ancestral. Sin embargo, esto no me impidió sentir de manera natural e intensa éxtasis y entusiasmos, sin vergüenza alguna ni el más leve sentido de culpa, siempre y cuando no tuvieran que ver con mi cuerpo. Y ahora descubro otro elemento en la vergüenza que me daba el que me descubrieran mirándome en el espejo del vestíbulo. Tenía que sentir vergüenza o temor de mi cuerpo. Otro recuerdo, también referente al vestíbulo, contribuirá a explicar lo anterior. Junto a la puerta del comedor había una repisa para poner platos. Una vez, cuando yo era muy pequeña, Gerald

Duckworth me puso encima de esta repisa, y mientras yo estaba sentada en ella, comenzó a explorar mi cuerpo. Recuerdo la sensación de su mano bajo mis ropas descendiendo más y más, constante y firmemente. Recuerdo mi esperanza de que dejara de hacerlo, recuerdo que me quedé rígida y me estremecí cuando sus manos se acercaron a mis partes íntimas. Pero no se detuvo. Su mano exploró también mis partes íntimas. Recuerdo que esto me ofendió, me desagradó —¿qué palabra hay para expresar un sentimiento tan confuso y complejo? Seguramente fue un sentimiento fuerte, puesto que todavía lo recuerdo. Esto parece indicar que cierto sentimiento respecto a ciertas partes del cuerpo —que no deben ser tocadas, que está mal permitir que las toquen— ha de ser instintivo. Demuestra que Virginia Stephen no nació el 25 de enero de 1882, sino que nació miles de años antes y que, desde un principio, tuvo que enfrentarse con instintos adquiridos por millares de antecesoras en el pasado.

Y esto arroja luz no solo sobre mi propio caso, sino también sobre el problema a que me he referido en la primera página; la razón por la que es tan difícil dar una explicación, por pobre que sea, de la persona a quien le ocurren las cosas. Es evidente que la persona es inmensamente complicada. La prueba está en la anécdota del espejo. A pesar de que he hecho cuanto he podido por explicar por qué me daba vergüenza contemplar mi propia cara, solo he sido capaz de descubrir unas cuantas posibles razones; puede haber otras; no creo que haya descubierto la verdad; y es una anécdota sencilla; y me ocurrió a mí personalmente; y no tengo motivo alguno para mentir al respecto. A pesar de lo dicho, la gente escribe lo que llama «vidas» de otras personas; es decir, reúnen cierto número de hechos, y dejan que la persona a quien estos hechos ocurrieron siga sin ser conocida. Permítaseme añadir un sueño; ya que quizá tenga relación con la anécdota del espejo. Soñé que estaba mirándome en un espejo cuando una cara horrorosa —la cara de un animal— apareció de repente por encima de mi hombro. No puedo saber con certeza si fue un sueño o si realmente ocurrió. ¿Estaba yo mirándome un día en un espejo, cuando algo se movió a mi espalda y ese algo me pareció un ser vivo? No lo sé con certeza. Pero siempre he recordado la otra cara en el espejo, tanto si fue sueño como si fue realidad, y cuánto me atemorizó.

Estos son algunos de mis primeros recuerdos. Pero claro está que en cuanto relato de mi vida resultan engañosos, porque las cosas que no se recuerdan son igualmente importantes, quizá son más importantes. Si pudiera recordar un día entero podría describir, al menos superficialmente, cómo era la vida cuando era niña. Desgraciadamente, solo se recuerda lo excepcional. Y al parecer no hay razón alguna por la que una cosa sea excepcional y otra no lo sea. ¿Por qué he olvidado tantas cosas que, pensándolo bien, forzosamente tuvieron que ser más importantes que las que recuerdo? ¿Por qué recuerdo el zumbido de las abejas, cuando iba a la playa, y he olvidado totalmente que mi padre me arrojaba desnuda al mar? (La señora Swanwick dice que lo vio.)<sup>7</sup>

Esto me lleva a una digresión que quizá pueda explicar un poco mi psicología; incluso la de

otra gente. A menudo, con ocasión de escribir alguna de mis novelas, he quedado inmobilizada por este mismo problema; a saber, cómo describir lo que en mi particular taquigrafía denomino «no ser». Cada día incluye mucho más no ser que ser. Por ejemplo, ayer, 18 de abril, resultó un buen día; muy por encima del término medio, en cuanto a «ser». Fue hermoso; gocé al escribir estas primeras páginas; mi cabeza quedó aliviada de la presión de escribir acerca de Roger; fui andando hasta Mount Misery,<sup>8</sup> y paseé por la orilla del río; y el campo, en el que siempre me fijo atentamente, tenía el color y los matices que me gustan —allí estaban los sauces, todos con calidad de pluma y suaves verdes y morados contra el cielo azul. También leí a Chaucer con placer; y empecé a leer un libro —las memorias de madame de Lafayette— que me interesó. Sin embargo, estos momentos separados de ser se alternaron con muchos más momentos de no ser. Ya he olvidado lo que Leonard y yo hablamos durante el almuerzo; y durante el té; a pesar de que fue un buen día, su bondad quedó enquistada en una especie de algodón en rama. Siempre es así. Una gran parte del vivir normal de cada día no se vive conscientemente. Una pasea, come, ve cosas, hace lo que hay que hacer; el aspirador averiado; encargar la comida; escribir los pedidos a Mabel; lavar; cocinar la cena; encuadernar libros. Cuando el día es malo, la proporción de no ser es mucho mayor. Tuve algo de fiebre la semana pasada; casi todo el día discurrió en el no ser. El verdadero novelista se las arregla para expresar las dos clases de ser. Creo que Jane Austen sabe hacerlo; y Trollope; quizá Thackeray y Dickens y Tolstói. Yo nunca he sido capaz de expresar las dos cosas. Lo intenté en *Noche y día* y en *Los años*. Pero voy a dejar a un lado de momento el aspecto literario.

Mis días, cuando era niña, contenían, al igual que ahora, una alta proporción de ese algodón en rama, de este no ser. En St. Ives pasaban las semanas, una tras otra, sin que nada hiciera mella en mí. Hasta que, por razones ignoradas, se producía una violenta impresión; acontecía algo de impacto tan violento que lo he recordado toda la vida. Voy a dar unos cuantos ejemplos. El primero: estaba peleándome con Thoby en el césped. Nos golpeábamos con los puños. Y en el momento en que levanté el puño para golpearle, sentí: ¿por qué causar daño a otra persona? Dejé caer la mano instantáneamente, me quedé quieta, y dejé que él me golpeará a mí. Recuerdo la impresión. Sentía una tristeza sin esperanza. Fue como si me hubiera dado cuenta de algo terrible; y de mi propia impotencia. Me fui, sola, sintiéndome horriblemente deprimida. El segundo ejemplo también ocurrió en el jardín de St. Ives. Estaba mirando las flores ante la puerta principal; «Esto es el conjunto entero», dije. Estaba contemplando una planta con sus hojas abiertas; y de repente me pareció con toda claridad que la flor era parte de la tierra; que un anillo encerraba lo que era la flor; y eso era la flor real; parte tierra; parte flor. Y me guardé este pensamiento porque seguramente me sería muy útil más adelante. El tercer caso también ocurrió en St. Ives. Habíamos tenido invitados unos días en casa a unos tal Valpy, que ya se habían ido. Una noche estábamos esperando la cena cuando oímos que mi padre o mi madre decían que el señor Valpy se había matado. Lo siguiente que recuerdo es estar de noche en el jardín, caminando

por el sendero que pasaba junto al manzano. Tuve la impresión de que el manzano estuviera relacionado con el horror del suicidio del señor Valpy. No pude pasar junto al manzano. Me quedé allí, con la vista fija en las arrugas de color gris verdoso de la corteza —era noche de luna—, en un trance de horror. Tuve la impresión de ser arrastrada, sin poderlo evitar, al fondo de un pozo de absoluta desesperación, del que no podía escapar. Tenía el cuerpo como paralizado.

Estos son tres ejemplos de momentos excepcionales. Los cuento a menudo o, mejor dicho, salen a la superficie de manera imprevista. Pero ahora que los he escrito por primera vez me doy cuenta de algo de lo que nunca me había percatado. Dos de estos momentos terminaron en estado de desesperación. El otro, en cambio, terminó en un estado de satisfacción. Cuando dije, refiriéndome a la flor, «Esto es el conjunto entero», sentí que había hecho un descubrimiento. Sentí que había guardado en mi mente algo a lo que debía volver para examinarlo y explorarlo. Ahora me doy cuenta de que ello representaba una profunda diferencia. Ante todo, era la diferencia entre la desesperación y la satisfacción. Creo que esta diferencia surgía del hecho de que yo era totalmente incapaz de enfrentarme al dolor de descubrir que la gente se causaba daño recíprocamente; que un hombre al que yo había visto se había matado. Esta sensación de horror me dejaba impotente. Pero, en el caso de la flor, encontré una razón; y ello me permitió enfrentarme con la sensación. No quedé impotente. Tenía conciencia —aunque lejana— de que, con el paso del tiempo, podría explicarla. Ignoro si cuando vi la flor era mayor que en las otras dos experiencias. Solo sé que muchos de estos momentos excepcionales trajeron consigo un horror peculiar y un derrumbamiento físico; los momentos parecían activamente dominantes; y yo, pasiva. Esto parece indicar que al hacerse mayor se adquiere, gracias a la razón, un mayor poder para encontrar explicaciones, y que la explicación amortigua la fuerza del golpe de un martillo de herrero. Creo que esto es verdad, pues a pesar de que tengo la característica de recibir esos golpes bruscos, ahora son siempre bienvenidos; después de la primera sorpresa, siempre siento al instante que son especialmente valiosos. Y de ahí paso a suponer que mi capacidad de recibir golpes es lo que me hace escritora. A modo de explicación me atreveré a decir que en mi caso el golpe va siempre seguido del deseo de explicarlo. Siento que he recibido un golpe; pero no se trata, como ocurría siendo niña, simplemente de un golpe asestado por un enemigo oculto tras el algodón en rama de la vida cotidiana; es, o llegará a ser, una revelación de un determinado orden; es una muestra de la existencia de algo real que se encuentra detrás de las apariencias; y yo lo hago real al expresarlo en palabras. Solo expresándolo en palabras le doy el carácter de algo íntegro, y esta integridad significa que ha perdido el poder de causarme daño; me produce un gran placer juntar las partes separadas. Tal vez se deba a que, al hacerlo, elimino el dolor. Quizá sea el placer más fuerte que conozco. Es el entusiasmo que siento cuando al escribir tengo la sensación de descubrir qué pertenece a qué, conseguir que una escena salga bien, hacer que un personaje quede completo. De ahí llego a lo que bien pudiera llamarse una filosofía, de todas maneras se trata de una idea constante en mí; la idea de que detrás del algodón se oculta un modelo, una pauta;

de que nosotros —y quiero decir todos los seres humanos— estamos relacionados con ello; de que el mundo entero es una obra de arte, de que somos parte de una obra de arte. *Hamlet* o un cuarteto de Beethoven son la verdad acerca de esa vasta masa a la que llamamos mundo. Pero no hay Shakespeare, no hay Beethoven; con toda certeza y rotundamente, no hay Dios; nosotros somos las palabras; nosotros somos la música; nosotros somos la cosa en sí misma. Y esto lo veo cuando recibo un golpe.

Esta intuición mía —es tan instintiva que parece haberme sido dada, no formada por mí— ha conferido su medida a mi vida desde el momento en que vi la flor, junto con las otras, ante la puerta principal de St. Ives. Si pintara tendría que encontrar algún —criterio podría decir—, algo que representara este concepto. Esto demuestra que la vida de una persona no queda limitada a su cuerpo y a lo que dice y hace; se vive constantemente en relación con ciertos criterios de fondo o conceptos. El mío es que detrás del algodón en rama hay un modelo, una pauta. Y este concepto me afecta todos los días. Ahora lo estoy demostrando al dedicar la mañana a escribir, cuando podría pasear, llevar una tienda o aprender a hacer algo útil por si hay guerra. Tengo la impresión de que al escribir estoy haciendo algo que es mucho más necesario que cualquier otra cosa.

Creo que todos los artistas sienten algo parecido. Este es uno de los oscuros elementos de la vida que nunca se ha discutido mucho. Se olvida en casi todas las biografías y autobiografías, incluso las de artistas. ¿Por qué Dickens dedicó toda su vida a escribir historias? ¿Cuál era su concepto? Saco a Dickens a colación debido, en parte, a que estoy leyendo *Nicholas Nickleby*, y, también en parte, a que ayer, mientras paseaba, me di cuenta de que estos momentos de ser míos formaban como un andamiaje de fondo, eran parte invisible y silenciosa de mi vida en la niñez. Pero en el primer plano había, como es natural, personas y estas personas se parecían mucho a los personajes de Dickens. Eran caricaturas, eran muy sencillas; estaban inmensamente vivas. Podrían construirse en tres plumazos, si yo fuera capaz de ello. Dickens debe su pasmosa capacidad de dar vida a los personajes al hecho de verlos tal como los ve un niño, tal como yo vi al señor Wolstenholme, a C.B. Clarke y al señor Gibbs.

Menciono a estas tres personas debido a que las tres murieron siendo yo niña. En consecuencia, nunca han sido alteradas. Las veo, exactamente, tal como entonces las veía. El señor Wolstenholme era un caballero muy viejo que todos los veranos venía a pasar unos días con nosotros. Era moreno, tenía barba y unos ojos muy pequeños, con mejillas llenas; y se acomodaba en un silloncito de mimbre, en el que quedaba encajado como si fuera su nido. Se quedaba sentado en su sillón de mimbre, fumando y leyendo. Tenía una sola peculiaridad; cuando comía tarta de ciruela, soltaba el zumo por la nariz, con lo que se le formaba una mancha morada en el bigote gris. Esto bastaba para producirnos un constante deleite. Le llamábamos «el Lanudo». Para matizar un poco al personaje, recuerdo que teníamos que tratarle amablemente porque no era feliz en su hogar; que era muy pobre, pero que en una ocasión dio media corona a Thoby; que tenía un hijo que se había ahogado en Australia y también sé que era un gran matemático. No dijo ni media

palabra en todo el tiempo que le conocí. Pero sigue pareciéndome un personaje completo; y siempre que pienso en él me echo a reír.

El señor Gibbs quizá no era tan sencillo. Llevaba un prendedor en la corbata; tenía la cabeza calva y benévola; era seco; limpio; preciso; y la piel le caía en pliegues bajo la barbilla. Hacía gruñir a mi padre, «¿Por qué no se va? ¿Por qué no se va?». Nos regaló a Vanessa y a mí dos pieles de armiño, con sendas ranuras en la parte central inferior, de las que manaba inagotable riqueza —ríos de plata. También le recuerdo en cama, agonizante; ronco; con camisón de dormir; mostrándonos dibujos de Retzsch.<sup>9</sup> El personaje del señor Gibbs también me parece íntegro, y me divierte en gran manera.

En cuanto a C.B. Clarke, era un botánico mayor; dijo a mi padre: «A todos los botánicos jóvenes les gusta el helecho del género *osmunda*». Tenía una tía de ochenta y dos años que dio un paseo a pie por New Forest. Y eso es todo —eso es todo lo que puedo decir de esos tres caballeros. ¡Pero qué reales eran! ¡Cómo nos reíamos de ellos! ¡Qué inmenso papel tuvieron en nuestra vida!

Me viene a la memoria otra caricatura; aunque en esta interviene la lástima. Me refiero a Justine Nonon. Era inmensamente vieja. Tenía pelillos en la larga y huesuda barbilla. Era jorobada; caminaba como una araña, abriéndose camino con sus largos y secos dedos, de silla en silla. Se pasaba casi todo el tiempo sentada en un sillón ante el fuego del hogar. Me solía sentar en una de sus rodillas; y la rodilla subía y bajaba; y ella cantaba con voz ronca y quebrada «Ron ron ron-et plon plon plon...» y entonces la rodilla cedía a mi peso y yo caía al suelo. Era francesa; había estado con los Thackeray. Solo venía de visita. Vivía sola en Shepherd's Bush; y solía traerle a Adrian una jarra de vidrio con miel. Yo tenía la idea de que era extremadamente pobre, y el que trajera la miel me hacía sentir incómoda porque yo pensaba que lo hacía para que aceptáramos su visita. También decía: «He venido en mi carruaje de dos caballos», que quería decir el autobús rojo. También por eso me daba lástima; y también porque empezó a respirar con dificultad, jadeando, y las niñeras decían que poco tiempo le quedaba de vida; y pronto murió. Y esto es cuanto sé con respecto a ella, pero la recuerdo cual si fuera una persona íntegramente real, sin que le faltara nada, igual que los tres viejos.

2 de mayo... Escribo la fecha porque me parece que he descubierto una posible forma que dar a estas notas. Esto es, hacer que incluyan el presente, al menos que lo incluyan de manera suficiente para que sirva de plataforma en la que situarse. Sería interesante contrastar a las dos personas, yo ahora y yo entonces. Además, en ese pasado hay mucha influencia del momento presente. Lo que hoy escribo no lo escribiría dentro de un año. Pero no puedo llevar a efecto este propósito; es mejor que escriba al azar, ya que escribo a arrebatos, para descansar de Roger. En estos momentos no tengo energía para emprender la espantosa tarea que se necesita a fin de hacer una

obra de arte ordenada y manifiesta; en la que una cosa va después de otra y que juntas forman un todo. Quizá llegue el día en que, liberada de las obras de arte, intente componer esto.

Pero prosigamos —los tres viejos y la vieja están íntegros, decía, debido a que murieron siendo yo niña. Ninguno de ellos vivió para ser alterado tal como yo me alteré, como otros, como los Stillman y los Lushington, que vivieron y recibieron añadidos y fueron rellenados y quedaron al final incompletos. Y lo mismo cabe decir de los lugares. No puedo ver Kensington Gardens tal como los veía de niña, porque los vi hace un par de días —en una tarde fría, con los cerezos cárdenos, a la fría luz amarilla de una tormenta de granizo. Me consta que en 1890, cuando yo tenía siete años, eran más grandes que ahora. Entre otras cosas, digamos que no comunicaban con Hyde Park. Ahora puedo pasar de uno a otro. Vamos en automóvil; y lo dejamos junto al nuevo quiosco. Pero entonces había el Broad Walk, el Round Pond y el Flower Walk. Entonces —voy a esforzarme en regresar a entonces— había dos entradas, una ante Gloucester Road y la otra ante Queen's Gate. Junto a cada entrada se sentaba una anciana. La de Queen's Gate tenía la figura alargada y magra, con cara de chivo, amarilla y marcada de viruela. Me parece que vendía frutos secos y cordones de zapatos. Y Kitty Maxse dijo de ella: «Pobrecilla, si está así se debe a la bebida». Estaba siempre sentada, llevaba un chal y, a mi parecer, tenía cierto leve, borroso y degradado parecido con la abuelita; que tenía una cara también alargada, aunque llevaba una toca muy suave, parecía de pastel de tapioca, sujeta por un broche con una amatista entre perlas. La otra anciana era redondeada y bajita. Atado a ella llevaba un bamboleante conglomerado de globos. Sujetaba con un cordel esa masa oscilante, siempre móvil y sumamente deseable. Siempre resplandecían ante mis ojos, en rojo y en morado, igual que la flor que llevaba mi madre, y siempre ondeaban en el aire. Por un penique, la vieja separaba un globo de la suave e hinchada masa, y yo me iba bailando con el globo. También usaba chal, y tenía la cara arrugada, igual que se arrugaban los globos en el cuarto de los niños, si es que conseguían llegar vivos a casa. Creo que la niñera y Sooney entablaban conversación con ella, pero nunca oí lo que la vieja decía. Las anémonas, los ramilletes azules y morados que ahora se venden, siempre me recuerdan el tembloroso montón de globos junto a la entrada de Kensington Gardens.

Luego subíamos por el Broad Walk. El paseo tenía una curiosa propiedad; cuando lo recorríamos por primera vez al regreso de St. Ives, siempre nos burlábamos de él; decíamos que aquello no era una colina en modo alguno. Pero poco a poco, a medida que las semanas pasaban, la colina se hacía más y más empinada, hasta que al llegar el verano volvía a ser una colina. El pantano —que era como nosotros llamábamos al terreno un tanto abandonado que había detrás del Flower Walk— tenía, al menos para Adrian y para mí, el encanto del pasado. Es decir, cuando Nessa y Thoby eran muy pequeños, aquello era, según nos dijeron, un verdadero terreno pantanoso; allí habían encontrado el esqueleto de un perro. Y pensábamos que seguramente estaba cubierto de juncos y con muchas charcas, por eso creíamos que el perro había muerto de hambre y se había ahogado. En nuestros tiempos lo habían drenado, aunque seguía embarrado. Pero para

nosotros siempre tuvo un pasado. Y desde luego lo comparábamos con el lodazal de Halestown,<sup>10</sup> cerca de St. Ives. El lodazal de Halestown, donde crecía la osmunda; y aquellos tupidos helechos, con bulbosas raíces, que tenían árboles marcados en ellas, si se las cortaba. Todos los otoños me llevaba a casa unas cuantas raíces a fin de hacer con ellas mangos para las plumas. Siempre fue cosa natural comparar Kensington con St. Ives, y, por supuesto, siempre quedaba Londres malparado. Uno de los placeres era recoger las conchas que de vez en cuando encontrábamos esparcidas por el Flower Walk. Tenían pequeñas costillas, como las conchas de la playa. Por otra parte, el gran árbol era el que era; y todavía está allí —el árbol en el sendero que lleva al monumento a Speke,<sup>11</sup> que tiene una gran raíz al descubierto, y esa raíz tiene la superficie pulida, en parte, por la fricción de nuestras manos, ya que solíamos gatear por ella.

Y mientras paseábamos, para mitigar el aburrimiento de los innumerables paseos invernales nos inventábamos historias, largas largas historias, que cada uno continuaba en el punto en que otro las había dejado. Estaba la historia de Jim Joe y de Harry Hoe; acerca de tres hermanos que tenían rebaños de animales y aventuras —he olvidado de qué trataban. Pero la historia de Jim Joe y de Harry Hoe era una historia de Londres, inferior a la historia del jardín de Talland House que trata de Beccage y Hollywinks, espíritus del mal que vivían en montones de desperdicios y desaparecían por un agujero en el seto de escalonia, como recuerdo haber explicado a mi madre y al señor Lowell.<sup>12</sup> Los paseos por Kensington Gardens eran aburridos. En Londres, el no ser ocupaba una gran parte de nuestro tiempo. Los paseos —dos al día por Kensington Gardens— eran muy monótonos. Por lo que a mí respecta, una pesada capa de no ser cubrió estos años. Pasábamos ante el termómetro —a veces estaba por debajo de la rayita que indicaba hielo, aunque esto no ocurría a menudo, salvo en el gran invierno de 1894-1895, en que patinamos todos los días; fue cuando a mí se me cayó el reloj y un hombre rudo me lo devolvió; y pidió dinero; y una amable señora le ofreció tres monedas de cobre y el hombre dijo que solamente aceptaba plata; y la señora negó con la cabeza y desapareció—, pasábamos ante el termómetro, pasábamos ante el guardián en la entrada, con su librea verde y su gorra con adornos dorados, y seguíamos por el Flower Walk, dando un rodeo por el estanque. Jugábamos con barquitos, desde luego. Y hubo un gran día en que mi lugre de Cornualles navegó perfectamente hasta llegar al centro del estanque, y ante mis ojos asombrados, de pronto se hundió. Acercándose a grandes zancadas, mi padre gritó: «¿Has visto?». Los dos lo habíamos visto y los dos estábamos atónitos. Para rematar esta maravilla, muchas semanas después, ya en primavera, yo paseaba junto al estanque y un hombre en un bote sin quilla estaba dragándolo, extrayendo hierbajos del fondo y, ante mi muda excitación, extrajo con su red mi lugre; y yo lo reclamé; y él me lo dio, y fui corriendo a casa para contar esta maravillosa historia. Mi madre me confeccionó nuevas velas, y mi padre las montó, y recuerdo que le miraba mientras unía las velas a los penoles de las vergas, después de cenar, y cómo la tarea llegó a interesarle en gran manera, y que dijo con su peculiar bufido, medio riendo algo parecido a: «Es absurdo... ¡lo divertido que resulta hacer esto!».

Podría contar muchas más anécdotas pasajeras, escenas de Kensington Gardens; podría contar que, si teníamos un penique, íbamos a la casa blanca, cerca del palacio, y comprábamos dulces a la mujer de cara suave, con mejillas rosadas, con un vestido de algodón gris que tenía allí una dulcería; y que un día de entre semana compramos *Tit-Bits* y leímos los chistes —lo que más me gustó fue la Correspondencia—, sentados en el césped, mientras rompíamos el chocolate en «pequeños», como decíamos nosotros, porque dividíamos en cuatro cada pastilla de a penique; que chocamos con una señora, al tomar una curva cerrada con nuestro coche de juguete, y que la hermana de esa señora nos riñó violentamente; que atamos a Shag a una baranda y que unos niños dijeron al guardián del parque que éramos crueles —pero esas anécdotas no resultaban muy divertidas, a pesar de que contribuían a romper la monotonía del eterno paseo por Kensington Gardens.

¿Qué ha quedado de interés? Una vez más, esos momentos de ser. Siempre recuerdo dos. Hubo el momento del charco en el sendero, cuando por una razón que fui incapaz de averiguar, todo de repente fue irreal, quedé en suspenso, no podía saltar el charco, intenté tocar algo... El mundo entero se volvió irreal. El segundo fue cuando el muchacho cretino surgió con la mano extendida, maullando, con los ojos como rendijas, ribeteados de rojo, y yo, sin decir palabra, con sensación de horror, derramé en su mano el contenido de un paquete de caramelos blandos rusos. Pero no terminó allí, porque aquella noche, en la bañera, el mudo horror volvió. Una vez más, sentí aquella desesperada tristeza, aquel derrumbamiento del que ya he hablado, como si fuera un ser pasivo bajo los golpes del martillo de herrero; expuesta a toda una avalancha de significado que se había amontonado para caer sobre mí, desprotegida, sin nada que sirviera para hurtarme a ella, por lo que me quedé hecha un ovillo en un extremo de la bañera, inmóvil. No podía explicarlo; no dije nada, ni siquiera a Nessa, que se estaba frotando con la esponja en el otro extremo de la bañera.

Y resulta que, al recordar Kensington Gardens, si bien puedo recobrar anécdotas, muchas más de las que la paciencia me permite narrar, no puedo recobrar, salvo en esporádicos arranques, el enfoque, las proporciones del mundo exterior. Me parece que los niños han de tener un punto de vista curioso; desde este punto de vista se ve con gran nitidez un globo o una concha; todavía veo los globos, azules y morados, y las aristas de la concha; pero son cosas que quedan encerradas en vastos espacios vacíos. Por ejemplo, ¡qué amplio era el espacio debajo de la mesa del cuarto de los niños! Todavía lo veo como un gran espacio negro, con el mantel colgando en pliegues en los confines de la distancia; y yo, allí, yendo de un lado para otro, y encontrando a Nessa. «¿Tienen cola los gatos negros?», me preguntó, y yo le contesté «NO», y estaba muy orgullosa porque Nessa me había hecho una pregunta. Luego volvimos a vagar por el amplio espacio. El cuarto de los niños, de noche, también era vasto. En invierno solía colarme en él, antes de acostarme, para echar una ojeada al fuego. Con gran ansiedad quería comprobar que fuera un fuego débil, porque me daba miedo que siguiera ardiendo después de que estuviéramos en la cama. Temía aquella

llamita saltando en las paredes; pero a Adrian le gustaba; y a modo de solución intermedia, la niñera puso una toalla ante el fuego, pero yo no podía evitar abrir los ojos de vez en cuando y allí solía estar la temblorosa llama; y yo miraba y miraba y no podía dormir, y, para tener compañía, dije: «¿Qué has dicho, Nessa?», a pesar de que Nessa estaba dormida, a fin de despertarla y oír una voz. Estos fueron los miedos del principio; pues más tarde, cuando Thoby estaba en la escuela, y Nessa se llevaba a su mono Jacko a la cama con ella, tan pronto se cerraba la puerta nos poníamos a contar historias. La historia siempre comenzaba así: «Clémont,<sup>13</sup> hija querida, dijo la señora Dilke» y proseguía con locos relatos de la familia Dilke<sup>14</sup> y la señorita Rosalba, la institutriz, que habían buscado debajo del suelo y habían encontrado sacos de oro, que celebraban grandes fiestas y comían huevos fritos «con mucho jamón muy frito», debido a que la riqueza de los Dilke, en la vida real, comparada con nuestros moderados medios, nos impresionaba. Advertíamos que la señora Dilke llevaba muchos vestidos, y que nuestra madre rara vez se compraba uno nuevo.

Muchos colores vivos; muchos sonidos claros; algunos seres humanos, caricaturas; cómics; varios violentos momentos de ser, en los que siempre hay un círculo que rodeaba la escena en la que irrumpían; y todo rodeado de un vasto espacio. Esta es, a grandes rasgos, la descripción visual de la infancia. Esta es la forma que le doy; y me veo, siendo niña, vagando de un lado para otro, en un espacio de tiempo que duró desde 1882 hasta 1895. Podría compararlo con una gran sala; con ventanas por las que penetraban extrañas luces; y murmullos y espacios de profundo silencio. Pero, de algún modo, es necesario incorporar también a este cuadro la sensación de movimiento y cambio. Nada seguía estable durante mucho tiempo. Hay que captar la sensación de todo acercándose y después desapareciendo, haciéndose grande y haciéndose pequeño, pasando a diferentes velocidades ante el pequeño ser; hay que captar la sensación que impulsaba a la niña hacia delante, la pequeña criatura impulsada por el crecimiento de sus piernas y de sus brazos, sin que ella pudiera detenerlo, o alterarlo, impulsada como una planta es impulsada a salir de la tierra, a crecer mientras crecen sus tallos, y crecen sus hojas, y se hinchan sus brotes. Eso es lo indescriptible, eso es lo que hace que todas las imágenes sean demasiado estáticas, porque tan pronto se dice esto era así, ya había pasado y había quedado alterado. Cuán inmensa ha de ser la fuerza de la vida que transforma a una niña que apenas puede distinguir una gran mancha azul y morada sobre un fondo negro en aquel otro ser, trece años después, capaz de sentir lo que yo sentí el día 5 de mayo de 1895 —hace ahora cuarenta y cuatro años, casi exactos—, día en que mi madre murió.

Esto demuestra que entre las innumerables cosas que no he hecho constar en este apunte se encuentran las más importantes, los instintos, afectos, vínculos —no hay una sola palabra para expresarlos, debido a que cambiaban de mes en mes— que, creo, me unieron, desde el primer

instante de conciencia, a otras personas. Si fuera verdad, tal como antes he dicho, que las cosas que cesaron en la infancia se describen fácilmente porque son íntegras, tendría que ser fácil decir lo que sentía por mi madre, que murió cuando yo tenía trece años. Debería verla totalmente inalterada por impresiones posteriores, tal como vi al señor Gibbs y al señor C.B. Clarke. Pero la teoría, a pesar de ser cierta con respecto a ellos, queda totalmente desbaratada en lo tocante a mi madre. Y queda desbaratada de una manera curiosa, que expresaré, porque quizá contribuya a explicar por qué me es tan extrañamente difícil describir tanto mis sentimientos hacia ella como a ella misma.

Hasta que tuve cuarenta y tantos años —podría dar una fecha más precisa viendo cuándo escribí *Al faro*, pero la tranquilidad con que escribo no me induce a tomarme tal molestia—, la presencia de mi madre me obsesionó.<sup>15</sup> Podía oír su voz, verla a ella, imaginar lo que haría o diría, mientras yo hacía mis tareas cotidianas. Fue una de esas invisibles presencias que, a fin de cuentas, tanta importancia tienen en todas las vidas. Esta influencia —con esto quiero decir la conciencia de que otros grupos influyen en nosotros, la opinión pública, lo que el prójimo dice y piensa, todos esos imanes que nos atraen para que seamos de esa manera, o que nos repelen para que seamos de la otra— nunca ha sido analizada ni siquiera en una de esas vidas con cuya lectura disfruto tanto, o lo ha sido de modo muy superficial.

Sin embargo, gracias a esas invisibles presencias «el tema de estas memorias» deriva hacia aquí o hacia allá, día tras día de su vida; son esas influencias las que determinan su posición. Consideremos lo inmensas que son las fuerzas que la sociedad proyecta sobre cada uno de nosotros, cómo cambia la sociedad de una década a otra; bien, también de una clase social a otra, y si no podemos analizar esas invisibles presencias, muy poco sabremos del tema de las memorias, y, en ese caso, qué trivial se vuelve la escritura de vidas. Me veo como un pez en una corriente, desviado, detenido en un sitio, pero no puedo explicar las corrientes.

Pero volvamos al caso particular (que debiera ser más definido y más susceptible de descripción que, por ejemplo, la influencia que ejercieron en mí los apóstoles de Cambridge,<sup>16</sup> o la influencia de la escuela novelística de Galsworthy, Bennett y Wells, o la influencia del voto o la influencia de la guerra), que es la influencia de mi madre. Es la pura verdad que mi madre me obsesionó —a pesar de que murió cuando yo contaba trece años— hasta que tuve cuarenta y cuatro. Entonces, un día, mientras paseaba alrededor de Tavistock Square, concebí, tal como a veces concibo mis libros, *Al faro*; de manera torrencial y aparentemente involuntaria.<sup>17</sup> Una cosa retumba en otra. Soplar burbujas en una pipa da una idea de la rápida aparición de ideas y escenas que surgían de mi mente como burbujas, de tal manera que mis labios parecían silabear por su propia cuenta, mientras caminaba. ¿Qué soplo hacía surgir las burbujas? ¿Y por qué en aquel momento? No tengo la menor idea. Pero escribí el libro muy deprisa; y cuando estuvo escrito dejé de estar obsesionada por mi madre. Ya no oigo su voz; ya no la veo.

Creo que hice, en mi propio beneficio, lo que los psicoanalistas hacen en beneficio de sus

pacientes. Expresé una emoción sentida durante mucho tiempo y muy profundamente. Y, al expresarla, la expliqué y después le di reposo. Pero ¿cuál es el significado de «la expliqué»? ¿Por qué, debido a que describí a mi madre y mis sentimientos hacia ella en aquel libro, tuvo que quedar oscurecida y debilitada mi visión de ella y mis sentimientos hacia ella? Quizá cualquier día dé con la razón; y si así es, la diré, pero por el momento proseguiré relatando lo que puedo recordar, ya que bien podría ser que lo que ahora recuerdo de ella se debilite aún más. (Escribo esta nota con carácter provisional, a fin de explicar, en parte, por qué es tan difícil ahora dar una clara descripción de mi madre.)

Ciertamente, allí estaba ella, en el mismo centro de aquel gran espacio de gran catedral que era la infancia; allí estuvo desde el primer instante. Mi primer recuerdo es de su regazo; y recuerdo el roce de unos adornos, como abalorios, en su vestido cuando oprimí contra ella la mejilla. Luego la veo con su bata blanca en el balcón; y la pasionaria con la estrella morada en los pétalos. Su voz sigue aún débilmente en mis oídos, decidida, rápida; y de un modo especial, las gotitas con que su risa terminaba, tres ahes decrecientes... «Ah —ah —ah...» A veces, también yo termino la risa de esta manera. Y veo sus manos, como las de Adrian, con cada uno de los dedos de yema cuadrada, con un estrechamiento en cada dedo, como una cintura, de la que salía la uña, ensanchándose. (Mis dedos son de anchura uniforme, desde el principio al fin, de modo que puedo ponerme un anillo en el pulgar.) Mi madre tenía tres anillos: uno con un diamante, otro con una esmeralda y otro con un ópalo. Mi vista solía fijarse en los brillos del ópalo, mientras se movía sobre la página del libro de lecciones, cuando mi madre nos daba clase, y me alegró que mi madre me legara ese anillo (se lo di a Leonard). También oigo el tintineo de las pulseras, de plata forjada, regalo del señor Lowell, mientras iba de un lado para otro en casa; en especial cuando venía por la noche a ver si nos habíamos dormido, sosteniendo una vela con pantalla; este es un recuerdo muy claro, ya que, al igual que todos los niños, a veces estaba despierta y ansiaba que viniera. Entonces mi madre me decía que pensara en todas las cosas bonitas que pudiera imaginar, arco iris y campanas... Pero, además de estos detalles pequeños y aislados, ¿cómo tuve conciencia por vez primera de algo que siempre estuvo presente —de su asombrosa belleza? Quizá nunca tuve conciencia de ella; me parece que acepté su belleza como si se tratara de la cualidad natural que una madre —parecía universal y típica pero, al mismo tiempo, particularmente nuestra— tiene en virtud de ser nuestra madre. Formaba parte de su condición. Creo que nunca separé su rostro de su ser general; o de su cuerpo considerado íntegramente. Tengo ahora por cierto una visión de ella, mientras subía por el sendero que cruzaba el césped en St. Ives; ligera, esbelta —se mantenía muy erguida—. Yo jugaba. Dejé de jugar, dispuesta a hablar con ella. Pero medio se volvió de espaldas a nosotros y bajó la vista. Por esta actitud de indescriptible tristeza supe que Philips, el hombre que habían aplastado en la vía, y a quien mi madre había estado visitando, había muerto. Mi madre parecía decir: se acabó. Me di cuenta y quedé espantada ante la idea de la muerte. Pero, al mismo tiempo, sentí que el gesto de mi madre,

considerado en su integridad, era bello. Desde muy temprana edad, gracias a las niñeras y a los visitantes, necesariamente tenía que saber que mi madre era considerada una mujer muy bella. Pero este orgullo era esnob, y no un sentimiento puro e íntimo; iba mezclado con el orgullo por la admiración que sentían los demás. Estaba relacionado con otro orgullo más claramente esnob que en mí suscitaban las niñeras que, hablando entre sí, mientras nosotros cenábamos, dijeron: «Están muy bien relacionados...».

Pero, dejando de lado su belleza, si es que cabe separar la una de la otra, ¿cómo era mi madre? Muy rápida, muy directa, práctica y divertida, diría inmediatamente, sin pensarlo. Podía ser seca, le desagradaba la afectación. «Si inclinas la cabeza a un lado de esta manera, no irás a la fiesta», recuerdo que me dijo mientras el coche en que íbamos se acercaba a la puerta principal de una casa. Severa; con unos conocimientos de fondo que la entristecían. Tenía su propia pena esperándola detrás de ella, para sumirse en ella en privado. Una vez en que nos hizo escribir unos ejercicios, levanté la vista del mío, y la vi leyendo, quizá la Biblia; e impresionada por la gravedad de su rostro, me dije que su primer marido había sido un clérigo y que ella pensaba en él, mientras leía lo que él había leído. Era una fantasía mía, pero demuestra cuán triste era su expresión cuando no hablaba.

Pero ¿podré acercarme más a ella, sin hacer referencia a todas las descripciones y anécdotas que, después de su muerte, se impusieron en mi visión? Muy rápida; muy definida; muy erguida; y detrás de la actividad, la tristeza, el silencio. Y desde luego era fundamental. Sospecho que la palabra «fundamental» expresa mejor que cualquier otra el sentimiento general que yo tenía de vivir tan íntegramente dentro de la atmósfera de mi madre que nunca me alejaba de ella lo suficiente para verla como persona. (Esta es una de las razones por las que veo con mucha más claridad a los Gibbs, a los Beadle y a los Clarke.) Mi madre lo era todo; Talland House rebosaba de ella; Hyde Park Gate rebosaba de ella. Ahora comprendo, a pesar de que la frase es débil, apresurada e inexpresiva, la razón por la que a mi madre le era imposible causar en un hijo una impresión muy íntima e individual. Mantenía en existencia lo que, en mi particular taquigrafía, denomino la panoplia de la vida —aquella vida que todos vivíamos en común—. Ahora veo que mi madre vivía en una superficie tan extensa que no tenía tiempo, ni fuerzas, para concentrarse, salvo un momento si uno estaba enfermo o en una crisis infantil, en mí o en cualquier otro, salvo Adrian. A él le quería de una manera diferente; le llamaba «mi alegría». Esta visión tardía de mi madre, la comprensión que ahora tengo de su posición, necesita ser explicada, y me muestra una mujer de cuarenta años, con siete hijos, algunos de los cuales necesitaban la atención que merecen los adultos, y cuatro de ellos todavía en edad de vivir en el cuarto de los niños, más un octavo hijo, Laura, subnormal, que todavía vivía con nosotros, y un marido quince años mayor que ella, difícil, exigente y dependiente de ella; ahora comprendo que una mujer que debía mantener en existencia y bajo su control todo esto, tenía que ser una presencia general, más que una persona individual, para una niña de siete u ocho años. ¿Puedo recordar haber estado a solas con ella algo

más que unos minutos? Siempre había alguien que nos interrumpía. Cuando pienso en ella de una manera espontánea, siempre la veo en una sala con mucha gente; Stella, George y Gerald están allí; mi padre, sentado, lee, con una pierna enroscada en la otra, y retorciéndose un mechón; mi madre me decía al oído: «Ve y quítale la migaja de la barba»; y allá iba yo, al trote. Hay visitas, hombres jóvenes como Jack Hills, que está enamorado de Stella; varios hombres jóvenes, amigos de Cambridge de George y Gerald; hombres viejos, sentados alrededor de la mesa de té, hablando, amigos de mi padre, Henry James, Symonds<sup>18</sup> (le veo observándome en la ancha escalera de St. Ives, con su sumida cara amarilla, y una corbata hecha con un cordón amarillo con dos bolas de terciopelo); los amigos de Stella —los Lushington, los Stillman—; la veo a la cabecera de la mesa bajo un grabado representando a Beatriz que le regaló una vieja institutriz, pintado en azul; oigo sus bromas; risas; voces parlotando; se burlan un poco de mí; digo algo gracioso; se ríe; me siento halagada; me sonrojo violentamente; ella observa; alguien ríe porque Nessa ha dicho que Ida Milman es su M.A.; en tono tranquilizador, tiernamente, mi madre dice: «Eso quiere decir mejor amiga». La veo yendo al pueblo con la cesta; y Arthur Davies la acompaña; la veo haciendo labor de punto en el peldaño del vestíbulo, mientras nosotros jugamos al críquet; la veo tendiendo los brazos a la señora Williams, cuando los alguaciles tomaron posesión de su casa, y el capitán, en la ventana, aullaba y arrojaba jarras, cuencos y orinales abajo. «Venga con nosotros, señora Williams»; «No, señora Stephen», decía entre sollozos la señora Williams. «No abandonaré a mi marido.» La veo escribiendo en su escritorio de Londres, y veo los candelabros de plata, y la silla de alto respaldo, de madera labrada, con garras y el asiento de color rosa, y el tintero de latón triangular; espero angustiada, vigilando subrepticamente, desde detrás de la persiana, en espera de verla bajando la calle, cuando ha estado fuera hasta muy tarde y las farolas están encendidas, y yo estoy segura de que la han atropellado. (Una vez, mi padre me descubrió espiando, me interrogó y me dijo, preocupado, pero en tono de regañina: «No debes ser tan nerviosa, Jinny.») Y mi última visión de ella; se estaba muriendo; fui a darle un beso y, cuando salía encogida del aposento, me dijo: «Camina erguida, mi cabritilla»... Qué montón de cosas puedo recordar, si dejo correr la mente, acerca de mi madre, pero todas hacen referencia a ella en presencia de otra gente, a ella rodeada, a ella generalizada, dispersa, omnipresente, a ella como creadora de aquel atestado y risueño mundo que tan alegremente giraba en el centro de mi infancia. Es verdad que yo encerraba ese mundo en otro construido por mi temperamento; es verdad que desde el principio tuve muchas aventuras fuera de aquel mundo; y que a menudo me alejé mucho de él; y que me guardé para mí muchas cosas; pero siempre estaba la vida en común de la familia, muy alegre, muy movida, con mucha gente; y ella era el centro; ella era ella. Y así quedó demostrado aquel día 5 de mayo de 1895. Porque, después de aquel día, nada quedó del mundo del que he hablado. La mañana en que murió me asomé a la ventana del cuarto de los niños. Me parece que eran alrededor de las seis. Y vi al doctor Seton alejándose, calle arriba, con la cabeza baja y las manos unidas a la espalda. Vi las palomas

flotando y posándose. Tuve una sensación de calma, de tristeza, de fin. Era una hermosa mañana azul de primavera, y muy silenciosa. Esto trae la sensación de que todo ha de tener su fin.

15 de mayo de 1939. El pesado trabajo de Roger de construir una vida coherente ha vuelto a ser intolerable, y por eso vuelvo, para pasar unos días de descanso, al mes de mayo de 1895. La pequeña plataforma del tiempo presente en que me hallo es, por lo que se refiere al estado atmosférico, húmeda y fría. Miro el tragaluz—por encima del desordenado montón de artículos en *Athenaeum* y cartas de Fry—, cubierto de polvo procedente de la casa contigua que están derribando, miro y veo, como si se reflejara, un cielo con el color del agua sucia. Y el paisaje interior es en gran parte uno y lo mismo. Anoche, Mark Gertler<sup>19</sup> cenó aquí y denunció la vulgaridad, la inferioridad de lo que él llamó «literatura», en comparación con la integridad de la pintura. «Porque siempre trata del señor y la señora Brown», dijo, de lo personal, de lo trivial; crítica mordaz y fría como el cielo de mayo. Y no obstante, para transmitir cierto sentido de cómo era la personalidad de mi madre hace falta ser un artista. Hacerlo, tal como debe hacerse, es tan difícil como pintar un Cézanne.

Una de las pocas cosas ciertas acerca de ella es que se casó con dos hombres muy diferentes. Si se la contempla no como una niña de siete u ocho años, sino como una mujer que ahora es mayor que ella cuando murió, se advertirá algo que explica este hecho. No era una mujer tan pulida y carente de rasgos propios, tan dominada por la belleza de su rostro, como ha llegado a ser después, inevitablemente. Porque, ¿qué realidad puede seguir siendo real acerca de una persona que murió hace cuarenta y cuatro años,<sup>20</sup> a la edad de cuarenta y nueve, sin dejar un libro, o un cuadro, o una obra, aparte de los tres hijos que aún viven y de los recuerdos que dejó en su mente? Está el recuerdo, pero no hay nada con que verificarlo, nada con que traerlo a la realidad.

Sin embargo, están esos dos matrimonios; y demuestran que era capaz de enamorarse de dos hombres muy diferentes; uno, dicho sea en pocas palabras, flor y nata de la corrección; el otro, flor y nata de la intelectualidad. Y ella pudo abarcar a uno y a otro. Esto debe servirme como criterio en mi intento de medir su carácter.

Sin embargo, los elementos de ese carácter se forjaron en una media luz. Creo que nació en 1848;<sup>21</sup> creo que en la India; hija del doctor Jackson y de su esposa, medio francesa. No tuvo muchos estudios. Una vieja institutriz—¿sería mademoiselle Rose?, ¿le regaló ella el cuadro de Beatriz que colgaba en el comedor de Talland House?— le enseñó francés, que hablaba con muy buen acento; sabía tocar el piano y tenía temperamento musical. Recuerdo que conservaba en su mesa *Confesiones de un inglés comedor de opio*, de De Quincey, que era uno de sus libros favoritos; y cuando le pidieron que escogiera un regalo para su cumpleaños eligió todas las obras de Scott, que su padre le regaló en la edición príncipe; aún quedan algunas, las otras se han perdido. Sentía pasión por Scott. Tenía una mente instintiva, no cultivada. Pero, a mi juicio, su

instinto, por lo menos en lo tocante a libros, era muy fuerte, y me gustaba, ya que recuerdo que, cuando yo le leía *Hamlet* en voz alta, tuvo un sobresalto cuando me equivoqué y leí «silver» en vez de «sliver»,\* se sobresaltó, igual que mi padre cuando, con ocasión de leer a Virgilio en su compañía, nos equivocamos en la longitud de una vocal. De las tres hijas que tuvo su madre, ella era la favorita; comoquiera que la madre quedó inválida, desde niña se acostumbró a cuidar a otros, a estar a la cabecera de enfermos. Durante la guerra de Crimea tuvieron una casa en Well Walk, y circulaba una anécdota sobre el hecho de mirar cómo los soldados hacían la instrucción en el Heath. Pero su belleza pronto se hizo patente, incluso siendo una niña de corta edad, pues había otra anécdota, según la cual no podían dejarla salir sola, sino que siempre tenía que ir en compañía de Mary, para protegerla de las miradas de admiración, para que no llegara a tener conciencia de su belleza —y era, decía mi padre, muy poco consciente de ella. Y sospecho que fue debido a esta belleza que tuvo una formación mucho más importante que cuanta pudieran darle las institutrices: la formación de la vida de Little Holland House. Siendo niña iba mucho a Little Holland House, debido en parte, imagino, a que los pintores la aceptaban y a que los Prinsep —la tía Sara y el tío Thoby— seguramente estaban orgullosos de ella.<sup>22</sup>

Little Holland House era su mundo. Pero ¿cómo era este mundo? Se me antoja un mundo de tarde de verano. A mi manera de ver, Little Holland House es una vieja casa de campo blanca, que se alza en un gran jardín. Alargados balcones daban al césped. Por ellos pasaba un desfile de señoras vestidas con crinolina y tocadas con sombreritos de paja; eran agasajadas por caballeros con pantalones ajustados a los tobillos y con bigotes. Corre el año 1860, más o menos. Es un cálido día de verano. En el césped hay mesitas de té con grandes cuencos de fresas con nata. «Presiden» estas mesas algunas de las seis bellas hermanas,<sup>23</sup> que no vestían de crinolina, sino que iban ataviadas con espléndidas telas venecianas; como sentadas en tronos, hablaban con enfáticos ademanes extranjeros —mi madre también gesticulaba, extendiendo las manos al frente — con hombres eminentes (de los que luego Lytton se reiría);<sup>24</sup> administradores de la India, hombres de Estado, poetas, pintores. Mi madre sale por el balcón, con aquel vestido de seda de rayas, abotonado hasta el cuello, y la falda de anchos vuelos, con que se la ve en la fotografía.<sup>25</sup> Desde luego, es una «visión», como solían decir; y allí se queda, en silencio, con su plato de fresas con nata; y quizá le dicen que acompañe a alguien a través del jardín hasta el estudio del Signior.<sup>26</sup> También sale música de las alargadas estancias bajas donde cuelgan cuadros del gran Watts; Joachim toca el violín; también se oye una voz leyendo poesía, el tío Thoby seguramente leía sus traducciones de poetas persas. Qué fácil es llenar este cuadro con los estereotipos que he recogido de recuerdos; poner a Tennyson con su aire vigilante, a Watts con su blusa de obrero, a Ellen Terry vestida de chico, a Garibaldi con su camisa roja —y Henry Taylor apartó la vista de él para mirar a mi madre, «el rostro de una bella muchacha significaba más para mí»—, o al menos así lo dice en una poesía. Pero, si vuelvo a pensar en mi madre, qué difícil es concretarla

tal como realmente era, imaginar lo que pensaba... ¡poner aunque solo sea una frase en sus labios! Sueño; pinto cuadros de una tarde de verano.

Pero el sueño se basa en un hecho. Una vez, cuando éramos niños, mi madre nos llevó a Melbury Road; y, cuando llegamos a la calle que habían abierto en el antiguo jardín, dio un saltito hacia delante, juntó las palmas de las manos y gritó: «¡Estaba aquí!», como si un país de hadas hubiera desaparecido. Por eso pienso que verdaderamente Little Holland House era para ella un mundo de tarde de verano. También sé con certeza que mi madre adoraba a su tío Thoby. El bastón del tío Thoby, con un orificio en lo alto, a través del cual seguramente colgaba una borla, una bella caña del siglo XVIII, siempre estuvo junto a la cabecera de su cama, en Hyde Park Gate. Mi madre adoraba a los héroes, con sencillez, sin críticas, con entusiasmo. Según mi padre, mi madre quería al tío Thoby mucho más que a su propio padre; «el viejo Dr. Jackson» era «respetable», pero, a pesar de ser un hombre apuesto y de la asombrosa melena de cabello blanco que formaba en su cabeza redonda algo parecido a un sombrero de tres picos, era un viejo normal y prosaico que aburría a la gente contando un famoso caso de envenenamiento en Calcuta, un hombre ajeno al poético país de las hadas y, sin duda alguna, muy enojado con tal país. Mi madre no veía romanticismo alguno en él, pero sospecho que había heredado su sentido práctico, la perspicacia, que se contaban entre sus cualidades.

Little Holland House fue, pues, su formación. Allí le enseñaron a ejercer las funciones que las muchachas desempeñaban en el vivir de los hombres distinguidos; a servir el té; a servirles platos de fresas con nata; a escuchar con devoción y reverencia sus palabras de sabiduría; a aceptar que Watts era el gran pintor, Tennyson, el gran poeta; y a bailar con el príncipe de Gales. Porque las hermanas, con excepción de mi abuela, que era mujer devota y dada a las cosas del espíritu, eran mundanas, al estilo íntegramente victoriano. La tía Virginia, como es bien sabido, infligió a sus hijas, primas hermanas de mi madre, unas torturas tales que en comparación con ellas las botas y el calzado chino son bagatelas, a fin de que una de ellas se casara con el duque de Bedford y la otra con lord Henry Somerset. (Así fue como llegamos a estar —como decían las niñeras— muy «bien relacionados».) Pero una vez más estoy recurriendo a los recuerdos, y dejando a un lado a Julia Jackson, el ser real. Lo único cierto en que puedo basarme, con referencia a aquellos primeros tiempos, es que dos hombres la pidieron en matrimonio (a sus padres); uno de ellos era Holman Hunt, el otro era Woolner, un escultor.<sup>27</sup> Ambas peticiones fueron hechas y denegadas cuando mi madre apenas había abandonado el mundo infantil. También sé que, en cierta ocasión, mi madre fue, tocada con un sombrero de plumas grises, a una fiesta fluvial en la que se encontraba Anny Thackeray,<sup>28</sup> y Nun (es decir, la tía Carolina, hermana de mi padre) la vio en pie, sola, y se quedó pasmada de que no fuera el centro de un enjambre de admiradores; «¿Dónde están?», le preguntó a Anny Thackeray, y Anny contestó: «Bueno, es que hoy no han venido» —pequeña escena que me induce a sospechar que Julia, a los diecisiete o dieciocho años, era distante, y creaba cierto silencio a su alrededor por su belleza.

Sabemos el tiempo en que esta pequeña escena ocurrió; mi madre no podía tener más de dieciocho años, porque se casó cuando contaba diecinueve.<sup>29</sup> Se encontraba en Venecia; conoció a Herbert Duckworth; se enamoró perdidamente de él, y él de ella, y se casaron. Esto es cuanto sé, y quizá nadie sepa más, del hecho más importante que le ocurrió en la vida. Su importancia queda demostrada por otro hecho, que cuando Herbert Duckworth murió, cuatro años después, mi madre fue «todo lo desdichado que puede llegar a ser un ser humano». Estas fueron sus palabras; me enteré por Kitty Maxse. «He sido todo lo desdichada y todo lo feliz que pueda llegar a ser un ser humano.» Kitty recordaba estas palabras porque, a pesar de ser íntima amiga de mi madre, esta fue la única ocasión en el curso de su amistad en que le habló de sus sentimientos hacia Herbert Duckworth.

No tengo la menor noción de cómo era mi madre cuando fue todo lo feliz que se puede llegar a ser. De aquellos cuatro años no ha llegado hasta nosotros ni un sonido, ni una escena. Gozaban de buena posición económica; vivían en Bryanston Square; Herbert Duckworth ejercía la abogacía, aunque sin tomárselo muy a pecho (en cierta ocasión salieron de Londres para actuar en un juzgado de fuera; y un amigo le dijo a Herbert Duckworth: «He pasado toda la mañana, en la sala del juicio, contemplando un rostro hermoso»; era el de la esposa de Herbert); nació George; luego, Stella; e iba a nacer Gerald cuando Herbert Duckworth murió. Estaban pasando unos días con los Vaughan, en Upton;<sup>30</sup> Herbert se estiró para coger un higo para mi madre; se le reventó un absceso; y murió en pocas horas. Estos son los únicos hechos que sé de aquellos felices cuatro años.

Si fuera posible saber cómo era Herbert, quizá de él emanara una luz que envolvía a mi madre. Pero, al igual que todos los hombres apuestos que mueren trágicamente, dejó tras él el rastro de una leyenda y no tanto de un carácter. La juventud y la muerte forman un halo a través del cual resulta difícil ver un rostro real —un rostro que se pudiera ver hoy, en la calle, o aquí, en mi cuarto de trabajo. Para la tía Mary —hermana de mi madre y posible partícipe de algunos de sus sentimientos—, Herbert era: «Oh, querida... Un rayo de luz... En mi vida he visto a nadie igual... Cuando Herbert Duckworth sonreía... Cuando Herbert Duckworth entraba en un sitio...», y aquí la tía Mary se interrumpió, movió la cabeza de un lado a otro e hizo una mueca, levantando las facciones, como si Herbert Duckworth fuera inefable; no había palabras para describirlo. Y de esta espasmódica manera, la tía Mary se hizo eco de lo que seguramente fueron los sentimientos de mi madre; solo que estos eran mucho más fuertes y profundos. Para ella seguramente fue el hombre perfecto; heroico; apuesto; magnánimo; «el gran Aquiles a quien conocimos» —parece natural citar a Tennyson— y también afable, amable, sencillo, y también su marido; y el padre de sus hijos. En consecuencia, parece natural que cuando mi madre era muy joven amara al tipo de hombre sencillo, afable y normal, antes que al raro y sorprendente artista, al intelectual, a quien

había conocido y que había querido casarse con ella. Mi padre decía que Herbert era el perfecto tipo de muchacho educado en un internado privado, el perfecto prototipo de *gentleman* inglés. Ella le eligió; y Herbert la satisfizo totalmente como demuestra el desmoronamiento de mi madre, el total desmoronamiento, cuando Herbert murió. Toda su alegría, toda su sociabilidad, la abandonaron. Fue todo lo desdichada que un ser humano pueda ser. Muy poco se sabe de los años que quedaron así sellados. Solo la frase antes citada, y que, según me dijo Stella en cierta ocasión, mi madre solía tenderse sobre la tumba de Herbert Duckworth, en Orchardleigh. Teniendo en cuenta que no era proclive a manifestar sus sentimientos, esto parece ser la superlativa expresión de su dolor.

Lo que se sabe, y es mucho más importante, es que durante esos ocho años empleados, en la medida en que el cuidado de sus hijos y de la casa le dejaban tiempo para ello, en «hacer el bien», en cuidar a los enfermos y visitar a los pobres, perdió la fe. Esto fue un duro golpe para su madre, mujer profundamente religiosa, a quien ella amaba, por lo que seguramente se debió a una genuina convicción, una conclusión a la que llegó después de pensar con independencia y en solitario. Esto demuestra que en ella había algo más que sencillez, entusiasmo, romanticismo; y da sentido a sus dos elecciones incongruentes: Herbert y mi padre. Era compleja; su gran sencillez y franqueza se combinaban con un espíritu escéptico y serio. Probablemente, esta combinación explica la gran impresión que causaba en la gente, la impresión positiva. Su carácter se hacía más agudo gracias a la mezcla de sencillez y escepticismo. Era sociable, pero severa; muy divertida, pero muy seria; extremadamente práctica, pero en lo más hondo de su ser... «Era una mezcla de la Madonna y de una mujer de mundo», es la definición que dio la señorita Robins.<sup>31</sup>

De todas maneras, lo cierto es que, cuando al fin se quedó sola —«¡La tortura de que nunca me dejen sola!», era una de sus frases, según dijo alguien, he olvidado quién, refiriéndose a la época de su viudez, y al bullicio que creaban los familiares y amigos—, cuando se quedó sola por fin en Hyde Park Gate, empezó a pensar en su situación; y por esa razón quizá leyó algo escrito por mi padre. Le gustó (así lo dice mi padre en el «Mausoleum Book»), cuando no estaba segura de que mi padre le gustara. Por eso, podemos imaginarla sentada en la sombra creciente de la sala de estar en Hyde Park Gate, con su vestido de viuda, sola, cuando los niños se habían ido ya a la cama, con un ejemplar de *Fortnightly*, intentando fundamentar con razones el agnosticismo. De ahí pasaría a pensar en Leslie Stephen, el hombre flaco y barbado que vivía un poco más arriba, en la misma calle, casado con Minny Thackeray. Este hombre era, en todo, opuesto a Herbert Duckworth, pero su mente tenía algo que la interesó. Una tarde visitó al matrimonio Stephen y encontró a los cónyuges sentados ante el fuego del hogar, una pareja feliz, con un hijo de corta edad dormido en su cuarto y otro en camino. Estuvo hablando con ellos; y luego se fue a su casa, envidiando la felicidad de los Stephen, y comparándola con su soledad. Al día siguiente, Minny murió repentinamente. Y unos dos años después, mi madre se casaba con el flaco y barbado viudo.<sup>32</sup>

«¿Cómo te pidió papá que te casaras con él?», le pregunté en cierta ocasión, yendo del brazo con ella, mientras bajábamos la sinuosa escalera que llevaba al comedor. Soltó su risita, medio sorprendida, medio escandalizada. Y no contestó. Mi padre la pidió en matrimonio por carta; y ella le rechazó. Luego, una noche, cuando mi padre había ya renunciado a toda idea de matrimonio, después de cenar con ella, le pidió consejo acerca de una institutriz para Laura, y ella le acompañó a la puerta y dijo: «Intentaré ser una buena esposa para ti».

Quizá hubo lástima en su amor; ciertamente, había devota admiración por su mente; y de esta manera salvó la distancia que mediaba entre dos matrimonios con dos hombres diferentes; y salió de aquel corredor de ocho años silenciosos para vivir quince años más,<sup>33</sup> tener cuatro hijos y morir a primera hora de la mañana del 5 de mayo de 1895. George nos llevó abajo para que nos despidiéramos. Al llegar nosotros, mi padre salió tambaleándose del dormitorio. Y yo extendí los brazos para detenerle, pero él me apartó, gritando algo que no pude comprender; fuera de sí. Y George me llevó a dar un beso a nuestra madre, que acababa de morir.

28 de mayo de 1939. Siguiendo a George, envueltos en toallas, y después de habernos dado a beber leche caliente con unas gotas de brandy, entramos en el dormitorio. Creo que había cirios encendidos, y creo que el sol empezaba a entrar. De todas maneras, recuerdo el largo espejo; con cajones a uno y otro lado; y el aguamanil; y la gran cama en la que mi madre yacía. Ahora recuerdo muy claramente incluso que, mientras me acercaban a la cama, advertí que una niñera lloraba, sentí deseos de echarme a reír y me dije, como siempre me he dicho, desde entonces, en momentos de crisis, «No siento absolutamente nada». Entonces me incliné y di un beso a mi madre en la cara. Todavía estaba caliente. Mi madre había muerto momentos antes. Luego subimos al cuarto de jugar.

Quizá fue la noche siguiente cuando Stella me llevó al dormitorio para besar a mi madre por última vez. Antes yacía en su lado de la cama. Ahora yacía con el cuerpo recto, en medio de sus almohadas. Su cara tenía una expresión inconmensurablemente distante, hueca y severa. Cuando la besé fue como si besara hierro frío. Siempre que toco hierro frío vuelvo a sentir la sensación —la sensación de la cara de mi madre, fría como el hierro y granulada. Me eché atrás bruscamente. Entonces Stella le acarició la mejilla y le desabrochó un botón del camisón. «Siempre le gustó llevarlo así», dijo. Más tarde, cuando Stella vino al cuarto de los niños, me dijo: «Perdóname. He visto que tenías miedo». Se había dado cuenta de mi sobresalto. Cuando Stella me pidió que la perdonara por ser la causante de aquel sobresalto, me eché a llorar —habíamos estado llorando, intermitentemente, durante todo el día— y dije: «Cuando veo a mamá, veo a un hombre sentado a su lado». Stella me miró como si la hubiera asustado. ¿Lo dije para llamar la atención? ¿O era verdad? No lo sé con certeza, porque realmente sentía grandes deseos de llamar la atención. Pero

realmente era verdad que cuando Stella dijo «Perdóname», y con ello evocó en mí la imagen de mi madre, me pareció ver a un hombre, sentado en el borde de la cama, con el cuerpo inclinado.

Después de una breve pausa, Stella dijo: «Es bonito que no esté sola».

Desde luego, el ambiente de aquellos tres o cuatro días que precedieron al del funeral fue tan melodramático, histriónico e irreal, que cualquier alucinación era posible. Los vivimos en silencio, con luz artificial. Las habitaciones estaban cerradas. La gente entraba y salía sigilosamente. Estábamos todos sentados alrededor de mi padre, en la sala de estar, sollozando. El vestíbulo apestaba a flores. Estaban amontonadas en la mesa. El aroma todavía trae a mi mente aquellos días de asombrosa intensidad. Pero conservo un recuerdo de gran belleza. Habían mandado un telegrama a Thoby, que se encontraba en Clifton. Por la noche llegaría a Paddington. En voz baja, George y Stella hablaban de quién iría a recibirle. Con gran alivio por mi parte, Stella superó una objeción de George y dijo: «Yo creo que será bueno para ella»; y gracias a Stella fui en coche de alquiler, junto con George y Nessa, a recibir a Thoby, en Paddington. Anocheceía, y la gran cúpula de vidrio al final de la estación estaba llameante de luz. Resplandecía amarillo y rojo, y el armazón de hierro formaba un dibujo. Anduve por el andén, contemplando extasiada aquel magnífico llamear de colores, y el tren entró despacio en la estación. Me impresionó y me exaltó. Era tan vasto y tan ferozmente rojo. El contraste entre aquel magnífico llamear de luz y las estancias cerradas y con cortinajes de Hyde Park Gate era muy intenso. En parte, también se debía a que la muerte de mi madre tenía la virtud de revelar e intensificarlo todo; bruscamente, me hizo desarrollar percepciones, como si un ardiente cristal se hubiera colocado sobre algo ensombrecido y dormido. Desde luego, esta intensificación era intermitente. Pero era sorprendente, como si algo se hiciera visible, sin esfuerzo. He aquí otro ejemplo: recuerdo que en aquellos días fui a Kensington Gardens. Era una cálida tarde de primavera y nos tumbamos —Nessa y yo— en el largo césped, detrás del Flower Walk. Había llevado conmigo *The Golden Treasury*. Lo abrí y empecé a leer un poema. E instantáneamente y por primera vez lo comprendí (no recuerdo cuál era). Fue como si se hubiera transformado en totalmente comprensible. Tuve una sensación de transparencia en las palabras que se da cuando dejan de ser palabras y se intensifican de tal manera que parece que se vivan; se prevén como si expresaran lo que ya se está sintiendo. Quedé tan pasmada que intenté explicar la sensación. «Se tiene la impresión de comprender lo que se quiere decir», dije torpemente. Supongo que Nessa lo ha olvidado; nadie hubiera podido comprender, por mis palabras, la extraña sensación que tuve, allí, en la cálida hierba, de que la poesía se convertía en verdad. Tampoco estas palabras expresan la sensación. Es igual a lo que siento, a veces, mientras escribo. La pluma sigue el rastro.

Pero a pesar de que recuerdo claramente esos dos momentos —el arco de vidrio ardiendo al final de la estación de Paddington y el poema que leí en Kensington Gardens—, estos dos momentos claros son casi los únicos momentos claros en la apagada melancolía que nos envolvía. Con la muerte de mi madre, la alegre y variada vida familiar que ella había creado y mantenido

terminó para siempre. En su lugar, una oscura nube se cernía sobre nosotros; parecía que estuviéramos sentados, todos juntos, tristes, solemnes e irreales, envueltos en una niebla de pesada emoción. Parecía imposible escapar. No solo era gris, sino irreal. Parecía que nos hubieran puesto un dedo sobre los labios.

Estoy viendo nuestra imagen, todos vestidos rigurosamente de negro, George y Gerald con pantalones negros, Stella con auténticos crespones en su vestido, Nessa y yo con crespones un poco modificados, mi padre de negro de la cabeza a los pies —incluso el papel de las cartas llevaba una franja negra tan ancha que apenas dejaba espacio para escribir—, y nos veo saliendo de Hyde Park Gate una hermosa tarde de verano, y caminar en procesión, cogidos de la mano —siempre estábamos cogidos de la mano—, nos veo caminando —yo un tanto orgullosa de la solemne negrura y de la impresión que debía causar— y entrar en Kensington Gardens; el laburno resplandecía en intenso dorado. Y en silencio nos sentamos bajo las copas de los árboles. El silencio era opresivo. Nos habían puesto un dedo en los labios. Siempre había que pensar si lo que se iba a decir era lo correcto. Tenía que ser algo que ayudara. Pero ¿cómo se podía ayudar? Mi padre solía permanecer sentado, sumido en la tristeza. Si conseguíamos que hablara —lo cual era uno de nuestros deberes—, solo hablaba del pasado. De los «viejos tiempos». Y, cuando hablaba, terminaba con un gemido. Se estaba volviendo sordo, y sus gemidos eran más recios de lo que él creía. En casa paseaba arriba y abajo, gesticulando y gritando que nunca había dicho a mi madre cuánto la amaba. Entonces Stella le abrazaba y protestaba. A menudo interrumpíamos una de estas escenas. Y mi padre abría los brazos y pedía a uno de nosotros que se acercara a él. Éramos su única esperanza, su único consuelo, solía decir. Y allí, arrodillados en el suelo, intentábamos serlo —para quizá solo llorar.

Desde luego, Stella fue quien llevó la carga más pesada. De día en día estaba más y más blanca con su vestido totalmente negro. Se sentaba a su mesa a escribir en el papel de cartas ribeteado de negro, contestando cartas de condolencia. Ante ella tenía una fotografía de mi madre; y a veces Stella lloraba, mientras escribía. Durante el verano vinieron visitas, mujeres compungidas, viejos amigos. Se les hacía pasar a la sala de estar trasera, donde mi padre estaba sentado, como la reina en la obra de Shakespeare —«aquí, el dolor y yo nos sentamos»—, con la enredadera de Virginia colgando como una cortina verde tras la ventana, de manera que la estancia parecía una cueva verde. Nosotros, en la estancia delantera, nos sentábamos encorvados, escuchando voces apagadas, en espera de que el visitante saliera con las mejillas mojadas por las lágrimas. La vida embozada, cautelosa y gris ocupó el lugar del parloteo y las risas del verano. No más fiestas; no más hombres y mujeres jóvenes riendo. No más visiones centelleantes de blancos vestidos de verano y de cabriolés dirigiéndose veloces a representaciones teatrales privadas y a cenas, nada quedaba de la vida natural y la alegría que mi madre había creado. El mundo de los mayores en el que yo penetraba por unos instantes y pescaba una frase graciosa o una pequeña escena, para volver después corriendo arriba, al cuarto de los niños, había desaparecido. No hubo ni uno solo

de aquellos momentos fugaces, tan divertidos y, por no sé qué razón, tan tranquilizadores y excitantes a un tiempo, en que bajaba deprisa la escalera del brazo de mi madre para cenar; o en que elegía las joyas que mi madre se pondría. Se habían acabado aquellos momentos de orgullo, en que decía algo que divertía a mi madre o que ella encontraba interesante. ¡Cuánto me entusiasmaba que, cuando dejaba el *Hyde Park Gate News* encima de su plato, el lunes por la mañana, a ella le gustara algo que yo había escrito!<sup>34</sup> Nunca olvidaré la intensidad del placer que me causó —fue como ser un violín y que alguien lo tocara— enterarme de que mi madre había enviado una historieta mía a Madge Symonds; dijo que en la historieta había mucha imaginación; trataba de almas que volaban de un lado a otro en busca de cuerpos en los que nacer.

Lo más trágico de la muerte de mi madre no fue que de vez en cuando nos hiciera intensamente desdichados. Fue que transformó a mi padre en un ser irreal; y a nosotros en seres solemnes e inhibidos. Teníamos que interpretar papeles que no sentíamos, que buscar a tontas palabras que no conocíamos. Esto creaba confusión, nos oscurecía, nos apagaba. Nos transformaba en seres hipócritas e inmersos en los convencionalismos del dolor. Muchas ideas tontas y sentimentales empezaron a existir. Sin embargo, hubo lucha, porque no tardamos en revivir, y surgió el conflicto entre lo que debíamos ser y lo que éramos. Thoby lo expresó con palabras. Un día, antes de regresar a la escuela, dijo: «Es tonto seguir así...», quería decir llorando, quietos y enlutados. Quedé escandalizada por la dureza de corazón de Thoby; sin embargo, sé que estaba en lo cierto; pero ¿cómo escapar?

Una vez más fue Stella quien levantó el dosel. Y entró un poco de luz.

20 de junio de 1939. Anoche, mientras cruzaba el canal, pensé en Stella; de una manera muy rápida e inconexa, con gente discutiendo al otro lado de la puerta; el tren de enlace con el barco estaba llegando; se oía el sonido de cadenas; y el vapor soltaba aquellos bruscos y estentóreos resoplidos. Y, comoquiera que la mañana que sigue a una noche rota es una mañana dispersa y rota, en vez de volver a empezar lo de Roger, tal como debiera, escribiré unos cuantos pensamientos dispersos e inconexos; para que me sirvan, si llega el momento, a modo de notas.

¿Cuántas personas hay, el 20 de junio de 1939, que todavía sean capaces de pensar en Stella? Muy pocas. Jack murió la pasada Navidad; George y Gerald, hace uno o dos años; Kitty Maxse y Margaret Massingberd llevan muchos años muertas. Susan Lushington y Lisa Stillman todavía viven, pero no sé cómo viven, ni dónde. Por eso, quizá yo sea, entre los que siguen vivos, con la salvedad de Vanessa y Adrian, quien pueda pensar en ella de manera más veraz y menos inconexa; o quizá sea la vieja Sophie Farrell.<sup>35</sup> Prácticamente, nada sé de su infancia. Stella fue la única hija del apuesto abogado Herbert Duckworth, pero, comoquiera que este murió cuando ella contaba tres o cuatro años, no le recordaba, al igual que tampoco recordaba aquellos años en que su madre fue todo lo feliz que se puede llegar a ser. Creo, a juzgar por anécdotas dispersas y por

lo que pude ver por mí misma, que cuando Stella empezó a tener conocimiento, siendo niña, los años de desdicha se encontraban en su más honda sima. Esto explica quizá ciertas características de Stella. Sus primeros recuerdos son los de una madre viuda y muy triste dedicada a «hacer el bien» —Stella quiso que se inscribieran estas palabras en la lápida de la tumba—, visitando los barrios pobres y también el Hospital de Cancerosos de Brompton Road. Nuestra tía cuáquera me dijo que mi madre hacía esto último, y que había visto un caso que había sido «un shock» para ella. Stella, de niña, vivió a la sombra de esa viudez; vio a diario aquella hermosa figura con crespones; y quizá entonces adoptó aquella actitud tan marcada en ella —la actitud de devoción, casi canina en su conmovedora adoración, hacia su madre; aquel afecto pasivo y sufrido; y también aquella total subordinación.

Eran, la una con respecto a la otra, como el sol y la luna; mi madre, positiva y definida; Stella, el satélite que recibe la luz. Mi madre era severa con ella y toda su devoción era para George, que era igual que su padre; y sus atenciones estaban dedicadas a Gerald, hijo póstumo y muy delicado. A Stella la trataba con severidad, y hasta tal punto era así que mi padre, antes de casarse con mi madre, se atrevió a reprochárselo. Y ella contestó que quizá fuera verdad; trataba con dureza a Stella porque la consideraba «parte de mí misma». La imagino una niña pálida y silenciosa; sensible; modesta; sufrida; adorando a su madre, pensando solo en la manera de poder ayudarla y sin ambiciones propias, sin siquiera carácter propio. Y, sin embargo, Stella realmente tenía carácter. Muy dulce, muy honesta y, a su manera, muy personal —por lo que causaba particular impresión en la gente. Tenía amigas, como Kitty Maxse, la brillante, la chispeante, que la amaba con auténtica ternura risueña, por sí misma. Su encanto era grande; tenía su origen, en parte, en su modestia, su honradez, su generosidad perfectamente sencilla y carente de toda ostentación; y también en su total falta de pose, de pretensiones sociales; y en su autenticidad, en algo que era —y me gustaría poderlo definir— perfectamente suyo, individual. Esta cualidad sin nombre —la sensibilidad con respecto a las cosas reales— era rara en una muchacha hermana de George y de Gerald, tan opacos y convencionales, animados de un tan innato respeto por todo género de respetabilidades y convencionalismos. En virtud de una extraña circunstancia de su nacimiento, Stella había quedado exenta del filisteo carácter de los Duckworth; no tenía nada de su perspicaz complacencia de clase media. En vez de los ojillos castaños de los Duckworth, tan codiciosos y vivarachos, tenía los ojos muy grandes y de un azul un tanto pálido. Eran ojos soñadores y francos. Stella carecía del instintivo sentido mundano de sus hermanos. Y también era atractiva, aunque de una manera más vaga, menos perfecta que mi madre. Me recordaba siempre a esas grandes flores blancas, como la flor del saúco o el perejil de monte, que se ven en los campos en el mes de junio. Quizá el mote que, de broma, le daba mi madre —vieja vaca— sugería la flor del perejil.\* También la imagen de una pálida luna en un cielo azul. O de esas grandes rosas blancas, con muchos pétalos, que son casi transparentes. Tenía un hermoso cabello rubio, que formaba como dos cuernos sobre la frente; y la cara carecía de color, totalmente. En cuanto a enseñanza,

quizá tuvo una institutriz; le dieron clases; Arnold Dolmetsch le enseñó a tocar el violín, y tocó en la orquesta de la señora Marshall. Pero en su mente había un obstáculo, una suave indiferencia en lo tocante a libros y enseñanza. Tal como Jack me dijo después de su muerte, Stella se consideraba tan tonta que casi rozaba la deficiencia; y decía que la fiebre reumática que había padecido de niña (recuerdo la palabra) la había dejado «tocada». Pero, una vez más, diré que lo que más destacaba en ella, teniendo en cuenta el modo de ser de los Duckworth —tan aburridos, tan rústicos, tan hipócritas—, era que, por muy simple que fuera su cerebro, no fue jamás, cual hubiera correspondido a una hermana de George, la típica muchacha inglesa cascabelera de la clase media alta, con mejillas rosadas y brillantes ojos castaños. Ella era ella. Sigo viéndola con gran claridad en mi mente. Lo raro es que con nadie puedo compararla, ni en el carácter ni en el rostro. Soy incapaz de imaginar el aspecto que ahora tendría, en una sala llena de gente; o cómo hablaría. Jamás he visto a nadie que me la recordara, y esto también es de aplicar a mi madre. En manera alguna las puedo incorporar al mundo de los vivos.

Stella tenía diecinueve años cuando yo contaba seis o siete; y como en aquel entonces una muchacha no podía ir sola por Londres, me solían mandar con ella, como carabina. Entre mis primeros recuerdos está el de ir con ella, quizá de compras, quizá de visita; y, cumplida la misión, me llevaba a un establecimiento de meriendas y me obsequiaba con un vaso de leche y bizcochos espolvoreados con azúcar, en una mesa de mármol. Y a veces íbamos en coches de alquiler. Pero, desde luego, Stella vivía en la planta baja, en la sala de estar, entregada a servir té, y había muchos jóvenes, cuando yo entraba allí por unos instantes, sentados a su alrededor. De una manera vaga, sabíamos que Arthur Studd estaba enamorado de ella; y Ted Sanderson; y me parece que Richard Norton; y Jim Stephen.<sup>36</sup> Ese tipo grande, con su voz profunda y sus ojos de expresión salvaje, solía venir a casa, en busca de Stella, cargado con toda su locura; y entraba violentamente en el cuarto de los niños, y con su bastón-estoque ensartaba el pan, y una vez nos dijeron que saliéramos por la puerta trasera, y que si encontrábamos a Jim le dijéramos que Stella había salido.

19 de julio de 1939. Me vi obligada, una vez más, a interrumpir la escritura de estas notas, y mucho me temo que estas interrupciones darán al traste con las memorias.

Pensé en Stella, mientras cruzábamos el canal, hace un mes. Desde entonces, no he vuelto a pensar en ella. El pasado solo regresa cuando el presente se desliza tan suavemente como la superficie de un río profundo. Entonces, a través de la superficie se ven las profundidades. En estos momentos, una de mis mayores satisfacciones consiste no en pensar en el pasado, sino en que, precisamente en dichos momentos, vivo con suma intensidad el presente. Porque el presente, cuando cuenta con el apoyo del pasado, es mil veces más profundo que el presente cuando nos apremia tan de cerca que no se puede sentir nada más, cuando la película en la cámara solo

produce impresión en la vista. Pero, para sentir el presente deslizándose sobre las profundidades del pasado, es necesario tener paz. El presente ha de ser suave, habitual. Por esta razón —porque destruye la plenitud de la vida—, cualquier interrupción —como mudarse de casa— me hace extremadamente desdichada; algo se quiebra; lo vuelve todo superficial; convierte la profundidad en delgadas y duras astillas. A veces le digo a Leonard: «¿Qué hay de real en esto? ¿Volveremos a vivir una vida real?». Y me contesta: «En Monks House». Así es que escribo esto tomándome una mañana de vacaciones del trabajo que significa poner y unir palabras en mi biografía de Roger — en parte, escribo esto a fin de recobrar mi sentido del presente logrando que el pasado proyecte su sombra sobre esta quebrada superficie. Por lo tanto, permítaseme, igual que un niño penetrando descalzo en un río frío, bajar una vez más a ese caudal.

... Jim Stephen estaba enamorado de Stella. A la sazón, Jim estaba loco. Se encontraba en la etapa de exaltación de la locura. Venía a toda prisa en un coche de alquiler; dejaba que mi padre lo pagara. El coche le había llevado de un lado a otro de Londres durante todo el día. El cochero pedía, quizá, un soberano. Pero el «querido Jim» era un gran favorito de mi padre. Una vez, tal como he dicho, entró en tromba en el cuarto de los niños, y ensartó un pan. Otra vez fuimos a su piso en De Vere Gardens y me hizo un retrato en un pequeño trozo de madera. Durante una temporada fue un gran pintor. Me parece que la locura le inducía a creer que era omnipotente. Otra vez vino a la hora del desayuno y, riendo, dijo: «Savage<sup>37</sup> acaba de decirme que corro peligro de morirme o de acabar loco». Y, poco después, corrió por Cambridge desnudo; le llevaron a un manicomio; y murió. Esa gran figura de loco, con sus anchos hombros, sus labios perfectamente dibujados, su voz profunda, su rostro de poderosa expresión —y sus ojos muy azules—, ese loco, nos recitaba poesías: «El entierro de sir John Moore», recuerdo; y siempre evocaba en mi mente la imagen de un toro torturado, y también la imagen de Aquiles —Aquiles en su lecho, con sus rugidos, merece grandes aplausos—. Estaba enamorado de Stella, por incongruente que fuera. Y teníamos órdenes de decirle, si le encontrábamos en la calle, que no estaba en casa y que pasaba unos días en casa de los Lushington, en Pyports. Entonces el amor se rodeaba de gran misterio.

Jim era uno de los enamorados de Stella. El otro —es decir, el más importante— era Jack Hills. En St. Ives, Stella lo rechazó; una noche, muy tarde, la oímos sollozar a través del tabique del ático. Jack Hills se fue inmediatamente. En aquellos tiempos, el que un pretendiente fuera rechazado significaba una catástrofe para él. Y comportaba una total ruptura de relaciones. Las relaciones humanas, al menos entre miembros de sexos opuestos, se llevaban tal como ahora se llevan las relaciones entre naciones, con embajadores y tratados. Las partes interesadas se reunían en la gran ocasión de la petición de mano. Si la mano era rechazada, se declaraba el estado de guerra. Esto explica por qué Stella lloraba tan amargamente. Debido a que había hecho algo de gran importancia práctica y emotiva. Jack partió inmediatamente —a pescar a Noruega—; después, quizá volvieron a verse, de manera totalmente formal, en fiestas. No obstante, se mantuvieron lánguidas negociaciones a través de mi madre; hacía falta un intérprete. Todo ese

procedimiento daba solemnidad al amor. Los sentimientos se acumulaban; se interponía silencio; en todas las familias se hablaba en clave, una clave religiosa que llegaba de una manera u otra a los hijos. Era secreto, pero lo intuíamos.

Por eso, cuando mi madre murió, Stella se quedó sin mediador, ya que mi padre no daba la talla para eso. Jack debió de regresar —lo cual demuestra cuán profundo era su sentimiento para aceptar un retorno semejante— la víspera de la muerte de mi madre. La situación era terrible, pero no desesperada.<sup>38</sup>

8 de junio de 1940. Acabo de encontrar este montón de notas, que había echado a la papelera. Me había dedicado a poner orden, y había arrojado toda la vida de Roger a la papelera grande y, con ella, estas notas. Ahora estoy corrigiendo las últimas pruebas de Roger; y con la idea de descansar de ese meticuloso trabajo de hormiga, decidí buscar estas notas. ¿Llegará el día en que las termine, por no hablar ya de su publicación? Pero la batalla está en su punto más crítico; todas las noches, los alemanes sobrevuelan Inglaterra; cada día, la batalla se acerca más y más a esta casa. Si somos derrotados —sea cual fuere la manera en que solucionemos este problema, y una de las soluciones es el suicidio (así lo decidimos, hace tres noches, entre nosotros, en Londres)—, la posibilidad de escribir libros será un tanto dudosa. Pero quiero seguir adelante para no hundirme en esta lamentable charca.

Jack Hills, estaba diciendo, regresó la víspera de la muerte de mi madre, lo cual demuestra que, si bien es cierto que las negociaciones se habían roto, algún vínculo quedaba, ya que de lo contrario, ¿cómo habría podido venir en la noche de la gran crisis? Nos encontrábamos en la sala de estar trasera, y allí teníamos la bandeja con el té, pues teníamos la curiosa costumbre de tomar té a las nueve de la noche. La tetera de plata, que todavía conservo —aunque tiene un agujero—, tenía un asa que se calentaba. La tía Mary que, obedeciendo a nuestra llamada, había venido de Brighton, cogió la tetera y la volvió a dejar muy deprisa.<sup>39</sup> Y Jack Hills dijo con una triste y rara sonrisita, adecuada a sus palabras: «Solo la señora Stephen y Stella saben hacerlo». Recuerdo que dijo «Stella». Y como sea que Jack Hills estaba allí, aquella última noche, la relación debía seguir existiendo, al menos lo suficiente para permitir que Jack Hills participara en nuestra intimidad. Era el día 4 de mayo de 1895.

Lo siguiente que recuerdo es la noche de Hindhead (22 de agosto de 1896), la noche negra y plateada de las voces misteriosas, la noche en que mi padre nos mandó muy temprano a la cama; y oímos voces en el jardín; y vimos pasar a Stella y a Jack; y desaparecieron; y vino el vagabundo; y Thoby se enfrentó con él; y Nessa y yo estuvimos sentadas en nuestro dormitorio, esperando; y Stella no regresaba; y por fin, a primeras horas de la mañana, vino y nos dijo que se había comprometido en matrimonio; y nosotras le preguntamos en un murmullo: «¿Lo sabía mamá?», y Stella contestó en un susurro: «Sí».

El día siguiente, a la hora del desayuno, hubo excitación, emoción y tristeza. Adrian lloró, y Jack le dio un beso; y mi padre dijo con dulzura, pero serio: «Todos debemos ser felices porque Stella es feliz». Orden que él, pobre hombre, no podía obedecer.

¿Y Jack Hills? Había estudiado en Eton con George. En la galería de retratos de mi pensamiento, Jack Hills representa un tipo, y un tipo atractivo; el tipo de caballero rural inglés, me atrevería a decir, aunque solo sea para enmarcarlo trazando una línea a su alrededor; y añadido que es un tipo al que rara vez he tratado en la intimidad; quizá no haya nadie que pueda tratar íntimamente al caballero rural inglés; pero, a pesar de ello, traté íntimamente a Jack Hills durante nueve años; lo cual quizá sea la razón por la que más tarde quedamos tan totalmente aislados el uno del otro; era imposible volver a tratarnos observando los formalismos, después de aquella intimidad. Y el caballero rural salió a la superficie y nos separó.

¿Puedo rellenar rápidamente esa línea que he trazado alrededor de él? Digamos, para empezar, que era hijo de un hombre normal y corriente, pequeño y redondo —el juez Hills—, a quien en la familia llamábamos «Buzzy», y realmente zumbaba como un moscardón, según recuerdo; era bajo, jocosos, con pantalones holgados y nos obsequiaba con caramelos rusos, allí, en Corby. En cierta ocasión, Buzzy escribió un soneto que tomaron por uno de Shakespeare, y le gustaba gastar bromitas a las jóvenes —recuerdo que Susan Lushington «no sabía dónde mirar», según ella dijo, cuando Buzzy le gastó una broma acerca de un marido—. «Parecía que yo estuviera sentado en un trípode y escudriñando el futuro», dijo Buzzy, que maliciosamente había empleado la palabra marido en vez de padre; Buzzy vivía casi siempre en Egipto, en tanto que la señora Hills —Anna, se llamaba— vivía casi siempre en Corby. Anna era una mujer dura y mundana, siempre con vestidos ceñidos de satén negro hechos en Londres; en Corby, dama de provincias, dada a coleccionar cajitas de rapé de Chelsea esmaltadas y con ambiciones de amistad con hombres intelectuales. Detestaba a las mujeres; y se llevaba bien con Andrew Lang. Él la visitaba a menudo; y ella contó una fiesta en la que el dentista de la localidad apareció en frac —«y los demás hombres tenían un aspecto muy pintoresco, con pantalones holgados». Y esta señora dijo: «En Pascua de Resurrección llevaba luto por nueve personas»; y también, con la vista fija en la empalizada de los caballos, «Estos son el *segundo* tronco»; también hizo hincapié en la «*segunda* doncella», para impresionarnos porque tenía varias; y habló extensamente del noble linaje de los Curwen, con quienes estaban emparentados; y todas las semanas iba a Naworth, para depositar una corona de flores en la tumba de Christopher Howard. Le entregaban la semanal corona de flores en el carruaje, como si se tratara de la cesta de la merienda campestre. Todavía la veo, vestida de reluciente satén negro y con sombrero de plumas victoriano, inclinada sobre la tumba de Naworth; y Susan, muy agitada, murmuraba: «¡Ay, si lady Carlisle o cualquiera de ellos viniera y nos pillara!». Estos recuerdos surgen de la sórdida y terrorífica semana que pasamos en Corby, después de la muerte de Stella, en el otoño de 1897. Habían alquilado Corby a los Howard; el león permanecía con la cola perfectamente recta sobre el tejado. El río pasaba rápido por la finca;

y allí vi cómo Jack pescaba un salmón; por primera vez, después de aquellos meses de desesperación, Jack presentaba un aspecto triunfal; y después de haber adquirido aquel aspecto derrotado, quedé sorprendida por la súbita exaltación a que llegó cuando el hilo se tensó y mantuvo al pescado atrapado allí en el río. Luego vimos al pescado en la fresquera, y la señora Hills preguntó: «¿Tiene bichitos?». Creo que la presencia de piojos en su cuerpo demostraba que el salmón estaba fresco. Tuddenham, el guardabosques, que estaba a nuestro lado en la orilla, nos dijo: «Lo ha pescado».

Pero volvamos a Anna Hills. Odiaba a las mujeres. Sin embargo, dudo que tuviera ambiciones sexuales. Me parece que lo único que quería era gobernar un pequeño grupo cortesano de varones bien cepillados y medianamente conocidos; a la decorosa y socialmente ambiciosa manera victoriana. Estaba contenta, recuerdo que nos dijo, de no haber tenido hijas; y era evidente que detestaba tenernos a nosotras dos, muchachas un tanto desmañadas, invitadas en su casa. Fijando en mí la mirada de sus negros ojillos, dijo: «Llevas la raya del peinado torcida». Afortunadamente, había tenido tres hijos varones; y los enviaron a Eton y a Oxford. Amaba sobre todo a Eustace, muchacho de modales agradables, voz dulce y comportamiento modoso. Jack y ella tenían una relación distante. Por eso era natural que mientras Jack vivía solo en Ebury Street, con grandes estrecheces, trabajando intensamente, tartamudeando y en soledad, acudiera a mi madre en busca de comprensión. Llegaron a ser íntimos. En cierta ocasión, Kitty Maxse dijo, hablando de mi madre y de su magistral comportamiento: «Por ejemplo, ¿cómo podría gustarle a la señora Hills que Jack tratara a tu madre como si fuera la suya?». Jack era, hablando en términos generales, afectuoso, honrado, hogareño y un perfecto caballero. También era un auténtico caballero rural; en modo alguno falso; un apasionado hombre del campo. Montaba muy bien a caballo; pescaba muy bien; y algo tenía de poeta también. En una ocasión en que nos reunimos, años después, me dijo que leía todos los nuevos libros de poesía que se publicaban, y que estimaba que los nuevos poetas (a la sazón eran Siegfried Sassoon, Robert Graves y de la Mare) eran tan buenos como los viejos. También leía obras de filosofía; Nettleship, el filósofo de Oxford, había sido como un dios para él. «Era como Cristo», recuerdo que dijo a su enfática y sentenciosa manera, mientras intentaba, muy trabajosamente, explicar la filosofía de Nettleship; nos prestó el libro; recuerdo que en Warboys nos explicó Platón a mí, a Nessa y a Marny Vaughan.<sup>40</sup> Gerald, que estaba sentado debajo de la ventana, dijo burlón más tarde: «Bueno, ¿y qué tal fue la función religiosa del domingo?». Pero Jack, comparado con mis amigos, no era más que un hombre sencillo y de mentalidad primitiva. Sin embargo, a diferencia de ellos —¿sería por esto que le tenía simpatía, pero que nunca me encontré a mis anchas en su compañía?—, era un hombre cabal; sin tener una habilidad dominante, sabía hacer muchas y muy diferentes cosas. Era artillero. «Me han contado que es capaz de llevar tres caballos, sosteniéndose con un solo pie», escribió Ethel Dilke, cuando el compromiso matrimonial de Jack se hizo público, «y no tengo la menor duda de que hace otras cosas con la misma perfección». Era un buen abogado. Con tesón

supo ascender en el despacho de abogados Roper y Whateley; contaba muchas anécdotas de Whateley. «Es un hombre repugnante, pero, en muchos aspectos, uno de los hombres más capacitados que he conocido. Era un gran pescador, por lo menos eso dicen. Y me gustan sus libros de pesca.» La política vino después. Pero, tal como en cierta ocasión oí que mi madre decía a mi padre, no era «nada extraordinario», desde el punto de vista intelectual. Su aspecto físico era acorde con este somero apunte. Tenía hermosos ojos castaños, y una obstinada bola en la punta de la nariz; y curiosas arrugas, como las de un perro dachshund, alrededor de la deprimida barbilla. (Era muy aficionado a los perros, desde luego.) Tartamudeaba, y este tartamudeo daba a sus frases, siempre dotadas de gran seguridad —«los patos deben tener agua»—, mayor seguridad todavía, cuando conseguía decirlas, al fin, enteras. Nos reíamos de él y con el tiempo, supimos imitarle. Era limpiísimo, se lavaba qué sé yo cuántas veces al día, e iba escrupulosamente bien vestido, como un abogado londinense victoriano; también como hombre de campo. La palabra «escrupuloso» siempre me viene a la mente cuando pienso en Jack Hills. Era escrupulosamente honesto, honorable, al estilo de Eton y Balliol, pero en su escrupulosidad había algo más. Él fue el primero que me habló abierta y deliberadamente de sexualidad, en Fitzroy Square, con la alfombra verde y las rojas cortinas chinas.<sup>41</sup> Adrede, creo yo, me abrió los ojos acerca del papel que la sexualidad tenía en la vida de un hombre normal y corriente. Me escandalizó un poco, aunque saludablemente. Me dijo que los hombres jóvenes hablaban constantemente de mujeres y que las «poseían» sin cesar. «Pero ¿son...», dudé y al fin aventuré la palabra, «honorables?» Se rió, «claro que sí...», me aseguró. Las relaciones sexuales no guardaban ninguna relación con el honor. Poseer mujeres era algo carente de toda importancia en la vida de un hombre, me explicó, y en nada afectaba a su honorabilidad —ni su reputación ante los otros hombres—. Yo era increíblemente inocente, aunque solo en parte. Nada sabía del normal vivir de los hombres, y pensaba que todos los hombres, al igual que mi padre, amaban solo a una mujer, y perdían el «honor» si carecían de castidad, lo mismo que las mujeres; sin embargo, al mismo tiempo, estaba al corriente, desde los dieciséis años más o menos, de todo lo referente a la sodomía, gracias a la lectura de Platón. Así era la honestidad de Jack; diferente a la de George y Gerald. Ninguno de ellos habría hablado a una muchacha acerca de sexualidad, con la limpieza, el sentido del humor y la franqueza con que lo hizo Jack. Esta cualidad nos impresionó mucho, a nosotros, los niños, y también aportó a nuestro distinguido mundo literario y amante de los libros un poco de vida campestre. Nos enseñó a poner azúcar en los árboles; nos regaló un ejemplar de *Butterflies and Moths*, de Morris,<sup>42</sup> en cuya consulta empleé muchas horas, en busca de las piezas cazadas por nosotros entre todas aquellas imágenes de corazones y dardos e hirsutas letras hebreas.<sup>43</sup> Porque yo desempeñaba el cargo de buscadora de nombres, en nuestra Sociedad de Entomología; y recuerdo que Thoby me reñía a menudo por mi negligencia. Una noche, durante la cena, Gerald reveló, con su risa burlona y traidora, que teníamos un montón de insectos moribundos en una vieja jarra de polvo dental, en el fondo del pozo. Nuestra madre, con el consiguiente alivio para

nosotros, en vez de reñirnos y prohibirnos que siguiéramos con nuestra manía, la aceptó igual que, según creo, hizo también nuestro padre, con lo cual quedó legalizada; nos compró redes y planchas de madera; e incluso fue a la taberna de St. Ives, en compañía de Walter Headlam,<sup>44</sup> y nos compró ron. Qué escena tan rara, mi madre comprando ron... Se acordó del azúcar cuando ya estábamos en la cama.

Pero volvamos a Jack. Cuando Stella lo aceptó, nosotros, los miembros de nuestra república, que estaba perdiendo rápidamente forma, pero que aún existía después de la muerte de mi madre, dimos nuestra aprobación. Creo que el matrimonio habría sido feliz. Habrían tenido muchos hijos. Y Stella habría podido muy bien vivir aún. Él estaba, sin la menor duda, apasionadamente enamorado; ella, al principio, de una manera pasiva. Y gracias a ese noviazgo tuve mi primera visión —tan intensa, tan emocionante y tan arrebatadora fue que bien merece el nombre de visión—, mi primera visión del amor entre un hombre y una mujer. Para mí era como un rubí; el amor que vi aquel invierno de su noviazgo, resplandeciente, rojo, claro, intenso. Me dio un concepto del amor; una medida del amor; la idea de que nada hay en el mundo que sea tan lírico, tan musical, como un hombre joven y una mujer joven en su primer amor recíproco. Lo comparo con los noviazgos respetables; el amor extraoficial nunca me produce la misma sensación. «Mi amor es como una roja, roja rosa, recién abierta en junio» —esta era la sensación que me daba, la sensación que siempre vuelve a mí cuando oigo hablar de un «noviazgo»; nunca cuando oigo hablar de un *affaire*. Y procede de Stella y Jack. Procede del éxtasis que sentí, en mi escondrijo, detrás de las puertas plegables de la sala de Hyde Park Gate. Estaba sentada allí, oculta, medio enloquecida por la timidez y el nerviosismo; leyendo el diario de Fanny Burney; y el sentimiento me llegaba a oleadas intermitentes de fuerte emoción —a veces de rabia; ¡cuán a menudo sentía entonces rabia contra mi padre!—; y también de amor o de amor reflejado. Era inmaterial; como una luz; un éxtasis. Pero también extremadamente resistente. Una vez descubrí una carta de Jack que Stella había guardado entre el papel secante —lo que demuestra hasta qué punto vivíamos sin posibilidades de intimidad— y la leí. Jack había escrito: «Nada hay en el mundo tan dulce como nuestro amor». Dejé el papel, no tanto impulsada por el sentido de culpa cuanto por el estremecimiento de éxtasis ante la revelación. Todavía no he podido leer palabras que me hayan producido semejante estremecimiento. Cuando recibo una carta que me produce intenso placer, jamás la vuelvo a leer. Me pregunto por qué. ¿Por temor a que el placer mengüe? Ese color, esa incandescencia, estaba en todo el cuerpo de Stella. Su palidez se hizo luminosa, y sus ojos más azules. Aquel invierno, mientras Stella iba de un lado para otro de la casa, en ella había algo de luz lunar. «Nada parecido ha habido en el mundo», dije —o algo semejante—, cuando Stella me encontró despierta, una noche. Se rió, tiernamente, muy dulcemente, me besó y dijo: «Hay mucha gente enamorada como nosotros. Nessa y tú lo estaréis algún día». Una vez me dijo: «Podéis estar seguras las dos de que algún día la gente os mirará».

«Nessa», dijo Stella, «es mucho más bella de lo que yo nunca he sido» —a los veintiséis años

hablaba de su belleza como si perteneciera al pasado. Dijo a la tía Mary, me parece que también lo leí, nefariamente, en una carta entre papel secante, que ahora solo podía ser limpia y pulida; nos iniciaría en la vida del amor; nos llevaría al normal vivir de una mujer que tantos tesoros prometía. En cierta fiesta, quizá la primera a la que Nessa asistió, y a la que quizá asistió vestida de blanco y con amatistas, y en la que Desmond<sup>45</sup> observó que Nessa parecía «una esclava griega», tuvo la certeza de que George Booth<sup>46</sup> se había enamorado y temió, con tierna intuición pero con orgullo y alegría, lo muy agraviados que quedarían los Booth si Nessa le rechazaba. Este recuerdo me induce a pensar que, si Stella hubiera vivido, las «salidas» y aquellos años de esclavitud griega, con todo su trabajo pesado, tiranía y rebelión, habrían sido muy distintos.

Por no sé qué razones, el noviazgo de Stella y Jack se prolongó desde julio hasta abril. Fue una prueba cruel, torpe e innecesaria para los dos. Al recordarlo, se ve que todo se hizo sin atención ni consideración, de manera torpe y brutal. Creo que, mientras pasaban los meses de aquel largo tiempo de espera, Stella fue saliendo lentamente del estado entumecido y helado en que la dejó la muerte de nuestra madre. Al principio encontró en Jack descanso y apoyo, refugio de todas las preocupaciones y responsabilidades de la «familia», y también alivio de aquellos malos humores que mi padre nunca dominaba y proyectaba en ella. Poco a poco, se fue volviendo más positiva, menos pasiva; y defendió los derechos de Jack; y defendió sus deseos de tener casa propia; marido propio; una vida y un hogar que fueran de los dos. Por último, la promesa, que evidentemente mi padre exigió y que fue tácitamente aceptada, de que vivirían con nosotros después de su matrimonio, un modo de vivir que ahora es increíble, pero que entonces se aceptaba, se volvió intolerable; una noche, Stella fue a ver a mi padre en su cuarto de trabajo y se lo dijo; y hubo una «explosión».

A medida que el noviazgo avanzaba, más y más tiránica fue haciéndose la actitud de mi padre. No le gustaba el nombre «Jack», recuerdo que dijo; sonaba como el restallar de un látigo. Evidentemente, tenía celos. Pero en aquellos días no había nada evidente. Mi padre había adoptado su tradicional postura; era el hombre solitario; el abandonado; el anciano desdichado. De hecho era posesivo; estaba herido; un hombre celoso de otro hombre joven. Habría dicho que sus explosiones estaban plenamente justificadas, si alguien hubiera abordado el tema. Y como en aquellos tiempos mi padre ya se había aislado de toda verdad, encerrándose en un mundo casi imposible de describir, porque ahora no conozco a nadie capaz de vivir en semejante mundo, el noviazgo se vio increíblemente complicado, frustrado y obstaculizado. Por fin, en abril de 1897 se celebró el matrimonio —según todos los convencionalismos y ceremonias, con las campanas sonando, invitados, invitaciones a la boda con letras plateadas—, en St. Mary Abbots. Nessa y yo ofrecimos flores a los invitados; y mi padre avanzó por el pasillo con Stella del brazo.

Quejosos, George y Gerald dijeron: «Siempre ha dado por sentado que le correspondía a él acompañar a la novia al altar». Mi padre hizo caso omiso de los posibles derechos de George y Gerald. Nadie osó poner en tela de juicio su privilegio. En cierto sentido, era típicamente suya esa

presunción, así como lo mucho que gozó con su actitud. Fueron a Italia; nosotros, a Brighton. La luna de miel duró dos semanas. Y tan pronto llegaron, Stella cayó enferma. Fue apendicitis; iba a tener un hijo. Y también esto se llevó mal; después de tres meses de estar intermitentemente enferma, Stella murió, en Hyde Park Gate, número 24, el 27 de julio de 1897.<sup>47</sup>

*El presente.* 19 de junio de 1940. Hace dos días, el lunes 17, cuando nos sentamos para comer, John<sup>48</sup> entró con mala cara y sus ojos claros más claros de lo normal, y dijo que los franceses habían dejado de combatir. Hoy los dictadores dictan sus condiciones a Francia. Entretanto, esta calurosa mañana, mientras una moscarda zumba y un órgano desdentado rechina y los hombres venden fresas a voces en la plaza, me encuentro en mi habitación del 37 de M[ecklenburgh] S[quare]<sup>49</sup> y me vuelvo hacia mi padre.

Ahora corresponde describir a mi padre, pues durante los siete años comprendidos entre la muerte de Stella en 1897 y su muerte en 1904, Nessa y yo estuvimos totalmente expuestas, sin protección de ningún tipo, a los efectos de aquel extraño individuo. Cuando Stella murió, Nessa tenía solo dieciocho años; yo, quince y medio. Para explicar por qué digo que estuvimos «expuestas» y por qué, pese a que la expresión no sea correcta —pero no logro encontrar ninguna que lo sea—, lo llamo un extraño individuo, debería poder volver a ocupar el caparazón gastado de mi mente y mi cuerpo infantil. Ahora estoy mucho más cerca de su edad que de la mía por aquel entonces. Por lo tanto, ¿lo «entiendo» mejor de lo que lo entendía entonces? ¿O he perdido la perspectiva de aquella importantísima relación y soy incapaz de describirla, tanto desde su punto de vista como desde el mío? Ahora lo veo a la vuelta de la esquina; no justo delante de mí. Además, al mismo tiempo que borraba una gran parte de la intensidad del recuerdo de mi madre escribiendo sobre ella en *Al faro*, también borré una gran parte del recuerdo de él. Sin embargo, él también me obsesionó durante años. Hasta que lo escribí, me sorprendía moviendo los labios; discutía con él; estaba furiosa con él; me decía a mí misma lo que nunca le dije a él. Qué hondamente tenía clavadas las cosas que era imposible decir en voz alta. Pero aun así, algunas se pueden decir; por ejemplo, cuando Nessa evoca el recuerdo de Wednesday y sus libros semanales, todavía siento que se apodera de mí aquella antigua furia llena de frustración.

Sin embargo, en mí, aunque no en ella, la ira se alternaba con el amor. No fue hasta el otro día cuando leí a Freud<sup>50</sup> por primera vez, cuando descubrí que este conflicto intensamente perturbador entre el amor y el odio es un sentimiento común y se llama ambivalencia. Pero antes de analizar nuestra relación de padre e hija, trataré de hacer un bosquejo de él como creo que debió de ser, no para mí, sino para el mundo en general.

Fue un niño de principios de la época victoriana, criado en la familia Stephen; una familia seria y estrecha de miras, evangélica aunque con ideas políticas, y muy intelectual si bien completamente antiestética, que tenía un pie en Clapham y el otro en Downing Street. Esa es la

primera frase evidente de su biografía. Y a medida que prosigue, resulta toda tan evidente que no me siento con valor para seguir: fue a Eton y se sintió desdichado; fue a Cambridge y se sintió en su elemento; no fue elegido apóstol, era musculoso; practicaba el remo; era cristiano, pero se deshizo de su cristianismo; en una ocasión, Fred Maitland<sup>51</sup> me insinuó con gran angustia que pensaba en el suicidio; como Pendennis o cualquier joven intelectual victoriano —él era un ejemplo típico de ellos— empezó a escribir en los periódicos y fue a Estados Unidos; y fue el prototipo, o el molde, de muchos intelectuales de Cambridge —como George Trevelyan, Charlie Sanger, Goldie Dickinson— a los que conocí después. Me aburre escribir sobre él para intentar describirlo, en parte porque todo me resulta muy familiar; y en parte porque es un tipo que para mí carece de pintoresquismo, singularidad, atractivo. Es como un grabado en acero sin color ni calidez o volumen, pero con infinidad de líneas claras y precisas. No hay grietas ni rincones que capten mi imaginación; nada me resulta estimulante. Todo ya está cerrado y completo y resumido. Naturalmente, me digo que admiro a las personas como él. Más aún, me digo que las respeto; admiro su honestidad, su integridad, su intelecto. Tengo una impresión tan clara de ellas que si estoy en la misma habitación que ellas, sé exactamente a qué atenerme; de hecho, si estoy en la misma habitación que otros individuos, como Harold Nicolson o Hugh Walpole, tengo a mano mi metro intelectual de Cambridge, y digo en silencio: Qué cortos os quedáis. Cómo erráis el tiro, aquí y aquí y aquí. Pero al mismo tiempo quedo seducida; y siento que mi metro resulta defectuoso. Los Harold Nicolson y los Hugh Walpole me brindan color y calidez; me divierten y estimulan. Pero aun así, no los respeto como respeto a George Moore.

Sin embargo, hay algo que puedo añadir al grabado en acero de mi padre: un carácter violento. Cuando era niña, la tía Anny<sup>52</sup> me dijo que se ponía tan furioso y violento que... He olvidado cómo terminaba la frase, pero creo que guardaba relación con romper un jarrón contra un invernadero. Y nadie —nadie— podía controlarlo, dijo. Teniendo en cuenta su culto a la razón, su odio por la efusión, la exageración y todos los superlativos, ese temperamento imposible de controlar parece ilógico. Supongo que se debía al hecho de que estaba malcriado como un niño, a su fragilidad nerviosa y a que esa fragilidad disculpaba su extrema irritabilidad. Pero supongo que también respondía a la convención, respaldada por los grandes hombres de la época —Carlyle, Tennyson— de que los hombres de genio eran por naturaleza descontrolados. Y cuando mi padre era joven, su genio estaba en plena flor. Un hombre de genio equivalía a un hombre que tenía arranques de inspiración. «Ah, pero era un hombre de genio», recuerdo decir a mi padre de Stevenson. Los hombres que tenían genio en el sentido victoriano del término eran como profetas: diferentes, de otra raza. Vestían de forma distinta, llevaban el pelo largo, grandes sombreros negros, capas y gabanes. Eran, invariablemente, «de difícil convivencia». Pero me parece que a mi padre nunca le pasó por la cabeza que hubiera algo malo en ello. Creo que una vez, en uno de aquellos violentos arrebatos, dijo inconscientemente: «Esto es una señal de mi genio», y llamó a Carlyle para que se lo confirmara, y se puso a despotricar. Formaba parte de la convención que,

después de aquellos arrebatos, el hombre de genio se mostrara «conmoveramente arrepentido». Sin embargo, él daba por supuesto que su esposa o su hermana aceptarían sus disculpas, que gracias a su genio estaba exento de las leyes de la buena sociedad. Pero ¿era un hombre de genio? No; por desgracia, no era el caso. «Solo un buen cerebro de segunda», me dijo en una ocasión, mientras paseábamos por el campo de cróquet de Fritham. Y dijo que habría hecho bien dedicándose a la ciencia.

Su deseo frustrado de ser un hombre de genio, y la certeza de que en realidad no era un intelectual de primera categoría —una certeza que le provocaba un gran desaliento y el egocentrismo que más adelante le hizo codiciar cumplidos como un niño, y que le hacía dar vueltas de forma desproporcionada a su fracaso, al alcance del mismo y a sus motivos— eran los rasgos que echaban a perder el grabado en acero del típico intelectual de Cambridge. Tenía bastantes más rasgos distintivos, más carácter como hombre —pues trato de contemplarlo como hombre, no como padre— que el típico intelectual de Cambridge. Y es que hombres como Lowell, Fred Maitland y Herbert Fisher no solo lo admiraban, sino que también sentían por él un afecto jovial y protector. De modo que lo juzgo por su capacidad para crear historias, para forjarse una leyenda. Fred Maitland, por ejemplo, me contó que caminaban todo el día por los páramos de Cornualles y Leslie se quedaba callado, «pero yo sentía que nos habíamos hecho amigos». Y Lytton me habló de una prima de los Strachey que observaba a mi padre cuando estaba junto a la lumbre balanceando el pie. Cada vez que su pie se balanceaba, daba contra un morillo de la chimenea, y en cada ocasión mi padre decía únicamente «Maldita sea». La prima de los Strachey se sentía atraída por él. Hablando con Fred Benson del gran atractivo que él tenía, la señora de Cornualles dijo: «Hacía instintivamente todas las cosas que a las mujeres nos gustan».

Era evidente que él poseía aquello —algo—, que no es una cualidad concreta, sino todas las cualidades sintetizadas en lo que se llama «carácter», personalidad, una forma de subrayar el silencio, de subrayar la expresión «Maldita sea» de modo que señalara sus cualidades obvias: su honestidad, su ingenuidad, su encanto, su absoluta sinceridad. Una cualidad destacaba de las cualidades totalmente singulares que formaban parte de aquel todo, y el todo era distinto de las cualidades de las que estaba compuesto. De todos modos, a partir de relatos y recuerdos, infiero que aquel Leslie Stephen era una figura al margen de sus libros; un hombre que al entrar en una habitación operaba un cambio en lo que se decía y se sentía, y que vivía de forma muy real en las mentes de hombres como Walter Headlam o Herbert Fisher, para los cuales era un hombre representativo, un hombre con un criterio al que a menudo hacían referencia. Si a un hombre como Leslie Stephen le gusta *Tristram Shandy*, escribió Walter Headlam a alguien, debe de estar bien. Eso expresa lo que quiero decir.

Y de este modo, conforme avanzo poco a poco dejando a propósito que mi mente discurra, estoy introduciendo un elemento pintoresco en el grabado en acero; algo que no se puede analizar. ¿No era consciente de ello cuando era niña? ¿No fue el origen de la parte amorosa de mi

sentimiento ambivalente? Yo también sentía su atractivo. Brotaba —por citar algunos elementos al azar— de su sencillez, su integridad, su excentricidad, con lo que me refiero a que decía exactamente lo que pensaba, por inconveniente que fuera, y que hacía lo que le venía en gana. Tenía sentimientos claros y francos. Tenía ciertas pasiones dominantes. Se marchaba dando grandes zancadas, con sus sándwiches, a dar enormes paseos. Soltaba un dato o una opinión, independientemente de quien estuviera delante. Tenía opiniones muy firmes y estaba muy bien informado. Por lo tanto, lo que decía era escuchado con mucho respeto. Tenía un estatus divino, aunque infantil, en la familia. Ocupaba una posición extraordinariamente privilegiada. Yo me retorcía el pelo imitándolo. «Padre lo hace», le decía a mi madre cuando ella protestaba. «Pero no puedes hacer todo lo que él hace», contestaba ella, dándome a entender que él estaba autorizado, pues no estaba sujeto a las leyes de la gente corriente.

Era una figura curiosa, sentado a menudo en un silencio sepulcral en la cabecera de la mesa familiar. A veces era cáustico; otras, sobre todo para Thoby, instructivo. Preguntaba cuál era la raíz cúbica de tal o cual número, pues siempre resolvía problemas matemáticos en billetes de tren, o nos decía que averiguáramos el «número dominical» —¿era cuando cae la Semana Santa? Y mi madre protestaba; nada de matemáticas en las comidas, decía. A veces él se reía con un viejo amigo, sospecho que de una anécdota de la universidad, hasta que se le hinchaban las venas de la frente. Sí, sin duda notaba su presencia, y experimentaba un intenso placer cuando él clavaba sus ojillos de vivo color azul en mí y me hacía sentir que los dos estábamos al mismo nivel. Teníamos algo en común. «¿Qué tienes en las manos?», decía, mirando por encima de mi hombro el libro que estaba leyendo. Qué mojigato orgullo sentía yo si él lanzaba su resoplido de diversión y sorpresa al descubrir que estaba leyendo un libro que ningún niño de mi edad entendía. Sin duda, yo era una esnob, y leía en parte para hacerle creer que era una mocosa muy inteligente. Recuerdo su placer, el modo en que dejaba de escribir, se levantaba y se mostraba muy amable y complacido, cuando yo entraba en su despacho con un libro que había acabado y le pedía otro. En realidad, yo solía estar de su parte, incluso cuando estallaba. Recuerdo que un día había vuelto de un paseo dominical, con el olor del viento y su traje áspero manchado de barro, y allí, en la alfombra, estaba el corpulento e imperturbable Dermot O'Brien,<sup>53</sup> enamorado de Stella, a quien le habían pedido por cortesía que se quedara a cenar. Mi padre estuvo paseándose arriba y abajo por el salón, quejándose y maldiciendo. Era capaz de decir mucho más de lo que nadie creería sin preocuparse por si su víctima —el robusto Dermot— le oía por casualidad. Tenía su humor de hombre de genio, y había que aceptarlo. ¿Acaso le importaba si no era así? Por alguna razón, aquella noche, al reparar en la desaprobación de mi madre —era culpable de una impulsiva hospitalidad—, me solidaricé con él y no con ella. Tienes razón, tienes razón, no paraba de repetir, contemplando la escena desde mi sitio en un elevado escalón. Yo confirmaba mi simpatía y mi semejanza con él. Y para colmo, aunque nunca lo veía con la claridad con que veía a mi madre, él tenía, de forma intermitente, sobre todo cuando llevaba el cabello con un flequillo

poblado detrás de las orejas, un porte imponente; esplendoroso, incluso. Elegantemente vestido con su ropa de Hill Brothers; una chaqueta de cola; esbelto y alto y encorvado, con su barba ondeando de tal forma que apenas se veía su pequeña corbata. Creo que su barbilla se desplazaba hacia atrás; tal vez su boca, que nunca le veía, tenía los labios un poco flácidos; pero su frente era alta y prominente; tenía un cráneo imponente, con una pequeña abolladura sobre el arco del cerebro que me hizo palpar una vez; y aunque sus ojos eran muy pequeños, con unas cejas pobladas que le caían por encima, eran de un azul nomeolvides puro y vivo. Sus manos se hallaban espléndidamente formadas, y llevaba un anillo de sello con su blasón de un águila doble grabado en una piedra azul claro. Como muestra de su despreocupación por las apariencias, siguió llevando el anillo cuando perdió la piedra. Debía de ponerse la ropa automáticamente, al son de la poesía, supongo. A menudo llevaba el chaleco desabotonado; a veces los botones de la bragueta; y solía llevar la chaqueta manchada de gris de la ceniza del tabaco. Fumaba en pipa sin parar cuando escribía, pero nunca en el salón. Allí se sentaba en su propio sillón, junto a una mesita en la que había una lámpara y dos o tres libros, mientras que mi madre se sentaba detrás de él, ante su escritorio empotrado en un ángulo muy oscuro de la habitación,<sup>54</sup> con los apagavelas de Lowell. Mientras mi padre leía, movía el pie arriba y abajo, y se enroscaba y desenroscaba el mechón de pelo que llevaba detrás de la oreja. Siempre estaba absorto; a menudo parecía totalmente ajeno a cuanto le rodeaba; y vivía de forma mecánica —lo que significaba que en un momento determinado siempre se acababa marchando—; subía a trabajar o salía de paseo; todos los sábados visitaba a James Payn,<sup>55</sup> o iba a alguna reunión. Cuando estaba fuera de casa andaba a zancadas, solía sacudir la cabeza enérgicamente al recitar poesía, y hacía florituras con el bastón. Siempre llevaba un bombín, que le quedaba muy raro sobre aquella gran cabeza con la mata tupida de pelo asomando por los dos lados. También lo recuerdo vestido con un traje de etiqueta muy elegante, cenando con mi madre. Su chaleco negro tenía un cordón alrededor del borde, y calzaba botas con los lados elásticos. «Me alegraré cuando se acaben todas estas cenas, Jinny», me decía, mientras esperaba junto a la lámpara, y a mí me halagaba su confianza, pero sentía que él disfrutaba con ello.

Durante aquella época cenaban fuera bastante a menudo, y también organizaban cenas. De hecho, a pesar de su carácter poco convencional, él aceptaba las convenciones sociales mucho más que nosotros, hasta el punto de que ahora me pregunto cómo es que tengo la impresión de que se distanciaba de todo ello.<sup>56</sup> Se iba en un cabriolé con traje de etiqueta como si fuera lo más normal del mundo; no ponía reparos a las cenas de las ocho o las diez; ni a las camareras contratadas y las cenas con muchos platos y vinos distintos. Lo veo acompañando a una dama del brazo escalera abajo y riéndose. Es imposible que fuera tan severo y melancólico y hosco como yo lo pinto. Debía de dar conversación y contar anécdotas y, ahora que lo pienso, llevaba un pequeño tarjetero e iba de visita, como otros caballeros victorianos un domingo por la tarde. Sin duda, estoy pintando mi retrato demasiado oscuro, y el Leslie Stephen al que la gente veía en los

años ochenta, y en los noventa hasta que murió mi madre, debía de ser algo más que un simple intelectual de Cambridge. Debía de ser<sup>57</sup> un hombre atractivo a los cincuenta; un hombre con cuatro hijos y una preciosa mujer; un hombre que entraba en el salón con ropa de etiqueta y se dirigía resueltamente a cenar con la señora Gosse, o lady Romer, o la señora Booth, o lady Lytton, del mismo modo que presidía las reuniones en la Biblioteca de Oxford y acudía a las cenas de Oxford o Cambridge. Había un Leslie Stephen que interpretaba su papel con normalidad, sin excentricidades ni arrebatos, en salones, comedores y comités. Aun así, no me imagino a mi padre con traje de etiqueta. No me lo imagino oyendo todo lo que se decía, gastando bromas y comportándose como un intelectual, y a la vez como un hombre de aquel acomodado y sociable mundo de la última época victoriana. Recuerdo mi asombro, mi envidia, cuando las Booth decían que su padre las llevaba a los bailes. Qué sorprendida me quedé cuando Charles Booth hizo un comentario gracioso acerca del acto de «acompañar a mi rebaño» y comprendí que Charles Booth llevaba a Meg e Imogen a fiestas. Cuando mi padre y mi madre se iban en el cabriolé que les había pedido Amy, que salía a la calle con su cofia y su delantal y lanzaba dos silbidos agudos hasta que el cabriolé acudía trotando —a veces dos cabriolés competían entre ellos y se disputaban cuál había salido primero—, cuando bajaban los numerosos escalones de la puerta principal hasta la calle, él sobrepasa mi horizonte. No he conocido a nadie que haya visto a mi padre con traje de etiqueta; ni siquiera yo lo he visto de esa forma en mis recuerdos. Sin embargo, tenía un gran encanto para las mujeres, y a menudo se sentía atraído por las jóvenes y hermosas, como yo advertía en la galantería y la ternura de su actitud. Me viene a la cabeza el nombre de una norteamericana, la señora Grey, y a mi madre diciéndome que le tomara el pelo, mientras le quitaba las migas de la barba, acerca de su costumbre de «coquetear con damas guapas». Esas son las palabras que empleé. Él me miró sin enfado, pues yo solo estaba repitiendo lo que me habían dicho, pero aun así recuerdo que se sorprendió súbitamente y luego reprimió lo que podría haber sido un bufido, y dijo algo contundente, como para demostrarme que no iba a aguantar bromas sobre aquel tema. A esa impresión le sucede un recuerdo del tremendo énfasis con el que dijo una vez, cuando estábamos discutiendo sobre si los ojos de mi madre eran grandes o pequeños: «Los ojos de tu madre son los más bonitos del mundo». De todas formas, me gusta recordar, pues confiere humanidad a su austera figura, que él se quedó tan impresionado, tan afectado de una forma normal y masculina por la señora Langtry, que fue al teatro a verla. Por lo demás, no iba al teatro; no iba a galerías de arte; no tenía oído en absoluto para la música. Cuando Joachim tocó en Little Holland House, preguntó: «¿Cuándo va a empezar?». Las piezas de Beethoven o de Mozart solo eran para sus oídos ejercicios de afinación. En toda su vida nunca se molestó en visitar Italia o Francia. Para él, ir al extranjero únicamente significaba ir a Suiza a escalar montañas, o ir a Suiza a contemplar montañas.

Julio de 1940, un caluroso día de verano. Mecklenburgh Square de nuevo. La invasión sigue siendo inminente. Mi libro<sup>58</sup> ya ha salido, y cansada y distraída, regreso a esta página suelta.

Nunca conocí al padre sociable. Naturalmente, puedo acceder a mi padre como escritor en sus libros; el padre relacionado con el hombre Leslie Stephen, supongo. El Leslie al que muchos escritores y eruditos admiraban, aunque muchos lo consideraban frío y desdeñoso, del mismo modo que muchos lo consideraban formidable e indómito e insuperable. Aparece aquí y allá en memorias. No pronunciaba una palabra cuando Stevenson y Gosse comían con él, y se quedaba callado con sus largas y frías manos y su barba con forma de abanico cayendo sobre el pecho. Cuando leo sus libros, adquiero una comprensión crítica de su figura. Siempre leo *Hours in a Library* para completar mis ideas; por ejemplo, sobre Coleridge, cuando estoy leyendo a Coleridge. Y siempre hallo algo con que completar, con que corregir, con que reforzar mi visión variable. No hallo una mente sutil, ni imaginativa, ni sugerente, sino una mente firme; una mente saludable curtida al aire libre, una mente que ha recorrido los páramos; una mente impaciente y limitada; una mente convencional que acepta por completo su propio criterio de lo que es sincero y moral, sin una sombra de duda que reconozca que allí hay un hombre bueno y allá una mujer buena. Adquiero una impresión de Leslie Stephen, el agnóstico musculoso; alegre y cordial; siempre ensalzando el sentido común y la virilidad; y despreciando el sentimiento y la vaguedad, pero añadiendo una pizca de sentimiento en el lugar adecuado: «No diré más ... exquisita sensibilidad ... completamente masculina ... delicadeza femenina...». Ello revela una visión del mundo construida de forma muy simple; supongo que entonces el mundo era más simple. Era un mundo en blanco y negro comparado con el nuestro. Había cosas evidentes que destruir, como los embustes, y cosas evidentes que conservar, como las virtudes domésticas. Admiro (irónicamente) a ese Leslie Stephen, y últimamente lo he envidiado. Pero no es un escritor que me agrada de forma natural. Sin embargo, del mismo modo que un perro da un bocado a la hierba, yo le doy un bocado con fines medicinales. Entonces surge un afecto, no filial, sino de lector hacia él, por su valor, su sencillez, por su fuerza y su despreocupación, y su rechazo a las apariencias.

A través de sus libros todavía puedo acceder al padre escritor. Pero cuando Nessa y yo heredamos el gobierno de la casa, yo no sabía nada del padre sociable, y el padre escritor era mucho más exigente e insistente de lo que es ahora que solo lo encuentro en los libros. Era el padre tirano —el padre exigente, violento, histriónico, efusivo, egocéntrico, autocompasivo, sordo, suplicante, a veces odiado y otras amado— el que me dominaba entonces. Era como ser encerrada en una jaula con una fiera. Imagina que a los quince años yo era un pequeño mono nervioso que no paraba de farfullar, siempre escupiendo o cascando nueces y tirando las cáscaras, con la cara mustia, saltando a los rincones oscuros y columpiándome por la jaula, y él era el león peligroso y hosco que se paseaba de un lado a otro. Un león capaz de mostrarse malhumorado y furioso y herido, y de repente feroz, y luego muy humilde, y más tarde majestuoso, para luego tumbarse en un rincón de la jaula, rodeado de polvo y acosado por las moscas.

Ahora intentaré describir la jaula —el 22 de Hyde Park Gate— tal como era en julio de 1897. Hace dos noches me quedé despierta en Mecklenburgh Square recorriendo todas las habitaciones.

Empecé por el sótano, en el salón de los criados. Estaba en la parte de atrás y era muy bajo y oscuro. En una pared había una otomana tapada con un reluciente hule negro, y encima, un enorme retrato agrietado del señor y la señora Pattle. Recuerdo a un joven muy alto con unos pantalones ceñidos apretados a la altura del empeine y calcetines blancos. El cuadro estaba relegado a aquella habitación porque era muy grande, estaba muy agrietado y era muy mediocre comparado con los retratos de Watts que había arriba. Apenas se podía ver; ¿quién era la mujer? No consigo verla a ella ni ningún otro detalle, pues por delante de la ventana colgaban las enredaderas, adornadas en verano con hojas semitransparentes con forma de manos. Había una espaldera de hierro que las sostenía, y fuera, el cuadrado irregular del jardín trasero rodeado por un muro. Recuerdo el armario de madera que había en el pasillo, con montones de haces de leña atados con cuerda alquitranada. En una ocasión, cuando estaba allí hurgando en busca de un palo que tallar, dos ojos brillaron de repente en un rincón, y Sophie me advirtió de que allí vivía un gato montés. Es posible que allí hubieran vivido gatos monteses. El sótano era un lugar oscuro e insalubre para acoger a siete doncellas. «Es como el infierno», le espetó una a mi madre cuando estábamos repasando la lección en el salón. Inmediatamente, mi madre adoptó la gélida dignidad de una matrona victoriana y dijo (tal vez): «Sal de la habitación». Ella (pobre muchacha) desapareció tras la cortina de felpa roja que, rodeada por un alambre semicircular y sujeta con una gran pieza dorada, tapaba la puerta que conducía del salón a la despensa.

Era en el salón, en la larga mesa cubierta con un tapete, donde estudiábamos. El dedo de mi madre con el anillo de ópalo que tanto me gustaba señalaba las gramáticas de francés y latín. El salón tenía dos pequeñas ventanas emplomadas con cristal verde en un extremo. Empotrado en la alcoba se hallaba un aparador profusamente labrado, sobre el que había un soporte con una vajilla azul y una caja de galletas con forma de barril. La habitación olía ligeramente a vino, puros y comida. Estaba iluminada por un tragaluz, uno de cuyos cristales se levantó con una corriente de aire e hizo que me estremeciera por miedo a que nos cayera en la cabeza. En las paredes había colgados grabados de sir Joshua; en el rincón, sobre un pedestal de mármol amarillo jaspeado, se hallaba el busto del primer sir James:<sup>59</sup> un hombre pálido y ciego que todavía preside el vestíbulo de la casa de Adrian en Regents Park. Se trataba de un salón muy característico de la época victoriana, con un juego completo de sillas talladas en roble con el respaldo alto y paneles de felpa rojos. A la hora de la cena, con todos sus candelabros de plata, sus platos de plata, sus cuchillos y tenedores y servilletas, la mesa lucía un aspecto muy festivo. Una escalera de caracol conducía al vestíbulo. En el vestíbulo había un perro, y junto a él un cuenco lleno de agua con un pedazo de azufre dentro. Enfrente de la puerta principal había un armario con una vajilla azul, y encima, un reloj bañado en oro. En el vestíbulo había una silla triangular y un baúl en el que se guardaban las alfombras, sobre el que había una bandeja de plata llena de tarjetas de visita y un guante afelpado para alisar el terciopelo de los sombreros de copa de George y Gerald. También recuerdo que encima de la chimenea había clavada una tira de cartón de color chocolate en la que

ponía: «¿Qué es ser un caballero? Es ser tierno con las mujeres, caballeroso con los criados...». No recuerdo el resto, aunque me lo sabía de memoria. Qué inocencia, qué increíble ingenuidad revelaba el hecho de tener aquella cita en cartón —de Thackeray, creo— perpetuamente expuesta, como si fuera el frontispicio de un libro, clavada en el vestíbulo de la casa.

El salón delantero y el trasero daban al vestíbulo. El delantero, con vistas a la calle, era relativamente sobrio. Frente a la puerta se hallaba el retrato de mi padre pintado por Watts, un cuadro favorecedor e idealizado que mi padre enseñaba a las damas llenas de admiración, y que se detenía a contemplar con cierta complacencia. Pero una vez dijo: «Lowell ha dicho que parezco una comadreja». Allí también estaba el piano de cola sobre el que se colocaban los regalos de Navidad, el escritorio de Stella en la ventana y la mesa redonda en medio, que acompañada de una mesita plegable que me ha seguido a mi pesar hasta Monks House, hacía las veces de mesa de té. La mesa de té, el mismísimo seno y centro de la vida familiar; la mesa de té alrededor de la cual se celebraban innumerables fiestas; la mesa en la que los domingos —el día festivo de la mesa de té— se ponían platos de color rosa concha, llenos de panecillos negros y rebanadas muy finas de pan blanco y negro y mantequilla.

La mesa de té era el centro de la vida familiar victoriana en lugar de la mesa en la que se comía, al menos en nuestra familia. Me imagino que los salvajes tienen un árbol, o una hoguera, alrededor del cual se congregan; la mesa redonda señalaba aquel punto focal, aquel punto sagrado en nuestra casa. Era el centro, el corazón de la familia. Era el centro al que regresaban los hijos por la tarde después del trabajo; el hogar de cuyo fuego se ocupaba la madre al servir el té. Del mismo modo, el dormitorio con la cama de matrimonio del primer piso era el centro sexual; el centro natal, el centro fúnebre de la casa. No era una habitación grande, pero sus paredes debían de estar impregnadas, en caso de que las paredes captaran imágenes y acumulen todo lo que se hace y se dice con la mayor intensidad, de los elementos más íntimos de mi vida familiar. En aquella cama fueron engendrados cuatro hijos; allí nacieron; allí murió la primera madre; y luego murió mi padre, con un cuadro de mi madre colgado delante de él. La casa tenía tres pisos con habitaciones encima de aquel cuarto. Encima del dormitorio de mi padre y mi madre estaban las tres habitaciones de George, Gerald y Stella. Encima de ellas, nuestros cuartos de bebés. Y encima de ellos, el gran despacho con su alto techo de madera amarilla manchada y las dependencias del servicio. En los distintos descansillos de la alta y oscura casa había distintos olores. Un descansillo olía siempre a cera derretida, pues sobre un alto armario se encontraban todas las velas de las habitaciones. En otro descansillo a mitad del tramo de escaleras estaba el retrete, con los bidones de latón con agua caliente junto a un lavamanos. En otro descansillo a mitad de la escalera se encontraba el solitario baño familiar. (Durante toda su vida, mi padre se lavó en una bañera de estaño amarilla con apoyaderos para el jabón.) Más arriba había un filtro amarillo del que supuestamente se obtenía el agua potable antiguamente; en nuestra época solo goteaba un poco. A aquella altura —estaba en el descansillo a mitad de la escalera del despacho—, no había

alfombras ni cuadros, y el descansillo superior estaba un poco vacío. En una ocasión se reventó una tubería, y un joven visitante —¿Peter Studd?— se ofreció a ayudar y subió corriendo con un cubo. Entró en las dependencias del servicio, y me fijé en que mi madre se mostró un poco afrentada, tal vez un poco avergonzada, porque él había visto las desvencijadas habitaciones de los criados. El gran despacho de mi padre —que había sido añadido a la casa cuando aumentó la familia— era una espléndida sala grande, muy alta, con tres ventanas y totalmente cubierta de libros. Su vieja mecedora tapada con hule estaba en el centro de la habitación que constituía el cerebro de la casa. Él había escrito todos sus libros tumbado en aquella honda mecedora, que se balanceaba arriba y abajo, pues era tan honda que sus pies no tocaban el suelo. Enfrente estaba su escritorio, con las hojas de papel siempre dobladas por la mitad, de forma que pudiera hacer correcciones en el margen. Y allí estaba su magnífica pluma de metal y el curioso tintero de porcelana con un recipiente con tapa a un lado. Todos sus libros habían sido escritos mojando la punta de sus largas plumas Joseph Gillott en aquel recipiente. Recuerdo la pequeña capa lisa que su pluma le había formado en la articulación del dedo índice. El retrato de Minny<sup>60</sup> pintado por Watts —un encantador rostro tímido— en el que aparecía escondiéndose, ni noble ni heroico, sino tímido y dulce, se hallaba colgado sobre la chimenea, y en el rincón situado junto a la chimenea había un montón de bastones de montañero oxidados. Desde las tres largas ventanas, se veía por encima de los tejados de Kensington hasta la iglesia de St. Mary Abbots, la iglesia en la que se celebraron nuestros convencionales matrimonios; un día mi padre vio un águila desde allí. Me pareció que era propio de él reconocer enseguida que se trataba de un águila, y enseguida verificó en el periódico que era un águila que había escapado del zoo. Él no se inventaría historias acerca de águilas que sobrevolaban Londres. La habitación olía siempre a humo de tabaco.

La calle de abajo era un callejón sin salida. Nuestra casa estaba cerca del muro de ladrillo liso situado al final. Hyde Park Gate, que no conducía a ninguna parte, sino que formaba un pequeño bucle cerrado que salía de la gran carretera principal que avanzaba desde Hammersmith a Piccadilly, era una especie de calle de pueblo. Se oían los pasos en la acera. La mayoría de las personas que pasaban se dedicaban reverencias entre ellas al cruzarse. Se las reconocía cuando se acercaban. Aquella era la señora Muir-MacKenzie, atractiva y distinguida. Aquella era la pálida señorita Redgrave, o aquella la señorita Redgrave con su nariz colorada, o aquella la anciana señora Redgrave con velo y ropa de viuda, que salía en su silla de ruedas acompañada por la señorita Redgrave; cuando llovía la protegían con un vidrio que la hacía parecer un espécimen de un museo conservado bajo un cristal. En una casa con un extraño tramo de escalones angulares, vivía «su excelencia», como la llamaban las enfermeras: una vieja duquesa de Grafton. También estaba la casa de la famosa —y de algún modo infame— señora Biddulph Martin, la rica norteamericana, cuyo muro del jardín sobresalía hacia fuera. «¿Por qué no lo arregláis?», dijo George a los obreros que estaban rejuntando el muro. Ellos dijeron que solo podían cumplir órdenes; el muro siguió sobresaliendo. La señora Biddulph Martin se hallaba mancillada tal vez

por su relación con los derechos de las mujeres. También lo estaba la señora Ashton Dilke, nuestra vecina de al lado. De hecho, un hombre le lanzó una piedra en una reunión, y mi madre, que había firmado un manifiesto antisufragista que sostenía que las mujeres ya tenían bastante que hacer en sus casas sin necesidad de votar, interrogó a la institutriz de Dilke por medio de nosotros. Sin embargo, salvando aquella excentricidad, la señora Dilke era una persona que iba a la última moda: una mujer muy guapa y también muy bien vestida. Nos fijábamos en sus nuevos vestidos y decíamos a mi madre: «La señora Dilke tiene mucha más ropa que tú». Mi madre nunca llevaba ropa nueva y siempre iba vestida, creo, con un vestido negro muy sencillo confeccionado por una costurera. Subiendo un poco más la calle, estaba la casa de tía Minna,<sup>61</sup> donde vivía sola con su perpetuo loro y su perpetuo criado italiano. Él cambiaba, pero siempre se llamaba Angelo y siempre era pequeño y zalamero. Jugaba con nosotras al billar romano en el sótano en mangas de camisa. En medio de la calle había una casa que tenía la verja cerrada y numerosos escalones, famosa por su «perro grande». Allí vivía una familia apellidada Maude: unas personas pobres, sospechosas y de mala fama que no podían pagar sus facturas, y por eso dejaban la puerta cerrada y al perro grande detrás para asustar a los acreedores. Cuando alguien pasaba por delante, el animal bajaba la escalera dando saltos y ladrando, y un día me tiró y me mordió el brazo o me lo magulló. Entonces los vecinos se reunieron y presentaron una denuncia en el juzgado de guardia. El señor Plowden, el magistrado, quedó tan impresionado por mi declaración —o, mejor dicho, por mi estado de ánimo— que ordenó que sacrificaran al perro. «Pero no queremos que lo sacrifiquen», insistió la señora MacKenzie, «solo que lo encierren.» Al final se acordó que las pobres hijas de los Maude no habían tenido la culpa; las guapas chicas morenas que vivían tras la verja cerrada, asustando a los acreedores, eran dignas de lástima por las vergonzosas y enclaustradas vidas de sus deshonorosos padres.

En Hyde Park Gate todo el mundo conocía a todo el mundo y lo sabía todo de todos. Si a uno le desagradaba el progresivo acercamiento de una cara conocida, como era mi caso, era un suplicio ver aproximarse cada vez más a los MacKenzie o los Redgrave hasta que no quedaba más remedio que pararse o como mínimo sonreír. Todas las casas eran individuales. Algunas eran muy altas, como la nuestra; otras, como la de los Redgrave, eran viviendas bajas que parecían casas de campo. Algunas tenían franjas de jardín; otras estaban al nivel de la calle. Sin embargo, al final de la calle, donde se unía con la carretera principal, se volvían estereotipadas, llenas de columnas y ostentosas. Por increíble que parezca ahora, recuerdo que una de esas casas ostentosas tenía un carruaje con dos caballos y un cochero y un mozo de cuadra que llevaban pelucas empolvadas, calzones cortos de felpa amarillos y medias de seda. Sin embargo, los dueños no tenían ninguna importancia especial, y aun así a nadie le extrañaba tal magnificencia. Tal vez una de cada seis casas de Hyde Park Gate tenía un carruaje, o uno alquilado de Hobbs, cuya cuadra tenía su gran corral en medio. Y es que solo el ómnibus rojo llevaba a la gente «a la ciudad», como decía mi padre, o si uno se lo podía permitir, un cabriolé o una carroza de cuatro ruedas de la fila de la

calle. El metro, un túnel lleno de humo con olor a azufre por el que se desplazaban los tranvías, supongo que con bastante poca frecuencia, estaba lejos: en Kensington High Street o Gloucester Road. Mi padre y mi madre siempre tomaban el ómnibus rojo; para ellos, un cabriolé de día era un lujo desconocido. Mi madre hacía sus larguísimos trayectos —para comprar, hacer visitas e ir a hospitales— en omnibuses. Era una experta en omnibuses. Cambiaba del rojo al azul, del azul al amarillo, y lograba conectarlos y que la llevaran por todo Londres. A veces volvía a casa muy cansada y confesaba que había perdido el ómnibus o que estaba lleno, o que se había pasado del radio de sus omnibuses favoritos. Pero era más habitual que contara alguna anécdota de sus aventuras en los omnibuses: una conversación que había mantenido con el conductor, o un comentario que había hecho una pasajera. «Estaba sentada llorando», recuerdo que dijo una vez, «y yo solo pude ofrecerle mi botella de perfume.» Mi padre siempre subía al piso de arriba y se ponía a fumar su pipa; creo que mi madre no hacía lo mismo, pero en caso de poder elegir, escogía el asiento de la esquina y se dedicaba a hablar con el conductor. Él le contaba sus problemas, mientras los dos caballos rechonchos se abrían paso por las calles; aquellos caballos de los omnibuses que, según se decía, vivían solo un año o dos, pues su constitución se deterioraba de tanto parar para recoger a los pasajeros. Un año, en Navidad, vimos un par de faisanes colgando del asiento del conductor: el regalo de los Rothschild.

Las calles estaban llenas de caballos. Estaban cubiertas de montoncitos marrones de excrementos de caballo humeantes que recogían con palas los muchachos que corrían entre las ruedas. Los caballos coceaban y se encabritaban y relinchaban. A menudo se escapaban. Recuerdo haber visto carruajes chocar en High Street. Los caballos se caían al suelo, se espantaban, se encabritaban, y las ruedas se soltaban. Los caballos y el olor a caballo recorrían las calles. Los caballos solían ser animales relucientes e impecables con orejeras, y los lacayos llevaban escarapelas en los sombreros; el espumarajo salpicaba los brillantes arreos plateados, y en los paneles había pintadas coronas y escudos. Entre los sonidos de la calle —el golpeteo de los cascos, el movimiento impetuoso de las ruedas— se oía el tintineo y el ruido metálico de los arreos al sacudirse. Pero únicamente los solitarios cabriolés, o los pequeños y altos carros de los carniceros, o las berlinas particulares bajaban por nuestro tranquilo callejón sin salida de Hyde Park, nuestro «remanso», como lo llamaba mi padre.

Mi habitación en aquella altísima casa estaba en la parte de atrás. Cuando Stella se casó, Vanessa y yo fuimos destinadas a habitaciones separadas. Aquello señaló el hecho de que, ella a los dieciocho y yo a los quince, nos habíamos convertido en señoritas. Mi habitación, el viejo cuarto de bebés, era una sala larga y estrecha con dos ventanas; la parte de la chimenea era una parte de sala de estar, y parte del lavamanos era una parte del dormitorio. Había sido «reformada» a expensas de George, creo, y todo rastro del cuarto de bebés desapareció. En la sala de estar estaba mi silla de mimbre y el escritorio con las patas cruzadas diseñado por Stella, que estaba pintado de verde y decorado por ella con un dibujo de hojas secas (por aquel entonces, la pintura,

el esmaltado y el mobiliario de aficionado hacían furor). Encima de él estaba mi léxico de griego, alguna que otra obra de teatro griega, multitud de frascos de tinta, innumerables plumas y, seguramente escondidas bajo el papel secante, hojas de papel llenas de escritos privados con una letra tan pequeña y retorcida que se convirtió en una broma familiar.

El lado del dormitorio estaba dominado por el largo espejo de estilo Chippendale (de imitación), que George me había regalado con la esperanza de que me mirara en él y aprendiera a arreglarme el pelo y a cuidar de mi aspecto en general. En medio de él y del lavamanos, debajo de la ventana, estaba mi cama. Las noches de verano me quedaba tumbada con la ventana abierta, mirando al cielo y pensando, pues recuerdo un relato que escribí entonces sobre las estrellas y un nativo de Egipto que las miraba y también las escuchaba. Muy lejos de allí sonaba el zumbido del tráfico. En las caballerizas se oían las pisadas de los caballos y el ruido de las ruedas y los cubos. En una ventana de una habitación, una de las ventanas traseras de Queen's Gate que había enfrente, podía ver a sir Alfred Lyall vistiéndose y desvistiéndose. Una de las ventanas estaba rota; los criados decían que allí se conservaba intacto un banquete de boda, pues el novio no había aparecido o la novia había fallecido. Sin duda, había una ventana rota y polvorienta. Las noches de verano a veces oía música de baile y veía a los bailarines que no bailaban los primeros temas; los veía pasar y volver a pasar por delante de la ventana de la escalera. Una noche de verano fui incapaz de dormir, horrorizada, al oír lo que imaginé era un viejo indecente jadeando y murmurando obscenidades seniles. Después me dijeron que era un gato; la angustiada cópula de un gato. En el piso de abajo, George guardaba un montón de viejas bombillas eléctricas que lanzaba a los gatos. Las bombillas estallaban contra la pared. A menudo me quedaba despierta hasta las dos o las tres, esperando a que Nessa viniera a verme al volver de una fiesta. Leía a la luz de una vela y la apagaba cuando oía que ella y Gerald se acercaban. Pero Gerald me pillaba cuando pellizcaba la punta de la vela y descubría la cera blanda.

¿Qué debería describir primero: la sala que constituía la mitad de la habitación o la otra mitad que era el dormitorio? Deben ser descritas por separado, aunque siempre iban juntas. El modo en que se oponían mutuamente; es decir, la frecuencia con que me ponía furiosa en aquella habitación, y me desesperaba, y me extasiaba. El modo en que me sumía en un trance de dicha absoluta con la lectura; el modo en que me retiraba allí cuando mi padre me enfurecía; y me paseaba arriba y abajo con la cara colorada. Allí fue Madge<sup>62</sup> una tarde, y apenas pude hablar de la felicidad; y allí pasaba aquellas solitarias mañanas leyendo griego en tono monótono... Y fue a aquella habitación adonde me fue a buscar Gerald cuando mi padre murió. Allí oí por primera vez aquellas horribles voces...

Si aquella habitación, que ahora creo que está dividida en cubículos para los huéspedes — después de nuestra partida se convirtió en una pensión—, pudiera despertar a sus fantasmas, el hombre de negocios de Birmingham y la mujer de Cheltenham que viene a ver la Real Academia se divertirían, y también se compadecerían. Y tal vez uno de ellos comentaría lo extraña y malsana

que era aquella vida para una chica de quince años. Me figuro que añadirían: «Una vida así es imposible hoy día». Y me figuro que si uno de ellos hubiera leído *Al faro*, o *Una habitación propia*, o *Un lector común*, diría: «Esta habitación explica muchas cosas».

Sin embargo, como es natural, cuando vivía en mi habitación de Hyde Park Gate, yo no pensaba en hombres de negocios de Birmingham ni en mujeres de Cheltenham. Pero pensaba, sentía, vivía aquellas dos vidas que las dos mitades del cuarto simbolizaban con la intensidad, la apagada intensidad, que una mariposa o una polilla siente cuando sale del capullo y se queda temblando por un momento junto a la vaina rota, con sus pegajosas y trémulas patas y antenas, las alas todavía plegadas, y los ojos cegados, incapaz de volar.

Cualquier persona, ya fuera de quince años o no, ya fuera sensible o no, habría sentido algo muy intenso simplemente con lo que pasó. La muerte de mi madre había sido una pena latente; a los trece años uno no puede dominarla, imaginársela, lidiar con ella. Pero la muerte de Stella dos años después tuvo un carácter distinto; me afectó a la mente, una mente extraordinariamente desprotegida, sin formar aún, desvalida, aprensiva, receptiva, anticipante. Se trata de algo propio de las mentes y los cuerpos a los quince años, pero bajo la superficie de aquella mente y aquel cuerpo había penetrado la otra muerte. Aunque no era plenamente consciente de lo que significaba la muerte de mi madre, había estado asimilándola de forma inconsciente durante dos años a través del silencioso dolor de Stella; a través del expresivo dolor de mi padre; y, una vez más, a través de todas las cosas que cambiaban y cesaban: el final de la sociedad; de la alegría; el abandono de St. Ives; la ropa negra; las inhibiciones; la puerta cerrada de la habitación de ella. Todo ello había alterado mi mente y la había vuelto aprensiva; la había tornado extrañamente sensible a la felicidad de Stella, y la promesa que nos brindaba a ella y a nosotros de escapar de aquella oscuridad. Y entonces, sorprendentemente —increíblemente—, sucedió de nuevo, como si a alguien le hubieran escamoteado una promesa; más que eso, como si le hubieran dicho con crueldad que no fuera tan tonto para esperar algo. Recuerdo que después de su muerte me decía: «Es imposible; las cosas no son así, no pueden ser así...». El golpe, el segundo golpe de la muerte, me dio de lleno; temblorosa, con los ojos vidriosos y las alas todavía plegadas, situada al borde de mi capullo roto.

Ayer (18 de agosto de 1940) cinco bombarderos alemanes pasaron tan cerca de Monks House que rozaron el árbol de la verja. Pero como hoy sigo viva y tengo una hora libre a mi disposición — pues estoy escribiendo ficción y soy incapaz de escribir después de las doce—, seguiré con esta vaga historia.<sup>63</sup>

En los tiempos en que yo ya tenía aquella habitación, es decir, cuando contaba quince años, los cuatro, «nosotros cuatro», como decíamos, ya estábamos separados. Y esto quedaba simbolizado por cuatro cuartos separados. Sin embargo, no estábamos tan separados como a menudo ocurre a

chicos y chicas, hermanos y hermanas, cuando los chicos van a la escuela pública y las hermanas se quedan en casa. Supongo que las muertes de mi madre y Stella nos unieron. Nunca hablábamos de ellas. Recuerdo el apuro de Thoby al evitar decir «Stella» cuando naufragó un barco llamado *Stella*. (Cuando Thoby murió, Adrian y yo acordamos que seguiríamos hablando de él, «pues ya hay muchas personas muertas».) Sentíamos que ese silencio ocultaba algo; algo que la mayoría de las familias no había ocultado. Pero sin aquel vínculo, yo estaba tan unida desde mi más tierna infancia a Nessa y Thoby que si me describo a mí misma tengo que describirlos a ellos.

Cuando Stella murió Thoby tenía diecisiete años, dos más que yo. Pero mucho antes, yo ya me di perfecta cuenta de su carácter. Incluso cuando era un niño se mostraba dominante entre nosotros. Era capaz de imponerse. No era listo; no era un niño divertido ni hablador; era un niño torpe, desmañado y muy gordo que reventaba su chaqueta estilo Norfolk. Él dominaba y mandaba en nuestro mundo. Pero incluso a los adultos les resultaba imponente. Hubo que mandar llamar a mi padre una o dos veces. Recuerdo a Thoby peleando como un tigre con Gerald. Era grueso y torpe. Creció muy rápido y dejó atrás las costumbres de los niños. No lo recuerdo como alguien infantil, como era el caso de Adrian. Pero, por otra parte, mi madre no se sentía tan a gusto con él como con Adrian. Ni él con ella. No era listo, sino dotado. Y sus dones le eran naturales; la naturaleza lo dotó de su capacidad para parecer distinguido, para ser silencioso, para dibujar. Cogía una hoja de papel, la sujetaba en un ángulo extraño y empezaba a dibujar un pájaro fácilmente, con naturalidad, no donde yo esperaba, sino en un lugar raro, de tal forma que me resultaba imposible adivinar cómo el pájaro se convertiría en pájaro. No era precoz, pero ganaba premios de vez en cuando, aunque le negaron una beca en Eton. Creo que sus maestros decían que su latín y su griego eran muy toscos. Pero sus ensayos revelaban una gran inteligencia. Aun así, fue por medio de él como oí hablar por primera vez de los griegos. El día después de que volviera de Evelyns por primera vez estaba muy cohibido y raro. Nos dedicamos a subir y bajar la escalera juntos y me contó la historia de Héctor y Troya. Me dio la impresión de que le daba demasiada vergüenza contármela sentado, de modo que seguimos subiendo y bajando la escalera. Me contó la historia de forma bastante irregular, pero con entusiasmo. También me contó historias de los chicos de Evelyns. Aquellas historias prosiguieron durante su estancia en Evelyns, Clifton y Cambridge. Yo conocía a todos sus amigos por medio de aquellas historias. Él tenía la gran facultad de que le agradaban las personas, de que las admiraba. Y ellas le divertían; creo que me dio la impresión de que disfrutaba en Evelyns, y también en Clifton, porque le gustaba estar solo y sabía defenderse, y era admirado, pero también allí se portaba de forma dominante. Se defendía y soportaba los aspectos desagradables de la vida; se lo tomaba todo con mucha más filosofía, porque en la escuela se sentía más en su elemento que Adrian. Y exigía sus derechos. No era fácil abusar de él. Y aun así, no tenía motivos para imponerse; no esperaba ganar nada; admiraba a los chicos a los que se les daba bien el fútbol y el latín, pero sin envidia. Me daba la impresión de que había hecho balance de sus poderes; los adquiriría todos a su debido tiempo; y disfrutaba

pausada y deliberadamente sin preocuparse ni molestarse por lo que encontrara en Clifton. Era tolerante, ni crítico ni precoz; esperaba el momento oportuno y ocupaba su sitio con serenidad. Y cuando estaba con nosotros, pese a su incapacidad para hablar de sus emociones, yo sentía un mudo afecto, un orgullo por nosotros y también una gran melancolía: tal vez las muertes de mi madre y de Stella le habían hecho madurar por encima de su edad. Y el amor extraordinariamente efusivo de mi padre hacia él.

Prosigo (22 de septiembre de 1940) en este húmedo día; ahora pensamos en el tiempo en cuanto afecta a la invasión, en cuanto afecta a los ataques aéreos contra Londres, no en cuanto a tiempo que nos gusta o desagrada personalmente. Continúo porque me encuentro en un momento difícil de mi novela.<sup>64</sup> Estaba escribiendo acerca de Thoby cuando interrumpí la redacción. Anoche intenté tranquilizarme para poder dormir (porque estaba enfurruñada, como diría Clive, por la llegada de los Anrep) y pensé en St. Ives.<sup>65</sup> Escribiré sobre St. Ives; lo cual será conveniente para volver a llevarme, aunque indirectamente, a Thoby.

Mi padre estaba haciendo una de sus excursiones a pie, seguramente en 1881, cuando descubrió St. Ives. Debió de ver Talland House y descubrió que la ofrecían en arrendamiento. Vio el pueblo casi tal cual era en el siglo XVI, y la bahía tal como fue desde el principio de los tiempos. Creo haber oído decir que este fue el primer año en que funcionó el tramo de vía férrea desde St. Erth a St. Ives. Hasta entonces, St. Ives había estado a unos ocho kilómetros de la más próxima comunicación ferroviaria. Y supongo que mi padre, mientras se comía un bocadillo, quizá en Tregenna, pensó que aquella casa podía servir para que en ella pasáramos el verano, y con usual cautela hizo lo necesario para alquilarla. Yo iba a nacer en el mes de enero; y, a pesar de que mis padres deseaban poner un límite al crecimiento de la familia, mi concepción (nacimiento en 1882) indicaba que no iban a conseguir sus propósitos. Luego vendría Adrian (1883) —también contrariando sus intenciones. Esto demuestra el fácil vivir y la abundancia de medios de aquellos tiempos, que un hombre que creía que el dinero era una obsesión considerara factible alquilar una casa en la mismísima uña del dedo del pie, como él lo llamaba, de Inglaterra —lo cual comportaba que todos los veranos tuviera que hacer frente a los gastos de trasladar a la familia, niñeras y servidumbre de un extremo a otro de Inglaterra. Sin embargo, lo hizo. Alquilaron la casa a la Compañía de Ferrocarriles Great Western. La distancia no dejaba de ser un inconveniente, lo que significaba que solo podíamos ir a St. Ives en verano. Nuestra ración de naturaleza quedaba limitada a dos o como máximo tres meses al año. Los otros meses los pasábamos enteramente en Londres. Y, contemplado en retrospectiva, probablemente no había nada en nuestra infancia que fuera tan importante como el verano en Cornualles. La naturaleza adquiría intensidad. Irnos al extremo de Inglaterra, tener nuestra propia casa, nuestro propio jardín —tener aquella bahía, aquel mar y el paisaje: Clodgy; las tierras pantanosas de Halestown; la bahía de Carbis; Lelant; Zennor;

Treavail; la punta de Gurnard; oír las olas al romper, aquella primera noche, tras la persiana amarilla; navegar en el lugre; hacer hoyos en la arena; trepar por las rocas y ver las anémonas esgrimiendo sus antenas; de vez en cuando, encontrar un pececillo debatiéndose en una charca; levantar la vista por encima del libro de texto y ver cambiar la luz sobre las olas; bajar al pueblo y comprar por un penique una caja de pinturas de colores o de lo que fuera en la tienda de los Lanham; la señora Lanham llevaba ricitos postizos alrededor de la cara; las criadas decían que el señor Lanham se había casado con ella «por un anuncio»; oler todos los olores a pescado en las empinadas callejas; y ver los innumerables gatos; y las mujeres sobre los altos peldaños de sus casas, arrojando cubos de agua sucia a la calle; comer todos los días un gran plato de crema de Cornualles, cubierta por una delgada película, como una piel amarilla, que nos servían con gran abundancia de azúcar moreno con moras... Podría llenar muchas páginas con los recuerdos de cosas, unas tras otras, que hacían que el verano en St. Ives fuera la mejor manera de empezar a vivir que quepa imaginar. En cualquier caso, cuando arrendaron Talland House, mi padre y mi madre nos dieron —a mí en todo caso— algo de inapreciable valor. Pues supongamos que solo pensara en Surrey o Sussex, o la isla de Wight, al recordar mi infancia.

El pueblo era entonces casi como tuvo que ser en el siglo XVI, desconocido, poco visitado, un desordenado conjunto en forma de pirámide de casas encaladas de granito, que cubría la ladera de un hoyo en la isla. Fue construido para servir de refugio —construido por unos pocos pescadores, cuando Cornualles era un país tan alejado de Inglaterra como ahora España o África. Era un pueblecito empinado. Muchas casas tenían peldaños que iban desde la calle hasta la puerta. Las paredes estaban formadas por gruesos bloques de granito, supongo que con la finalidad de que resistieran el mar y las galernas. Estaban pintadas de un color parecido al de la crema de Cornualles. Nada suave había en ellas. No había ladrillos rojos; no había bardas; el siglo XVIII no había dejado en él ningún rastro, a diferencia de los pueblos del sur. St. Ives podía haber sido construido ayer, o en los tiempos del conquistador. Carecía de arquitectura, de ordenación consciente. La plaza del mercado era un irregular espacio abierto, adoquinado; la iglesia era de granito, sin edad, igual que las casas; la lonja del pescado estaba al lado. No había césped delante de la fachada. Se elevaba a ras del mercado. No había puertas talladas, ni ventanales amplios, ni dinteles, ni musgo, ni lindas casas hechas por profesionales. Era un pueblo ventoso, ruidoso, pueblo de pescado, vociferante, de estrechas calles; del color de los moluscos o de las lapas; como un puñado de caparazones de moluscos, muy juntos incrustados en un muro gris.

Nuestra casa, Talland House, estaba fuera del pueblo; en la colina. Para quién fue construida, por la Compañía de Ferrocarriles Great Western, lo ignoro. Debió de ser en los años cuarenta o cincuenta, supongo; una casa cuadrada; como las que dibujan los niños; que solo destacaba por su plana techumbre, y la baranda, cruzada por barras de madera que la rodeaban, una vez más, como dibujadas por un niño. Estaba en medio de un jardín, en la falda de una colina, que había crecido a su aire, formando dos jardines, rodeados de densos arbustos de escalonia, cuyas hojas

arrancábamos, estrujábamos y oliamos. Tenía tantas zonas de césped y tantos rincones que cada cual había recibido su nombre propio; había el jardín del café; la fuente, un cuenco con un caño que goteaba, protegido por árboles de hoja perenne; el campo de críquet; el rincón del amor, debajo del invernadero, donde crecían las violetas clemátides, donde Leo Maxse pidió en matrimonio a Kitty Lushington (creo que he oído a Paddy hablando con su hijo, anunció Thoby, que había oído la conversación por casualidad). Luego estaba el huerto, la parcela de las fresas, el estanque en el que Willy Fisher hacía navegar los barquitos que hacía con una paleta impulsado por una goma elástica y el árbol grande. Todos esos lugares se encontraban juntos en un solo jardín de no más de una hectárea. Se entraba en Talland House por un gran portalón de madera, cuyo cerrojo producía un sonido que todavía recuerdo; se subía por el sendero de los coches, con su alto muro de roca con plantas de flores del mediodía aquí y allá; y luego se llegaba al mirador, que estaba a la derecha. Se trataba de un altozano, con césped natural, que sobresalía del muro del jardín. Allí solíamos subir para ver si habían bajado la señal. Cuando la bajaban, significaba que había llegado el momento de ir a la estación a recibir el tren. Era el tren en el que venían el señor Lowell, el señor Gibbs, los Stillman, los Lushington, los Symonds. Pero esto era asunto de los mayores, recibir a los amigos. Nunca teníamos invitados a dormir en casa. Ni tampoco queríamos tenerlos. Creo que «nosotros cuatro» éramos totalmente autosuficientes. En una ocasión, la señora Westlake trajo a una niña llamada Elsie a jugar con nosotras, y yo «la arrastré por el jardín». Recuerdo que la empujé delante de mí como si fuera un montón de hojas secas.

Desde el mirador había una vista totalmente despejada de la bahía. (El señor Symonds decía que le recordaba la bahía de Nápoles.) Era un gran entrante, con muchas curvas, bordeado de playas de arena, con colinas también de arena de color verde plateado, con las rocas del faro en un extremo, que formaban como dos negros topes, uno de ellos con la torre del faro, blanca y negra; en el otro extremo, el río Hayle formaba una barra, como una vena azul que cruzara la arena, y las estacas, sobre las que se posaban las gaviotas, marcaban el canal en el puerto Hayle. Esta gran masa móvil de mar cambiaba siempre de color; azul intenso; esmeralda; verde; morado y luego gris de tormenta con crestas blancas. Los barcos entraban y salían constantemente. La mayoría de ellos, de la línea Haines, casi todos pequeños vapores que iban a buscar carbón a Cardiff. Cuando hacía mala mar entraban, en busca de refugio, vapores de cabotaje de todo género —barcos bajos, con una depresión en medio, pintados de rojo orín. A veces anclaba un gran vapor de tres chimeneas; una vez lo hizo un famoso yate blanco. Constantemente salían del puerto barcas de pesca a vela, los lugres con sus velas a mitad del mástil; las barcas un tanto pesadas y torpes que iban lejos, a la pesca de altura, y las más ligeras de la pesca de la caballa, que llegaban veloces al atardecer, dando la vuelta a la isla y arriando velas. Solíamos permanecer en el mirador con mi madre, observándolas.

A primeros de septiembre, todos los años, había siempre una mañana en que gritábamos: «¡Las barcas de la sardina han salido!». Las barcas de pesca de sardina pasaban casi todo el año

recostadas en la arena. Pero, con toda regularidad, a principios de otoño, las arrastraban con caballos hasta el mar, y quedaban ancladas cerca del rompeolas, con aspecto de zapato negro, ya que cada una de ellas tenía una toldilla en un extremo y un gran montón de redes en el otro. El calafateado de las barcas de la sardina era una ocupación habitual, y debido a ello la playa siempre olía ligeramente a pez. Allí permanecían una semana tras otra, y seguían allí cuando nos marchábamos en octubre, a la espera de que el vigía sentado frente al telescopio en lo alto de su blanco refugio del cabo de Carbis Bay avistara un banco de arena.<sup>66</sup> Se sentaba allí, buscando una mancha amoratada de sardinas que entrara en la bahía y detrás de él sonara con estruendo una especie de cuerno. Año tras año los botes yacían en la bahía. Las jábegas nunca se lanzaban. Los pescadores se quejaban de que los barcos de vapor de Newlyn (tal vez) habían asustado a las sardinas; las habían desviado hacia el mar. En una ocasión, sin embargo, cuando estábamos sentados en clase, oímos el grito de Huer —un largo alto y claro ulular. Los pescadores salieron remando en sus botes. La clase se interrumpió. Se habían avistado sardinas. Un círculo punteado con corchos flotaba aquí y allí sobre la oscura red sumergida. Pero el banco de sardinas pasó de largo esta vez; y las jábegas fueron recogidas de nuevo. (En 1905, cuando nosotros cuatro alquilamos una casita en Carbis Bay, las sardinas vinieron. Salimos remando temprano por la mañana. El mar era todo burbujas y salpicaduras de plata. Un desconocido, en una barca vecina, arrojó a la nuestra brazadas de aquella masa burbujeante. «Como los peces para desayunar», dijo; todos estaban excitados y exultantes de alegría; y barca tras barca se iban cargando de pescado hasta la línea de flotación. Y volvimos al puerto y vimos cómo lo ponían en cajas. Describí todo eso en un escrito y lo mandé a algunos periódicos, que lo rechazaron. Pero Thoby le dijo a Nessa, quien a su vez me lo dijo a mí, que creía que yo podía tener algo de talento.) Durante los años que estuvimos en St. Ives, las sardinas nunca vinieron a la bahía; las barcas de pesca de sardina dormitaban, ancladas, y nosotros nos acercábamos a ellas nadando y nos agarrábamos a la borda, y veíamos a aquel anciano tumbado en su tienda de lona marrón, atento en su vigía. La visión de las barcas sardineras en espera era un espectáculo que hacía que mi padre se exclamara y se lamentara a la mesa. Sentía una curiosa empatía por la pobreza de los pescadores: un respeto por los pescadores, como el que sentía por los guías alpinos. Mi madre, por supuesto, fue a sus casas a conocerlos; y a «hacer el bien», como a Stella le habría gustado decir desde su tumba; los visitó y ayudó y formó una asociación para su cuidado. Después de su muerte se convirtió en la Julia Prinsep Stephen Nursing Association; Meredith,<sup>67</sup> los Symonds y los Stillman participaron en ella; y Ka Arnold-Forster<sup>68</sup> me dijo que todavía existe.

Todos los años, en agosto, se celebraba una regata en la bahía. Contemplábamos cómo se colocaba el barco de los jueces, adornado con cuerdas con banderitas de un mástil a otro. Las personas importantes de St. Ives iban a bordo. Había una banda tocando. Las ráfagas de música atravesaban el agua. Todas las barquitas salían del puerto. Entonces se oía un disparo y empezaba la carrera. Las embarcaciones zarpaban —los lugres, los barcos de recreo, los botes de remos—

recorriendo los distintos circuitos marcados con banderas alrededor de la bahía. Y mientras las embarcaciones navegaban, los nadadores se colocaban en una hilera en el barco de la regata preparándose para la competición. Cuando sonaba el disparo se lanzaban al agua, y veíamos las pequeñas cabezas balanceándose y los brazos emitiendo destellos, y oíamos a la gente gritar cuando un nadador alcanzaba a otro. Un año, el joven y atractivo cartero de pelo rizado (recuerdo la bolsa de lino marrón en el que llevaba las cartas), debería haber ganado, pero después explicó a Amy: «He dejado ganar al otro porque era su última oportunidad».

Era un espectáculo alegre, con las banderas ondeando, el sonido de los disparos, las embarcaciones en el mar y los nadadores lanzándose o siendo subidos de nuevo a bordo. En el mirador de la bahía se congregaba una multitud —este mirador era un espacio octogonal, situado al final de la explanada, que seguramente fue construido durante la guerra de Crimea, y era el único intento que el pueblo había hecho para transformarse en lugar de veraneo junto al mar. No había muelle; ni paseo marítimo; solo esa angulosa porción de terreno, con unos cuantos bancos de piedra, en la que pescadores retirados, con sus jerséis azules, se sentaban a fumar y a charlar. El día de la regata —siempre con buen tiempo— sigue grabado en mi mente y, con sus banderitas, sus barquitas, su movimiento, y la gente punteando la arena y el mar, y con la música llegando por encima del agua, como si fuera una pintura francesa.

En aquellos tiempos, en St. Ives no había veraneantes, aparte de nosotros y unos cuantos pintores itinerantes. Las costumbres del pueblo eran sus propias costumbres; en agosto se celebraba la regata. Una vez cada doce años,<sup>69</sup> los ancianos y las ancianas de más de setenta años danzaban alrededor del monumento Knills —una torre de granito en un claro—, y la pareja que bailaba más tiempo recibía ¿un chelín?, ¿media corona?, de manos del doctor Nicholls —el alcalde—, que, en esa ocasión, lucía una capa con adornos de piel. St. Ives tenía una reliquia, pero era una reliquia en uso, del pasado —Charlie Pearce, el pregonero del pueblo—. De vez en cuando, el pregonero pasaba ante las casas, agitando una campana de vendedor de mojicones, y gritando «¡Oyez! ¡Oyez! ¡Oyez!». Lo que quería decir con eso, lo ignoro, pero recuerdo que, en cierta ocasión, una señora que nos visitó perdió un broche, y que el viejo Charlie Pearce lo pregonó. Era ciego, con la cara larga y devastada, ojos grises, como los de un pez hervido, se tocaba con un sombrero de copa muy estropeado, y vestía un chaqué muy ajustado, abrochado sobre su cuerpo flaco, y así avanzaba a paso incierto, agitando la campana y gritando «¡Oyez! ¡Oyez! ¡Oyez!». Le conocíamos, tal como conocíamos a muchos personajes del pueblo, gracias a las criadas, principalmente gracias a Sophie, que tenía muchos amigos entre ellos. Conocíamos a todos los proveedores, que subían por el camino de entrada hasta la puerta de la cocina, cargados con sus paquetes: Alice Curnow, que traía la colada en un gran cesto cubierto; la señora Adams, la pescadera, que traía el pescado —las langostas estaban vivas, todavía azules, moviéndose en el cesto, y la pescadera las ponía sobre la mesa de la cocina, y las grandes pinzas se abrían y

cerraban y pinzaban. ¿Será verdad mi recuerdo de un pez largo y grueso, retorciéndose colgado de un gancho en la despensa, y Gerald dándole muerte a golpes con un mango de escoba?

La cocina, la cocina de Sophie, pues ella predominaba sobre todos los demás «habitantes de la cocina», como los llamábamos en el *Hyde Park Gate News*, se encontraba exactamente debajo del cuarto donde dormíamos los niños. Por la noche, durante la cena, por la ventana bajábamos un cesto atado con un cordel y lo dejábamos balanceándose ante la ventana de la cocina. Si Sophie estaba de buen humor, metía el cesto en la cocina, y ponía en él algo que hubiera sobrado de la cena de los mayores, pero si estaba de mal humor, cogía violentamente el cesto y cortaba el cordel. Recuerdo las diferentes sensaciones: el peso del cesto y la ligereza del cordel.

Todas las tardes «íbamos a pasear». Más tarde, esos paseos llegaron a ser un sacrificio; mi padre exigía que uno de nosotros le acompañara en su paseo, y mi madre, en exceso obsesionada por la salud de mi padre, por su bienestar, se mostraba demasiado dispuesta, pienso, a sacrificarnos por él, dejándonos con ello un legado de dependencia de nuestro padre respecto a nosotros, que llegó a ser una terrible imposición después de que ella muriera. Habría sido mucho mejor, tanto para mi padre como para nosotros, que mi madre le hubiera dejado pasear solo. La salud de mi padre era una manía de mi madre; ella murió, a causa del exceso de trabajo, a los cuarenta y nueve años; a mi padre le fue muy difícil morir de cáncer a los setenta y dos. Pero, después de este paréntesis, digamos que St. Ives, de todas maneras, nos proporcionaba este puro placer que tengo ante mi vista en estos precisos instantes. Las hojas del color del limón en los olmos, las redondas manzanas rojas y resplandecientes en el huerto, y el rumor de las hojas me inducen a pensar en cuántas fuerzas no humanas nos afectan. Mientras escribo esto, la luz cambia; una manzana se torna de vívido color verde. Reacciono; pero ¿cómo? Y entonces la pequeña lechuza parlotea<sup>70</sup> bajo mi ventana. Otra vez reacciono. Figurativamente podría explicar con una instantánea lo que quiero decir mediante una imagen; soy una vasija porosa flotando en sensaciones; vajilla delicada expuesta a rayos invisibles, y cosas parecidas. O me dejo caer en una vaga idea de una tercera voz. Hablo con Leonard: Leonard me habla a mí; ambos oímos una tercera voz. En vez de trabajar toda la mañana para analizar lo que quiero decir, para descubrir su significa algo real, si invento cosas o estoy diciendo la verdad cuando noto el aliento de estas voces hinchando mis velas y tomo este rumbo o ese otro en mi vida cotidiana cuando me rindo ante ellas, percibo la existencia de su influencia; sospecho que tienen gran importancia; no puedo comprobar cuál es el poder que ejercen sobre otras personas —¿lo siente Louis? ¿Lo siente Percy? ¿Cuántas de las personas que ayer observaban la bomba incendiaria apagada en la colina entenderían lo que quiero decir si leyeran esto?—. Dejo aquí una señal para marcar una idea que en algún momento trataré de resolver; y vuelvo a la superficie; esto es, a St. Ives.

A Tren Crom, Trick Robin, como nosotros lo llamábamos, nos dirigíamos en el habitual paseo de los domingos. Desde el lugar más alto se veían los dos mares —a un lado, el monte St. Michael; al otro, el faro. Como todas las colinas de Cornualles, estaba sembrada de bloques de

granito, algunos parecían tumbas antiguas y altares, en otros habían hecho orificios, como si se fueran a colocar postes para una puerta. Otros estaban apilados. El Loggan Rock estaba en la cima de Tren Crom; era una peña que se movía al empujarla; sobre la cual trepábamos; y en la áspera superficie cubierta de líquenes había un hoyo, para contener, según decían, la sangre de las víctimas. Pero mi padre, con su severo amor a la verdad, no lo creía; en su opinión, decía, no era la auténtica Loggan Rock, sino que todas tenían esa tendencia natural. Estrechos senderos, entre matas y brezos, llevaban a la cumbre. Nos pinchábamos y arañábamos las piernas al subir; y el amargón era de un amarillo brillante, dulcemente aromático. Otro paseo, un paseo corto para niños, al País de las Hadas, como denominábamos aquel bosque solitario, rodeado por un ancho muro. Caminábamos por lo alto del muro y mirábamos hacia abajo, el bosque de robles y grandes helechos, más altos que nuestras cabezas. Olía las bellotas; era oscuro, húmedo, silencioso, misterioso. Un paseo más largo y peligroso nos llevaba al pantano de Holestown. Una vez más nos corregía mi padre; el pantano de Helston, lo llamaba él; su nombre verdadero era Halestown. En esta tierra pantanosa saltábamos de parche de hierba a parche de hierba; y las brujas chapoteaban y nosotros nos sumergíamos hasta las rodillas en el agua parda del pantano. Allí crecía la osmundia, y el raro culantrillo. Mejor que esos paseos, un regalo anunciado quizá hacía quince días, era una tarde de navegación. Alquilábamos un lugre; los pescadores iban con nosotros. Sin embargo, en una ocasión dejaron que Thoby pilotara la barca de vuelta a casa. «Demuéstrales que sabes llevar la barca, muchacho», dijo mi padre, con la habitual confianza y el orgullo que depositaba en Thoby. Y él ocupó el lugar del pescador; y se hizo cargo del timón; sonrojado y con sus ojos azules muy azules, y su boca tensa, se sentaba allí, y rodeábamos la punta, entrábamos en el puerto, sin dejar que la vela se deshinchara. En una ocasión el mar estaba lleno de pálidas medusas, como lámparas, con cabellera serpenteante; pero producían picor si se las tocaba. A veces nos daban sedales; y les poníamos trocitos de pescado como cebo; y el sedal temblaba en nuestras manos cuando la barca daba una sacudida y notábamos un tirón procedente del agua; y después —¿cómo transmitir la emoción?— un tirón saltarín; después otro; y otro más largo hacia arriba; y del agua surgía por fin el pez blanco retorciéndose; lo arrojábamos al suelo. Ahí yacía, agitando la cola en dos o tres dedos de agua.

Una vez, después de haber estado esperando, dando bordadas y recogiendo un rubio tras otro, mi padre me dijo: «No me gusta ver cómo se pesca un pez; por eso no iré; pero tú puedes seguir yendo». Creo que fue una lección admirable. No fue un reproche, ni una prohibición; fue, sencillamente, una manifestación de su propio sentimiento, acerca de lo cual yo podía pensar y decidir por mí misma. Me indujo a decidir que no me gustaba pescar; a pesar de que la pasión que por ello sentía —por el temblor y el tirón— no podía expresarse con palabras. El deseo de pescar languideció, sin dejar en mí resentimientos. Y, gracias al recuerdo de mi pasión, aún soy capaz de comprender la pasión por la pesca y la caza. Es una de esas semillas de incalculable valor — comoquiera que es imposible tener todas las experiencias, hay que conformarse con semillas—,

germen de lo que podría haber sido. En consecuencia, clasifico «pescar» junto con otros pasajeros atisbos, como esas miradas que lanzo a los sótanos cuando voy por las calles de Londres.

Los robles, las bugallas, los helechos con pequeños manojos de semillas en el dorso, la regata, Charlie Pearce, el sonido del cerrojo de la puerta del jardín, las hormigas arremolinándose en el peldaño, comprar pinturas, navegar a vela, el olor de las tierras pantanosas de Halestown, pescado curado para merendar en la granja de Trevail, el fondo del mar cambiando de color durante las clases. El viejo señor Wolstenholme en su silla de mimbre, las moteadas hojas del olmo en el césped, las cornejas graznando al sobrevolar la casa por la mañana, las hojas de la escalonia pasando del verde al gris, el arco en el aire cuando explotó el almacén de pólvora en Hayle, el sordo sonido de la boya; por alguna razón, esto es lo que predomina cuando pienso en St. Ives: un incongruente y misceláneo catálogo —pequeños corchos que indican la presencia de una red calada.

Y para extraer esa red, dejando su contenido mezclado, en la playa, poniendo un fin donde tal cosa no existe, añado: dos o tres años antes de que mi madre muriera (es decir, 1892-1893-1894) oímos temibles insinuaciones de que quizá tendríamos que abandonar St. Ives. La distancia se había convertido en un inconveniente. George y Gerald tenían trabajo en Londres. Los gastos, la escuela de Thoby, la escuela de Adrian, eran una necesidad imperiosa. Y entonces, justamente delante de nuestro mirador, se había alzado un hotel que ocultaba las vistas, un gran edificio cuadrado, de color pastel de avena cuando llegamos en julio. Mi madre dijo, con gesto dramático, que las vistas se habían echado a perder; que St. Ives quedaría destruido. Por todo eso, después, un mes de octubre, en nuestro jardín surgió un cartel de un agente de la propiedad inmobiliaria; y como necesitaba un retoque de pintura, me permitieron repasar algunas letras —Se traspasa esta casa— con un bote de pintura. La alegría de pintar se mezclaba con el terror de partir. Pero durante un verano o dos no apareció nadie interesado. El peligro, confiaba yo, había sido conjurado. Y entonces, en la primavera de 1895, murió mi madre. Mi padre decidió que no quería volver a ver St. Ives nunca más. Y quizá un mes después Gerald fue a St. Ives solo; acordó el traspaso con unos tales Millie Dow, y St. Ives se desvaneció para siempre.

Recupero hoy (11 de octubre de 1940) un templado día de otoño (esta noche han bombardeado Londres), gracias a estas rápidas notas, un único retrato real de Thoby; rebasando con nosotros la punta al timón de la barca, sin dejar que la vela se deshinché. Recupero la imagen de un colegial con la chaqueta demasiado prieta; con los brazos excesivamente largos para las mangas; sus ojos se hacían más azules cuando estaba ocupado en este menester; y la cara un poco sonrojada. Estaba sintiendo, quizá un poco antes que la mayoría de los muchachos, el peso que le confería que su padre se sintiera orgulloso de él; la carga, la responsabilidad de ser un hombre.

¿Por qué rehúyo la tarea, que no puede ser dura para una profesional como yo, de sacar de la

barca a ese muchacho y situarlo en mi dormitorio y salita de Hyde Park Gate? Porque quiero seguir pensando en St. Ives; porque he dejado allí muchas imágenes tuyas; y no solo es una excusa, porque siempre, alrededor de ese muchacho, como el rocío que se posa sobre un abrigo de áspera tela en otoño, se encuentra el campo; mariposas; pájaros; barro; caballos.

Pero es verdad, no quiero volver a entrar en mi habitación de Hyde Park Gate. Rehúyo los años 1897-1904, los siete años de desdicha. No hubo muchas vidas como las nuestras, tan atormentadas, y angustiadas, paralizadas por un vacío de no ser. Por dos innecesarios errores —el azote desatento y el azar de un flagelo que inútil y brutalmente mató a las dos personas que, normal y naturalmente, habrían podido hacer que aquellos años fueran normales y naturales, si no «felices».

No estoy pensando en mi madre y en Stella; estoy pensando en el daño que su muerte infligió. Eso lo escribiré más tarde, cuidadosamente, lo ilustraré con una o dos escenas. Por esa razón no quiero sacar a Thoby de la barca para llevarlo a mi habitación.

Sin esas muertes, dicho sea para volver a un pensamiento anterior, Thoby no habría quedado tan muda pero genuinamente ligado a nosotros. Si algo bueno hay (cosa que dudo) en esta mutilación es que aguza la sensibilidad —si tener conciencia de la inseguridad de la vida, recordar algo desaparecido, sentir de vez en cuando, como yo sentí con respecto a mi padre, sin que él lo pidiera, un abrumador compañerismo, si es que puede considerarse bueno tener conciencia de esto a los quince o dieciséis o diecisiete años; sentir a veces esa clase de profundo sentimiento, este sentimiento tan poco infantil —sí, sí, sí—. Pero ¿fue bueno? ¿No habría sido mejor (si es que de algo sirve emplear bueno y mejor cuando no hay quien pueda juzgar al respecto) seguir sintiendo en St. Ives el correr y los tropiezos de la vida familiar? ¿Seguir, en privado, explorando y corriendo aventuras, rodeados en todo momento del resto de la familia que proseguía su sólido y traqueteante avance, de año en año? Pero, a los quince años, que esta protección sea retirada, ser arrojada fuera del refugio de la familia, ver grietas y desgarros en aquella estructura, cortarse con esos filos, ver lo que hay más allá, ¿fue algo bueno? ¿Proporcionó una experiencia que, a pesar de ser dolorosa, significaba que los dioses (tal como yo solía decir) me tomaban en serio, y me daban una tarea de la que no habrían considerado dignas a Meg e Imogen Booth, por ejemplo, o a Ida y Sylvia Milman? Yo tenía mi manera visual de expresarlo. Veía (después de la muerte de Thoby) dos grandes piedras de molino (mientras paseaba por Gordon Square),<sup>71</sup> y yo entre una y otra. E imaginaba una lucha entre yo y «ellos» —unos invisibles gigantes. Razonaba o imaginaba que si se obligaba a la vida a encabritarse y a cocear de semejante manera, esto se debía a que la realidad era eso. Nadie podía decir que «ellos» me hubieran engañado con una porción insignificante de la preciosa materia. Por eso llegué a pensar que la vida era algo de una extremada realidad. Y esto, como es lógico, aumentó la conciencia de mi propia importancia. No en relación con los seres humanos; en relación con la fuerza que me había respetado lo suficiente para darme a conocer cuál era mi realidad entre piedras de molino.<sup>72</sup>

En consecuencia, me parece que nuestra relación (entre Thoby y yo) era más seria de lo que habría sido sin aquellas muertes. El pensamiento tácito —algo parecido a aquella imagen visual— estaba allí, en él, en mí; cuando entró en mi habitación trasera en Hyde Park Gate. Se encontraba detrás de nuestras discusiones. Claro está que sentíamos una natural atracción el uno por el otro. Thoby, además de sus sentimientos de hermano (era protector) tenía, creo yo, en una actitud divertida, sorprendida, interrogativa, con respecto a mí. Yo era un año y medio menor que él; y una chica; y me consideraba un pequeño ser sin caparazón; muy aislado en mi habitación, en comparación con él; un muy sencillo y ansioso receptor de sus historias de la escuela; carente de experiencia propia que pudiera contraponerse a la suya; pero en modo alguno un ser pasivo; sino, al contrario, hirviente, inquisitivo, inquieto, replicante. Cada uno de nosotros se había desarrollado a su manera, después de aquel primer ir y venir escaleras arriba, escaleras abajo; cada cual había tenido sus lecturas. De una manera u otra, él había devorado a Shakespeare, solo. Había tomado posesión de la obra de Shakespeare, a su ruda manera, y nuestras primeras discusiones —acerca de libros, quiero decir— fueron acaloradas; debido a que él salió con su amplia afirmación de que todo estaba contenido en Shakespeare: no sé cómo, tuve la impresión de que Thoby lo tenía todo bajo su dominio, lo cual me indignó. Me avasallaba. ¿Qué oposición podía yo presentar? Una oposición un tanto débil, me parece; pero eso era lo que yo sentía. Las obras teatrales carecían de atractivo. ¿Cómo comenzaban? Con un aburrido discurso; a cien millas de cuanto me interesaba. Abrí *Twelfth Night*<sup>73</sup> para demostrarlo; lo abrí en «Si la música es el alimento del amor, seguid tocando...». En esta ocasión perdí la partida. Tuve que reconocer que era un buen principio. Y recuerdo su orgullo, porque era como el orgullo depositado en un amigo, de que Shakespeare tratara a Falstaff sin el menor rastro de simpatía. Este amplio e imparcial gesto de Shakespeare le entusiasmaba. Quiero decir la imparcialidad con que un árbol se desprende de sus hojas. Por otra parte, cuando Desdémona vuelve a despertar, Thoby pensaba que posiblemente Shakespeare estuvo «sentimental». Estas son las únicas frases críticas concretas que recuerdo, porque Thoby no era, como yo, un analista de palabras concretas o de frases, no era dado a tomar notas, sino mucho más rudo y ajeno a formalismos, más ágil y con un enfoque más de conjunto. Por eso tuve la impresión de que, para él, Shakespeare era su otro mundo; el lugar de donde sacaba la medida de su mundo cotidiano; en el que probaba sus fuerzas; en el que sacaba de Shakespeare lo que quería para adoptar una postura ante los hechos que ocurrían. No sé si estaré en lo cierto al pensar que Shakespeare había conseguido penetrar en su mente, de manera que Thoby medio pensaba en Falstaff y Hal y la madre y todos los demás, en el departamento de fumadores de tercera clase del metro, cuando se producía una escaramuza entre dos borrachos; y Thoby, con la pipa entre los dientes, sentado en un rincón, la observaba por encima del periódico, inmóvil, con una expresión grabada en mi memoria; la expresión de quien está preparado, imperturbable, sabedor de su lugar, gozando de su herencia y papel en la vida, consciente de su competencia, venteando la batalla; un legislador ya, antes de tiempo; orgulloso de ser hombre y de

interpretar su papel entre los hombres de Shakespeare. Si Thoby hubiera sido entronizado, habría interpretado su papel de manera sumamente mayestática. Las palabras que empleó Walter Lamb fueron muy pertinentes.<sup>74</sup>

Discutíamos sobre Shakespeare, sobre muchísimas cosas, y a menudo perdíamos los estribos, pero nos atraía una admiración común. El lugar de Gray's Inn en el que una noche de vuelta a casa me dijo: «¿Siempre me pregunto en qué piensa el hombre de verde?» —(¿cómo se le ocurrió aquello?), un comentario que me entusiasmó, consciente de que se refería a que quería que yo hablara, a que quería saber mi opinión—, aquella losa sigue siendo una de mis islas no sumergidas. ¡Pero qué reservados éramos! Ahora, los hermanos y las hermanas hablan con plena libertad, de todo. Nosotros ni siquiera hablamos acerca de nosotros mismos, en la medida en que puedo recordar. No recuerdo confidencias; ni halagos; ni besos; ni escenas emotivas. En cuanto a la sexualidad, Thoby pasó de la infancia a la adolescencia y de la adolescencia a la virilidad, ante nuestra vista, sin decir ni una sola cosa que pudiera revelarnos, verbalmente, lo que sentía. ¿Se enamoraron de él otros muchachos? Él no se enamoró de ellos, con toda certeza. Por Clive me enteré, más tarde (cuando se hablaba de todo) de que la sodomía de Lytton era como una humorada para Thoby; uno de los inocentes absurdos, una de las excentricidades «del Strache». Sin embargo, bajo ese silencio —que puede ser mantenido frío y dulce, y se le puede dar profundidad, una seriedad, una calidad emotiva que el habla destruye— había, como yo sentía, una gran susceptibilidad; una gran sensibilidad; gran orgullo por todos nosotros, por aquellos cuyas fotografías ocupaban un lugar en la repisa de la chimenea de Cambridge; y por todos aquellos deseos que lo habrían convertido en un enamorado, un marido, un padre. Sus amores estaban ya claramente esbozados, aunque sumergidos; había una amante rondando en Cambridge, ¿descubierta por Gerald al encontrar una fotografía?; y después, claro está, Elena; y después Irene. Pero, una vez más, qué ceremoniosa, qué formal, era su aproximación a las mujeres que amaba. Qué parco en palabras, y, sin embargo, qué evidente su temblor, su estremecimiento. Esta debería de haber sido su vida privada. En público habría sido, si hubiera tenido ocasión, un juez, sin duda. El señor juez Stephen, habría sido hoy; con varios libros publicados en su haber; uno o dos de derecho; algunos ensayos desenmascarando bobadas; tal vez uno sobre pájaros, ilustrado por él mismo. En este momento, a los sesenta años, sería una figura distinguida; pero no prominente; porque era demasiado melancólico, demasiado independiente, inconformista, para adaptarse a un molde prefabricado. Habría sido más bien un personaje que un hombre de éxito, me imagino; si le hubieran dejado.

El fúnebre tañido de estas palabras afecta mi memoria; y los recuerdos de un tiempo en que ignorábamos que nuestra relación terminaría cuando él tenía veintiséis años y yo veinticuatro. Esta es una de las falsificaciones contra la que no es posible protegerse; salvo haciéndola constar. En aquel entonces, cuando discutía conmigo en mi cuarto de Hyde Park Gate, nunca le vi tal como le veo ahora, con todas sus promesas frustradas. Pensaba yo, si es que pensaba, sencillamente en el

momento; era un momento en que los dos estábamos saliendo de la infancia; y todos los días, sin la menor duda en todas las ocasiones en que regresaba de Clifton o de Cambridge, más parte de él y más parte de mí había salido a la superficie. Corrían días de descubrimiento. Días muy emocionantes. Recuerdo un día de octubre, cuando se disponía a ir a Cambridge por primera vez, en que descubrí su belleza. Vestía un traje Hill. Aquel verano descubrí que fumaba en pipa. Y descubrí a Bell, «al Strache» y a Sydney-Turner.<sup>75</sup> Pero estoy adelantando en exceso el retrato de mí misma en Hyde Park Gate. Volveré al año en que Stella murió, 1897.

Podría resumirlo todo en una escena. Siempre veo, cuando pienso en el mes siguiente al de su muerte, un arbusto sin hojas; el esqueleto de un arbusto en la oscuridad de la noche de verano. Este arbusto se alza junto a una glorieta en el jardín. En su interior, estoy sentada en compañía de Jack Hills. Sujeta mi mano entre las suyas. Aprieta mi mano. Gime: «Es desgarrador». Se aferraba a mi mano para poder soportar el sufrimiento, como una parturienta se agarra a la sábana. «No puedes comprenderlo», dijo bruscamente. «Sí, puedo», murmuré. Subconscientemente, comprendí que quiso decir que sus deseos sexuales le desgarraban; comprendí que los sentía al mismo tiempo que su dolor por la muerte de Stella. Y el árbol, fuera, a la media luz de agosto, era para mí, cuando gemía, un símbolo de su agonía; de nuestra estéril agonía; lo resumía todo. El árbol sin hojas sigue siendo para mí el emblema, el símbolo, de aquellos meses de verano.

Todos los fines de semana él venía a la casa que teníamos en Painswick. Todas las noches Vanessa o yo paseábamos con él a solas después de cenar. Nos escribía a una o a la otra a diario. Nosotras aguantábamos lo peor de su angustia. Sufría mucho. «Pobre muchacho, tiene muy mal aspecto», murmuró una vez mi padre de forma audible. Jack, que lo oyó por casualidad, dijo tartamudeando una frase torpe para encubrirlo, para evitar que dijera algo más. Parecía angustiado, aunque terco, todo vestido de negro como el carbón. George, Gerald y Jack iban vestidos de negro de la cabeza a los pies. Cuando pienso en aquel verano, recuerdo el árbol sin hojas y la mano de Jack cogiéndome de la muñeca.

El árbol sin hojas fue un elemento muy doloroso en nuestra vida durante meses. Pero los árboles no permanecen sin hojas. Empiezan a echar fríos brotes rojizos. Con esta imagen expresaría las incomodidades y la tristeza y las peleas, la reprimida irritación, las palabras duras, las insinuaciones, que, tan pronto la vida familiar se reanudó, empezaron a demostrar que la muerte de Stella no nos había dejado más unidos; como mi padre decía; sino que nos había dejado mal ensamblados; manteniendo dolorosamente unas relaciones que su muerte había distorsionado.

Recuerdo ahora otra escena de jardín, esta vez en Fritham. George había pasado mi brazo bajo el suyo. Dentro de la casa, mi padre jugaba al whist con los otros. George se dirigió a mí, y me llevó a pasear por el jardín. No recuerdo exactamente ni una sola frase. A la mente me viene un murmullo, la presión de George; y recuerdo aquel tono tan emocionado y ambiguo, salpicado de palabras como «querida vieja Cabra», «vieja compañera», y otras por el estilo, con el que me contó que la gente murmuraba que Vanessa estaba enamorada de Jack; y eso era ilícito; el

matrimonio, quería decir; no podría yo hablar con ella; persuadirla —fue una confusa conversación nocturna; con el eco habitual de las cuerdas sensibles; y a mí me halagó; tal vez me sentí importante, y debí de prometerle que diría lo que él quería que dijese. ¿Qué? No recuerdo qué le dije a Vanessa, solo recuerdo su respuesta un tanto amarga: «De modo que también tú estás de su parte».

Entonces me di cuenta de que Vanessa era una parte; si así era, yo estaría a su lado, como es natural, le dije de manera muy confusa. Inmediatamente me pasé del bando de George al de Vanessa. Pero mi vaguedad y mi confusión revelan qué poco sabía cuál era la verdadera situación. Cabía presumir que George no me pidió ayuda sin haber intentado antes poner en práctica otros medios —por lo menos, tal como Nessa me dijo después, había comunicado sus temores a mi padre, quien, lo cual le honra en gran manera, dijo que Nessa podía hacer lo que quisiera; él no intervendría. Eso es lo que yo admiraba en él, su dignidad y sensatez en muchos aspectos; ocultos a veces por su mal humor, vanidad y egotismo.

Estas escenas, dicho sea de paso, no son en modo alguno un recurso literario, un medio para resumir y para dar carácter visible a numerosos detalles en un solo cuadro. Había detalles; y si me detuviera a pensarlo, podría reunir buen número de ellos. Pero, sea cual fuere la razón, he comprobado que la formación de escenas es mi manera natural de consignar el pasado. Siempre surge una escena compuesta, representativa. Esto confirma mi instintiva noción (de nada servirá razonarlo; es irracional); la sensación de que somos vasijas selladas flotando en lo que, por comodidad, hemos dado en llamar realidad; en ciertos momentos, la materia que sella la vasija se resquebraja; entra a chorros la realidad; es decir, esas escenas, ya que no podrían sobrevivir año tras año, a no ser que estuvieran formadas por algo relativamente permanente; esta es la prueba de su «realidad». ¿Es esta fidelidad a las escenas el origen de mi impulso de escribir? Estas son preguntas sobre la realidad, sobre las escenas y su conexión con la escritura, para las cuales no tengo respuestas; tampoco tengo tiempo para plantearmelas con suficiente atención. Quizá algún día las revise y escriba algo sobre ellas, como es mi intención; me plantearé la pregunta con más exactitud y llegaré a esbozar algo a modo de respuesta. Evidentemente, he desarrollado esta facultad en todo lo que he escrito (novelas, crítica literaria, biografía), casi siempre me he visto obligada a formar una escena si estoy escribiendo acerca de una persona; debo encontrar una escena representativa de su vida; si estoy escribiendo acerca de un libro, debo encontrar la escena en el poema, el relato. Pero esto quizá no sea la misma facultad.

De manera que eso era uno de los pequeños brotes rojizos, o pinchos, en el esquelético árbol: Vanessa estaba enamorada de Jack; Jack la absorbía con egoísmo; la gente hablaba; George, y Gerald (en menor grado), se habían encogido de hombros. Este es uno de los aspectos de la muerte del que la gente no habla cuando expresa el mensaje del dolor; nunca se menciona la faceta indecorosa, su legado de amargura, malos humores, inadaptación; y lo que para mí es lo peor de todo: aburrimiento.

(15 de noviembre de 1940.) Durante aquellos años de desdicha, no hablamos de estas escenas. (Estas escenas, advierto, rara vez mostraban mi relación con Vanessa; ha sido demasiado profunda para «escenas».) Supongo que Thoby tuvo una vaga idea de que, tal como él hubiera dicho, algo pasaba entre Vanessa y Jack. Pero su actitud, en general, era distante —¿acaso no era un hombre? ¿No es de hombres ignorar las trifulcas domésticas?— y juzgadora. Desde su lejana situación de estudiante, todavía no graduado, consideraba, hablando en general que nosotras debíamos aceptar lo que nos tocaba en suerte; si George quería que fuéramos a fiestas, ¿por qué no? Si mi padre quería que paseáramos con él, ¿por qué no? Una vez, en Salisbury, cuando éramos vecinos de los Fisher, Vanessa, que los detestaba, en especial a la tía Mary, que había intervenido, con suma brutalidad, al escribir subrepticamente unas cartas dirigidas al estudio de la Cope criticando el comportamiento de Vanessa con Jack y con George, se negó a visitarlos y dejó de saludarlos en la calle, Thoby pronunció una de sus poco frecuentes frases impresionantes. Dijo, ceñudo, que no estaba bien tratar a tía Mary de semejante modo.

Llegó un momento en que Nessa y yo formamos una íntima alianza. Dicho sea en las palabras de muchos hombres, que entraban y salían de esa casa enorme con innumerables habitaciones, formamos un núcleo privado. Lo visualizo como el pequeño núcleo sensible de vida intensa; de simpatía instantánea, en la enorme y ruidosa cáscara de Hyde Park Gate. La cáscara estaba vacía todo el día. Al anochecer, Adrian regresaba de Westminster; Jack de Lincoln's Inn; Gerald de Dent's; George de Correos o de Hacienda, de vuelta al centro, la mesa de té que Nessa y yo presidíamos. La principal parte del día (después del trabajo matinal) la pasábamos juntas. Juntas conformamos nuestro punto de mira, y desde él observábamos el mundo, que nos parecía igual a ambas. Muy poco después de la muerte de Stella, consideramos que debíamos conseguir un lugar para nosotras en ese desconcertante, frustrante, torbellino. Todos los días teníamos que luchar por lo que se nos arrebatava; o distorsionaba. El obstáculo más inminente, la piedra más opresiva que pesaba sobre nuestra vitalidad y nuestra lucha por vivir era, naturalmente, mi padre. Supongo que apenas pasaba un día de la semana sin que hiciéramos planes entre nosotras: ¿estaría fuera de casa, por casualidad, nuestro padre cuando Kitty Maxse, o quizá Katie Thynne,<sup>76</sup> vinieran a tomar el té? ¿Debía yo pasar la tarde paseando por Kensington Gardens? ¿Vendría el viejo señor Bryce a tomar el té? ¿Cabía la posibilidad de llevar a nuestras amigas directamente arriba, al estudio (el cuarto de jugar los niños)? ¿Podíamos evitar ir a Brighton en Pascua de Resurrección? Y así, día tras día, tratábamos de quitarnos de encima la presión de ese tremendo obstáculo. Y sobre la semana entera planeaba el horror de los miércoles, el recurrente terror de los miércoles. Ese día le presentaban a nuestro padre los libros de cuentas. A primera hora de la mañana del miércoles sabíamos si estaban por debajo o por encima de la marca de peligro —once libras, si mal no recuerdo.<sup>77</sup> Los malos miércoles, ya durante la comida anticipábamos la tortura. Los libros le eran presentados inmediatamente después de comer. Se ponía las gafas. Después leía las cifras. Luego su puño caía sobre el libro de contabilidad. Sus venas se hinchaban; su cara enrojecía.

Luego seguía un rugido inarticulado. Entonces gritaba: «Estoy arruinado». A continuación se golpeaba el pecho. Seguía una extraordinaria interpretación teatral de autocompasión, horror, ira. Vanessa permanecía a su lado, en silencio. Él la fustigaba con reproches, insultos. «¿No te compadeces de mí? Mírala, como un bloque de piedra...», y otras frases por el estilo. Ella permanecía en absoluto silencio. Le lanzaba frases sobre matar al Niágara, sobre la miseria de él, la extravagancia de ella, lo primero que se le ocurría. Ella permanecía impertérrita. A continuación mi padre adoptaba otra actitud. Lanzando un profundo gemido, cogía la pluma y, con dedos ostentosamente temblorosos, extendía el cheque. Con cansado gesto, lo arrojaba a Vanessa. Muy despacio, con abundantes gemidos, guardaba pluma y talonario. Se hundía en la silla y se quedaba quieto, con la cabeza inclinada sobre el pecho. Por fin, después de haber hojeado un libro, alzaba la vista y decía con voz dolida: «¿Y qué haces esta tarde, Jinny?». Jamás he sentido tanta rabia y tanta frustración. Porque ni una palabra de lo que sentía —aquel desprecio sin límites por él y la lástima por Nessa— podía expresarse.

Lo dicho, en la medida en que puedo describirlo, es una crónica de un mal miércoles, sin exageración alguna. Y los malos miércoles siempre pendían sobre nuestras cabezas. Incluso ahora, no sé cómo expresar el comportamiento de mi padre, como no sea diciendo que era brutal. Si mi padre, en vez de utilizar palabras, se hubiera servido de un látigo, la brutalidad no hubiera sido mayor. ¿Cómo se puede explicar? Su vida explica algunas cosas. A mi padre se le había tolerado todo, desde el día en que rompió el tiesto y arrojó los fragmentos a su madre (no sé lo que hay de verdad en esta historia, pero algo así se contaba). La discreción lo justificaba. Luego apareció la leyenda de su genialidad a la que me he referido. Es muy difícil convivir con genios. Primero su hermana, Carry,<sup>78</sup> luego Minny y después mi madre aumentaron sus respectivas cargas aceptando la leyenda y resignándose a ella. Sin embargo, en este asunto hay que matizar un poco. En primer lugar, hay que destacar que mi padre nunca representó estas escenas en presencia de hombres. Fred Maitland, por ejemplo, se negó siempre terminantemente a creer semejantes escenas, cuando Carry intentó insinuar que el temperamento de Leslie era algo más que lo que él había llamado (en su biografía) una coloreada aspersion de chispas. Si Thoby o George se hubieran encargado de presentarle los libros de contabilidad, mi padre habría reprimido su explosión. ¿Por qué no se avergonzaba cuando estaba en presencia de mujeres? En parte, desde luego, debido a que la mujer era entonces (aunque dotada de una angelical superficie) una esclava. Pero esto no explica el elemento histriónico de esas demostraciones; los golpes en el pecho, los gemidos, la autocompasión, su dependencia de las mujeres contribuye a explicarlo. Siempre necesitó una mujer delante de la que actuar; que le comprendiera, que le consolara. («Es uno de esos hombres que no pueden vivir sin nosotras —me susurró tía Mary una vez—. Y es muy bonito para nosotras que así sea.» Bajé la escalera del brazo de ella y dejé de lado ese comentario para un examen posterior.) ¿Por qué las necesitaba a ellas? Porque era consciente de su fracaso como filósofo. Ese fracaso le atormentaba. Pero su credo, es decir, la actitud adoptada por él en sus relaciones

públicas, le hacía ocultar la necesidad que sentía de ser halagado; por eso a Fred Maitland y Herbert Fisher les parecía totalmente autodespectivo, modesto y absurdamente humilde. Para nosotras era exigente, codicioso y descarado<sup>79</sup> en su demanda de halagos. Si esas inhibiciones y necesidades se combinan, parece posible que el motivo de su brutalidad hacia Vanessa fuera que tenía una necesidad ilícita<sup>80</sup> de compasión, desencadenada y estimulada por la mujer. Y el rechazo de ella a aceptar su papel, en parte esclava y en parte ángel, enervaba a mi padre, detenía el caudal de autocompasión que se había vuelto necesario para él, y despertaba en su persona instintos de los que no era consciente. Sin embargo, también le avergonzaba. «Debes de pensar que soy...», me dijo después de uno de sus arrebatos; creo que la palabra que empleó fue «estúpido». Me quedé callada. Yo no pensaba que fuera estúpido. Pensaba que era brutal.

Si alguien le hubiera dicho, lisa y llanamente: «Solo un sinvergüenza puede tratar así a una muchacha...», ¿qué habría dicho él? No puedo imaginar que estas palabras hubieran significado algo para él. La razón de esa completa inconsciencia de su propio comportamiento se encuentra en la disparidad, tan evidente en sus libros, entre su capacidad crítica y su capacidad de creación. Démosle un pensamiento para que lo analice, un pensamiento de Mill, Bentham, Hobbes, y es (así me lo ha dicho Maynard),<sup>81</sup> agudo, claro, conciso: un admirable ejemplo del analítico espíritu de Cambridge. Pero démosle una vida, un personaje, y él es (para mí) tan burdo, tan elemental, tan convencional, que, en cuanto pintor de retratos, un niño con tizas de colores es tan sutil como él. Para explicarlo sería preciso estudiar el paralizante efecto de Cambridge y la tendenciosa educación que da. Lo podemos comprobar, estudiar al escritor profesional del siglo XIX y el paralizante efecto del intensivo trabajo mental. Él nunca utilizaba las manos.<sup>82</sup> Y habría que demostrar que ambas influencias revelaban un carácter congénitamente insensible a la música y el arte, y que había sido educado de forma puritana.<sup>83</sup> Todo ello debería ser tenido en cuenta, así como su efecto en la intensificación de cierta sensibilidad y la atrofia de otra.

De todas maneras, parece que la verdad es que, a los sesenta y cinco años, mi padre estaba totalmente aislado, preso. Hasta tal punto había hecho caso omiso de sus sentimientos, o los había disfrazado, que no tenía idea de quién era él; tampoco tenía idea de quiénes eran los demás. De ahí el horror y el terror de estas violentas demostraciones de rabia. Era algo ciego, animal, salvaje. Roger Fry dijo que la civilización significa conciencia; él era incivilizado en su extrema inconsciencia. No se daba cuenta de lo que hacía. Nadie podía explicárselo. No obstante, sufría. A través de los muros de su prisión, experimentaba momentos de conciencia.

A partir de todo ello, extraje una idea pertinaz y duradera: no hay nada tan temible como la egolatría. Nada hiere tan cruelmente a la propia persona; nada hace tanto daño a las personas que se ven obligadas a entrar en contacto con ella.

Sin embargo, ahora, gracias a la distancia del tiempo, percibo lo que antes no se podía ver, el abismo entre nosotros fue labrado por la diferencia de edad. En la sala de estar de Hyde Park Gate se enfrentaban dos edades diferentes: la edad victoriana y la edad eduardiana. Nosotras no

éramos sus hijas, sino sus nietas. Debería haber habido una generación en medio para amortiguar el contacto. Por eso nosotras, cuando él recibía, percibíamos tan claramente que su comportamiento era ridículo. Lo mirábamos con ojos puestos en el futuro. Lo que veíamos era algo tan obvio ahora para cualquier chico o cualquier chica de dieciséis o dieciocho años que difícilmente se puede describir. Pero mientras veíamos el futuro, nos hallábamos por completo bajo el poder del pasado. Exploradoras y revolucionarias, como éramos ambas por naturaleza, vivíamos bajo el dominio de una sociedad que era unos cincuenta años demasiado vieja para nosotras. Este curioso hecho es la causa de que nuestra lucha fuera tan amarga y tan violenta. Porque la sociedad en la que vivíamos era aún la sociedad victoriana. Mi padre era un típico victoriano; George y Gerald eran victorianos intensamente convencionales. De manera que teníamos dos guerras que librar; dos luchas que luchar; una contra ellos en cuanto individuos; y otra contra ellos como miembros de la sociedad. Nosotras vivíamos, se puede decir, en 1910; ellos vivían en 1860.

En Hyde Park Gate, en 1900, se encontraba un modelo completo de sociedad victoriana. Si tuviera la capacidad de reproducir un mes de nuestra vida, tal como lo vivíamos hacia 1900, mostraría un ejemplo del estilo de vida victoriano, como una de esas cajas con tapa de vidrio en las que se exhiben hormigas o abejas, dedicadas a sus asuntos. Nuestro día comenzaba con el desayuno familiar a las ocho y media. Adrian se lo saltaba; y una de nosotras dos, Vanessa o yo, la que se encontrara abajo, se encargaba de despedirlo. En pie en la puerta principal, agitábamos la mano hasta que Adrian desaparecía, detrás del muro saliente de los Martins. Esto era un legado de Stella —un revoloteo de la mano muerta que yacía bajo la superficie de la vida familiar—. Mi padre desayunaba suspirando y resoplando. Si no había cartas, gemía: «Todos me han olvidado». Un alargado sobre, procedente de Barkers, significaba, desde luego, un brusco rugido. George y Gerald bajaban. Vanessa desaparecía detrás de la cortina. Después de encargar la cena, Vanessa salía corriendo para coger el autobús rojo que la llevaría a la academia. Si Gerald coincidía con ella, la llevaba en el cabriolé de alquiler de todos los días, generalmente el mismo cabriolé; en verano, el cochero lucía un clavel. George, después de haber desayunado con más calma, a veces me convencía de que me sentara en la silla de asiento triangular, y me contaba las habladurías de la fiesta de la noche anterior, también se abrochaba el chaqué, acariciaba levemente con el guante de terciopelo el sombrero de copa, y desaparecía, elegante y bonachón, con sus calcetines a rayas y sus pequeñísimos y bien lustrados zapatos, camino de Hacienda.

Al quedarme sola en la gran casa, con mi padre encerrado en su estudio en lo alto, la camarera sacando brillo a los latones, Shag dormido en su alfombrilla, y una doncella haciendo las camas, mientras Sophie, supongo, se hacía cargo de la carne y la leche que los mozos le entregaban en la puerta trasera, subía a mi habitación, ponía el Liddell y Scott abierto sobre mi mesa y me sentaba para preparar mis textos de Eurípides o de Sófocles, en vistas a las clases que, dos veces por semana, me daban Clara Pater o Janet Case.<sup>84</sup>

Desde las diez hasta la una nos hurtábamos a la presión de la sociedad victoriana. Vanessa, bajo la vigilancia de Val Prinsep<sup>85</sup> o del señor Oules, R.A.<sup>86</sup> u, ocasionalmente, del propio Sargent, hacía aquellos dibujos instantáneos de estatuas griegas que traía a casa y lo fijaba con un spray de extraño olor; o pintaba al aceite a un histriónico modelo masculino que guardaba parecido con sir Henry Irving. Yo leía o escribía. Durante tres horas vivíamos en el mundo en el que todavía habitábamos. Porque en este momento (noviembre de 1940) ella está pintando en Charleston; y yo estoy escribiendo aquí, en mi habitación del jardín de Monks House. Nuestros vestidos no serán muy distintos; las faldas un poco más cortas, quizá. Mi cabello no mucho más alborotado entonces que ahora; y Vanessa con su blusa de algodón azul, como sin duda está en este momento.

La presión de la sociedad victoriana comenzaba a notarse hacia las cuatro y media. En primer lugar teníamos que estar en casa; una, por supuesto, preferiblemente las dos. Pues a las cinco había que servir el té a mi padre. Y nosotras teníamos que estar aseadas y en nuestro sitio, ella a la mesa de té, yo en el sofá, porque la señora Green iba a venir; o la señora Humphrey Ward; si no venía nadie era igualmente necesario que estuviéramos allí, ya que un padre no podía servirse el té en la sociedad de aquellos tiempos.

La presión de la sociedad se hacía patente en cuanto la campana sonaba y Lizzie, también vestida de negro, como correspondía a la tarde, y con el delantal blanco, anunciaba al visitante. En ese mismo instante nosotras nos convertíamos en jovencitas poseedoras de ciertos modales. Las dos poseíamos esos modales. En parte los aprendimos recordando el comportamiento de nuestra madre; los modales de Stella, y en parte nos eran impuestos por el invitado que nos visitaba. Porque el modo en el que un joven —digamos Ronny Norman—<sup>87</sup> se dirigía a las jovencitas eran un signo de distinción. Los visitantes de ese día eran, vamos a suponer, Ronny Norman, Eveline Godley, Elsa Bell y Florence Bishop. En primer lugar, teníamos que estar preparadas para conversar. Sin discutir, sin cotillear. Se trataba de un juego, una creación; claro; ceremonioso; y, por supuesto, ininterrumpido. El silencio era una violación de la convención. En el momento adecuado, una de nosotras tomábamos la trompetilla de nuestro padre y le transmitíamos la parte más adecuada de la conversación. Entonces, si lo lográbamos, la trompetilla era hábilmente trasladada a Florence Bishop. Y nuestro juego comenzaba de nuevo con Ronny Norman. Nosotras decíamos cualquier cosa sobre una horrible y graciosa obra teatral; o tal vez de un horrible y gracioso cuadro. Se permitían ligeros comentarios sobre los amigos. Elsa Bell, por recordar una frase exacta, dijo a su modo de mujer de sociedad: «Mis hermanos siempre se quitan el sombrero si me encuentran por la calle». A continuación, tenía lugar una conversación liviana sobre los hermanos y sus modales. En aquel punto, mi padre intervenía quejándose.<sup>88</sup>

[Mi padre se mostraba irritado; Florence Bishop, también, y retiraba su desafortunada observación; que mi padre presentaba buen aspecto; Ronny Norman le preguntaba si se acordaba de Mill; mi padre se erguía —porque Ronny Norman le gustaba— y decía que sí, que había

conocido a Mill, con su padre, en Chelsea.<sup>89</sup> Quizá dijera: «Oh los viejos tiempos...». En fin, la conversación tenía sus pequeños despeñaderos y cataratas —sus peligros; pero, más o menos, se desarrollaba así; y todo quedaba envuelto en los modales victorianos. Esto quizá fuera natural para Ronny Norman, Eveline Godley, la señorita Bishop. Pero no era natural para Vanessa ni para mí. Lo sabíamos. Lo supimos, en parte, gracias a los recuerdos; mi madre tenía esos modales; y, en parte, nos lo hizo saber el otro bando —si Ronny Norman decía esto, una tenía que contestar diciendo aquello, con el mismo estilo. Nadie quebrantaba nunca los convencionalismos. Si se escuchaba, tal como yo lo hacía, se tenía la impresión de estar contemplando un juego. Y había que conocer las reglas.]

Las dos aprendimos tan concienzudamente las reglas del juego victoriano de los modales que jamás las hemos olvidado. Todavía jugamos a ese juego. Es útil; y tiene su belleza porque se basa en la contención, la comprensión, la generosidad —todas ellas cualidades civilizadas—. Es útil a los efectos de transformar un conjunto de elementos misceláneos sin refinar en algo decente y humano. Pero los modales victorianos representan quizá... no estoy segura... una desventaja para escribir. Cuando vuelvo a leer mis antiguos artículos del *Literary Supplement*, descubro en ellos los modales victorianos. Atribuyo la culpa de su suavidad, cortesía, enfoque indirecto, a mi formación de mesa de té. Me veo a mí misma en el acto de ofrecer fuentes de pasteles a tímidos jóvenes, y preguntándoles no simple y directamente por sus poesías y sus novelas, sino si quieren crema de leche y azúcar. Por otra parte, estos modales superficiales permiten decir muchas cosas que serían inaudibles si alguien se lanzara a hablar directamente.

La sociedad —la sociedad victoriana de clase media alta— cobraba vida cuando se encendían las luces al anochecer. Hacia las siete y media la presión de la máquina era categórica. A las siete y media subíamos al piso superior para cambiarnos. Por mucho frío que hiciera o por mucha que fuera la niebla, nos quitábamos las ropas diurnas y, temblando, nos poníamos ante el aguamanil. Teníamos que frotarnos cuello y brazos, por cuanto a las ocho debíamos entrar en la sala de estar con vestido de noche, brazos y cuello al aire. Los vestidos y el peinado adquirirían una importancia mayor que la pintura y el griego. Me ponía ante el espejo Chippendale de George e intentaba adquirir un aspecto no solo aseado, sino también respetable. Con una asignación de cincuenta libras resultaba difícil, incluso para las habilidosas, ir bien vestida de noche. Ya que, si bien es cierto que Jane Bride confeccionaba un vestido casero por el precio de una o dos libras, un vestido de fiesta podía llegar a costar quizá quince guineas, si lo hacía la señora Young. En consecuencia, el vestido casero podía estar confeccionado, como ocurrió esa noche concreta, con tela verde excéntricamente comprada en Story's, una tienda de muebles, debido a que era más barata que las telas de vestir, y también más excéntrica. No era terciopelo; tampoco felpa; algo a medio camino entre lo uno y lo otro; y para sillas, presumiblemente, no para trajes. Y escaleras abajo fui, una noche de invierno hacia 1900, con mi vestido de noche verde; inquieta, aunque, un vestido nuevo excita incluso al más torpe, eufórica. Todas las luces de la sala estaban encendidas;

y allí se encontraba George, con su corbata negra, y su chaqueta de gala nocturna, sentado en un sillón ante el fuego del hogar. Fijó en mí aquella mirada tan extraordinariamente observadora con la que siempre inspeccionaba las prendas de vestir. Me miró de arriba abajo como si yo fuera un caballo en subasta. De repente adoptó una expresión enfurruñada; una expresión que se advertía no se debía únicamente a desagrado estético, sino a algo más profundo. Era una mirada de desaprobación moral, de desaprobación social, como si olfateara una especie de insurrección, un desafío a las normas sociales. Me condenaba desde muchos más puntos de vista de los que pude analizar entonces. Mientras yo estaba allí, en pie, consciente del miedo, de la vergüenza; de algo parecido a la angustia, un sentimiento, como tantos otros, totalmente desproporcionado con respecto a su superficial causa. «Ve y hazlo trizas», dijo por fin, con aquella voz curiosamente áspera y quisquillosa con la que expresaba el grave desagrado que le producía la infracción de un código que significaba para él mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

George aceptaba la sociedad victoriana de una forma tan implícita, que un arqueólogo lo habría encontrado un ejemplar sumamente interesante. Igual que un fósil, llevaba grabados en sí todos los pliegues y arrugas de los convencionalismos de 1870-1900. Cabe presumir que estaba hecho de la materia adecuada para ello. Se metía dentro del molde, fluidamente, sin temer ni por un instante que pudiera dar lugar a un ejemplar deforme. Y si bien es cierto que mi padre había grabado en él ciertos grandes rasgos propios de la época —su creencia de que las mujeres deben ser puras y los hombres fuertes—, su odio a las incorrecciones sociales —«¡Maldición!», exclamó Gerald en cierta ocasión, y protestó levantando las manos en el aire, cuando Rezia Corsini<sup>90</sup> fumó un cigarrillo después del té, «¡No estoy dispuesto a que mi sala de estar se convierta en una taberna!», exclamó —incluso suavizaba los pequeños detalles del código victoriano con su admirable intelecto, con su respeto por la razón— nadie había con menos ambiciones sociales que él, nadie prestaba menos atención al rango y al lujo. También es cierto que George incorporó a aquellos grandes rasgos unas redecillas, una tela de araña, formada por los más nimios detalles. Difícilmente podía existir un fósil más perfecto de la sociedad victoriana. De manera que, mientras mi padre se encargó de conservar el armazón de 1860, George relleno ese armazón con todo género de minúsculos dientecillos de sierra; en consecuencia, la máquina en la que fuimos colocadas en 1900 nos tenía fuertemente inmovilizadas; y nos mordía con innumerables dientes.

Pero ¿de qué material estaba hecho George, que pudo asumir las formas de manera tan total? En primer lugar, tenía muy poco seso, y, en segundo lugar, abundancia de emociones. Sus pasiones físicas eran fuertes. Esta mezcla fue vertida en una vasija física perfectamente adaptada. De un modo convencional, era tan guapo como puede serlo un hombre. Medía metro ochenta; estaba bien proporcionado; y, como decían las viejas damas, era bien plantado en todos los aspectos. Sus ojos eran demasiado pequeños y demasiado estúpidos para captar ese gran armazón. Disfrutaba de más de mil libras anuales de innecesarios ingresos. Podía sacar a relucir las ranas, las cabras, los sombreros, los zapatos, los caballos, las pistolas, las bicicletas, si la ocasión lo requería. De esa

guisa abastecido y equipado, la sociedad le recibía con los brazos abiertos. Y le abrazaba. Nunca tropezó con resistencia alguna, ya en Eton, ya en Cambridge, ya en Londres. Nunca opuso resistencia alguna. Carecía de instinto y de habilidad para aventurarse más allá de los salones del círculo de la clase media alta. Nunca fue objeto de reproches o de críticas, porque nunca se puso en una situación que pudiera ser objeto de crítica. Cualquier desafío era insólito para él; y mi vestido verde hizo sonar en él un millar de alarmas. Era extremado; era artístico; no era lo que la gente encantadora juzga encantador. ¿Cuál es la fórmula, se dijo a sí mismo, cuando me vio aparecer en el salón? ¿Pensó que era algo amenazante también para él? De algún modo yo estaba lanzando una sombra en su mundo; ¿le estaba apuntando con un dedo o me mofaba de él? No lo sé. Recuerdo que Gerald dijo con aire bonachón: «No estoy de acuerdo —dijo—. Me gusta tu vestido». Para mi deshonra, diré que jamás volví a ponerme aquel vestido en presencia de George. Me sometí a su autoridad.<sup>91</sup>

George tenía treinta y seis años cuando yo contaba veinte. Él tenía mil libras al año y yo cincuenta. Esas eran razones que dificultaban que yo pudiera desafiar a George aquella noche. Pero había otro factor en nuestra relación. Además de su edad y su poder, sentí lo que he acabado por llamar el sentimiento del marginal. Me sentí como un gitano o un niño que está en pie junto a la entrada de la carpa de un circo y ve la representación que se desarrolla en el interior. Yo estaba en el salón de Hyde Park Gate y veía la sociedad en pleno contoneándose. Vi a George como un acróbata que saltaba a través de los aros. Lo vi, tal vez con miedo, tal vez con admiración. La patriarcal sociedad de la era victoriana en pleno balanceándose en nuestro salón. Se componía, por supuesto, de distintas partes. Vanessa y yo no estábamos convocadas a tomar parte en algunos de estos actos. Solo se nos permitía admirar y aplaudir cuando nuestros invitados masculinos se movían entre las distintas posiciones del juego intelectual. Jugaban con mucha habilidad. La mayoría de ellos eran adeptos a ese juego. Conocían las reglas, y daban mucha importancia a los que ganaban. Mi padre por ejemplo daba un peso enorme a los informes de los profesores; a las becas; a los cursillos; a llegar a ser miembros de la universidad. Los hombres Fisher atravesaban esos aros a la perfección. Se llevaban todos los honores, todos los premios. ¿Qué habría sido, me preguntaba hace pocos días, cuando leía la autobiografía de Herbert Fisher, de Herbert, sin Winchester, New College y el Gabinete? ¿Cuál habría sido su forma, si no hubiera recibido la impronta y la estructura de la máquina patriarcal? Todos nuestros parientes masculinos habían sido metidos dentro de la máquina y habían salido por el otro extremo, a la edad de sesenta años más o menos, con la calidad de director de estudios de una universidad, almirante, ministro del gobierno, juez. Es tan imposible pensar en ellos en cuanto seres naturales como pensar en un caballo de tiro galopando loco y libre por la calle.

George no había conseguido entrar en la máquina intelectual. Una y otra vez fracasó en su intento de ingresar en la carrera diplomática. Pero había otra máquina —la sociedad—. Entró en ella; y aprendió las reglas del juego tan bien y jugó con tanta asiduidad, que acabó, a los sesenta

años, con un título nobiliario, casado con lady Margaret, una sinecura, tres hijos varones y una casa de campo. De una manera tan indefinida que soy incapaz de expresar, a los veinte años me di cuenta de que George, no menos que Herbert Fisher, estaba pasando por el aro, obedeciendo las normas requeridas. Nadaba en aquel mar, pasaba por los aros; interpretaba la comedia como era debido. De mil maneras me hizo sentir que creía en la sociedad. Una creencia que es comúnmente aceptada, como la de George lo era por todos sus amigos. Impresiona incluso al que es ajeno a ella, con su corriente arrolladora. Parece justa, natural, se da por sentada. A veces, cuando oigo «Dios guarde al Rey», siento que me recorre una oleada de credulidad, pero casi inmediatamente siento que mi interior se divide en dos pedazos y una parte de mí critica a la otra. George jamás puso en tela de juicio sus creencias acerca de bailar o no al viejo son de la sociedad. Se ponía en pie y se quitaba el sombrero. No solo sin cuestionar su propia conducta, sino aprobándola, imponiéndola.

Estas observaciones imprimieron un raro giro a mi actitud para con George. Debía obedecerle por cuanto George tenía fuerza —edad, riqueza, tradición—. Pero mientras le obedecía me maravillaba: ¿cómo era posible que alguien creyera en lo que él creía? En mí había una espectadora, y, mientras yo procuraba hurtarme a las críticas de George y plegarme a ellas, la espectadora permanecía fría, crítica, observando. Me fascinaba el espectáculo de George pasando en volandas a través de aquellos aros invisibles, tan serio, sin vacilar. Arriba, en mi habitación, escribí un apunte de lo que sería la carrera de George, apunte que George siguió casi al pie de la letra.<sup>92</sup>

Pero, por desdicha, si bien es cierto que podíamos estar pasivamente sentadas, contemplando cómo los victorianos varones pasaban por sus aros intelectuales, los aros de George —sus triunfos sociales— requerían que le prestáramos ayuda. Desde luego, sus motivos eran —como fueron todos los suyos— de naturaleza híbrida. Naturalmente, a los dieciocho años más o menos tenían que acompañarnos cuando salíamos. Y, al no tener madre, él cumplía su función. Pero teníamos que ir a donde él quería, teníamos que aceptar las invitaciones que él consideraba deseables. Y aquí entraba el otro motivo; su deseo de obligarnos a compartir sus puntos de vista, de que aprobáramos sus creencias. Ni siquiera ahora logro entender por qué dedicó tanta emoción a aquel deseo. Por más vueltas que le doy, no encuentro el verdadero motivo. Había una burda voluntad de dominación; sin duda, cierta envidia de Jack; un deseo de llevarse el premio; y, como se puso de manifiesto más adelante, un deseo sexual. En todo caso, la idea de invitarnos a salir se convirtió en una obsesión para él. Por eso, cuando empezaba la temporada social londinense, varias veces por semana íbamos al piso superior, después de la cena, después de la llegada del correo, cuando ya habíamos tomado el té y mi padre había subido a su cuarto de trabajo, y nos poníamos aquellos largos vestidos de satén por los que Sally Young cobraba quince guineas. Añadíamos guantes blancos, esarpines de seda, y una vuelta de perlas, de amatistas, al cuello. Llamaban al coche de alquiler y en él partíamos a lo largo de las calles con pavimento plateado,

ya que el pavimento de madera se convertía en plata, en las secas noches de verano, camino de la casa en la que había una marquesina, quizá un pasillo de alfombra roja, y un grupito de viandantes mirones.

La sociedad ejercía toda su presión una noche de junio de 1900 hacia las once. Recuerdo la sensación deslumbrante, etérea, helada, iluminada por las luces, subiendo la escalera; George la seguía. Él sujetaba el sombrero de la ópera debajo del brazo. Me presentaba con una leve inclinación: «Y esta es mi hermana, Virginia». ¿Puedo recuperar algo más, alguna palabra, alguna emoción humana? Recuerdo una cena en el Savoy, antes de ir a la ópera. Se trataba de *El anillo*, y cenamos a plena luz del día. George había colocado a la señora de Joseph Chamberlain frente a la ventana, lo que fue una falta de tacto que luego él mismo se reprochó. Porque la señora Chamberlain había dejado atrás su mejor momento. Yo estuve sentada al lado de un jovencito que ahora sé que era Eddie Marsh. En aquella ocasión creí que se trataba de Richard Marsh, y lo relacioné vagamente con la tarea de escribir novelas. Tras una pausa, cumplió su deber conmigo. «¿Qué está escribiendo su padre ahora?», me preguntó, y me quedé en blanco, deslizándome de aquí para allá, como un patinador novato en el hielo. En casa de la señora Chamberlain estuve sentada al lado de un funcionario joven regordete. «Nuestro anfitrión pasa por ser un buen orador», dijo porque yo había estado hablando de la muerte de la oratoria. Y a continuación me veo hundiéndome de nuevo, defendiendo la teoría de que el esnobismo y el hacer dinero merecen la cárcel tanto como un ladrón o un asesino. Pero me he hundido demasiado; con cola se pegaron mis pies temblorosos. En la escalera de la sala de baile veo la figura romántica de Geoffrey Young; ojos azules; insípido, immaculado. «Muy amable por su parte el haber venido», respondió con desdén; ¿no le había dicho yo que detestaba el baile? Y después me dejó. Recuerdo que en casa de lady Sligo insistí a un muchacho acicalado para que me dijera cómo era la vida de la nobleza y si tomaban en serio a la Orden de la Jarretera. Silencio de nuevo. En casa de Lyulph Stanley me quedé contra una puerta sin que nadie reclamara mi presencia. Elena Rathbone<sup>93</sup> se acercó a mí y acentuó mi fracaso presentándome a una chica que tampoco tenía pareja. Al igual que todas mis parejas, la joven no tardó en descubrir que no sabía bailar. La humillación de estar sin pareja acude de nuevo a mí. Pero al mismo tiempo recuerdo que el buen amigo que todavía me acompaña me apoyó. Aquella sensación de encontrarme ante un espectáculo; la sensación desapasionada y distante de que estoy viendo lo que me será útil más adelante; incluso me venían las palabras a la cabeza mientras estaba allí. Sentía al mismo tiempo emoción y extrañeza. Por primera vez entraba en contacto con un joven vestido con chaleco y guantes blancos, y yo también llevaba un vestido y guantes blancos. Si era irreal, había un elemento de emoción en aquella irrealidad. Y es que cuando por fin volvía a mi habitación, parecía pequeña, desordenada. Yo me dedicaba a surcar las olas de aquellas emociones fragmentarias; repetía aquellos pedazos de conversación; los decía para mí una y otra vez; lo que yo había dicho; lo que él había dicho; y a la mañana siguiente continuaba dándole vueltas mientras leía a Sófocles para la señorita Case.

Nada de esto es extraño; si esto hubiera sido todo, no habría mucho de estas fiestas que recordar. Se habría deslizado espalda abajo como agua burbujeante. Pero estaba George. Él nos hacía vivir cada fiesta como una prueba; si teníamos éxito, el premio era para nosotras; habíamos complacido a lady Sligo; habíamos sido amables; ese o aquel habían dicho que nunca había visto una chica más encantadora y cosas por el estilo. Pero si había sido un fracaso, entonces nos enfrentábamos a la condena; caeríamos en las profundidades de la sordidez; de la excentricidad. La importancia de la fiesta, tanto en un sentido como en otro, era enorme. Pero ¿por qué? Esta pregunta no podía plantearse. Si, armándose de valor, una de nosotras, al abrir uno de esos sobres rígidos con una tarjeta grabada en su interior se le ocurría decir: «Si aborrezco las fiestas, ¿por qué debo aceptar esta invitación?» Inmediatamente se le marcarían a George las líneas de sus mejillas y anunciaría con aspereza: «Eres demasiado joven para permitirte el lujo de escoger...». Seguiría un silencio. Después, cambiando de humor, extendiendo los brazos, diría: «Además quiero que vayas. Detesto ir solo... querida. Dime que irás». El deber y la emotividad embarraban la corriente. Y sobre esos turbulentos remolinos, los fantasmas de Stella y mi madre presidiéndolos. Así que gradualmente, esas fiestas, esas pruebas, para las cuales teníamos que prepararnos tan cuidadosamente, se convirtieron en duras experiencias. ¿Cómo podríamos luchar contra todos ellos?

De ahí que estas fiestas se volvieron luchas, esfuerzo y, a menudo, humillaciones. «Solo tres semanas para que termine julio», diría, a medida que las tarjetas llegaban. Pero hasta que transcurrieran las tres semanas todo serían mimos y consejos; y cuando la noche llegaba, una batalla, y Vanessa se iría con paso airado, si recibía, para ponerse el famoso vestido de terciopelo negro, y George, abandonado en la sala, se pasearía de un lado a otro; y alegraría que no se la podía llevar si se comportaba de aquel modo. Y otras muchachas darían sus ojos por él si se lo pedía —dondequiera que fuera. ¿Se daba cuenta, vuelvo sobre el misterio, que criticábamos sus puntos de vista? ¿Eran una vez más celos lo que fermentaba en sus profundidades? De cualquier modo, estas fiestas le producían una sorprendente gama de emociones. Nos regañaba de un modo egoísta, con estrechez de miras. Su desagrado se teñía de frases cáusticas. Se quejaba a su círculo de enamoradas viudas. Les pedía ayuda.<sup>94</sup> Regalaba pródigamente vestidos, joyas. Interpretaba en público el papel de buen hermano haciendo lo que era su deber con unas jóvenes huérfanas. Lo interpretaba con éxito. ¿Cómo éramos capaces de resistirnos a sus deseos, de albergar otros? En aquellos tiempos, la sociedad era una máquina muy eficaz. Estaba animada por la convicción de que las muchachas debían transformarse en mujeres casadas. No tenía dudas, no tenía piedad; no comprendía otros deseos; no comprendía otros dones. Nada se tomaba en serio. Incluso Beatrice Thymne<sup>95</sup> me dijo, cuando le confié que deseaba escribir: «Diré a Alice que te invite, para que conozcas a Andrew Lang»,<sup>96</sup> y cuando mostré mi sorpresa, pensó que yo estaba demasiado loca.

La división que se daba en nuestra vida era curiosa. En la planta baja había puro convencionalismo; en el piso superior, puro intelecto. Pero no había conexión entre ellos. La

sordera de mi padre había impedido la formación de todo género de vínculos, que de una forma natural habría tenido con los escritores de la generación joven. Sin embargo, mi padre mantenía su actitud de manera perfectamente clara. Los escritores y pintores jóvenes nunca acudían a Hyde Park Gate. Cuando Will Rothenstein<sup>97</sup> entró en el despacho de mi padre, se quedó aterrado. Leslie Stephen empezó a abrir un libro tras otro y a señalar en silencio, tratando, al parecer, de enseñarle unos dibujos de Thackeray. Sin embargo, mantuvo su actitud intelectual —la vieja actitud de Cambridge— totalmente intacta. No había nadie que se preocupara menos por las convenciones. Nadie que fuera menos esnob. Nadie que respetara más el intelecto. Y así, yo iba de la sala de estar y de la intrascendente conversación de George —«la esposa de Willie Grenfell me invitó a pasar unos días en su casa... y yo le dije que, entre una cosa y otra, me parecía que no podía; se quedó muy sorprendida»— al estudio de mi padre para coger un nuevo libro. Y allí le encontraba, balanceándose en su mecedora, con la pipa entre los dientes. Poco a poco alisaba su frente y bajaba a la tierra y dibujando una dulce sonrisa se daba cuenta de que yo estaba allí. Se levantaba, iba a la estantería, devolvía el libro a su sitio y amablemente, con dulzura, me preguntaba: ¿qué pensaba de él? Quizá yo estaba leyendo a Boswell; sin duda, yo avanzaba con persistencia por el siglo XVIII. Después, sintiéndome orgullosa, estimulada, rebosante de amor hacia aquel hombre ajeno a las vanidades del mundo, tan distinguido y solitario, bajaba de nuevo a la sala de estar para escuchar el parloteo de George. No había relación alguna. Había profundas divisiones.

Las grandes figuras en el fondo. Meredith, Henry James, Watts, Burne-Jones, Sidgwick, Haldane, Morley. Pero tampoco con ellos manteníamos un vínculo estrecho. Mis recuerdos de ellos son firmes; pero solo en cuanto figuras, muy grandes, pero muy lejanas. Aún puedo ver desde arriba, desde el descansillo de Talland House, a Symonds. Me fijo en su cara amarillenta, nerviosamente tensa, y en la corbata —un cordón con dos bolas de terciopelo amarillo—. Recuerdo el sonido rítmico y resonante de la voz de Meredith al señalar una flor y decir: «Esa damisela de las enaguas moradas». Recuerdo más claramente la ceremonia de nuestras visitas a los grandes hombres. Pues mi padre y mi madre eran respetuosos por igual con la grandeza. Y el honor y el privilegio de nuestra posición les causaban impresión también a ellos. Recuerdo a Meredith echando rodajas de limón en el té. Recuerdo a Watts comiendo grandes cuencos de nata batida; y una fuente de carne picada. «Lo he besado», decía mi madre, «antes de que sumergiera sus bigotes en la nata.» Cubría sus muñecas con puños fruncidos y vestía una toga gris. Siempre íbamos a Little Holland House los sábados por la mañana. Recuerdo que Lowell tenía un bolso alargado tejido de punto, que cerraba con dos aros, por cuya rendija se escabullían siempre monedas de seis peniques. Recuerdo el gruñido de Meredith; y recuerdo las dudas y los presagios con los que Henry James hacía que el salón pareciera rico y polvoriento. La grandeza todavía me parece un bien positivo; sonoro, excéntrico; aislado; algo a lo que mis padres me encaminaron por obligación. Es una presencia corpórea; no tiene nada que ver con nada de lo dicho. Algunos lo

tienen. Pero ahora ya no existe. No recuerdo haber vuelto a sentir la grandeza desde que era niña.<sup>98</sup>

[Allí estaban, al margen del salón, estos grandes hombres; mientras alrededor de la mesa de té, George, Gerald y Jack hablaban de Correos, de la oficina de publicaciones y de los tribunales. Y yo, sentada a mi mesa, en manera alguna podía establecer una relación. Eran dos mundos muy diferentes, pero estaban lejos de mí. No podía darles coherencia; ni tampoco me sentía en contacto con ellos. Y pasé muchas horas de mi juventud comparándolos, inquieta. Sin duda alguna, la perplejidad y las diferencias fueron útiles como instrumento educativo, como manera de revelar contrastes. Ya que apenas me había centrado en un texto griego tenía que dejarlo para escuchar las argumentaciones de George; y acto seguido me llamaban al estudio para leer alemán; y después irrumpía el alegre mundo de Kitty Maxse.]

## Aportaciones al Memoir Club (Nota de la editora)

Los tres textos que vienen a continuación fueron escritos por Virginia Woolf para ser leídos en voz alta en el Memoir Club, fundado en marzo de 1920. Este club representaba el reagrupamiento de los miembros del «Old Bloomsbury», que la guerra había dispersado. Según Leonard Woolf, los trece miembros fundadores del Memoir Club eran, exactamente, los que formaron el grupo de amigos que ellos denominaban «Old Bloomsbury», y que los ajenos al grupo llamaban sencillamente «Bloomsbury».<sup>1</sup> Los miembros que él incluye eran: Vanessa y Clive Bell, Virginia y él mismo, Desmond y Molly MacCarthy, Adrian Stephen, John Maynard Keynes, E.M. Forster, Roger Fry, Duncan Grant, Saxon Sydney-Turner y Lytton Strachey. Quentin Bell, en su obra acerca de Bloomsbury, no cita a Adrian Stephen y Saxon Sydney-Turner entre los miembros fundadores del Memoir Club, pero añade que si el club hubiera sido fundado en 1913, no solo los habría incluido a ellos, sino también a «Gerald Shove, quizá, y a H.T.J. Norton».<sup>2</sup> Esta circunstancia pone de relieve un hecho importante, quizá uno de los pocos hechos indiscutibles en lo que respecta a Bloomsbury, que la vaguedad que caracterizaba sus límites externos se proyectaba también, aunque en menor medida, a su núcleo íntimo.

El grupo se reunía periódicamente para cenar, leer recuerdos y disfrutar de la mutua compañía. Desde el principio acordaron observar una «total franqueza», lo cual se advierte en los recuerdos que siguen, pero, tal como Leonard Woolf advierte, «la franqueza absoluta, incluso entre los más íntimos, suele ser relativa», y esto también se nota.<sup>3</sup> En cada uno de los siguientes textos vemos a una autora actuando ante su público, familiar, pero no exactamente íntimo, evocando recuerdos, pero nunca sentimental, inteligente y a menudo jocosa, jugueteando con manías superficiales, en vez de profundizar —meditativamente, dubitativamente— en la naturaleza del recuerdo y la conciencia, del yo y la realidad, como en «Apunte del pasado».

## Hyde Park Gate, 22 (Nota de la editora)

«Hyde Park Gate, 22», a pesar de haber sido escrito casi veinte años antes que «Apunte del pasado», inicia la narración de la historia de los Stephen no mucho después del punto en que termina «Apunte del pasado», es decir, después de la muerte de Stella, pero antes de la muerte de Leslie Stephen, en 1904, y el traslado de los Stephen a Bloomsbury. En cumplimiento de su función de hermano mayor, George Duckworth asumió, por propia iniciativa, la tarea de acompañar primero a Vanessa y después a Virginia, iniciándolas en la «vida de sociedad». No hace falta decir que en ninguno de ambos casos fue un éxito.

En los párrafos correspondientes al 26 de mayo de 1921, de *Diario de una escritora*, Virginia Woolf hace referencia a una conversación que sostuvo con Maynard Keynes el día 25. «Lo mejor que has hecho en tu vida, me dijo, son tus Memorias de George. Debieras simular que escribes sobre personas reales e inventártelas. Me dejó hecha añicos, claro está (qué absurdo —si George es el punto culminante de mi escritura, no soy más que una escritorzuela).»<sup>1</sup> Estos recuerdos seguramente fueron entregados al Memoir Club en un momento, entre su formación, en marzo de 1920, y el 25 de mayo de 1921, día de la conversación con Keynes.<sup>2</sup>

El presente texto reúne dos mecanografiados: el MH/A.14 y el MH/A.15. El A.14 está integrado por veintiuna páginas mecanografiadas por Virginia Woolf, con gran número de correcciones a pluma y a lápiz. Las páginas estaban numeradas de manera irregular, lo cual indica que el original seguramente fue objeto de diversas revisiones, en varias etapas. El A.15 consta de quince páginas mecanografiadas por Virginia Woolf con un esmero que no le era habitual.<sup>3</sup> En cambio, en la última página, la línea de palabras se sale del papel, a media frase. No hay correcciones manuscritas. El texto A.15 es, sin duda, una revisión de las páginas 1-11 del A.14, porque incorpora las correcciones efectuadas con pluma y lápiz en dichas páginas. El texto que damos a continuación sigue el mecanografiado A.15 hasta su final, y luego empalma con el mecanografiado A.14 en el punto en que es continuación del anterior —el A.15—, a mitad de una frase (p. II, 1.19). A pesar de que se advierte con toda claridad que el A.15 está estilísticamente más elaborado que el A.14, la diferencia entre los dos textos no es sustancial. Las copiosas correcciones manuscritas del A.14 revelan un considerable trabajo de revisión, pero no cabe duda de que Virginia Woolf habría efectuado muchos cambios más, si hubiera terminado la versión A.15.

## Hyde Park Gate, 22

Tal como he dicho, la sala de estar de Hyde Park Gate estaba dividida por unas puertas negras plegables adornadas con unas delgadas listas rojo frambuesa. Seguíamos aún bajo una fuerte influencia de Tiziano. Montañas de terciopelo, retratos pintados por Watts, bustos realizados por terciopelo carmesí, aumentaban la tristeza de una estancia ya de por sí oscura y que, en verano, recibía la sombra de una espesa enredadera de Virginia.

Pero ahora quiero hablar de las puertas plegables. ¿Cómo habría podido desarrollarse la vida familiar sin estas puertas? Antes prescindir de retretes y baños que de las puertas plegables, en una familia compuesta por nueve individuos, hombres y mujeres, entre los que se contaba, además, una subnormal. De repente se producía una crisis: el despido de una criada, un pretendiente rechazado, un examen de los libros de cuentas, o la pobre señora Tyndall, que poco antes había envenenado a su marido por error, venía a que la consoláramos. A un lado de las puertas estaba quizá la prima Adeline, duquesa de Bedford, postrada de rodillas —el duque había muerto trágicamente en Woburn—, tal vez la señora Dolmetsch contara que había sorprendido a su marido en la cama con la primera doncella, o puede que Lisa Stillman dijera, entre sollozos, que Walter Headlam le había pintado la nariz con tiza de billar —«que es lo que me pasa», gritaba, «por fumar en pipa en presencia de caballeros»— y mi madre se esforzaba arduamente en convencerla de que la vida todavía merecía ser vivida y que la flor de la virginidad estaba aún intacta, a pesar de la marca de tiza en la nariz.

Aunque uno de los lados era oscuro y agitado, el otro lado, en especial las tardes de domingo, era bastante alegre. Allí, alrededor de la mesa de té ovalada, con el rosado cuenco de porcelana rebosante de pasteles con especias, se podía encontrar al viejo general Beadle, hablando del motín de la India, o bien al señor Haldane o a sir Frederick Pollock, hablando de todo lo divino y humano, o al viejo C.B. Clarke, con cuyo apellido fueron bautizados tres helechos del Himalaya sumamente raros, y el profesor Wolstenholme, capaz, si se le interrumpía, de expulsar dos columnas de té, no sin restos de pastelillos, por la nariz, después de lo cual volvía a sumirse en un sopor de oso, una consecuencia de su costumbre de tomar opio, a la que le había llevado el mal carácter de su esposa, así como la prematura muerte de su hijo Oliver, que fue devorado, en alguna parte de la costa de Coromandel, por un tiburón. Estos caballeros venían una y otra vez, y a menudo contaban con el refuerzo del señor Frederick Gibbs, que en tiempos había sido preceptor del príncipe de Gales, cuyo imperturbable sentido común y gran acervo de información, acerca de las colonias en general y de Canadá en particular, era fuente de perpetua irritación para mi padre,

que solía preguntarse si acaso la fiebre cerebral que se declaró en la universidad en 1863 no tendría algo que ver con el asunto. Por lo general, allí se encontraban estos viejos caballeros, comiendo muy despacio y quedándose hasta muy tarde, y granjeándose simpatías, con curiosos regalos en Navidad de plata forjada india y de bolsitos de mano confeccionados con la piel del ornitorrinco, creo recordar.

No obstante, la mesa de té también era fertilizada por un arrollador caudal de femenina belleza —las tres señoritas Lushington, las tres señoritas Stillman y las tres señoritas Montgomery—, todas de tres en tres, todas encantadoras, pero, de las nueve, la cima del ingenio, de la gracia, el encanto y la distinción era, sin duda, la adorable Kitty Lushington, actualmente señora de Leo Maxse. (Su compromiso matrimonial bajo el árbol del pan, en el rincón del amor, en St. Ives, fue mi primera introducción a la pasión amorosa.)<sup>1</sup> En los tiempos a los que me refiero, Kitty estaba en trance de liberarse de su compromiso matrimonial con lord Morpeth, y sospecho que tuvo que explicar sus motivos a mi madre, que era extremadamente puntillosa en asuntos como prometerse, casarse con un hombre y después romper la promesa. Mi madre creía que todos los hombres necesitan ser tratados con infinitos cuidados. Tengo la seguridad de que atribuyó todas las culpas a Kitty. El caso es que recuerdo el aspecto de Kitty al salir del lado secreto de las puertas plegables, llevando en sus delicadas mejillas rosadas dos lágrimas de cristal en perfecta forma de pera. Esas lágrimas nunca cayeron, ni en modo alguno disminuyeron el brillo de sus ojos. Kitty se convirtió inmediatamente en el alma del grupo alrededor de la mesa de té —quizá Leo Maxse estaba allí, quizá Ronny Norman, quizá Esmé Howard, quizá Arthur Studd, ya que no todos los caballeros eran viejos, ni todos eran profesores, ni mucho menos—, y cuando mi padre gemía por lo bajo, aunque de forma perfectamente audible: «¡Oh, Gibbs, qué pesado eres!», era a Kitty a quien mi madre lanzaba inmediatamente a la palestra. Mi madre gritaba: «Kitty quiere decirte lo mucho que le gustó tu conferencia», y Kitty, todavía con lágrimas en los ojos, improvisaba con suma valentía un cumplido o una opinión que apaciguaba a mi padre, que era sumamente sensible al encanto femenino y que vivía en gran medida pendiente de los elogios femeninos. Arrepentido de su irritación, mi padre oprimía afectuosamente la mano del pobre Gibbs y le suplicaba que no tardara en volver a visitarle, lo cual, no hace falta decirlo, el pobre Gibbs hacía.

Y entonces entraba bailando en la estancia, frotándose las manos, arrugando el entrecejo, lo que a veces considero la más notable figura que había en nuestra familia. Me refiero a una horripilante reliquia de otra época que solíamos sacar del fondo del armario del cuarto de los niños: la peluca de Herbert Duckworth. (Herbert Duckworth había sido abogado.) Y es que, en realidad, el hijo de Herbert Duckworth —George Herbert Duckworth— no era menos horripilante. Tenía el cabello rizado natural, con oscuros y apretados rizos, medía un metro ochenta, había formado parte del equipo de críquet de Eton y cursaba entonces estudios intensivos en Scoones con la idea de ingresar en la carrera diplomática. Cuando la señorita Willett, de Brighton, le vio quitarse la levita allí, en medio de su sala de estar, no le quedó más remedio que escribir una oda

comparando a George Duckworth con el Hermes de Praxíteles, oda que mi madre conservaba en su escritorio, junto con la condecoración italiana que le habían concedido por salvar a un campesino de morir ahogado. Algo indujo a la señorita Willett a acordarse de Hermes, pero si se examinaba atentamente a George, se advertía que una de sus orejas era puntiaguda y la otra redondeada, y también se advertía que, si bien tenía los rizos de un dios y las orejas de un fauno, sus ojos, sin la más leve duda, eran de cerdo. Tan extraña combinación se da muy rara vez. Y, en los tiempos a los que me refiero, dios, fauno y cerdo gozaban de plena vitalidad, estaban todos en oposición entre sí, y en sus conflictos producían las más asombrosas erupciones.

Comencemos por dios —bueno, quizá solo fuera una reproducción de yeso del Hermes de la señorita Willett, pero no puedo negar que la benévola figura de George Duckworth enseñando sobre un felpudo a sus hermanastros y hermanastras a lanzar un ataque mediante un perfecto golpe directo de críquet, algo tenía de Cristo. En su divinidad era, ciertamente, más cristiano que pagano, porque pronto se advirtió con meridiana claridad que este concreto golpe de ataque en críquet, que debía ser aplicado sin distinciones a todas las pelotas, era un símbolo de rectitud moral, y venía a decir que no se podía hurtar el bulto ni hacer trampas sin infringir, un tanto peligrosamente (como solía hacer el pobre Gerald Duckworth), los ideales de un deportista y un *gentleman* británico. Además, George corría kilómetros y kilómetros para ir a buscar almohadones, se pasaba la vida cerrando puertas y abriendo ventanas, y siempre era George quien decía las frases rebosantes de tacto, quien daba las malas noticias, quien se arriesgaba a hacer frente a la irritación de mi padre, quien nos leía libros en voz alta cuando teníamos tos ferina, quien se acordaba de los cumpleaños de las tías, quien obsequiaba con sopa de tortuga a los inválidos, quien iba a los funerales y quien llevaba a los niños a las pantomimas navideñas —oh, sí, además de todas las otras cosas que pudiera ser, George era, sin la menor duda, un santo.

Pero allí también estaba el fauno. Y ese animal era, al mismo tiempo, deportivo y expansivo, por lo que, a menudo, discrepaba un tanto de la naturaleza del dios. Era cosa bastante común entrar en la sala de estar y encontrar allí a George postrado de rodillas, extendidos los brazos y dirigiendo un parlamento a mi madre, que a lo mejor estaba haciendo las cuentas de la semana, en tono de ferviente adoración. Quizá George había pasado el fin de semana con los Chamberlain. Pero, a juzgar por la manera en que prodigaba caricias, frases, preguntas y abrazos cariñosos, parecía que, después de haber pasado cuarenta años entre la flora australiana, hubiera al fin regresado al hogar de su juventud, para hallar en él a su anciana madre, todavía viva, dispuesta a darle la bienvenida. Entretanto, todos los demás nos reuníamos —la campanilla de la cena había sonado ya—, un tanto incómodos, pero reconociendo los méritos de George. Estimábamos que muy pocas familias podían ofrecer escenas como aquellas. Con igual abandono, George dejaba que las lágrimas brotaran a raudales de sus ojos. Por ejemplo, en cierta ocasión en que le sacaron una muela, se arrojó en brazos de la cocinera, en un arrebatado de llanto. Cuando Judith Blunt le dio calabazas, estuvo sentado a la cabecera de la mesa sollozando en voz alta, pero sin dejar de

comer. Cuando le vacunaban, lloraba. Le entusiasmaba enviar telegramas que comenzaban con las palabras «Mi querida madre», para decir, a continuación, que no cenaría en casa. (Lamento tener que decir que copié el estilo de George en una muy celebrada ocasión, con desastrosos resultados. Cuando supe que Flora Russell había aceptado como futuro marido a George, mandé un telegrama que decía: «Ella es un ángel», y firmé con mi apodo: «Cabra». La versión telegráfica que llegó a Islay decía: «Ella es una vieja cabra» y, a juicio de George, tuvo cierta influencia en la resistencia a emparentarse con los Stephen de que dio muestras Flora.)<sup>\*</sup> Pero estimábamos que esta exuberancia emotiva redundaba siempre en honor de George. No solo demostraba cuán profundos y cálidos eran sus sentimientos, sino también de qué manera tan maravillosa había sabido conservar el corazón abierto y los modales sencillos de un niño.

Pero, cuando la naturaleza le denegó dos orejas puntiagudas y solo le dio una, creo que sabía muy bien lo que hacía. George, incluso en sus más salvajes paroxismos de emoción, cuando berreaba de dolor, cuando bailaba alrededor de la estancia como un niño, o cuando se ponía de rodillas ante la viuda lady Carnarvon, siempre daba muestras de cierta inhibición y no estaba seguro de sí mismo, como si no supiera con exactitud cuál sería el efecto de su comportamiento, como si el impulsivo fauno estuviera mezclado, sin saber cómo, con un tímido y convencional cordero.

Es verdad que George era anormalmente estúpido. Tenía increíbles dificultades en pasar los más sencillos exámenes. Durante años, cursó estudios intensivos con el señor Scoones, y una y otra vez le suspendieron en las pruebas de ingreso en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Se había pasado la vida entera desempeñando cargos que le proporcionaban sus amigos. Sus ojillos castaños parecían estar perpetuamente empeñados en penetrar algo demasiado difícil para ellos. Pero, cuando se comparan los ojos de George con los de un cerdo, no se hace referencia solamente a su estupidez o a su codicia —me han dicho que George tenía fama de ser el hombre más codicioso en los salones de baile de Londres—, sino también a cierta expresión obstinada y pertinaz, como si el cerdo estuviera hurgando con el hocico en busca de trufas y solo consiguiera desenterrarlas en virtud de la pura y simple insistencia. Nunca olvidaré la constancia de que dio muestras para aprenderse de memoria «Love in the Valley» con la idea de impresionar a Flora Russell, o la decisión inquebrantable gracias a la que llegó a dominar el primer volumen de *Middlemarch*, con la misma finalidad, y también recuerdo lo inmensamente aliviado que quedó cuando se olvidó el segundo volumen en el tren y consiguió que mi padre, que se había quedado sin el *Middlemarch* completo, dijera que con un volumen había más que suficiente. Si hubiera orientado su obstinación solo a superarse, realmente no habríamos podido quejarnos. Incluso yo habría podido serle útil, en ese caso. Pero poco a poco nos dimos clara cuenta de que George, en sus tinieblas, estaba trazando un proyecto, un plan de campaña, un sistema de vida —realmente, no sé cómo llamarlo—, y entonces tuvimos todo género de razones para sentir que la tierra temblaba bajo nuestros pies y que los cielos se oscurecían. Porque George Duckworth, después de la muerte

de nuestra madre, se había convertido, a todos los efectos prácticos, en nuestro cabeza de familia. Mi padre estaba sordo, era excéntrico y estaba totalmente absorbido por su trabajo y alejado del mundo. La administración económica recayó sobre George. Se solía decir que era padre y madre, hermano y hermana, todo en una sola pieza, y las viejas señoras de Kensington y de Belgravia decían a coro que los cielos habían sido increíblemente providenciales para aquellas pobres hermanas Stephen, y que les correspondía demostrar que eran dignas de tan gran devoción.

Pero ¿en qué pensaba George Duckworth y qué había de alarmante en su imagen cuando estaba sentado en su sillón de cuero rojo, después de cenar, acariciando mecánicamente a Schuster, el perro salchicha, y recorriendo con lúgubre mirada las páginas de un libro de George Eliot? Bueno, quizá pensaba en el escudo del papel de cartas de Correos y en lo bien que quedaría el escudo heráldico, pintado de rojo (a la sazón, George era secretario privado de Austen Chamberlain), o quizá pensaba en que la duquesa de St. Albans había dejado de utilizar palas de pescado en las cenas, o en que la señora Grenfell le había invitado a pasar unos días en su casa, y él había causado, a su parecer, una excelente impresión al declinar la oferta; pero al mismo tiempo, en el lento torbellino de su cerebro, estaba trazando planes sumamente elaborados, planes para ofrecernos diversiones, para que tomáramos lecciones de equitación, para encontrar trabajo a algunos de los innumerables y paupérrimos hijos de Augusta Croft. Pero lo alarmante era que no solo tenía aspecto confuso y emotivo, sino también testarudo. Parecía que hubiera tomado una decisión acerca de algo y que se negara a moverse, siquiera un milímetro. En aquel entonces era extremadamente difícil determinar acerca de qué había tomado una decisión, pero transcurridos tantos años, creo que se puede decir de manera llana y brutal, que George había decidido ascender en la escala social. Tenía una curiosa reverencia innata hacia la aristocracia británica; la belleza de nuestras tías abuelas nos había aliado, a mediados del siglo XIX, con dos duques y buen número de vizcondes y condesas, creo que hago bien en decirlo, a fin de cuentas. Como es natural, esos aristócratas no daban grandes muestras de querer acordarse del parentesco, pero George hacía cuanto podía por revivirlo. Su reverencia hacia los símbolos de la grandeza, ahora que estaba relacionado con un ministro del gobierno, había adquirido posibilidades de más amplia proyección. No hablaba más que de los botones de marfil que llevan los cocheros de los ministros del gobierno, de tener *entrée* en la corte, de las baronías por línea femenina, de condesas que guardaban escondidas en negras cajas, debajo de la cama, las joyas de María Antonieta. Sus sueños secretos, mientras estaba sentado en el sillón de cuero rojo, acariciando a Schuster, versaban todos sobre casarse con una mujer con diamantes y tener un cochero con un botón, y tener *entrée* en la corte. Pero lo más peligroso radicaba en que sus sueños eran secretos incluso para él. Si le hubieran dicho —y Vanessa lo hizo una vez— que tenía ambiciones sociales, se habría echado a llorar. Explicaba que lo que le gustaba era conocer a «gente agradable»; lady Jeune era agradable, y también lo era lady Sligo, igual que lady Carnarvon y lady Leitrim. Por otra parte, la pobre señora Clifford no lo era; el viejo señor Wolstenholme, tampoco; de entre todos

nuestros amigos, Kitty Maxse, que habría podido ser lady Morpeth, era quien más se acercaba a su ideal. No se trataba de una cuestión de cuna o de riqueza, era... y si se insistía un poco en el tema, nos tomaba en sus brazos y gritaba que se negaba a discutir con aquellos a quienes amaba. Y vociferaba: «¡Bésame, bésame, querida!», de manera que la conversación quedaba ahogada en besos. Todo quedaba ahogado en besos. Vivía en la más densa niebla emotiva, y comoquiera que sus pasiones se acrecentaban y sus deseos se volvían más vehementes —Jack Hills me aseguró que George vivió en total castidad hasta su matrimonio—, me sentía como un desdichado boquerón encerrado en el mismo tanque con una turbulenta ballena.

Tenía el camino abierto. Era un hombre soltero de agradable aspecto, aunque un tanto propenso a engordar, de unos treinta años de edad, con unos ingresos independientes de alrededor de mil libras al año. En su calidad de secretario privado de Austen Chamberlain, era un invitado de rutina a todas las grandes fiestas de todos los grandes pares. Las aristocráticas damas que le invitaban no tenían tiempo de recordar, si lo sabían, que los Duckworth habían ganado su dinero con negocios de algodón, o de carbón, no hacía aún cien años y que, realmente, no se encontraban, como George pretendía, entre las viejas familias del Somersetshire. Y sé de la más fidedigna fuente que cuando el primer Duckworth compró Orchardleigh, hacia el año 1810, lo llenó de reproducciones de esculturas griegas, y no se limitó a poner hojas de parra a los dioses, sino que también puso delantales a las diosas (lo que divirtió en gran manera a los lores de Longleat, quienes jamás olvidaron que el viejo Duckworth había vendido algodón a tanto el metro, y seguramente compró baratos los delantales). Como he dicho, George habría podido ascender por sí solo a las más altas cimas de la sociedad londinense. La repisa de la chimenea era una exposición de tarjetas de invitación de todas las casas de Londres. En este caso, ¿a santo de qué insistía en llevar consigo la onerosa carga de dos hermanastras que solo podían servir para obstaculizar su avance? Probablemente es inútil intentar averiguarlo. La mente de George hervía y echaba vapor, igual que un caldero de recio estofado irlandés. Creía que la sociedad aristocrática estaba adornada con todas las virtudes y todas las gracias. Creía que la familia había sido confiada a su cuidado. Creía que era su sagrado deber... pero en cuanto llegaba a este punto quedaba avasallado por sus emociones, comenzaba a sollozar, se postraba de rodillas, tomaba a Vanessa en sus brazos, le imploraba en el nombre de su madre y de su abuela, en el nombre de cuanto fuera sagrado para el sexo femenino y en las tradiciones de nuestra familia, que aceptara la invitación a cenar en casa de lady Arthur Russell, o la invitación a pasar el fin de semana con los Chamberlain en Highbury.

No puedo ocultar que, en mi opinión, Vanessa tenía la culpa, y también es cierto que no podía hacer nada para evitarlo, pero si hubiera nacido con un hombro más alto que el otro, algo coja, bizca y con una gran verruga en la mejilla izquierda, tanto su vida como la mía habrían sido mejores. Tal como estaban las cosas, George llevaba gran parte de razón. Evidentemente, Vanessa, con su blanco vestido de satén hecho por la señora Young, luciendo una sola e impecable amatista

colgada del cuello y una mariposa de esmalte azul en el cabello —regalos del mismo George, claro está—, hermosa, sin madre, con solo dieciocho años, constituía un conmovedor espectáculo, un ornamento para cualquier mesa, una duquesa en potencia, por lo que podía hacerse cualquier cosa con el precioso material del que Vanessa estaba construida, al menos externamente. Y ser visto revoloteando alrededor de ella, regalándole joyas, caballos árabes y caros vestidos, susurrándole al oído palabras de estímulo, prodigándole abrazos no siempre totalmente ocultos a la vista de desconocidos, redundaba en el mayor prestigio de George, y daba a su figura un atractivo que sin ello no habría tenido a la vista de las viudas de Mayfair. Desdichadamente, lo que Vanessa llevaba dentro de sí no se correspondía con su aspecto exterior. Bajo las gargantillas y las mariposas de esmalte alentaba un apasionado deseo: deseo de pintura y aguarrás, aguarrás y pintura. Pero el pobre George era mal psicólogo. Sus percepciones eran oscuras. Jamás veía el interior. Y quedó totalmente desconcertado cuando Vanessa le dijo que no quería ir a casa de los Chamberlain, en Highbury, y que no cenaría con lady Arthur Russell, mujer ruda y tiránica, de piel sanguínea y modales de pavo de Navidad. George discutió, lloró y se quejó a la tía Mary Fisher, quien dijo que no podía creer lo que oía. Todas las baterías apuntaron a Vanessa. Le dijeron que era egoísta, poco femenina, de corazón duro e increíblemente desagradecida, si se tenían en cuenta los tesoros de afecto que sobre ella habían derramado —el caballo árabe en el que cabalgaba y los trozos de esmalte azul que lucía.<sup>2</sup> Pero Vanessa siguió en sus trece. No quería cenar con lady Arthur Russell. La temporada social iba desarrollándose, y cada mañana llegaban invitaciones para el señor Duckworth y la señorita Stephen, y cada tarde se desarrollaba una batalla entre los dos. Durante el primer año, más o menos, supongo que George solía alzarse con la victoria. Salían los dos, en el coche de alquiler de aquellos tiempos, y muy avanzada la noche Vanessa entraba en mi cuarto para quejarse de haber sido arrastrada de fiesta en fiesta, en las que a nadie conocía, y de haberse aburrido mortalmente con los cumplidos de los jóvenes del Ministerio de Asuntos Exteriores y las condescendencias de viejas damas con título. Cuanto más se resistía Vanessa, más obstinada era la insistencia de George, tozudo por naturaleza. Finalmente hubo una crisis. Lady Arthur Russell estaba dando una serie de selectas fiestas, los jueves por la noche, en South Audley Street. Vanessa se había pasado una noche entera sin abrir la boca. George insistió en que Vanessa fuera a la fiesta siguiente para enmendarse, ya que, de lo contrario, dijo, «lady Arthur jamás volverá a invitarte a su casa». Estuvieron discutiendo hasta el momento en que ya apenas les quedaba tiempo para vestirse para la fiesta. Por fin Vanessa, movida más por la desesperación que por el deseo de complacer a George, subió corriendo la escalera, se vistió de cualquier manera y anunció que ya estaba lista. Y salieron. Lo que ocurrió en el coche de alquiler nunca se sabrá. Pero, cuando llegaron al número 2 de South Audley Street —y en el transcurso de aquella noche llegaron allí varias veces—, el uno o la otra se negaba a salir del coche; George se negaba a entrar en la casa hallándose Vanessa en aquel encolerizado estado de ánimo y Vanessa se negaba a

entrar con George llorando. En consecuencia, decían al cochero que diera otra vuelta al parque. Ignoro si llegaron al fin a bajar del coche.

Pero, a la mañana siguiente, mientras me encontraba desentrañando mi texto griego, entró George llevando en la mano una cajita forrada de terciopelo. Y me regaló la joya que contenía la cajita: una pequeña lira de esmalte, con una gota rosada balanceándose en el centro, que lamento mucho tener que decir que me reportó unos cuantos chelines cuando la vendí, el otro día. Pero en la cara de George se veía que había venido con otro propósito. Estaba pálido y con innumerables arrugas, porque su piel era tan lacia y flexible como la de un perrillo faldero, y sabía expresar su melancolía de la manera más conmovedora que quepa imaginar formando arrugas, pliegues y rayas desde la frente hasta la barbilla. Su apostura era rígida. Su actitud, severa. Si la señorita Willett de Brighton le hubiera visto en aquellos instantes, seguramente le habría comparado con Cristo en la cruz. Después de darme la lira se quedó de pie junto al fuego y guardó absoluto silencio. Después, como era de esperar, empezó a contarme su versión de lo ocurrido la noche anterior, arrugando la frente en grado sumo, pero hablando con una sobriedad que era, al mismo tiempo, amarga y viril. Nunca más, nunca, nunca, dijo George, volvería a invitar a Vanessa a salir con él. Había visto en los ojos de Vanessa una expresión que le había dado miedo. Jamás se diría de él que obligaba a Vanessa a hacer lo que ella no quería. Al decir esto se estremeció, pero se sobrepuso. Luego prosiguió diciendo que él solo había hecho lo que mi madre habría querido que hiciera. Sus dos hermanas eran lo más sagrado que le quedaba. El hogar siempre había significado para él más, mucho más, de lo que podía expresar y, en este instante, le acometió la agitación, luchó para recobrar la compostura y soltó una parrafada oscura y muy animada, al mismo tiempo. Estábamos echando de casa a Gerald, gritó. Cuando un hombre joven no era feliz en su casa —él mismo siempre había estado satisfecho en casa, pero si sus hermanas, si Vanessa se negaba a salir con él, si él no podía invitar a sus amigos a casa...—, en resumen quedó perfectamente claro que el casto, el inmaculado George Duckworth no tendría otra opción que refugiarse en los brazos de las ramera. Huelga decir que no lo expresó de esta manera, y en mi virginal conciencia, levemente iluminada por haber leído el *Simposium* en compañía de la señorita Case, evoqué horribles visiones de los vicios a que se veían abocados los hombres jóvenes cuyas hermanas no les hacían felices en el hogar. El resultado final fue que George me suplicó, y yo accedí, que fuera dentro de pocos días al baile de la marquesa viuda de Sligo. Yo había estado ya en la semana de mayo de Cambridge, y mi recuerdo de bailar el galop con Hawtrey alrededor de la sala, o de estar sentada en la escalera y examinar a los bailarines en compañía de Clive<sup>3</sup> eran tales que me indujeron a preguntarme por qué razón Vanessa consideraba que los bailes de Londres eran tan detestables. Pocas noches después lo descubría por mí misma. Después de dos horas de estar de pie en el salón de lady Sligo, esperando a que me presentaran a extraños jóvenes, de bailar con Conrad Russell y con Esmé Howard, de hacerlo muy mal, de quedarme sin pareja y de que George me dijera que estaba adorable, pero que debía mantenerme erguida, me retiré a una antesala, con

la esperanza de que una cortina ocultara mi presencia. Durante un rato, así fue. Pero al fin la vieja lady Sligo me descubrió, juzgó mi situación según sus propios criterios y, como era una vieja y amable aristócrata, con cara de cerda rubicunda, me llevó al comedor, cortó una buena porción de tarta helada y me dejó que la devorara en un rincón.

En esa ocasión, George fue benévolo. Salimos hacia las dos y, en el trayecto a casa, me elogió calurosamente y me aseguró que solo me hacía falta un poco de práctica para llegar a alcanzar grandes triunfos sociales. Pocos días después me dijo que la condesa viuda de Carnarvon estaba vivamente interesada en conocerme, y que me había invitado a cenar. Mientras cruzábamos el parque en el coche, George me acarició la mano y me dijo que alentaba grandes esperanzas de que llegara a ser buena amiga de Elsie —ya que tanto él como Vanessa así la llamaban a petición de la propia condesa— y que, a pesar de que Elsie había sido virreina de Canadá y virreina de Irlanda, era la encarnación de la sencillez, siempre vestida de negro desde la muerte de su marido, y negándose a lucir joyas, a pesar de que había heredado los diamantes de María Antonieta —y era la única mujer, dijo, con un sentido del honor propio de un hombre. La pintó como alguien de gran distinción y melancolía por el duelo. También estaría presente su hermana, la señora Popham of Littlecote, dama asimismo de gran distinción y melancólico duelo, ya que su marido, Dick Popham of Littlecote, era vástago de un viejo y desdichado linaje, víctima de una maldición desde los tiempos de Enrique VIII, y a partir de entonces las herencias nunca más habían pasado de padres a hijos. Naturalmente, Mary Popham no tenía hijos, y Dick Popham estaba en un manicomio. Tuve la impresión de que me dirigía a una casa de grandeza y desolación, lo que me tenía no poco impresionada. Pero nada alarmante vi en Elsie Carnarvon, ni en la señora Popham of Littlecote. Eran dos mujercitas flacas y remilgadas, austeramente vestidas de negro y abrochadas hasta el cuello, con cabello gris peinado hacia atrás, dejando la frente al descubierto, ojos azules un tanto saltones y dientes frontales un poco salientes. Nos sentamos a cenar.

La conversación fue suave y amable. Y llegó el momento en que no solo fui capaz de contestar sus preguntas —¿me gustaba pintar?, ¿me gustaba leer?, ¿ayudaba a mi padre en su trabajo?—, sino también de iniciar mis propios comentarios. George siempre se había quejado del silencio de Vanessa. Pues yo iba a demostrar que sabía hablar. Y comencé. No sé qué diablo me tentó, ni sé por qué razón yo, una cría de dieciocho años, escogí nada menos que a lady Carnarvon y a la señora Popham of Littlecote entre todos los habitantes del planeta para perorar acerca de la necesidad de expresar las emociones. Eso, dije, era la gran deficiencia de la vida moderna. Los antiguos, dije, lo discutían todo en común. ¿Acaso lady Carnarvon no había leído los diálogos de Platón? «Nosotros —tanto los hombres como las mujeres...», una vez lanzada era difícil de parar, además pensaba que era muy posible que mi audacia las hubiera dejado pasmadas de admiración. Tuve la impresión de que me estaba ganando la eterna gratitud de George. De pronto, un breve temblor, una convulsión de asombrosa expresividad, estremeció a la condesa sentada a mi lado; sus diamantes, de los que llevaba una casta selección,<sup>4</sup> me lanzaron destellos a los ojos. Cuando

callé vi que George Duckworth se había ruborizado hasta ponerse carmesí, al otro lado de la mesa. Comprendí que había cometido una indecible grosería. Inmediatamente, lady Carnarvon y la señora Popham se pusieron a hablar de algo totalmente distinto, e inmediatamente después de la cena, George, mientras fingía ayudarme a ponerme la capa, me susurró al oído, con voz angustiada: «No están acostumbradas a que las chicas digan *nada...*». Y después, como si quisiera pedir disculpas a lady Carnarvon por mis malos modales, vi que se la llevaba detrás de una columna del vestíbulo y, a pesar de que la señora Popham of Littlecote se esforzó en que fijara mi atención en un bello ejemplar de filigrana morisca que colgaba de la pared, las dos oímos con toda claridad cómo se besaban. Pero la velada no había terminado. Lady Carnarvon había adquirido entradas para ver a unos actores franceses, que representaban una obra cuyo nombre he olvidado. Estuvimos en un palco, naturalmente, y nos sentamos austeramente en nuestros asientos, que estaban en el mismo centro de la sala atestada. Se levantó el telón. Desairada, tímida, indignada e incómoda, poca atención presté a la obra. Pero al cabo de un rato advertí que tanto lady Carnarvon, a mi lado, como la señora Popham of Littlecote, al otro, estaban ambas estremecidas por el mismo temblor convulsivo que les había dado durante la cena. ¿Qué les pasaría? Fijé la vista en el escenario. El protagonista y la protagonista estaban soltando chorros de un locuaz francés que no pude descifrar. Y después se callaron. Ante mi gran sorpresa, la dama saltó por encima del respaldo de un sofá; y el caballero siguió su ejemplo. Y corrieron veloces alrededor del escenario, la señora lanzando chillidos, y el hombre en pos de ella, gruñendo y jadeando. Era un hermoso ejemplo de interpretación dramática realista. Mientras la persecución se desarrollaba, las señoras sentadas a mi lado tenían las manos, cual garras de hierro, cerradas sobre los brazos de las butacas. De repente, la actriz, agotada, se derrumbó en el sofá, y el hombre, con un aullido de satisfacción y desabrochándose de manera perfectamente visible, se le echó encima. Cayó el telón. Lady Carnarvon, la señora Popham of Littlecote y George Duckworth se levantaron los tres a la vez. Nadie dijo ni media palabra. Y salimos. Mientras avanzábamos en procesión pasando ante los palcos, vi a Arthur Cane levantándose bruscamente, igual que un muñeco con resorte, pasmado y considerablemente divertido al ver que George Duckworth y lady Carnarvon, nada menos, llevaban a una chica de dieciocho años a ver cómo una pareja de actores franceses copulaban en escena.

El carruaje estaba esperando, y la señora Popham of Littlecote, sin decir palabra, ni mirarme siquiera, se ocultó en su interior. Tampoco lady Carnarvon pudo mirarme a la cara. Me tomó la mano, y dijo con voz trémula —la emoción había sonrojado sus mejillas de anciana— «Tengo la esperanza, señorita Stephen, de que la velada no la haya fatigado en exceso». Se metió en el carruaje, y las dos enlutadas damas regresaron a Bruton Street. Entretanto, George había conseguido un coche de alquiler. Estaba muy confuso y al mismo tiempo muy irritado. Vi claramente que mis observaciones sobre Platón durante la cena atormentaban su mente. Dijo al

cochero que fuera a Melbury Road, en vez de ordenarle que nos llevara a Hyde Park Gate, como yo deseaba.

Al sentarse, George dijo en su más digno y enfurruñado tono: «Es muy temprano todavía. Me parece que te hace falta un poco de práctica en el asunto de tratar con desconocidos. Tú no tienes la culpa, naturalmente, pero has salido mucho menos que la mayoría de las chicas de tu edad». <sup>5</sup> Por lo tanto, parecía que mi educación iba a proseguir, y que iba a recibir otra lección en el arte del comportamiento en casa de la señora Holman Hunt. Aquella noche daba una gran fiesta. En Melbury Road había una fila de cabriolés, carruajes de cuatro ruedas, calesas de alquiler y algún que otro carruaje con dos caballos de familia respetable. Mientras nos poníamos en la cola, George dijo con desdén: «Es gente de muy poca monta». Desde luego, todos los viejos amigos de mi familia estaban allí, congregados en el Moorish Hall, <sup>6</sup> y en cuanto llegué vi a los Stillman, los Lushington, los Montgomery, los Morris, los Burne-Jones; el señor Gibbs, el profesor Wolstenholme y el general Beadle también habrían estado allí, sin la menor duda, si no llevaran ya varios años bajo tierra. El efecto del Moorish Hall, después de haber estado en Bruton Street, resultaba chillón, un poco excéntrico y muy pasado de moda. Las señoras tenían expresión apasionada y aspecto descuidado; los caballeros tenían hermosas frentes y llevaban pantalones de etiqueta que les quedaban cortos, mostrando en algunos casos calcetines prerrafaelitas de color rojo vivo. George se mezcló con ellos, con el aire de un príncipe de incógnito. Pronto me uní a un pequeño grupo de señoras de Kensington, a las que Gladys Holman Hunt llevaba al estudio a través del Moorish Hall. Allí encontramos al viejo Holman Hunt en persona, con una larga bata, disertando ante un numeroso auditorio acerca de las ideas que habían inspirado su cuadro *La luz del mundo*, del que tenía una copia en un caballete. Mientras hablaba sorbía una bebida de cacao y se acariciaba la larga barba, y nosotras sorbíamos cacao y nos arrebujábamos en el chal — porque la estancia estaba fría—, mientras escuchábamos. De vez en cuando alguno de nosotros se apartaba del grupo para examinar con reverentes murmullos otros luminosos cuadros en otros caballetes, pero el tono del comportamiento general de los reunidos era de devoción, de pensamiento elevado, y para mí, después de las tremendas experiencias de aquella noche, tranquilizante y de una sencillez casi infantil. George siempre sintió respeto por los ancianos de reconocido talento, por lo que entonces avanzó con su sombrero de la ópera bajo el brazo, juntó los pies y se inclinó en profunda reverencia sobre la mano de Holman Hunt. Este no tenía la menor idea de quién era George, en realidad no tenía idea de quién era ninguno de nosotros, pero siguió sorbiendo su bebida de cacao, acariciándose la barba, y explicando las ideas que le habían inspirado para pintar *La luz del mundo* hasta que nos fuimos.

Por fin —por fin—, la velada había terminado.

Subí a mi dormitorio, me quité el hermoso vestido de satén blanco y desprendí los tres claveles rosados que había llevado en el pecho sujetos con la joya en forma de lira. ¿Era posible que al día siguiente abriese mi diccionario de griego y siguiera desentrañando los diálogos de Platón, en

compañía de la señorita Case? Tenía la impresión de que comprendía los diálogos de Platón mucho mejor de lo que en su vida llegaría a hacerlo la señorita Case. Me sentí vieja y experimentada y desilusionada y también irritada, divertida y excitada, rebosante de misterio, sobresaltada y perpleja. De pie, en un confuso torbellino de sensaciones, me quité las enaguas y los largos guantes blancos y colgué las medias blancas de seda en el respaldo de una silla. Muchas cosas diversas se arremolinaban en mi mente: diamantes y condesas, cópulas, diálogos de Platón, Dick Popham el loco y *La luz del mundo*. ¡Qué agradable sería tumbarme en la cama, sumirme en el sueño y olvidarme de todos!

Ya casi me había dormido. El cuarto estaba a oscuras. La casa, en silencio. Entonces, con un leve gemido, se abrió la puerta. Alguien entró de puntillas. Grité: «¿Quién es?». George susurró: «No te asustes. Y no enciendas la luz, mi amor, ¡oh, mi amor!». Se arrojó en mi cama y me tomó en sus brazos.

Sí, las viejas damas de Kensington y de Belgravia jamás supieron que George Duckworth no solo era padre y madre, hermano y hermana para aquellas pobres chicas Stephen; era también su amante.

## Old Bloomsbury (Nota de la editora)

«Old Bloomsbury» fue la aportación de Virginia Woolf al Memoir Club, después de «Hyde Park Gate, 22», y probablemente fue leída dentro del año siguiente a la lectura de este último, hacia finales de 1921 o en 1922.<sup>1</sup> Empieza en el punto en que termina «Hyde Park Gate, 22», en el «momento culminante de la temporada social de 1903», pero relata muy brevemente el traslado desde Hyde Park Gate, después de la muerte de Leslie Stephen, al número 46 de Gordon Square, Bloomsbury, donde se instalaron los Stephens.

Al contemplar los orígenes de «Old Bloomsbury» desde el punto de vista de Hyde Park Gate, Virginia Woolf nos ofrece un relato que, al menos en unos aspectos, difiere del relato que daría alguien que, en su camino hacia Bloomsbury, hubiera pasado por Cambridge; de la misma manera que los relatos efectuados por aquellos que pertenecían al grupo de los «apóstoles» de Cambridge no coinciden en todos los aspectos con el relato de Clive Bell, por ejemplo, que no pertenecía a dicho grupo.<sup>2</sup> Las muchas versiones que se dieron acerca de cómo y cuándo empezó —en Cambridge, con la «Midnight Society», o con los «apóstoles», en 1899, con las «veladas del jueves» en Gordon Square, en 1905, o en el distrito de Bloomsbury hacia 1912, como indica Leonard Woolf...<sup>3</sup> solo sirven para poner de relieve una vez más cuán indefinidos eran los límites de Bloomsbury.

La apertura de ventanas, que dio lugar a que el aire fresco y la luz entraran a raudales en aquel mundo victoriano oscuro, arracimado, rodeado de almohadones, de la clase media alta, en el que muchos *Bloomsberries* habían pasado la juventud, no se produjo de una sola vez, tal como estas memorias hacen constar con toda claridad. Virginia Woolf expresa aquí —aunque con una visión distinta del grado de importancia de los hechos de la que hubiera podido tener algún pintor miembro del grupo, como Vanessa Bell o Roger Fry— el dramatismo y el humor de ciertos acontecimientos críticos en el desarrollo del Bloomsbury de la preguerra.

El presente texto (referencia bibliográfica MH/A.16) se basa en treinta y siete páginas escritas a máquina por Virginia Woolf, con correcciones a pluma y a lápiz. No obstante, el principio del último párrafo procede de una página a la que le falta un fragmento, mecanografiada y corregida, que se extrajo de A.16, y que ahora se encuentra en la colección Berg. El conservador de esta colección ha autorizado generosamente a que este fragmento se incorpore al presente texto. El manuscrito está numerado erróneamente, formando grupos de páginas que se superponen, la

escritura mecanográfica es mala, y las correcciones son a veces largas y a menudo difíciles de descifrar.

## Old Bloomsbury

A petición de Molly, he tenido que escribir unas memorias del Old Bloomsbury, del Bloomsbury de los años 1904 a 1914.<sup>1</sup> Como es natural, veo Bloomsbury desde mi punto de vista, y no desde el vuestro. Por ello os debo pedir que me permitáis ciertas libertades. Desde mi punto de vista, a Bloomsbury se llega desde Hyde Park Gate, aquella pequeña e irregular calle sin salida que se encuentra junto a Queen's Gate y frente a Kensington Gardens. Y debemos contemplar durante unos instantes aquella casa tan alta, situada a la izquierda, cerca del fondo, que empieza siendo de estuco blanco y termina con ladrillos rojos; una casa muy alta pero, al mismo tiempo —ahora que la hemos vendido puedo decirlo—, tan frágil que parece que un viento fuerte podría derribarla.

Los últimos recuerdos que escribí terminan cuando me estaba desnudando, en lo alto de la casa, en mi dormitorio de la parte trasera. Mi vestido de satén blanco estaba en el suelo. En el aire, el leve olor de los guantes de cabritilla. En el tocador se encuentra mi collar de perlas revuelto con horquillas del pelo. Acabo de regresar de una fiesta, de una serie de fiestas, en realidad, ya que fue una noche memorable en el momento culminante de la temporada social de 1903. Había cenado con lady Carnarvon, en Bruton Street; había visto con toda claridad a George besándola entre las columnas del vestíbulo. Yo había hablado muchísimo más de la cuenta —acerca de las emociones que me producía escuchar música— durante la cena; lady Carnarvon, la señora Popham, George y yo fuimos después a ver la comedia francesa más indecente que he visto en toda mi vida. Al terminar el primer acto, nos levantamos como si fuéramos una bandada de perdices. Las marchitas mejillas de la señora Popham se habían puesto de color carmesí y parecían arder. Los grises mechones de Elsie ondeaban al viento. Nos despedimos, con gran vergüenza por parte de las dos señoras, en la acera, y Elsie había dicho que albergaba esperanzas de que yo no estuviera cansada, con lo cual quiso decir, a mi parecer, que albergaba esperanzas de que no fuera a perder mi virginidad o algo parecido. Y más tarde habíamos ido —George y yo juntos, en un coche de alquiler, a otra fiesta, pues George había dicho, avergonzándome intensamente, que yo había hablado demasiado y que debía aprender a comportarme—, habíamos ido a casa de los Holman Hunt, donde *La luz del mundo* acababa de regresar de su misión en las diferentes ciudades del Imperio británico, y el señor Edward Clifford, la señora Russell Barrington, la señora Freshfield y qué sé yo cuántos distinguidos ancianos caballeros, con cintas negras atadas a los lentes, y señoras de avanzada edad mostrando curiosas vértebras por entre sus auténticos aunque tronados encajes antiguos, comentaban con apagadas voces el arte del maestro,

mientras el propio maestro, tocado con un bonete, bebía, a pesar de ser una noche del mes de junio, cacao caliente en una taza alta sin platillo.

Hacia ya rato que había pasado la medianoche cuando me metí en la cama y, sentada en ella, estaba leyendo una o dos páginas de *Mario, el epicúreo*, que a la sazón me apasionaba. Sonó un golpecito en la puerta, se apagó la luz y George se arrojó en mi cama, apretándose contra mí y besándome, y, en términos generales, abrazándome, con el fin, según explicó después al doctor Savage, de consolarme por la fatal enfermedad de mi padre, que tres o cuatro pisos más abajo, estaba muriendo de cáncer.

Pero quiero que, por un momento, imaginéis la casa, porque, a pesar de que Hyde Park Gate parece ahora muy distante de Bloomsbury, lo cierto es que su sombra sigue planeando sobre la nueva casa. El número 46 de Gordon Square nunca había podido significar lo que significó, si el número 22 de Hyde Park Gate no la hubiera precedido. Era un edificio con innumerables y pequeñas habitaciones de forma extraña, construida para alojar no a una familia sino a tres. Porque, además de los tres Duckworth y de los cuatro Stephen, también vivía allí la nieta de Thackeray, muchacha de mirada vacía cuya idiotez se hacía cada día más evidente, que apenas sabía leer, que arrojaba las tijeras al fuego, que apenas hablaba y cuando lo hacía tartamudeaba y que, sin embargo, tenía que sentarse a la mesa con todos nosotros.<sup>2</sup> Para darnos cabida a todos, ora se añadía otro piso en lo alto, ora se construía un comedor abajo. Creo que fue mi madre quien dibujó en un papel lo que quería, para ahorrarnos la factura del arquitecto. Estas tres familias habían acumulado todas sus posesiones en esta única casa. Nunca se sabía, cuando se buscaba en las muchas alacenas y armarios oscuros, si exhumaría la peluca de abogado de Herbert Duckworth, el cuello de eclesiástico de mi padre o una hoja con dibujos y frases garrapateadas de Thackeray, que después vendimos a Pierpont Morgan por una considerable suma.<sup>3</sup> Había docenas de cajas de hojalata negras, repletas de viejas cartas. Al abrir esas cajas se recibía una tremenda tufarada del pasado. Había cajones con la plata familiar. Había montones de porcelana y cristal. Allí vivían once individuos entre los ocho y los sesenta años de edad, atendidos por siete domésticos, además de varias viejas y viejos algo impedidos que hacían trabajos extra con rastrillos y cubos durante el día.

La casa era oscura debido a que la calle era tan estrecha que se podía ver a la señora Redgrave lavándose el cuello en el dormitorio de la casa de enfrente; también porque mi madre, que había sido educada en la tradición de la Little Holland House veneciana de Watts, forró los muebles con terciopelo rojo y pintó las maderas de negro, con finas rayas doradas. También había en la casa un silencio total. Con la salvedad de algún que otro coche de alquiler y el carro del carnicero, nada pasaba ante la puerta. Se oían pasos avanzando por la calle, antes de que se viera un sombrero de copa o uno de mujer; casi siempre se conocía al viandante; podía ser sir Arthur Clay; los Muir Mackenzie, o la señorita Redgrave con su nariz blanca, o la señora Redgrave con su nariz roja. Allí vivían, pues, diecisiete o dieciocho personas en pequeños dormitorios, con un cuarto de baño

y tres retretes entre todos los dormitorios. Allí nacimos nosotros cuatro; allí murió mi abuelo; allí murió mi madre; allí murió mi padre; allí, Stella se comprometió en matrimonio con Jack Hills,<sup>4</sup> y murió dos puertas más allá, en la misma calle, después de tres meses de matrimonio. Cuando recuerdo aquella casa me parece tan llena de escenas familiares, grotescas, cómicas y trágicas; de violentas emociones juveniles, de rebeldía, desesperación, embriagadora felicidad, inmenso aburrimiento, de reuniones de famosos y de gente aburrída, de enojos de nuevo contra George y Gerald; de escenas de amor con Jack Hills; de apasionado afecto hacia mi padre, alternando con apasionado odio, todo ello tenso y vibrante dentro de una atmósfera de juvenil desconcierto y curiosidad, que siento que evocarlos me ahoga. El lugar parecía un amasijo de enmarañadas emociones. Más tarde escribí que podía contar la historia de todas las marcas y arañazos de mi dormitorio. A decir verdad, las paredes y los cuartos habían sido construidos a nuestra medida. Empapamos la vasta estructura —después fue convertida en hotel— con la historia de nuestra familia. Parecía que la casa y la familia que en ella vivía, unidas por tantas muertes, tantas emociones, tantas tradiciones, tuvieran que permanecer por siempre. Y de súbito, en una sola noche, las dos desaparecieron.

Cuando me recuperé de la enfermedad que, como no es de extrañar, fue el resultado de tantas emociones y complicaciones, la casa número 22 de Hyde Park Gate ya no existía.<sup>5</sup> Mientras yo guardaba cama, en casa de los Dickinson, en Welwyn, creyendo que los pájaros cantaban coros griegos y que el rey Eduardo empleaba el más procaz lenguaje que quepa imaginar entre las azaleas de Ozzie Dickinson, Vanessa se había deshecho de Hyde Park Gate, de una vez para siempre. Había vendido, había quemado, había escogido y desechado, había rasgado. A veces pienso que Vanessa en realidad había tenido que recurrir a hombres armados con martillos para derribar, tan clavados entre sí habían llegado a estar, muros y armarios. Pero entonces todas las estancias estaban vacías. Los carros de mudanzas se habían llevado las diferentes pertenencias.<sup>6</sup> Ya que no solo se dispersó el mobiliario. La familia, que parecía igualmente unida entre sí como una trama, también se fragmentó. George había contraído matrimonio con lady Margaret. Gerald había alquilado un piso de soltero en Berkeley Street. Laura había quedado, al fin, recluida en un sanatorio, al cuidado de un médico. Jack Hills había iniciado su carrera política. En consecuencia, nosotros cuatro nos habíamos quedado solos. Y Vanessa, mirando un mapa de Londres y advirtiendo cuán alejados estaban, había decidido que abandonáramos Kensington y volviéramos a empezar nuestra vida en Bloomsbury.

De esta manera empezó su existencia el 46 de Gordon Square. En la actualidad, Gordon Square no es una de las plazas más románticas de Bloomsbury. Carece de la distinción de Fitzroy Square, o de la majestuosidad de Mecklenburgh Square. Es una plaza de clase media próspera y del período medio de la época victoriana. Pero os puedo asegurar que, en octubre de 1904 era la más hermosa, la más interesante, la más romántica plaza del mundo. Para empezar, digamos que era asombroso colocarse ante la ventana de la sala de estar y ver todos aquellos árboles; el árbol que

proyecta sus ramas hacia arriba, al aire, y que las deja caer después como una lluvia; el árbol que reluce, después de la lluvia, como el cuerpo de una foca —en vez de ver a la vieja señora Redgrave lavándose el cuello en la casa de enfrente. La luz y el aire, después de la densa penumbra roja de Hyde Park Gate, fueron una revelación. Cosas que jamás se habían visto en aquella oscuridad —cuadros de Watts, cómodas holandesas, porcelana azul— por primera vez resplandecían en la sala de estar de Gordon Square. Después del acolchado silencio de Hyde Park Gate, el rugido del tránsito nos sobresaltaba. Ante nuestras ventanas se escabullían y merodeaban personajes extraños, curiosos, siniestros. Pero todavía era más extraordinario el estimulante aumento de espacio. En Hyde Park Gate, solo teníamos el dormitorio para leer o ver a las amigas. Aquí Vanessa y yo teníamos una sala de estar cada una, también teníamos la gran sala de estar doble, y en la planta baja un estudio. Para que todo quedara más nuevo y más lozano, la casa había sido pintada de arriba abajo. No hace falta decir que la tradición Watts-veneciana de terciopelo rojo y pintura negra había sido sustituida por otra de signo opuesto; habíamos entrado en la era de Sargent-Furse; en todas partes había cretona blanca y verde; en vez de unas paredes con papel Morris de intrincados dibujos, habíamos pintado sencillamente las paredes al temple. Todo eran experimentos y reformas. En la mesa prescindiríamos de las servilletas y utilizaríamos [grandes cantidades de] bromo; íbamos a pintar, a escribir, a tomar café después de cenar, en vez de tomar té a las nueve en punto. Todo sería nuevo, todo sería diferente. Todo estaba a prueba.

Éramos, al parecer, sumamente sociables. Durante unos meses, en el invierno de 1904-1905, llevé un diario, en el que veo que siempre almorzábamos o cenábamos fuera de casa y que íbamos constantemente a las librerías —«Bloomsbury es mucho más interesante que Kensington», escribí — o íbamos a conciertos o a galerías de arte, y al regresar a casa encontrábamos la sala de estar rebotante de las más raras colecciones de individuos. «El primo Henry Prinsep, la señorita Millais, Ozzie Dickinson y Victor Marshall nos han visitado después de comer y se han quedado hasta tarde, de manera que apenas hemos tenido tiempo para ir corriendo a la conferencia que ha dado el señor Rutter, en Grafton Gallery, sobre el impresionismo... Lady Hylton, V. Dickinson y E. Coltman han venido a tomar el té. Hemos almorzado con los Shaw Stewart y hemos conocido a un crítico de arte llamado Nicholls. Sir Hugh parece simpático, pero no creo que valga mucho... He almorzado con los Prothero y he conocido a los Bertrand Russell. Ha sido muy divertido. Thoby y yo hemos cenado con los Cecil, y hemos ido a casa de los Strachey, donde había muchos conocidos nuestros... He ido a buscar a Nessa y a Thoby a casa de la señora Flower, y hemos ido a un baile en casa de los Hobhouse. Nessa ha pasado hoy unos momentos muy malos mientras esperaba la visita del señor Tonks, que ha venido a la una para hacer una crítica de sus cuadros. Es un hombre de cara fría y huesuda, ojos saltones y expresión serena y aburrida. Meg Booth y sir Fred Pollock han venido a tomar el té...» Y así sucesivamente, pero entre estas breves notas referentes a reuniones, a la entrega de cretonas, a visitas al parque zoológico, a ir a ver *Peter Pan*, hay unas cuantas centradas en Bloomsbury. El jueves, día 2 de marzo de 1905, Violet Dickinson

vino con la esposa de un clérigo a tomar el té, y después de cenar vinieron Sydney-Turner y Strachey, y estuvimos hablando hasta las once. Miércoles 8 de marzo: «Margaret<sup>7</sup> ha mandado su nuevo automóvil, esta tarde, y hemos llevado a Violet a ver una serie de personas pero, cómo no, hemos olvidado nuestras tarjetas de visita. Luego he ido a Waterloo Road y he dado una conferencia (un auditorio de obreros y obreras) sobre los mitos griegos.<sup>8</sup> Al llegar a casa he encontrado a Bell, ¡y hemos hablado de la naturaleza del bien hasta cerca de la una!».

El día 16 de marzo, la señorita Power y la señorita Malone cenaron con nosotros. Después de la cena vinieron Sydney-Turner y Gerald; fue nuestra primera velada de los jueves. El día 23 de marzo vinieron nueve personas a la siguiente y se quedaron hasta la una.

Pocos días después me fui a España, y el deber que me había impuesto de consignar todo lo que viera y oyera, cada colina y cada ola, me hizo coger antipatía a llevar un diario, por lo que dejé de hacerlo con esta última anotación: 11 de mayo. «Nuestra velada: el alegre Bell, D. MacCarthy y Gerald —que escandalizó a los cultos.»

Mi diario termina precisamente en el momento en que podría haber empezado a ser interesante. Sin embargo, creo que se ve claramente, incluso en estas breves anotaciones en que todos los hechos están desordenadamente amontonados, que las pocas reuniones de Bloomsbury en ciernes fueron diferentes de las restantes. Son las únicas ocasiones en las que no me limito a decir que he conocido a este o a aquel y que he pensado que uno tenía la cara larga, igual que Reginald Smith, o que era solemne, como Moorsom, o que era de trato fácil, aun cuando no valía gran cosa, como sir Hugh Shaw Stewart. Digo que hablamos con Strachey y con Sydney-Turner. ¡Y añado, entre exclamaciones, que hablamos con Bell sobre la naturaleza del bien hasta la una! ¡Y a pesar de no servirme a menudo de los signos de exclamación, lo hago una vez más cuando digo que fumé un cigarrillo con Beatrice Thynne!<sup>9</sup>

Estas veladas de los jueves fueron, para mí, el germen del que surgió todo lo que posteriormente se ha llamado —en periódicos, en novelas, en Francia, en Alemania e incluso me atrevería a decir en Turquía y en Tombuctú— Bloomsbury. Merecen ser recogidas y descritas. Pero cuán difícil es, cuán imposible. La conversación, incluso aquellas conversaciones que tan tremendos efectos produjeron en la vida y el carácter de las dos señoritas Stephen, incluso conversaciones del interés y la importancia de estas, se escapan como el humo. Suben por la chimenea y desaparecen.

En primer lugar digamos que no es verdad que, cuando se abrió la puerta y Turner<sup>10</sup> o Strachey entraron sigilosamente con curiosa vacilación y discreción, eran, para nosotras, perfectos desconocidos. Les habíamos conocido —y a Bell, Woolf, Hilton Young<sup>11</sup> y otros— en la semana de mayo anterior a la muerte de mi padre, en Cambridge. Pero, y esto es mucho más importante, además, Thoby nos había hablado de ellos. Thoby tenía una gran capacidad de dar romántica aureola a sus amigos. Incluso cuando era un muchachito que iba a una escuela privada, siempre había en ella un asombroso amigo, cuya sorprendente manera de ser y hazañas nos contaba durante

horas, cuando regresaba a casa en vacaciones. Estas historias me fascinaban en gran manera. Pensaba en Pilkington o en Sidney Irwin o en el Oso Peludo, a quienes nunca vi en carne y hueso, como si fueran personajes de Shakespeare. Y me inventaba historias suyas. Era una especie de saga que se prolongaba año tras año. Y entonces, de la misma manera que antes había oído hablar de Radcliffe, de Stuart o de quien fuera, empecé a oír hablar de Bell, Strachey, Turner, Woolf. Hablábamos de ellos horas y horas, ya paseando por el campo, ya sentados ante el fuego en mi dormitorio.

Inmediatamente después de su regreso, Thoby comentó: «Hay un tipo sorprendente llamado Bell. Es una especie de mezcla de Shelley con un hidalgo rural aficionado a cazar».

Como es natural, esto picaba mi curiosidad y empezaba a formular interminables preguntas. Recuerdo que paseábamos por un páramo, en alguna parte. Se me ocurrió la fantástica idea de que aquel Bell era como una especie de dios del Sol, con sombrero de paja. Bell jamás había abierto un libro hasta el día en que llegó a Cambridge, dijo Thoby. Y de repente descubrió a Shelley y a Keats y poco le faltó para volverse loco de entusiasmo. No hacía otra cosa que recitar poesías a borbotones y escribirlas. Sin embargo, era un perfecto jinete —habilidad que Thoby admiraba enormemente—, y tenía dos o tres caballos, con doma de campo, en Cambridge.

«¿Y es Bell un gran poeta?», pregunté.

No, Thoby no estaba dispuesto a llegar a decir tanto; sin embargo, se veía con bastante claridad que Strachey sí lo era. Y, en consecuencia, pasamos a hablar de Strachey, o «del Strache», como Thoby le llamaba. E inmediatamente Strachey llegó a ser tan singular, tan fascinante como Bell. Pero de una manera muy diferente. «El Strache» era la esencia de la cultura. En realidad, creo que su cultura incluso alarmaba un poco a Thoby. Tenía cuadros franceses en sus habitaciones. Le apasionaba Pope. Era extraño, extremado en todo, según la descripción de Thoby, muy largo, y tan delgado que su muslo no era más grueso que su brazo. En cierta ocasión entró violentamente en el cuarto de Thoby y gritó: «¿No oyes la música de las esferas?», y se desmayó. Una vez, en medio de un mortal silencio, dijo con su voz de flauta —y Thoby sabía imitarla a la perfección—: «Escribamos todos sonetos a Robertson».<sup>12</sup> Su ingenio era prodigioso. Incluso los profesores y auxiliares acudían a escucharle. En una ocasión en la que Strachey se disponía a presentarse a exámenes, el doctor Jackson le dijo: «Sea cual fuere la calificación que le den, será inferior a la que se merece». Y Thoby, después de dejarme enormemente impresionada y un tanto deslumbrada, pasaba a hablarme de otro pasmoso compañero, un muchacho que temblaba constantemente de la cabeza a los pies. Un excéntrico, tan notable, a su manera, como Bell y Strachey a la suya. Era judío. Y cuando le pregunté por qué temblaba aquel muchacho, Thoby vino a decirme que se debía a su especial carácter, tan salvaje y tan violento y que despreciaba tanto a la raza humana en su integridad. «A fin de cuentas», dijo Thoby, «es una especie bastante frágil, ¿verdad?» Pasados los veinticinco años, nadie servía para gran cosa, dijo. Aunque la mayoría de los individuos, vine a colegir, se las arreglaban para ir tirando y llegaban a acostumbrarse a todo. Pero Woolf no, y esto

a Thoby le parecía sublime. Ese muchacho soñó una noche que estrangulaba a un hombre y el sueño había sido tan violento que, al despertar, comprobó que se había dislocado un pulgar. Como es natural, sentí el más profundo interés por aquel judío violento, tembloroso y misántropo, que ya había sacudido el puño hacia la civilización y que se disponía a desaparecer en los trópicos, a fin de que ninguno de nosotros le volviera a ver nunca más.<sup>13</sup> Y, entonces, la conversación se centraba tal vez en Sydney-Turner. Según Thoby, Sydney-Turner era un prodigio de erudición. Se sabía de memoria la literatura griega en su integridad. No había prácticamente idioma alguno digno de mención que Sydney-Turner no hubiera leído. Era muy silencioso, delgado y extraño. Jamás salía de día. Pero, muy entrada la noche, si veía que alguien tenía la lámpara encendida, se acercaba y golpeaba el vidrio de la ventana, igual que una mariposa nocturna. Hacia las tres de la madrugada empezaba a hablar. Y entonces sus palabras eran asombrosamente brillantes. Más tarde, cuando dije a Thoby, en tono de queja, que había conocido a Turner y que no me había parecido brillante, Thoby presumió severamente que yo había confundido la brillantez con el ingenio; él, por el contrario, se había referido a la verdad. Sydney-Turner era el conversador más brillante que había conocido en su vida, porque siempre decía la verdad.

Como es natural, cuando sonó el timbre y estos increíbles tipos entraron, Vanessa y yo temblábamos de excitación. La noche estaba ya muy avanzada; el aire del cuarto, denso de humo; había panecillos, pasteles, tazas de café aquí y allá; nosotras no íbamos de satén y con perlas, sino vestidas de cualquier manera.<sup>14</sup> Thoby fue a abrir la puerta y entró Sydney-Turner, y entró Bell, y entró Strachey.

Entraron dubitativos, discretos, y se sentaron, en silencio, en los rincones de los sofás. Durante largo tiempo no dijeron nada. Ninguno de nuestros convencionales principios de conversación parecía pertinente. Vanessa y Thoby y Clive, si es que Clive se encontraba allí —ya que Clive<sup>15</sup> siempre estaba dispuesto a sacrificarse por la causa de la conversación—, abordaron diferentes temas. Pero casi siempre motivaron en los otros respuestas negativas. «No» era la más frecuente. «No, no lo he visto.» «No, no he estado.» O, sencillamente: «No lo sé». La conversación languidecía de una manera que hubiera sido totalmente imposible en la sala de estar de Hyde Park Gate. Sin embargo, el silencio era difícil, no aburrido. Parecía que la importancia de lo que merecía expresarse estuviera situado a tal altura que más valía no romper el silencio sin causa justificada. Estábamos sentadas con la vista fija en el suelo. Y entonces Vanessa, después de decir quizá que había visitado una exposición de pintura, cometió la temeridad de emplear la palabra «belleza». Al oírla, uno de los jóvenes visitantes alzó la cabeza y dijo: «Depende de lo que entienda por belleza». E inmediatamente todos prestamos atención. Fue como si, al fin, el toro hubiera pisado el ruedo.

El toro podía ser «la belleza», «la bondad», «la realidad». Fuera lo que fuese, siempre se trataba de una cuestión abstracta que ponía a contribución todas nuestras fuerzas. Nunca he escuchado tan atentamente todos los pasos y tractos intermedios de una argumentación. Nunca me

he esforzado tanto en afilar mi dardo y lanzarlo. ¡Y qué grande era mi satisfacción si lo dicho era aceptado!<sup>16</sup> Nunca una alabanza me ha complacido tanto como que Saxon dijera —¿acaso Saxon no era infalible?— que, a su juicio, yo había fundamentado muy inteligentemente mi afirmación. ¡Y qué raras eran aquellas afirmaciones! Recuerdo que intenté convencer a Hawtrey<sup>17</sup> de que en la literatura hay un elemento, algo como un ambiente. Y Hawtrey me desafió a que lo demostrara indicándole en cualquier libro una palabra que tuviera calidad de ambiente, abstracción hecha de su significado. Fui en busca de *Diana of the Crossways*. La discusión, tanto si se trataba de ambiente como de la naturaleza de la verdad, siempre se desarrollaba entre todos. Ahora Hawtrey decía algo, luego Vanessa, después Saxon, a continuación Clive o Thoby. Me dejaba maravillada ver cómo los que al final quedaban aún en la palestra iban poniendo piedra sobre piedra, cautelosamente, con precisión, mucho después de que la discusión se hubiera elevado tanto que yo ya la había perdido de vista. Cuando nada más se podía decir, al menos se podía escuchar. Y se percibían atisbos de que algo milagroso estaba ocurriendo, allí arriba, en el aire. A menudo seguíamos sentados en círculo cuando sonaban las dos o las tres de la madrugada. Y Saxon todavía se quitaba la pipa de entre los dientes, como si se dispusiera a hablar, y se la volvía a poner sin haber dicho nada. Por fin, después de echarse el cabello hacia atrás, efectuaba un brevísimo y definitivo resumen como conclusión. El maravilloso edificio había quedado terminado, nos podíamos ir dando traspies a la cama con la sensación de que algo muy importante había ocurrido. Había quedado demostrado que la belleza formaba —o no formaba— pues nunca he estado muy segura de si era lo uno o lo otro —parte del cuadro.

A Vanessa y a mí, estas conversaciones nos producían probablemente el mismo placer que experimentan los estudiantes universitarios cuando hacen amigos por primera vez. En el mundo de los Booth y de los Maxse no se nos pedía que utilizáramos gran cosa nuestro cerebro. Aquí, el cerebro era lo único que utilizábamos. Parte del encanto de aquellas veladas del jueves radicaba en que eran increíblemente abstractas. No se trataba solo de que el libro de Moore<sup>18</sup> nos hubiera impulsado a todos a hablar de filosofía, arte o religión, sino de que el ambiente —tengo que decir la palabra a pesar de Hawtrey— era en extremo abstracto. Los muchachos a quienes he mencionado carecían en absoluto de «modales», en el sentido que se daba a esta palabra en Hyde Park Gate. Sometían a crítica nuestras argumentaciones con la misma severidad que las suyas. No parecían darse cuenta de la manera en que íbamos vestidas o si nuestro aspecto era agradable o no. Aquella tremenda carga de la apariencia y forma de comportarse que George había puesto sobre nosotras en nuestros primeros años de juventud había desaparecido. Ya no teníamos que soportar aquella terrible inquisición, después de una fiesta, y oírle decir: «Estabas encantadora». O: «Estabas vulgar». O: «Realmente tienes que aprender a peinarte». O: «Esfuézate en no poner esa cara de aburrimiento cuando bailas». O: «Has hecho una conquista» o «*Verdaderamente*, has fracasado». Todo ello parecía carecer de significado o de existencia en el mundo de Bell, Strachey, Hawtrey y Sydney-Turner. En aquel mundo, los únicos comentarios que hacíamos,

cuando nos desperezábamos, cuando los invitados se habían ido, eran: «Creo que has razonado muy bien tu afirmación», «Creo que has hablado un poco a tontas y a locas». Era una inmensa simplificación. Y en cuanto a mí se trataba de algo mucho más profundo. El ambiente de Hyde Park Gate rebosaba amores y matrimonios. El compromiso matrimonial de George con Flora Russell, el de Stella con Jack Hills y los innumerables amoríos de Gerald eran comentados en privado o abiertamente, con sumo interés. Ya se había llegado a suponer que Vanessa había despertado el interés de Austen Chamberlain. Mi tía Mary Fisher husmeando en rincones y escondrijos, como de costumbre, había descubierto seis dibujos de Chamberlain hechos por Vanessa en su bloc de apuntes y había sacado sus conclusiones. Por su parte, George sospechaba que Charles Trevelyan se había enamorado de ella. En cambio, en Gordon Square jamás se mencionaba el amor. El amor no existía. Tan poca importancia se le daba que durante años estuve convencida de que Desmond se había casado con una vieja solterona, la señorita Cornish, de unos sesenta años de edad y con el cabello blanco como la nieve. Nadie se tomaba nunca la molestia de enterarse de esas cosas. Parecía increíble que cualquiera de aquellos muchachos sintiera el deseo de casarse con una de nosotras o cualquiera de nosotras con uno de ellos. En secreto, yo consideraba que el matrimonio era un asunto muy de tercer orden, pero que si se optaba por casarse, había que hacerlo —y ya sé que esta es una confesión muy seria— con muchachos que hubieran pertenecido al equipo de críquet de Eton y que se vistieran de etiqueta para cenar. Cuando echaba una ojeada a mi alrededor, en la casa número 46, pensaba —y tenéis que perdonarme por decirlo— que jamás había visto muchachos tan desaliñados como aquellos, con tan poco esplendor físico como los amigos de Thoby. Kitty Maxse, que vino un par de veces, dijo después, lanzando un suspiro: «No tengo la menor duda de que son simpáticos, pero, querida, ¡qué aspecto tan horroroso tienen!». Henry James, al ver a Lytton y a Saxon en Rye, exclamó, dirigiéndose a la señora Prothero: «¡Deplorable! ¡Deplorable! ¿Cómo es posible que Vanessa y Virginia tengan semejantes amigos? ¿Cómo es posible que las hijas de Leslie traten a semejantes jóvenes?». Pero precisamente esa falta de esplendor físico, ese desaliño, era lo que demostraba, a mi parecer, su superioridad. Más aún, resultaba, en cierto aspecto, tranquilizador, ya que significaba que las cosas podían seguir tal como estaban, con discusiones abstractas, sin tener que vestirse para cenar, sin volver nunca más a las viejas costumbres, que para mí habían llegado a ser tan desagradables, de Hyde Park Gate.

Estaba equivocada. Una tarde, aquel primer verano, Vanessa nos dijo a Adrian y a mí, mientras yo la veía estirar los brazos por encima de la cabeza, en un movimiento que expresaba desgana y concesión al mismo tiempo, ante el gran espejo —«Naturalmente, todos nos casaremos, creo yo; es inevitable»—, y mientras lo decía tuve la impresión de que una horrible necesidad se cernía sobre nosotras, el destino descendería y nos separaría con violencia, precisamente cuando habíamos alcanzado la libertad y la felicidad. Tuve la impresión de que Vanessa ya tenía conciencia de cierta obligación, de cierta necesidad, que a mí me desagradaba y procuraba no ver.

Pocas semanas después, Clive le propuso que se casara con él. «Sí», dijo Thoby cuando le murmuré tímidamente algo referente a las intenciones de Clive, «¡esto es lo peor de las veladas del jueves!» Y, de hecho, el matrimonio de Vanessa, a principios de 1907, acabó con ellas. De esta manera se cerró el primer capítulo del Old Bloomsbury. Fue muy austero, muy emocionante, de inmensa importancia. Un mundo pequeño y concentrado, dentro del mundo mucho más ancho y blando de los bailes y de las cenas, había empezado a existir. Había comenzado ya a dar color a ese otro mundo, y creo que sigue dando color al mucho más sociable Bloomsbury que le sucedió.

Pero aquel mundo no podía pervivir. Aunque Vanessa no se hubiera casado, aunque Thoby hubiera vivido,<sup>19</sup> el cambio era inevitable. No podíamos seguir discutiendo eternamente la naturaleza de la belleza, en abstracto. Los «jóvenes», como les habíamos llamado, pasaron de lo general a lo particular. Dejaron de ser el señor Turner, el señor Strachey, el señor Bell, y se transformaron en Saxon, Lytton, Clive. Y yo también había empezado a hacer crítica, a distinguir, a comparar. Aquellos viejos y extravagantes retratos iban a ser revisados. Se advertía claramente que Walter Lamb, a quien Thoby había comparado con un muchacho griego tocando la flauta en un viñedo, era, en realidad, un tanto calvo y bastante aburrido. Se podía desear animar a Saxon a que se fuera o a que dijera algo, aunque no fuera la estricta verdad. Se llegó incluso a dudar, cuando se publicó *Euphrosyne*, si realmente, como Thoby decía, eran tantas las poesías contenidas en este libro que alcanzarían, sin la menor duda, la inmortalidad.<sup>20</sup> Pero había otra cosa que conducía al cambio, a pesar de que yo, al menos, no sabía qué era. Quizá si os leo un párrafo de otro diario que escribí, con intermitencias, durante uno o dos meses del año 1909, adivinaréis de qué se trataba. Describo un té, en las habitaciones de James Strachey, en Cambridge.<sup>21</sup>

«Sus habitaciones», escribí, «que en realidad alquiló amuebladas, son discretas y están en penumbra. En las paredes cuelgan cuadros franceses al pastel y en las estanterías hay libros antiguos. Los tres jóvenes —Norton, Brooke<sup>22</sup> y James Strachey— se sentaron en sillones, y fijaron una mirada suave y penetrante en el fuego. El señor Norton se dio cuenta de que debía hablar; él y yo conversamos laboriosamente. Los otros guardaron silencio. Me gustaría poder explicar ese silencio, pero el tiempo apremia y me siento desorientada. La verdad es que estos jóvenes son, evidentemente, respetables; no solo están capacitados, sino que sus opiniones parecen ser honradas y sencillas. Carecen en absoluto de falsas pretensiones, por lo que me considero plenamente autorizada a mostrar mi desacuerdo, cuando estoy en desacuerdo. Sin embargo, nada teníamos que decirnos y yo advertía claramente que tanto mis observaciones como mi presencia eran objeto de crítica. Buscaban la verdad y dudaban que yo fuera capaz de decir o de ser la verdad. Pensé que era valiente por su parte, pero no agradable. He admirado el ambiente —¿había allí más ambiente?— y en cierto aspecto me he encontrado a mis anchas en él. Sin embargo, ¿por qué la intelectualidad y la personalidad han de ser tan secas? Parece que los más intensos esfuerzos de las personas más inteligentes producen resultados negativos; honradamente, no puedo ser nada.»

En estas líneas se advierte un gran cambio con respecto a lo que habría podido escribir dos o tres años antes. Desde luego, el cambio se debe en parte a las circunstancias. Ahora vivía sola, con Adrian, en Fitzroy Square, y éramos los dos seres más incompatibles que quepa imaginar.<sup>23</sup> No hacíamos más que provocarnos recíprocamente frenéticas irritaciones y estados de profunda melancolía. Todavía íbamos a muchas fiestas y reuniones, pero la combinación de los dos mundos resultaba, a mi juicio, más difícil. Yo no podía armonizarlos. Ciertamente es que seguíamos teniendo las veladas de los jueves, igual que antes. Pero siempre eran tensas y a menudo terminaban en un lamentable fracaso. Adrian se iba a su dormitorio y yo al mío, en silencio total. Pero había todavía más. No sé con absoluta certeza lo que era. Yo conocía, por los libros, muchas más cosas en teoría de lo que la vida práctica me había enseñado. Sabía que en la Grecia de Platón había sodomitas, sospechaba —y era una pregunta que no se podía formular a Thoby— que también había sodomitas en el Trinity College del señor Butler, en Cambridge, pero nunca se me había ocurrido que habría sodomitas, en aquel momento, en la sala de estar de los Stephens, en Gordon Square. No se me había ocurrido que aquel ambiente abstracto y sencillo, que de tan gran alivio fue para mí, después de Hyde Park Gate, se debiera en gran parte a que la mayoría de los hombres jóvenes que allí acudían no se sentían atraídos por las muchachas. No me había dado cuenta de que el amor, lejos de ser una realidad que jamás mencionaban, era algo de lo que rara vez dejaban de hablar. Ahora empezaba a estar intrigada. Aquellas largas horas sentados, aquellos largos silencios, aquellas largas discusiones, seguían dándose en Fitzroy Square igual que se habían dado en Gordon Square. Pero ahora me parecía que tenían una naturaleza que me dejaba extremadamente perpleja. Todavía me interesaban mucho más que cualquier hombre al que hubiera conocido en el mundo exterior de las cenas y los bailes y, a pesar de ello —¿osaré decirlo, osaré siquiera pensarlo?—, me aburría de manera intolerable. Me preguntaba, ¿por qué no teníamos nada que decirnos? ¿A qué podía deberse que los hombres mejor dotados fueran también los más secos? ¿A qué se debía que las amistades más estimulantes fueran también las más pesadas? ¿Por qué era todo tan negativo? ¿Por qué aquellos muchachos me inducían a creer que, sinceramente, no podía llegar a ser nada? La contestación a todas estas preguntas era, evidentemente —como habréis adivinado—, que no se daba atracción física entre nosotros.

El trato con sodomitas tiene muchas ventajas, cuando se es mujer. Es sencillo, es honrado, y una se siente, tal como he dicho, en muchos aspectos, a sus anchas. Pero tiene una desventaja: con los sodomitas no se puede, como dicen las niñas, presumir. Algo hay que siempre queda reprimido, contenido. Sin embargo, ese presumir, que no siempre comporta copular, ni tampoco enamorarse, es uno de los grandes goces, una de las principales necesidades de la vida. Solo cuando se da este presumir, cesa todo esfuerzo, se deja de ser honesta, se deja de ser inteligente. Hay una entrega a una especie de deliciosa efervescencia de agua carbónica, de champán, a través de la cual se ve el mundo pintado con todos los colores del arco iris. Es significativo de lo que yo había llegado a desear el hecho de que me trasladara directamente —casi en la página siguiente de mi diario—

desde las penumbrosas y discretas habitaciones de James Strachey en Cambridge, a cenar con lady Ottoline Morrell, en Bedford Square.<sup>24</sup> Las habitaciones de lady Ottoline Morrell, advertí sin sacar consecuencias, me pareció al instante «llena de ilusión y de esplendor».

Y de esta manera, cambié. Pero estos cambios míos formaban parte de un cambio mucho mayor. El cuartel general de Bloomsbury siempre había estado en Gordon Square. Y ahora que Vanessa y Clive se habían casado, ahora que Clive había escandalizado sin posible remedio a todos los Maxse, Booth, Cecil, Prothero, ahora que habían decorado la casa una vez más, ahora que el nuevo matrimonio organizaba pequeñas reuniones, con su bella mantelería color castaño y su adorable plata del siglo XVIII, Bloomsbury perdió rápidamente aquel monástico carácter que tenía en su capítulo primero; y el carácter de su capítulo segundo iba a ser, al menos en la superficie, muy diferente.

He conservado siempre en la memoria otra escena —ignoro si la inventé o no—, que considero el mejor ejemplo de lo que era Bloomsbury en su capítulo segundo. Era una noche de primavera. Vanessa y yo estábamos sentadas en la sala de estar. La estancia había cambiado mucho desde 1904. La época Sargent-Furse había terminado y alboreaba la de Augustus John. Su «Pyramus» llenaba una pared entera. Retratos de mi padre y mi madre pintados por Watts, colgaban en la planta baja, si es que colgaban en alguna parte. Clive había ocultado todas las cajas de cerillas debido a que sus colores azul y amarillo se peleaban con los colores dominantes. De un momento a otro llegaría Clive y empezaríamos a discutir —amigablemente, impersonalmente, al principio, pero no tardaría en llegar el momento en que nos dirigiríamos insultos a gritos, y pasearíamos arriba y abajo por el cuarto. Vanessa estaba sentada en silencio, y haciendo algo que era un misterio con sus tijeras y aguja. Yo hablaba de manera egótica, excitada, acerca de mis propios asuntos, sin duda. De pronto se abrió la puerta y la larga y siniestra figura del señor Lytton Strachey quedó detenida bajo el dintel. Señaló con el dedo una mancha en el blanco vestido de Vanessa.

«¿Semen?», dijo.

¿Se puede realmente decir una cosa así?, pensé, y todos nos echamos a reír. Una sola palabra abatió todas las barreras de reticencia y reserva. Pareció que un torrente del sagrado fluido nos arrastrara. La sexualidad empapó nuestra conversación. La palabra sodomita nunca estaba lejos de mis labios. Discutimos sobre el acto de copular con la misma excitación y franqueza con que habíamos discutido la naturaleza del bien. Era extraño recordar cuán reticentes y reservados habíamos sido, y durante cuánto tiempo. Ahora nos maravillaba que, hasta el año 1908 o 1909, Clive se hubiera ruborizado, como también yo me ruboricé, cuando, a bordo de un expreso francés, le dije que me dejara pasar para ir al lavabo. Ni siquiera había soñado en preguntarle a Vanessa qué pasó en la noche de bodas. Thoby y Adrian hubieran preferido la muerte a explicar las aventuras amorosas de sus compañeros de estudios. Y mientras todos los temas intelectuales se discutían con gran libertad, la sexualidad ni siquiera se mencionaba. Ahora, un chorro de luz

iluminaba también este tema. Lo sabíamos todo, pero nada habíamos dicho al respecto. Ahora no hablábamos de otra cosa. Escuchábamos con absorto interés relatos de las relaciones amorosas de los sodomitas. Seguíamos los altibajos de sus accidentadas historias; Vanessa, con simpatía; yo — acaso no había escrito, en 1905, que las mujeres son mucho más divertidas que los hombres—,<sup>25</sup> frívolamente, riendo. Vanessa decía: «Norton me ha dicho que James está desesperado. Rupert se ha acostado dos veces con Hobhouse», y yo complementaba las historias de Vanessa con otra información de cotilleo, igual de emocionante, acerca de un divino estudiante con la cabeza de un dios griego —aunque por desgracia con mala dentadura— llamado George Mallory.

Todo esto fue causa de que las antiguas ideas sentimentales que teníamos del matrimonio, por haber sido educadas en ellas, quedaran trastocadas. Creo que debería avergonzarme confesaros la edad que ya tenía cuando me di cuenta de que no es motivo de escándalo el que un hombre tenga una amante o el que una mujer lo sea. Quizá la fidelidad de nuestros padres no era la única o inevitablemente la más alta forma de vida matrimonial. Quizá, incluso esa fidelidad no era tan estricta como suponíamos. Clive dijo: «Desde luego, Kitty Maxse tiene dos o tres amantes». ¡Kitty Maxse, la casta, la exquisita, la fiel! Una vez más, toda la visión de la vida había cambiado.

En el 46 de Gordon Square, nada había que no se pudiera decir, nada que no se pudiera hacer. Creo que representaba un gran avance, en la civilización. Ciertamente es que los amores de los sodomitas no son —si no se pertenece al grupo— de apasionante interés o de suma importancia. Pero el que se pueda hablar de ellos abiertamente conduce a que nadie se oponga a que se practiquen en privado. De esta manera, muchas fueron las costumbres y creencias que sometimos a revisión. En realidad, el Bloomsbury del futuro demostraría que el tema de la sexualidad es susceptible de muchas variaciones, con tan felices resultados que incluso mi padre en persona habría dudado antes de lanzar con voz de trueno la única palabra que consideraba de justa aplicación a un sodomita o a un adúltero, palabra que era «¡sinvergüenza!».

Y aquí llego a una cuestión que debo dejar que sea otro escritor de memorias quien se dedique a ella; a saber, si damos por sentado que Bloomsbury existe, ¿cuáles son las cualidades para ingresar en él, y cuáles las cualidades para ser expulsado? La verdad es que, entre 1910 y 1914, se admitió a muchos nuevos miembros. Seguramente fue en 1910 cuando, una noche, Clive subió las escaleras velozmente, en estado de gran excitación. Acababa de tener una de las conversaciones más interesantes de su vida. Con Roger Fry. Durante horas habían hablado de teoría del arte. Clive estimaba que Roger Fry era la persona más interesante que había conocido desde los tiempos de Cambridge. Y vino Roger. Vino, me parece recordar, con un largo levitón, con algo intrigante, un libro, una caja de pinturas en cada uno de sus bolsillos; extrañas mercancías que había comprado a un hombrecillo en una oculta calleja; llevaba lienzos bajo el brazo; el cabello al viento; sus ojos resplandecían. Tenía más conocimiento y más experiencia que todos nosotros juntos. Su mente parecía unida a la vida por un número extraordinario de vínculos. Empezamos hablando de *Marie-Claire*.<sup>26</sup> E inmediatamente nos lanzamos a una terrorífica

discusión sobre literatura; ¿adjetivos?<sup>27</sup> ¿asociaciones?; ¿matices? Invocamos a Milton; volvimos a leer a Wordsworth. Tuvimos que volver a plantearnos el tema de arriba abajo. Sobre el viejo esqueleto de razonamientos del primitivo Bloomsbury pusimos carne, y en la carne, sangre. Siempre surgía una nueva idea; siempre había, en una silla, un nuevo cuadro que contemplar, siempre había un nuevo poeta sacado de la oscuridad y puesto a la luz del día. Gente rara pasaba por el número 46: Rothenstein, Sickert, Yeats, Tonks —Tonks que, supongo, ya no podía hacer desdichada a Vanessa. Y en algún momento empezamos a tratar a una figura con aspecto de fauno, que siempre estaba sujetándose las ropas, parpadeando y tartamudeando de extraña manera cuando en sus frases había que pronunciar una palabra larga. Uno o dos años antes, Adrian y yo estábamos ante un cuadro dorado y negro en el Louvre cuando una voz dijo: «¿Es usted Adrian Stephen? Yo soy Duncan Grant». Duncan empezó a frecuentar el escenario de Bloomsbury. De qué vivía no lo sé. No tenía ni un céntimo. El tío Trevor<sup>28</sup> aseguraba que estaba loco. Vivía en un estudio en Fitzroy Square, con una vieja mujer de la limpieza alcoholizada, llamada Filmer, y con un clérigo que asustaba a las muchachas en la calle haciéndoles muecas. Duncan era excelente amigo de ambos. Sus amigos le proporcionaban prendas de vestir, que siempre mostraban tendencia a deslizarse hacia el suelo. Nos pedía prestadas piezas de porcelana para pintarlas y los viejos pantalones de mi padre para ir a fiestas y reuniones. Rompía la porcelana, y dejó los pantalones destrozados al saltar al Cam para rescatar a un niño que la amarra de la barca de Walter Lamb, la *Aholibah*, había arrastrado a las aguas del río. Nuestra cocinera, Sophie, le llamaba «ese señor Grant», y se quejaba de que, una vez más, Duncan, comportándose como una rata, le había quitado cosas de la despensa. Pero al fin Sophie quedó conquistada por el encanto de Grant. Parecía que la brisa impulsara a Grant, vagamente, de un lado para otro, pero aterrizaba siempre, con exactitud, en el lugar que quería.

Y, al menos una vez, Morgan pasó fugazmente por Bloomsbury, alojándose por muy breve tiempo en Fitzroy Square, de camino, ya entonces, a tomar un tren.<sup>29</sup> Creo que llevaba la misma cartera negra, con la placa de latón, que en estos momentos se encuentra ahí fuera, en el vestíbulo. Tuve la impresión de que una mariposa —probablemente una mariposa de pálido azul— se hubiera posado en el sofá; si alguien levantaba un dedo o efectuaba un movimiento, la mariposa levantaría el vuelo. Habló de Italia y del Colegio Universitario de Obreros. Y yo escuché, con la más profunda curiosidad, ya que era el único novelista que conocía, con la salvedad de Henry James y George Meredith, al menos el único novelista que escribía acerca de gente como nosotros. Pero tanto miedo tenía de levantar la mano y hacer que la mariposa levantara el vuelo, que muy poco dije. Solía contemplarle, oculta detrás de un seto, mientras se deslizaba por Gordon Square, excéntrico, irregular, con su cartera, cuando se dirigía a tomar un tren.

Estos, y Maynard —muy truculento, en mi opinión, muy impresionante, como un retrato de Tolstói en su juventud, capaz de despachar toda argumentación que se le cruzara en el camino con un movimiento de su zarpa, pero que sin embargo ocultaba, como suelen decir los novelistas, un

corazón sencillo y amable bajo aquella impresionante armadura intelectual—, y Norton; Norton, que era la esencia de todo aquello que para mí significa Cambridge; tan capacitado; tan honesto; tan feo; tan seco; Norton, con quien, en cierta ocasión, pasé toda una noche hablando, y con quien fui, al alba, a Covent Garden, y a quien aún veo en el recuerdo, ceñudo, con sus gafas de pinza, amarillo y severo contra un fondo de rosas y claveles, estas creo que eran las principales figuras de Bloomsbury antes de la guerra.

Pero en este punto debemos volver a preguntarnos: ¿cuáles son los límites de Bloomsbury? ¿Qué es Bloomsbury? Por ejemplo, ¿está Bedford Square incluida en Bloomsbury? Antes de la guerra, creo que la mayoría de nosotros habría contestado «sí». Cuando se escriba la historia de Bloomsbury —¿y qué mejor tema para el próximo libro de Lytton?— deberá tener un capítulo, aunque solo se encuentre en el apéndice, dedicado a Ottoline. Su primera aparición entre nosotros fue, me parece, en 1908 o 1909. En mi diario consta que cené con ella el 30 de marzo de 1909 —creo que por primera vez—. Pero, pocas semanas antes, Ottoline hizo acto de presencia en una de las veladas de los jueves, remolcando tras sí a Philip, Augustus John y Dorelia; al día siguiente me escribió pidiéndome que le diera el nombre y dirección de todos «mis maravillosos amigos». A continuación me invitó a ir a Bedford Square, cualquier jueves, hacia las diez, en compañía de quien yo quisiera. Fui con Rupert Brooke. Pronto quedamos sumidos en aquel extraordinario torbellino que reunía momentáneamente a tan extraños y diferentes seres. Allí estaban Augustus John, muy siniestro con su negra corbata y chaqueta de terciopelo; Winston Churchill, muy rubicundo, todo él encajes dorados y medallas, camino de Buckingham Palace; Raymond Asquith, chisporroteando de epigramas; Francis Dood, explicándome de manera sumamente gráfica el modo en que él y la tía Susie<sup>30</sup> habían matado chinches: la tía Susie sostenía la bujía; él, una jofaina con petróleo; las chinches cruzaban el techo en incesante procesión. Allí estaba lord Henry Bentinck, sentado en un extremo del sofá, y quizá Nina Lamb, sentada en el otro extremo. Allí estaba Philip, recién llegado de la Cámara de los Comunes, murmurando y gesticulando junto al fuego del hogar. Y estaba Gilbert Cannan, de quien se decía estaba enamorado de Ottoline. Y estaba Bertie Russell, de quien se decía que Ottoline estaba enamorada. Y, sobre todo, estaba Ottoline.

Escribí en mi diario: «Lady Ottoline es una gran dama, se ha sentido descontenta de su propia clase y que intenta encontrar lo que quiere entre artistas y escritores. Por esta razón, y como si hubiera en ellos algo divino, los aborda con gran decisión, y ellos la consideran algo así como un espíritu sin cuerpo que huye de su propio mundo para penetrar en otro en el que no puede arraigar jamás. Su aspecto es interesante, si no hermoso. Al igual que la mayoría de las personas pasivas, es muy cuidadosa y prolija con su entorno. Se preocupa intensamente de hacer destacar su belleza, como si fuera un raro objeto hallado en una oscura callejuela de Florencia. Es muy posible que, cualquier día, las ricas señoras norteamericanas que toquetean el manto persa de lady Ottoline, y declaran que es «muy bueno», le toqueteen también la cara y declaren que es una obra de

excelente factura de finales del Renacimiento; la frente y los ojos son magníficos, la barbilla quizá restaurada. La palidez de sus mejillas y el modo como echa la cabeza hacia atrás y me mira sin expresión la hacen parecer una medusa de mármol. Es curiosamente pasiva». Y, después, prosigo diciendo, en tono un tanto de rapsodia, que la casa entera está «llena de ilusión y esplendor».

Cuando recuerdo aquel salón repleto de gente, los pálidos amarillos y rosados de los brocados, las sillas italianas, las alfombras persas, los bordados, las borlas y cordones, el aroma, las granadas, los perros falderos, los mil objetos varios, y a Ottoline acercándose desde lejos, con su chal blanco con grandes flores escarlata prendidas en él, para llevarme aparte de la amplia estancia y de la multitud, a una salita, a solas con ella, donde me agobia con preguntas muy íntimas e intensas, acerca de la vida, acerca de mis amigos, y me hace firmar en un librito perfumado —la semana pasada estampé mi nombre en otro librito perfumado, en Gower Street—, creo que mi conmoción puede disculparse.<sup>31</sup>

Y realmente la ilusión y el esplendor dominaban Bloomsbury en los años anteriores a la guerra. No éramos tan austeros, no éramos tan exaltados. Había peleas e intrigas. Ottoline quizá fuera una Medusa, pero no era una Medusa pasiva. Tenía una gran capacidad para atraer y dominar a la gente. Se dice que incluso Middleton Murry fue colocado por Ottoline entre los vegetales de Garsington. Y en esos tiempos estábamos muy lejos de la monotonía. Las veladas del jueves con silencios y discusiones habían pasado a la historia. En su lugar había fiestas y reuniones de muy distintas clases. El movimiento postimpresionista había proyectado no su sombra sino su puñado de variopintas luces sobre nosotros. Comprábamos poinsetias de terciopelo escarlata, nos hacíamos vestidos de esa tela de algodón estampado que gusta de manera especial a los negros, nos vestíamos como cuadros de Gauguin y galopábamos alrededor de Crosby Hall.<sup>32</sup> La señora Whitehead estaba escandalizada.<sup>33</sup> Dijo que Vanessa y yo estábamos prácticamente desnudas. El espíritu de mi madre fue invocado una vez más —por Violet Dickinson— para deplorar que hubiera tomado una casa en Brunswick Square y que hubiera invitado a unos cuantos hombres jóvenes a compartirla conmigo.<sup>34</sup> George Duckworth vino desde el lejano Charles Street para suplicar a Vanessa que me hiciera renunciar a la idea, y no creo que quedara reconfortado cuando Vanessa le contestó que, a fin de cuentas, la inclusa estaba cerca de mi nueva casa. Comenzaron a circular historias referentes a fiestas en las que todos nos desnudábamos en público. Logan Pearsall Smith dijo a Ethel Sands que sabía de cierto que Maynard había copulado con Vanessa, en un sofá, en medio de la sala de estar. Se decía que éramos un grupo despiadado, inmoral y cínico; éramos mujeres perdidas, y nuestros amigos eran los jóvenes más indignos.

Sin embargo, a pesar de Logan, a pesar de la señora Whitehead, a pesar de Vanessa y de Maynard y de lo que hicieron en el sofá de Brunswick Square, el viejo Bloomsbury todavía vive. Si queréis una prueba, mirad a vuestro alrededor.

## ¿Soy una esnob? (Nota de la editora)

Virginia Woolf escribió «¿Soy una esnob?» cuando se encontraba en el punto culminante de su fama, y cerca ya del final de aquella carrera que estaba preparando tan laboriosamente cuando redactó el primer recuerdo de esta compilación. «¿Soy una esnob?» fue leído en el Memoir Club el 1 de diciembre de 1936.<sup>1</sup>

En «Apunte del pasado», la autora hizo constar la curiosa división de su vida en Hyde Park Gate: «En la planta baja había puro convencionalismo; en el piso superior, puro intelecto». Después de los primeros años en Bloomsbury, el mundo del convencionalismo —el mundo de George Duckworth, de Kitty Maxse— había retrocedido de forma evidente ante el mundo del intelecto. Humillación, frustración y el puro aburrimiento caracterizaron gran número de los primeros contactos de Virginia Woolf con el *beau monde*; sin embargo, ciertos aspectos de la vida «de sociedad» nunca dejaron de fascinarla: las luces brillantes, la gente conversando, la alfombra roja extendida sobre la acera.

El texto siguiente está basado en treinta y dos páginas de diverso tamaño unidas de manera que forman un librito. La referencia bibliográfica es MH/A.17. Están mecanografiadas por Virginia Woolf, con correcciones a pluma y a lápiz. Las cartas de Margot Oxford y de Sibyl Colefax, incorporadas en el presente texto, se encuentran, en hojas separadas, metidas entre las páginas de dicho librito, precediendo a las páginas a las que deben incorporarse. La mecanografía de estas páginas es, sin embargo, de Virginia Woolf, y lo más probable es que dichas cartas no sean más que recuerdos libremente interpretados de las cartas originales.

El trabajo mecanográfico es deficiente, incluso teniendo en cuenta el criterio, en modo alguno exigente, de Virginia Woolf en esta materia; abundan los errores ortográficos y de puntuación. Pero, a pesar de todo, el pensamiento fluye suavemente, y hay pocas correcciones y adiciones que afecten a más de una frase; hay páginas sin siquiera una corrección.

Probablemente, este texto mecanografiado fue el que se leyó en el Memoir Club, aun cuando según Quentin Bell no es probable que Virginia Woolf se ciñera fielmente al texto.

## ¿Soy una esnob?

Creo que Molly<sup>1</sup> ha sido muy injusta al asignarme el trabajo de evocar recuerdos en la noche de hoy. Desde luego, a Molly se lo perdonamos todo, en atención a su encanto insidioso y avasallador. Pero, de todas maneras, ha sido una injusticia. No me corresponde a mí; no soy la mayor entre todos los presentes. Y no soy quien ha vivido con más intensidad, ni quien tiene más recuerdos. Maynard, Desmond, Clive y Leonard llevan todas vidas muy activas, todos tratan constantemente a los grandes personajes, todos influyen sin cesar, de una manera u otra, en el curso de la historia. A ellos corresponde abrir las puertas de las casas en que guardan sus tesoros y poner ante nosotros esos objetos dorados y esplendorosos que en ellas reposan. ¿Quién soy yo para que me pidan que lea unos recuerdos? Una simple escritora: peor aún, una simple tratante en ensueños; que no es carne ni pescado, ni galana ni divertida. Mis recuerdos, que son siempre de carácter privado y, en el mejor de los casos, están centrados en peticiones de matrimonio, seducción a cargo de hermanastros, encuentros con Ottoline y cosas por el estilo, seguramente se han acabado ya. Ahora nadie me pide en matrimonio, y hace qué sé yo los años que nadie intenta seducirme. Los primeros ministros jamás me consultan. Dos veces he ido a Hendon, y las dos veces el avión se ha negado a emprender el vuelo. He visitado casi todas las capitales de Europa, es verdad; hablo un francés macarrónico y un italiano más macarrónico aún; pero soy tan ignorante y tan deficientes han sido mis estudios que si me formuláis la más simple pregunta —por ejemplo, ¿dónde está Guatemala?—, no me queda más remedio que desviar la conversación.

No obstante, Molly me ha pedido que escriba estas páginas. ¿De qué puedo tratar? Esta es la pregunta que me formulé y me pareció, mientras estaba sentada devanándome los sesos, que ha llegado el momento de que nosotros, los viejos chapados a la antigua, nosotros, los ignorantes viejos chapados a la antigua que vivimos en privado, nos enfrentemos a esta pregunta: ¿De qué deben tratar las memorias, si es que el Memoir Club ha de seguir reuniéndose y si la mitad de sus miembros son gente, como yo, a la que nunca les ocurre nada? ¿Osaré insinuar que ha llegado el momento en que debemos dar una amplia interpretación a las órdenes de Molly, y en vez de enfocar la linterna del recuerdo hacia las aventuras y la emoción de la vida real, debemos orientar su luz hacia dentro y hablar de nosotros mismos?

¿Acaso hablo solo de mí misma, cuando digo que nada digno del nombre de aventura me ha ocurrido desde que ocupé esta eminente aunque espinosa silla, pero que, a pesar de ello, sigo siendo, para mí misma, un tema inagotable y de fascinante y angustiado interés —un volcán en perpetua erupción? ¿Me habré quedado sola en mi egotismo cuando digo que nunca la pálida luz

del alba se filtra a través de las persianas de la casa número 52 de Tavistock Square, sin que yo abra los ojos y exclame: «¡Dios santo! ¡Aquí estoy otra vez!», no siempre con placer, a menudo con dolor, a veces con un espasmo de aguda repugnancia, pero siempre, siempre, con interés?

Yo misma voy a ser el tema de estos recuerdos, pero ello presenta ciertos inconvenientes. Ocuparía tantos volúmenes —este tema en solitario— que aquellos de entre nosotros que aún tenemos cabellos, aquellos cuyo cabello conserva aún la capacidad de crecer, se encontrarían con hormigueo en los dedos de los pies antes de que yo hubiera terminado. Debo romper un pedazo de tan vasto tema, debo lanzar una breve ojeada a un rinconcito de este universo —que sigue pareciéndome tan carente de sendas y tan infestado de tigres como ese otro sobre el que está escrita la palabra Guatemala—; debo, digo, escoger un solo aspecto, formular una sola pregunta, y esta pregunta es: ¿soy una esnob?

En mi intento de contestarla, quizá salga a relucir un recuerdo, quizá dos, quizá reviva algún recuerdo vuestro; de todas maneras, procuraré daros hechos, y aunque, como es natural, no diré toda la verdad, quizá diga lo suficiente de ella para que vosotros os lancéis a formular hipótesis. Pero, a fin de contestar a esta cuestión, debo preguntar primero: ¿qué es un esnob? Y, como carezco de capacidad de análisis —ya que no me dieron estudios como es debido—, procuraré hallar un objeto con el que medirme: con el que compararme. Por ejemplo, Desmond. Es natural que me fije primero en Desmond. ¿Es un esnob?

Debería serlo. Se educó en Eton y luego pasó a Cambridge. Todos sabemos aquella vieja frase según la cual la ciencia agradecida adora a la aristocracia. Pero, sea como fuere lo que Eton y Cambridge hayan hecho para fomentar el esnobismo de Desmond, mucho más fue lo que hizo la naturaleza. Le dio todos los dones que un aristócrata agradecido adora en la ciencia; una lengua de oro, perfectos modales, total dominio de sí mismo, ilimitada curiosidad mezclada con compasión; también sabe montar a caballo y pegarle un tiro a un faisán, en menos que canta un gallo. En cuanto a la pobreza, como Desmond nunca se ha fijado en la manera en que viste, nadie ha pensado en semejante asunto. El caso es que aquí tengo, no hay duda, mi fórmula; séame, pues, permitido compararme con él.

Cuando pensé en esto nos encontrábamos en pie ante la ventana de la sala de estar de Tavistock Square. Desmond había almorzado con nosotros, habíamos pasado la tarde conversando. De pronto, Desmond se acordó de que debía cenar en algún lugar. Sí, pero ¿dónde? Desmond dijo: «¿Dónde cenó?», y del bolsillo extrajo su agenda. Algo distrajo su atención por un instante, y yo miré por encima de su hombro. Rápida y furtivamente examiné sus compromisos. Lunes, lady Bessborough, 8.30. Martes, lady Ancaster, 8.30. Miércoles, Dora Sanger, a las siete en punto. Jueves, lady Salisbury, a las diez. Viernes, almuerzo con los Woolf y cena con lord Revelstoke. Chaleco blanco. Chaleco blanco estaba subrayado dos veces. Años después descubrí la razón: Desmond tenía que presentarse ante el rey, ante nuestro llorado Jorge. Bueno, pues miró sus compromisos sociales, cerró la agenda y se fue. No dijo ni media palabra acerca de la

aristocracia. En momento alguno orientó la conversación hacia Revelstoke; los chalecos blancos ni siquiera los nombró. Mientras Desmond cerraba la puerta, me dije a mí misma, con una dolorosa punzada de desilusión: «No, lo lamento pero Desmond, realmente, no es un esnob».

Debo buscar otra fórmula. Ahora voy a hablar de Maynard. También él estuvo en Eton y Cambridge. Después se ha ocupado de tantos y tan grandiosos asuntos que, si agitara sus compromisos sociales debajo de nuestras narices, el tintineo de coronas nobiliarias nos dejaría sordos y el brillo de los diamantes nos deslumbraría. Pero ¿acaso estamos sordos?, ¿estamos quizá deslumbrados? Lo siento, pero no. Dominado por la disciplina de hierro del viejo Cambridge, dominado también por la conciencia moral que adquiere mayor fuerza a medida que Maynard va acumulando años, por ese severo deseo de conservar íntegra la presente generación y proteger a la más joven de sus locuras, Maynard nunca alardea. Me veo en el caso de tener que comunicaros que Maynard, hoy, ha almorzado con el primer ministro. El pobre y viejo Baldwin, con las lágrimas resbalándole por las mejillas, ha paseado con Maynard arriba y abajo, arriba y abajo, pasando ante los celebrados retratos de Pitt y Peel. Y Baldwin no hacía más que decir: «Si, al menos, Keynes aceptara un puesto en el gabinete, o quizá el honor de ser par del reino...». Soy yo quien debo contaros esta historia. Maynard jamás la ha referido. De cerdos, obras teatrales y películas, sí, os hablará. Pero jamás de primeros ministros ni de pares del reino. Lo lamento y vuelvo a lamentarlo, Maynard no es un esnob. He vuelto a dar un paso en falso.

De todos modos, acabo de hacer un descubrimiento. La esencia del esnobismo estriba en el deseo de impresionar a la gente. El esnob es un ser aturdido y de escasa capacidad mental, tan poco contento de sí mismo que, a fin de consolidar su personalidad, no hace más que pasar un título o algo que suponga un honor por la cara del prójimo a fin de que el prójimo le crea y ayude al esnob a creer lo que realmente no cree —que él o ella es, de una manera u otra, persona importante.

Este síntoma concurre en mí. Ejemplo de ello lo es esta carta. ¿Por qué está siempre encima de todas mis otras cartas? Pues porque lleva un escudo nobiliario: si una carta lleva estampado un escudo nobiliario, esta carta siempre flota milagrosamente encima de todas mis demás cartas. A menudo me pregunto: ¿por qué? Sé perfectamente que ninguno de mis amigos quedará impresionado, y que nunca ha sido así, por cualquier cosa que yo haga con la finalidad de impresionarle. Sin embargo, así me comporto —aquí está la carta, encima. Esto indica, lo mismo que una erupción o una mancha, que padezco la enfermedad. Ahora bien, ¿cuándo y de qué manera la contraje?

De muchacha tuve ciertas oportunidades para la práctica del esnobismo, ya que aun cuando externamente intelectual, nací en una familia muy noble, en un sentido libresco, y teníamos flecos flotando en el mundo de moda. Teníamos a George Duckworth, para empezar. Pero el esnobismo de George era de una textura tan grosera y palpable que yo podía olerlo y gustarlo desde muy lejos. No me agradaban ese olor ni ese gusto. La tentación me vino por más sutiles caminos —en

un principio, por medio de Kitty Maxse, me parece—, una dama del más delicado encanto, de la más etérea gracia, de manera que los grandes a quienes ella presentaba quedaban rociados, desinfectados y privados de su vulgaridad. ¿Había alguien capaz de llamar vulgar a la marquesa de Bath, o a sus hijas, ladies Katherine y Beatrice Thynne? Impensable. Eran bellas y señoriales; vestían sin nada de gusto, pero tenían un soberbio porte. Cuando cenábamos o almorzábamos con lady Bath, yo temblaba de éxtasis —éxtasis que quizá fuera totalmente esnob, pero que estaba compuesto de diferentes partes— de placer, terror, risa y asombro. Allí estaba lady Bath, sentada al extremo de la mesa, en una silla que llevaba estampado el escudo heráldico de los Thynne, y en la mesa a su lado, sobre sendas almohadillas, reposaban dos relojes Waterbury. Los consultaba de vez en cuando. ¿Por qué? Lo ignoro. ¿Es que el tiempo tenía un especial significado para ella? Parecía sobrarle de un modo interminable. A menudo daba una cabezada y se quedaba adormilada. Se despertaba y miraba los relojes. Los miraba porque le gustaba mirarlos. Su indiferencia ante la opinión pública me intrigaba y deleitaba. Al igual que su conversación con el mayordomo Middleton.

Bajo la ventana pasaba un carruaje.

«¿Quién pasa?», preguntaba bruscamente la lady.

Middleton contestaba: «lady Suffield, *my lady*». Y lady Bath echaba una mirada a sus relojes. Recuerdo que, en cierta ocasión, salió en la conversación la palabra «marga».

Lady Bath preguntó: «¿Qué significa marga, Middleton?».

Middleton la informó: «Es una mezcla de arcilla y carbonato de cal, *my lady*». Entretanto, Katie había cogido un ensangrentado hueso de la fuente y se lo estaba dando a los perros. Y yo, allí sentada, pensaba que a aquella gente le importaba un pimiento la opinión de los demás. Aquí tenemos a la naturaleza humana en su estado natural, sin afeites y sin podar. Hay en ella algo de lo que carecemos en Kensington. Quizá no hago más que buscar excusas en las que ampararme, pero ese fue el origen del esnobismo que me induce a poner esa carta encima de todas las demás. El aristócrata es más libre, más natural y más excéntrico que nosotros. Señalo que mi esnobismo no es de tipo intelectual. Lady Bath era sencilla en extremo. Y Katie y Beatrice apenas sabían escribir. Will Rothenstein y Andrew Lang eran las más grandes luminarias de su mundo intelectual. Ni Rothenstein ni Andrew Lang me impresionaban. Si me preguntáis a quién prefiero conocer, a Einstein o al príncipe de Gales, diré que al príncipe, sin dudarle un instante.

Me gustan los escudos heráldicos, pero tienen que ser antiguos, escudos que impliquen tierras y casas solariegas, escudos que engendren sencillez, excentricidad, llaneza y que confieran tal seguridad en la propia condición que permitan rodear los platos de relojes Waterbury, y alimentar con las propias manos a los perros, dándoles huesos sanguinolentos. Pero, inmediatamente después de hacer esta afirmación, me veo obligada a matizarla. Esa carta se coloca arriba para ser testigo de cargo contra mí. Tiene un escudo nobiliario en lo alto, pero no es antiguo; pertenece a

una dama cuya cuna no es mejor —sino quizá peor— que la mía. Sin embargo, cuando recibí esa carta me estremecí. La voy a leer.

Querida Virginia:

No soy muy joven, y comoquiera que TODOS mis amigos han muerto o se están muriendo, me gustaría mucho verla y pedirle un gran favor. Se reirá cuando le diga de qué se trata, pero si está dispuesta a almorzar a solas conmigo el 12 o 13 o 17 o 18, le diré lo que es. No, *no se lo diré*. Esperaré a saber si en *cualquiera* de estos días puede usted ver a su admiradora,

MARGOT OXFORD<sup>2</sup>

Le escribí enseguida —a pesar de que rara vez escribo enseguida—, para decirle que estaba por entero al servicio de lady Oxford. Haría cuanto me pidiera. Poco tiempo duraron mis dudas. Pronto llegó la segunda carta.

Querida Virginia:

Creo que debo decirle cuál es el favor que quiero que me haga. Todos mis amigos se están muriendo o han muerto ya. La mayor alabanza que me han tributado —entre muy pocas— fue cuando usted dijo que yo escribía bien. *Esto*, procediendo de *usted*, casi me trastornó la mente, ya que usted es la más grande escritora que hay en la actualidad. Quiero que, cuando yo muera, escriba usted una breve nota, para su publicación en *The Times*, diciendo que admiraba mis escritos y que los periodistas deberían haberme hecho más caso. No soy vanidosa, pero me siento ofendida por el hecho de que los directores de los periódicos me *utilizaran*, primero, y me *rechazaran*, después. Quizá le parezca trivial —realmente lo es—, pero me gustaría que hablara de mí en la prensa. No vuelva a pensar en el asunto si es que le causa molestias, pero sus alabanzas deleitarían a mi familia cuando yo haya muerto.

Con mi admiración,

MARGOT OXFORD

Puede mandar la nota al director de *The Times*, ya que Dawson<sup>3</sup> guarda y valora todas las colaboraciones referentes a muertos.

La verdad es, creo, que no quedé halagada por ser la más grande escritora en opinión de lady Oxford, pero me halagó que me invitara a almorzar a solas con ella. Contesté: «Desde luego, almorzaré con usted a solas». Y me agradó, el día en cuestión, que Mabel, nuestra pétrea cocinera, viniera a decirme: «El coche de lady Oxford ha venido a buscarla, señora». Evidentemente, la tenía impresionada, y también yo estaba impresionada. Subí en mi propia estima porque había subido en la de Mabel.

Cuando llegué a Bedford Square vi que había una multitud de invitados a aquel almuerzo; Margot iba ataviada con todas sus galas; sobre su pecho brillaba una cruz de rubíes con diamantes alrededor; estaba tensa y rizada como un caballito griego; malévola y ágil como un áspid o una víbora. Philip Morrell fue quien recibió la primera picada. Dijo una insensatez y Margot le dio

una lección. Luego ella recobró el buen humor. Era muy brillante. Contó una serie de chispeantes anécdotas sobre el duque de Beaufort y la cacería de Badminton; sobre la manera en que la hicieron reina de la cacería; sobre lo que había oído decir acerca de lady Warwick y del [¿príncipe de Gales?];<sup>4</sup> acerca de lady Ripon, lady Bessborough; [lord] Balfour y «las almas».<sup>5</sup> En lo referente a su edad, a su muerte, a los artículos necrológicos y a *The Times*, nada dijo. Tengo la seguridad de que se había olvidado de que tales realidades existieran. Y yo también. Me sentía fascinada. La abracé calurosamente en el vestíbulo; y lo siguiente que recuerdo es que me encontré caminando por Farringdon Road, hablando sola, contemplando las carnicerías y las bandejas con juguetes de a penique con un aire que me parecía de polvo de oro y champán.

Ahora bien, ninguna reunión de intelectuales me ha hecho volar por Farringdon Road. He cenado con H.G. Wells, en compañía de Bernard Shaw, Arnold Bennett y Granville Barker, y solo me sentí como una vieja fregona limpiando peldaño tras peldaño, subiendo y subiendo una interminable escalinata.

En consecuencia, he llegado a la conclusión de que no solo soy una esnob de escudos heráldicos, sino también una esnob de salones esplendorosos, una esnob de fiestas sociales. Cualquier grupo de personas, si van bien vestidas y son socialmente brillantes y desconocidas, me produce este efecto; lanza al aire chorros de polvo de oro y diamantes que supongo que oscurecen la sólida verdad. He aquí otra carta que quizá arroje más luz sobre otros aspectos del problema.

Hará unos doce años, pues aún vivíamos en Richmond,<sup>6</sup> recibí una de esas volanderas misivas que, ahora, todos conocemos tan bien —una hoja amarilla sobre la que una mano traza algo parecido a una espiral borracha que, por fin, se retuerce sobre sí misma, formando un garabato que dice Sibyl Colefax.<sup>7</sup> «Sería para mí un placer», decía la nota, «que viniera a tomar el té» —aquí seguían una serie de días pertinentes— «para conocer a Paul Valéry.» Como siempre me han presentado a Paul Valéry o a su equivalente, desde que tengo memoria, una invitación a tomar el té para que nos presentara una Sibyl Colefax a quien no conocía —nunca nos habíamos visto— no me atraía. Y en caso de que me hubiera atraído, lo habría contrarrestado una característica mía que me da cierta vergüenza mencionar; mi complejo de indumentaria; mi complejo, especialmente, de sujetador. Detesto ir mal vestida, pero detesto comprar vestidos. Y odio de manera especial comprar sujetadores. Creo que ello se debe, en parte, a que, para comprar sujetadores, hay que ir al más íntimo cuartito situado en el corazón de la tienda y quedarse en camisa.<sup>8</sup> Mujeres vestidas de reluciente satén negro espían y sueltan risitas. Sea lo que fuere lo que esta confesión revela, que sospecho será algo deshonoroso, lo cierto es que me siento muy intimidada cuando me encuentro en camisa ante personas de mi mismo sexo. Pero en aquellos tiempos, hace doce años, se llevaban las faldas cortas; las medias tenían que ser impecables; mis sujetadores estaban viejos; y no tenía valor para comprarme otro par —por no hablar ya del sombrero y el abrigo. Por eso dije: «No, no iré a conocer a Paul Valéry». Entonces recibí un diluvio de invitaciones; no puedo recordar a cuántos tés fui invitada; finalmente la situación llegó a ser desesperada; me vi

obligada a comprar sujetadores; y acepté —digamos la decimoquinta— invitación a Argyll House. En esta ocasión para ser presentada a Arnold Bennett.

En la noche que precedió a la fiesta, el *Evening Standard* publicó una crítica, escrita por Arnold Bennett, de un libro mío. Creo que era *Orlando*. Bennett lo atacaba violentamente. Decía que el libro carecía de valor y que había destruido cuantas esperanzas hubiera podido poner en mí como escritora. La columna entera estaba dedicada a hacerme trizas. Soy muy vanidosa —a diferencia de lady Oxford—, aunque mi vanidad, en cuanto escritora, es puro esnobismo. Muestro al crítico grandes extensiones de mi piel, pero poca carne, poca sangre. Es decir, doy importancia a las buenas críticas y a las malas críticas debido solamente a que pienso que mis amigos piensan que les doy importancia. Pero, como me consta que mis amigos olvidan esas críticas casi instantáneamente, tanto si son buenas como si son malas, también yo me olvido de ellas en cuestión de horas. Mis sentimientos de carne y hueso quedan incólumes. Las únicas críticas de mis libros que me hacen sangrar son las que no se publican; las privadas.

Y, como habían transcurrido veinticuatro horas desde que había leído la crítica, entré en el salón de Argyll House más preocupada por mi aspecto, como mujer que por mi prestigio como escritora. Vi a Sibyl Colefax por primera vez y la comparé con un manojito de cerezas sobre un sombrero duro de paja negra. Se me acercó y me llevó hacia Arnold Bennett como quien lleva un cordero al matadero.

Sonriente, Sibyl Colefax dijo: «¡He aquí a la señora Woolf!». En su calidad de dama de sociedad que suele celebrar fiestas, Sibyl Colefax estaba regodeándose. Pensaba: ahora se va a desarrollar una escena que será la honra y prez de Argyll House. Había otra gente, que también parecía estar a la expectativa, y todos sonreían. Pero tuve la impresión de que Arnold Bennett se sentía incómodo. Era un hombre amable; se tomaba en serio sus críticas literarias; y allí estaba, estrechando la mano a una mujer a quien, como él decía, había «vilipendiado» la noche anterior.

«Siento mucho, señora Woolf», empezó «haber vilipendiado su libro, anoche...»

Tartamudeaba. Farfullé, con total sinceridad: «Si mi voluntad es publicar libros, creo que es asunto mío. Y debo aceptar las consecuencias».

Tartamudeando, dijo: «Es cierto... es cierto...». Creo que estaba de acuerdo conmigo. Prosiguió: «Su libro no me gustó». Volvió a tartamudear: «Lo consideré un libro muy malo...».

Dije: «Es difícil que mis libros le desagraden tanto como me desagradan los suyos, señor Bennett». No sé si estuvo totalmente de acuerdo con esto último, pero nos sentamos juntos, hablamos y nos llevamos muy bien. Me agradó ver que, en algunas de sus cartas publicadas, me alabó por no haber quedado resentida; decía que al final nos llevamos muy bien.

Pero no es esto lo que quería decir. Lo que quería decir es que esta pequeña escena le gustó a Sibyl, y constituyó la base de lo que debo llamar, con los debidos matices, mi intimidad con ella. Inmediatamente fui promovida del té a la carne. Para empezar, fue un almuerzo; y cuando decliné el almuerzo, fue una cena. Fui —y fui varias veces—. Pero, poco a poco, descubrí que solo me

invitaba para que me reuniera con escritores; yo no quería conocer escritores; y, después, también descubrí que, si sentaban a Noel Coward a mi izquierda, siempre tenía a sir Arthur a la derecha.<sup>9</sup> Sir Arthur era muy amable; hacía cuanto podía para que no me aburriera; aunque nunca he conseguido averiguar por qué imaginaba que mi principal interés se centraba en la Ley de Tintes. Pero eso creía, evidentemente. Nuestra conversación siempre acababa orientándose hacia este tema. Y llegué a ser la segunda autoridad en la materia en Inglaterra. Pero al final, con Noel Coward a mi izquierda y sir Arthur a mi derecha, estimé que ya no era capaz de cenar con Sibyl. Me excusé. Y cuanto más me excusaba, más insistía. Entonces me propuso venir a mi casa. Y vino. Una vez más salió a relucir mi esnobismo. Compré tartas heladas, puse en orden la estancia, tiré los huesos de Pinker, tapé los agujeros de las sillas. Pronto descubrí que el esnobismo de Sibyl solo requería una tostada medio quemada; una habitación lo más desordenada posible; y si yo llevaba los dedos cubiertos de manchas de tinta, tanto mejor. Sobre esta base se forjó una amistad íntima. Sibyl exclamaba: «¡Oh, cuánto me gustaría ser escritora!». Y yo le contestaba: «¡Oh, Sibyl, si pudiera ser una gran dama de sociedad, como tú!». Sus anécdotas centradas en la alta sociedad me divertían mucho; y le pinté un colorido, aunque un poco fantástico, cuadro de mis luchas con la prosa inglesa. Cuando llegamos a ser más —¿puedo decir íntimas?, ¿pueden ser íntimos los esnobs?—, se sentaba en el suelo, se subía las faldas y se ajustaba las bragas —solo lleva una pieza de ropa interior, puedo aseguraros; es de seda— y me contaba sus agravios. Se quejaba —casi con lágrimas en los ojos— de que Osbert Sitwell se había reído de ella, de que la gente la llamaba escaladora social, coleccionista de celebridades. Y qué vil mentira era eso... ella solo quería que Argyll House fuera un lugar en el que personas interesantes pudieran conocer a personas interesantes. Y, sin embargo, se reían de ella... la insultaban. Una vez, a mitad de esas confidencias —que me halagaban en gran manera— sonó el teléfono, y el mayordomo de lady Cunard me invitó a cenar con su señoría, a quien yo no conocía. Sibyl, cuando le hube explicado la situación, se enfureció. Exclamó: «¡En mi vida había visto semejante insolencia!». Se le retorcieron las facciones en una expresión que me recordó la cara de una tigresa cuando alguien le quita un hueso de entre las zarpas. Insultó a lady Cunard. Por mucho que la insultara, jamás la insultaría cuanto merecía. Era una vulgar coleccionista de celebridades, una esnob. Y luego fue lady Cholmondeley. Me invitó a visitarla. Y pregunté: «¿Quién es lady Cholmondeley?». Jamás olvidaré la esmerada y vengativa manera en que Sibyl hizo trizas la personalidad de esa señora. Recuerdo que dijo que no podía comprender que alguien tuviera la insolencia de invitar a otra persona a cenar sin conocerla. Me aconsejó enérgicamente que no tuviera nada que ver con lady Cunard ni con lady Cholmondeley. Sin embargo, Sibyl había hecho exactamente lo mismo. ¿En qué se diferenciaban?

En resumen, nuestra intimidad me resultaba muy interesante en sí misma. Y se desarrolló. Pronto me propuso un proyecto que nunca he tenido el valor de contar en público. Consistía en celebrar reuniones quincenales —ya en Tavistock Square, ya en Argyll House—, a las que

nosotros invitaríamos a cuatro amigos nuestros y ella a cuatro amigos suyos; Bloomsbury y la alta sociedad se mezclarían; me parece que Sibyl insinuó delicadamente que ella correría con los gastos. Pero hasta yo, en mi momento de mayor embriaguez, me di cuenta de que aquello no podía ser. En cierta ocasión nosotros le llevamos a Lytton;<sup>10</sup> la reunión fue un mortal fracaso. Lytton se portó muy bien y con gran paciencia pero, al irse, me dijo: «Por favor, no vuelvas a pedirme que trate a la Colefax».

Llegamos a una especie de franqueza. Una y otra vez me dio esquinazo sin la menor vergüenza; y en cada una de estas ocasiones descubrí que sus excusas solo significaban que había contraído un compromiso más interesante que el mío. Por ejemplo, he aquí una de esas excusas —se había invitado ella misma a mi casa para un día determinado: a mí no me convenía, pero, a pesar de ello, mantuve el día libre.

Queridísima Virginia:

He tenido una semana de lo más desagradable, atendiendo mis asuntos a las diez, en vez de hacerlo a las nueve, y volviendo a acostarme a las seis. Pensaba que así me encontraría bien el martes, pero una señora de trato un tanto difícil me llamó para ver cortinas de dormitorio en Piccadilly a las cinco y media, y el encuentro se prolongó hasta las seis y cuarto, con lo que me envió directamente a la cama. Ahora que estoy bien, resulta que estás ocupada. ¿Puedo ir el día 18, o puedes venir tu aquí el 16 a las seis? Si no puede ser el 18, el 23, si aceptas.

Siempre tuya,

SIBYL

Al día siguiente encontré a alguien que había estado en un cóctel en casa de madame d'Erlanger, donde había encontrado a Sibyl. «¿Se habló de cortinas de dormitorio?», pregunté. Resultó que no.<sup>11</sup>

La acusé de esto, pero ella se mantuvo casi perfectamente impertérrita. Sin embargo, en cierta ocasión en que le hice la misma jugada —cancelar una cita, aunque dándole tres semanas de preaviso—, recibí una serie de cartas con violentos insultos, con sincera rabia, ya que me atribuía los más viles motivos —que me había dejado seducir por otro compromiso, que había estado cenando, tenía la seguridad, con lady Cunard o con lady Cholmondeley—, que alcanzaban una cima de elocuencia realmente impresionante. La luz que todo esto arrojó sobre su psicología, sobre mi psicología —sobre la psicología en general del esnob—, fue muy interesante. ¿Por qué seguimos viéndonos? No lo sé. ¿Cuál era, verdaderamente, la naturaleza de nuestra relación? Sobre eso se haría la luz de una manera sorprendente.

Una mañana del pasado febrero sonó el teléfono poco después del desayuno, y Leonard lo cogió. Vi que la expresión de su cara cambiaba mientras escuchaba.

Leonard exclamó: «¡Dios santo! ¡Es increíble!». Se volvió hacia mí y dijo: «Arthur Colefax ha muerto».<sup>12</sup>

Harold Nicolson estaba al teléfono; había llamado para decirnos que Arthur Colefax había

muerto repentinamente la tarde anterior; solo había estado enfermo un día; Sibyl, dijo, estaba deshecha. ¡Sir Arthur había muerto! Para mí fue un golpe en plena cara. Un golpe de verdadera sorpresa y compasión. Y no era por sir Arthur. Sentía por él lo que se siente por un viejo mueble que siempre ha estado en medio de la sala de estar. El mueble había desaparecido —era sorprendente— era triste. Pero nunca había tenido amistad íntima con el mueble. Por Sibyl sentía algo distinto; con ella había tenido, tenía, una amistad íntima. Y por ella sentí, como digo, un golpe de auténtica y pura compasión. Pero tan pronto experimenté este sentimiento se partió en varios fragmentos. Sentía mucha pena, pero también gran curiosidad. ¿Qué sentía, qué sentía verdaderamente Sibyl por Arthur?

Cuando un sentimiento está tan mezclado resulta difícil expresarlo en palabras. La prueba de ello es que, cuando llegó el momento de escribir a Sibyl una carta de condolencias, quedé desconcertada. No podía encontrar las palabras adecuadas. La escribí una y otra vez; finalmente rasgué todo lo que había escrito. Nos íbamos a Monks House a pasar el fin de semana; cogí tres flores; las até y les puse una tarjeta en la que escribí: «Para Sibyl con amor, de Leonard y Virginia». Cuando pasamos ante Argyll House, Leonard llamó a la puerta de aquella mansión ahora enlutada y entregó las flores a la llorosa Fielding. Ella, al menos, parecía sinceramente apesadumbrada. Esa fue mi solución al problema.

Y parece que fue una solución asombrosamente acertada. Pocos días después recibía una carta de cuatro páginas,<sup>13</sup> una carta desconsolada, una carta acerca de Arthur y la felicidad de los dos, acerca de los viejos tiempos en que habían tomado el sol en las islas de Grecia, de la perfección de su matrimonio y de la actual soledad de Sibyl. Parecía sincera, parecía como si estuviera diciendo la verdad, y me sentí un poco halagada de que Sibyl se dirigiera a mí de una manera tan abierta, tan íntima, incluso tan afectuosa.<sup>14</sup>

Sin embargo, no me sentí tan halagada al enterarme, más tarde, de que Sibyl había escrito cartas muy parecidas a la que me había mandado a mí, a gente a la que apenas conocía. Cuando oí que había cenado fuera de casa todas las noches desde la muerte de sir Arthur, y cuando leí en los periódicos que lady Colefax había asistido a una gran fiesta o a un estreno, quedé desconcertada. ¿Sentía menos de lo que daba a entender? ¿O es que estaba siendo muy valiente? ¿Había quedado tan curtida por el trato social que lo único que no podía soportar era la soledad? Era un problema muy interesante en la psicología del esnobismo.

Me escribió varias veces. Me dijo que iba a dejar Argyll House. Me invitó a ir y ver por última vez el jardín florido en el mes de mayo; no fui; luego me invitó a ver los tulipanes en flor, por última vez. Estábamos fuera, y no fui. Cuando regresamos, en octubre, me escribió y me dijo que si no iba el martes 27 de octubre, nunca volvería a ver Argyll House. El día 30 se iba de la casa para siempre. Decía que quería verme a solas. Eso me halagó. Dije que iría; en la mañana del martes, Fielding me llamó por teléfono para recordarme la cita; y para decirme que su señoría quería que estuviera allí a las cuatro y cuarenta y cinco en punto.

Era una tarde húmeda y ventosa; las hojas muertas corrían por el suelo, en King's Road; y yo tenía una sensación de caos y desolación. A las cuatro y cuarenta y cinco en punto tocaba el timbre de Argyll House por última vez. Se abrió la puerta, pero no fue Fielding quien la abrió, sino un hombre de sórdido aspecto, con un traje castaño y aspecto de alguacil. Estaba de mal humor.

Meneando negativamente la cabeza, me dijo: «Llega tarde», y mantuvo la puerta entornada como si quisiera impedirme el paso.

«Pero lady Colefax me dijo que viniera a las cinco menos cuarto», dije.

Eso le hizo vacilar.

«No sé de qué se trata», dijo, «pero, en fin, pase.»

Pero no me llevó a la sala de estar, sino a la despensa. Era extraño encontrarse en la despensa de Argyll House, aquella despensa de la que tan suculentos platos habían salido. En la despensa había gran número de mesas de cocina, y sobre ellas se alineaban servicios de mesa, montones de cuchillos y tenedores, pilas de vasos y copas de vino, y todo llevaba una etiqueta. Entonces comprendí que la casa entera había sido puesta en venta; el hosco individuo era el agente del subastador. Estaba allí, mirando a mi alrededor, cuando Fielding salió presurosa de la cocina, ataviada todavía con vestido gris y delantal de muselina, pero tan apabullada y desesperada que me parecía que fuera vestida de saco y cenizas. Agitó las manos en ademán de impotencia.

Gimiendo, dijo: «No sé dónde está lady Colefax. No sé adónde hacerla pasar. Esa gente está aún aquí. Debían haberse ido a las cuatro, pero aún están aquí, por todas partes...».

«Lo siento, Fielding», dije, «es muy triste...»

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, en los ojos; gimiendo y agitando las manos me llevó, con aire tembloroso y dubitativo, primero a un fregadero y, después, al comedor. Me senté en una de las sillas pardas de aquella rica estancia de fiestas. La última vez que me había sentado allí había tenido a sir Arthur a mi derecha; y a Noel Coward a mi izquierda. Ahora las sillas llevaban una etiqueta pegada; había etiquetas en los candelabros de cristal sobre la repisa del hogar, en la lámpara de araña, en las palmatorias. Un hombre con abrigo negro paseaba por la estancia, cogiendo ahora un candelabro, ahora una caja de cigarrillos, como si calculara su valor. Entonces entraron furtivamente dos elegantes señoras. Una de ellas me ofreció la mano.

En tono bajo, como si estuviéramos en un entierro, me dijo: «¿Ha venido a ver los muebles?». La reconocí; era Ava Bodley, la esposa de Ralph Wigram.<sup>15</sup>

«No. He venido a ver a Sibyl», repuse.

Creo que percibí en su cara una sombra de envidia; yo era una amiga; ella era, meramente, una curiosa. Se alejó y se puso a examinar los muebles. Entonces, mientras estaba sentada allí, esforzándome en centrar la mente en sir Arthur y en la amabilidad con que siempre me había tratado, la puerta se entreabrió, Sibyl asomó la cabeza y, en silencio, me hizo señas de que me acercara a ella, como si no osara entrar en su propio comedor. La seguí, me llevó a la sala de estar y cerró la puerta.

Con cierta ansiedad me preguntó: «¿Quién era?».

«La señora Wigram», contesté. Y Sibyl se estrujó las manos.

«Espero que no me haya visto. Debían haberse ido a las cuatro. Pero todavía están por todas partes», murmuró.

Sin embargo, en la sala de estar no había nadie, a pesar de que las mesas y las sillas tenían etiquetas. Nos sentamos en el sofá, la una al lado de la otra. Solía comparar a Sibyl con un puñado de cerezas en un sombrero negro de paja dura. Pero ahora las cerezas estaban pálidas. El tinte se había corrido. Y la negra ala estaba reblandecida por el agua. Sibyl tenía aspecto avejentado y enfermizo, a uno y otro lado de la boca presentaba arrugas de agotamiento que parecían trazadas a cincel. Me sentí tremendamente apenada por ella. Éramos como dos supervivientes agarradas a una misma tabla. Era el fin de todas sus fiestas; estábamos sentadas sobre las ruinas de aquella magnífica estructura, en cuya cumbre había lucido, hacía muy poco la corona real. Puse mi mano desnuda sobre su mano desnuda y sentí: «Esto es auténtico. Sin posible error».

Entonces, Fielding trajo el té, la clase de té que dos personas toman cuando se disponen a emprender un viaje, unas delgadas rebanadas de pan con mantequilla y tres austeros bizcochos. Sibyl pidió disculpas por el té. «¡Qué té tan horrible!» Luego empezó a hablar con evidente aturdimiento; me habló de su operación quirúrgica; los médicos le habían dicho que debía descansar durante seis meses. «¿Es que soy Greta Garbo?», dijo. Luego me contó que había comprado una casa en North Street, que iba a pasar una temporada en casa de los Clark... Se interrumpía constantemente, diciendo: «Oh, no, no hablemos de esto». Parecía que quisiera decir algo, pero no podía. A fin de cuentas, ella era quien me había pedido que fuera a verla, a solas.

«Lo siento mucho, Sibyl», dije por fin.

Entonces las lágrimas acudieron a sus ojos. Comenzó a decir: «Ha sido horroroso, no puedes imaginar lo que es...». Se interrumpió. Las lágrimas no caían de sus ojos. Dijo: «¿Sabes? No soy persona que sepa expresar lo que siente; no sé hablar; con nadie he hablado. Si hablara, no podría seguir adelante. Y he de seguir adelante...». Una vez más empezó a decirme que había comprado una casa en North Street, y que la había comprado a un loco. La casa estaba muy sucia... Entonces se abrió la puerta y Fielding hizo una seña.

«La señora Wigram quiere hablar con usted, milady», dijo. Sibyl lanzó un suspiro, pero se levantó y fue.

En términos generales, diré que la admiré mucho. Y, mientras estaba allí sentada, pensé que Sibyl era muy valiente. ¿No iba a dar una cena, aquella misma noche, allí, entre las ruinas, entre las sillas y mesas que estaban en venta? Pero he aquí que ya regresaba.

«¡Cómo odio a esa mujer!», exclamó.

Y me explicó, mientras empezaba a comer su pan con mantequilla, que la señora Wigram no era más que una escaladora social, la clase de mujer que no hacía más que empujar y repartir codazos y que acababa de jugarle una mala partida. Tan pronto se enteró de que Sibyl quería la casa de

North Street, lo dijo a los Lytton, que habían pujado en competencia con ella. Pero, a pesar de todo, Sibyl se había quedado con la casa; y a un precio muy módico, por cierto; por setecientas libras menos de lo que esperaba... «¡Pero oh, oh...! No hablemos de esto.» Y una vez más intenté trabar una conversación íntima. Le dije algún tópico, algo torpe acerca de dejar casas —de lo mucho que afecta y cosas así. Entonces volvieron a aparecer lágrimas en sus ojos. Mirando a su alrededor, dijo: «Sí. Siempre he sentido pasión por esta casa. He sentido hacia ella lo que un enamorado...».

Se volvió a abrir la puerta.

«Lady Mary Cholmondeley al teléfono, milady», dijo Fielding.

Irritada, Sibyl dijo: «Dígale que estoy ocupada». Fielding se fue.

Sibyl preguntó: «¿A quién se habrá referido? No conozco a ninguna lady Mary Cholmondeley... Será... ¡Oh, Dios...!» Lanzó un suspiro y se levantó. «Voy a ver de qué se trata. Fielding es la cruz de mi vida. Primero llora y luego ríe; se niega a llevar gafas a pesar de que está ciega como un murciélago. Voy a ver de qué se trata.»

Volvió a dejarme. Pensé: otra ilusión que desaparece. Siempre había creído que Fielding era un tesoro —una vieja doméstica a la que Sibyl quería. Pero no; primero, lloraba; luego, reía; y estaba ciega como un murciélago. Eso era otro vislumbre de la despensa de Argyll House.

Mientras esperaba pensé en las muchas veces que había estado sentada en aquel sofá —con sir Arthur, con Arnold Bennett, con George Moore, con el viejo señor Birrell, con Max Beerbohm. Fue en esta sala donde Olga Lynn, furiosa, arrojó al suelo la partitura porque la gente estaba hablando; y en ella vi a Sibyl cruzándola, como deslizándose, llevando a su lado a lord Balfour, irradiando benevolencia y distinción, camino de la enojada cantante, para que la calmara... Pero Sibyl regresó, y una vez más cogió el pan con mantequilla.

«¿De qué hablábamos», dijo, «antes de que Fielding nos interrumpiera? ¿Y qué voy a hacer con Fielding?», añadió. «No puedo despedirla. Lleva qué sé yo los años con nosotros. Pero es tan horrible...» Se volvió a interrumpir: «En fin, no hablemos de eso».

Una vez más me esforcé en dar intimidación a la conversación. «Estaba pensando en todas las personas que he conocido aquí. Arnold Bennett. George Moore. Max Beerbohm...»

Sonrió. Vi que mis palabras le habían agradado. «Esto es lo que me gusta que digas. Eso es lo que quería, que la gente que me gusta conociera a la gente que me gusta. Esto es lo que intentaba conseguir...» Animándome, observé: «Y eso es lo que has hecho». Sentía agradecimiento hacia Sibyl, pues, a pesar de que nunca me gustó mucho conocer a otros escritores, Sibyl tenía la casa abierta, había trabajado arduamente y había alcanzado grandes logros a su manera. Intenté decírselo.

«En esta habitación me he divertido mucho. ¿Recuerdas aquella velada en que Olga Lynn tiró al suelo la partitura? Y aquella vez en que conocí a Arnold Bennett... Y a Henry James...» Me callé. A Henry James jamás le vi en Argyll House. Esto correspondía a una época anterior a la mía.

Con toda inocencia, le pregunté: «¿Le conociste?».

Sibyl exclamó: «¡Que si conocía a Henry James...!» Se le iluminó la cara. Fue como si le hubiera tocado un nervio. El que no debía tocar, me pareció. Volvió a ser la Sibyl de otros tiempos, la anfitriona.

«¡Mi querido H. J.! Recuerdo que, cuando Wolcott Balestier murió en Viena —ya sabes, era cuñado de Rudyard Kipling...»<sup>16</sup> La puerta volvió a abrirse; una vez más, Fielding —que estaba ciega como un murciélago y que era la maldición de la vida de Sibyl— asomó la cabeza.

«El automóvil está en la puerta, milady.»

Sibyl se volvió hacia mí. «Tengo una entrevista muy pesada en Mount Street. Debo irme. Pero te acompañaré.»

Se levantó y pasamos al vestíbulo. La puerta estaba abierta. El Rolls-Royce esperaba ante la verja. Este es mi adiós, me dije, deteniéndome un instante, y miré, tal como se mira por última vez, las jarras italianas, los espejos, todo con etiquetas, que había allí, en el vestíbulo. Quería decir algo para indicar que me dolía salir de Argyll House por última vez. Pero Sibyl parecía haberse olvidado de todo. Daba la impresión de encontrarse animada. El color había vuelto a las cerezas; el sombrero de paja volvía a ser duro. Sibyl volvió a hablar. «Te estaba diciendo que, cuando Wolcott Balestier murió en Viena, Henry James vino a verme y me dijo: “Querida Sibyl, esas dos pobres mujeres están solas con el cadáver de un hombre joven, en Viena, y estimo que tengo el deber...”». Pero ahora ya caminábamos por el sendero formado con losas, hacia el automóvil.

Sibyl dijo al chófer: «Mount Street», y subió. Volvió a hablar: «H. J. me dijo: “Estimo que es mi deber ir a Viena para ver si puedo ayudar en algo a estas dos apenadas señoras...”». El automóvil se puso en marcha mientras Sibyl, sentada a mi lado, intentaba impresionarme con el hecho de haber conocido a Henry James.

## Epílogo

Este conjunto de escritos autobiográficos revela, a pesar de su diversidad, la singular unidad en el pensamiento, la sensibilidad y el arte de Virginia Woolf. Las creencias y los valores que son la base subyacente en su obra se revelan en estas páginas como una extensión de la sensibilidad que determinó las reacciones de Virginia Woolf ante el mundo exterior, desde un principio, con una calidad distintiva. La necesidad de expresar esta visión quizá fue el principal impulso de aquellos experimentos con las estructuras, las técnicas y el estilo que sitúan las novelas de Virginia Woolf entre las contribuciones más altamente innovadoras y personales a la historia del género novelístico. Estas memorias también revelan la insólita intensidad con que Virginia Woolf entretejió los hechos de su vivir —personas, anécdotas, emociones— en la trama de su invención, dando con ello testimonio del firme pulso artístico con que manejaba sus materiales, al crear obras que tenían la coherencia y el imperativo lógico interno que distinguen los más altos logros artísticos.

El primer texto seleccionado, «Recuerdos», cuya redacción empezó en 1907, ocho años antes de la publicación de su primera novela, *Fin de viaje*, corresponde al período de aprendizaje. En aquel tiempo, se imponía con regularidad ejercicios literarios que, a menudo, adoptaban la forma de breves ensayos descriptivos para mostrárselos solamente a un reducido grupo de íntimos, lo cual hacía, cabe sospechar, tanto para apreciar sus reacciones y juicios como para divertirlos. «Recuerdos» fue escrito a modo de «biografía» o «vida» de su hermana Vanessa, aun cuando, en realidad, es el recuerdo de la infancia y la adolescencia que con ella compartió. El segundo texto de la compilación, «Apunte del pasado», fue escrito al final de su carrera, con la evidente finalidad de distraerse de unas obligaciones literarias especialmente agobiantes, y de las cada vez más densas tinieblas de la Segunda Guerra Mundial. Estos dos textos aparecen en el presente volumen uno a continuación de otro, debido a que hacen referencia al mismo período de la vida de Virginia Woolf, es decir, a su primera juventud, antes de que se trasladara a Bloomsbury.

Los tres textos siguientes fueron leídos, entre 1920 y 1936, en el Memoir Club, formado por un grupo de íntimos y antiguos amigos que se reunían de vez en cuando para leer recuerdos en los que se comprometían a una total sinceridad. El carácter íntimo de este club se advierte con toda claridad en el tono que domina los tres textos y contrasta marcadamente con el de los otros textos seleccionados, pese a que son, todos ellos, diferentes entre sí. El orden en que fueron escritos coincide con la cronología de los hechos relatados; el primero de los tres empalma con el final del que le precede, «Apunte del pasado». Los dos primeros de estos tres textos, «Hyde Park Gate,

22» y «Old Bloomsbury», fueron escritos al principio de los años veinte, cuando Virginia Woolf se encontraba en el umbral de la madurez artística y a punto de crear sus nuevas fórmulas y técnicas narrativas, tan admirablemente adaptadas a la expresión de su tan personal visión. El último texto seleccionado para el presente volumen, «¿Soy una esnob?», fue escrito al final de los años treinta, y se centra principalmente, si es que puede identificarse un estado mental con un período histórico, en los acontecimientos de esa década.

La diversidad de propósitos que caracteriza estas memorias —escritas para diferentes públicos y ocasiones y abarcando una carrera que se prolongó durante casi cuatro décadas— bien hubiera podido resultar en una falta de coherencia, en un arbitrario cúmulo de fragmentos de una vida. Sin embargo, los fragmentos forman unos con otros un orden con significado global, y de ellos surge un esquema que expresa la visión que Virginia Woolf tenía del yo en general, y de su yo en particular, de una manera que no hubiera podido expresar en una autobiografía al modo habitual.

Este yo era como un fuego fatuo siempre al frente, allá en el horizonte, tembloroso e inmaterial, pero inextinguible. Creía que la identidad individual permanecía en un constante fluir, cambiando su forma en todo momento, en respuesta a las fuerzas del entorno, fuerzas que, invisibles, hacían surgir el yo a la superficie, y otras que, en silencio, lo sumergían bajo la superficie, y el pasado, en el que se basa la identidad del momento presente, nunca es estático, nunca fijo como una mosca atrapada en ámbar, sino que está sujeto a la alteración de la conciencia que lo evoca. Tal como dice la propia Virginia Woolf en «Apunte del pasado», cuando cree haber descubierto una posible forma para las memorias: «Esto es, hacer que incluyan el presente, al menos que lo incluyan de manera suficiente para que sirva de plataforma en la que situarse. Sería interesante contrastar a las dos personas, yo ahora y yo entonces. Además, en ese pasado hay mucha influencia del momento presente. Lo que hoy escribo no lo escribiría dentro de un año».<sup>1</sup>

Así vemos que en «Apunte del pasado» esta creencia en la incesante transformación de la personalidad queda formalmente expresada en la yuxtaposición del yo presente y el yo pasado. El yo presente de Virginia Woolf queda expresado en los fragmentos de su vida cotidiana que anteceden a cada recuerdo y en la conciencia reflexiva y madura que constantemente busca en el pasado para hallar en él un significado que no pudo ser evidente para el yo que vivió la experiencia. El conjunto de textos, globalmente considerado, al estar compuesto por escritos en etapas de su vida tan distanciadas entre sí, y tan diferentes en su desarrollo como escritora, realza este punto de vista al filtrar el pasado a través de una sucesión de yoes presentes. Incluso el último texto seleccionado, «¿Soy una esnob?», que trata mucho más que los otros escritos de acontecimientos presentes, nos devuelve a Hyde Park Gate, aunque solo sea por una entrada lateral. En resumen, la recopilación pone de relieve la activa interpenetración del pasado y el presente, que da lugar constantemente a nuevas formas de esa huidiza identidad que es «el tema de estos recuerdos».

Por ejemplo, en el primer texto seleccionado, Julia Stephen, la madre de Virginia, es una figura

enigmática, reverenciada, que quizá inspira cierto malestar y lejana, sin la menor duda, que a pesar de haber muerto unos doce años atrás, sigue siendo para la hija una presencia poderosa y casi obsesiva, pero, a fin de cuentas, poco verosímil. Cuando Virginia Woolf vuelve a escribir acerca de Julia, en «Apunte del pasado», mucho después de haber experimentado la catarsis de escribir *Al faro*, lo hace con gran sensibilidad y comprensión, adquiridas sin la menor duda, al menos en parte, al abandonar el subterfugio de la reverencia y enfrentarse con honestidad a sus sentimientos hacia su madre, en toda su ambivalencia y complejidad. Como resultado, tanto Julia Stephen como Virginia Woolf quedan expresadas de forma mucho más plena. Las identidades superficiales y levemente inverosímiles creadas en el primer texto de recuerdos muestran ahora unos matices y profundidades que en el primer esbozo quedaban solamente insinuados. Parecido incremento en la honestidad y la percepción se advierte en los dos retratos de Leslie Stephen. En el primer apunte, el duro y ahogado resentimiento de Virginia Woolf hacia su padre, después de la muerte de Stella, es la causa, al menos en parte, de la deformada e incompleta visión que da de él y de la relación entre ambos. No es fácil advertir la intensidad de los sentimientos de Virginia Woolf hacia su padre. Tal es la habilidad con que los oculta. Esta intensidad solo sale a la superficie en los recuerdos posteriores escritos después de leer a Freud, que la han llevado a una mayor aceptación y comprensión de sus sentimientos hacia su padre. En ellos añade matices al sobrio apunte anterior, creando alrededor de Leslie Stephen un complejo espacio psicológico, en el que adquiere una existencia convincente. Al reconocer abiertamente la vehemencia de su ira hacia su padre, conquista la libertad de reconocer la profundidad de su amor y afecto por él.

Si la vida es «un cuenco que se llena, llena y llena», cada nueva experiencia que se añade a las ya existentes los desplaza levemente, y altera su anterior significado al obligarlas a formar nuevas combinaciones entre sí. El momento presente queda enriquecido por el pasado, pero el pasado queda también enriquecido por el presente. Esta visión del yo que resalta al mismo tiempo el cambio y la continuidad de la identidad individual es de importancia capital en la literatura de Virginia Woolf; está detrás de las actitudes que adopta ante los personajes que crea —la señora Dalloway, por ejemplo, el señor y la señora Ramsay, los seis personajes de *Las olas*, la señora Swithin—, dotándolos de la complejidad y naturaleza fluctuante de los seres del mundo real. Los personajes de Virginia Woolf están caracterizados por la infinita capacidad de variación que la autora tanto admiraba en madame de Sévigné: «Y, de pronto, dice algo que nos conmueve. Incorporamos lo que nos ha conmovido a su personalidad y la personalidad crece y cambia, y parece igual que una persona viva, inagotable».<sup>2</sup> Son muchos los personajes de Virginia Woolf que tienen esa clase de amplitud, que dan esa sensación de misterio, de ser inexplicables; rara vez sus personajes están delimitados por líneas precisas.

Este convencimiento de que la superficie exterior del yo, de la personalidad de cada cual, es un mecanismo muy afinado, sensible como un sismógrafo a la más leve vibración del entorno social, y en consecuencia mudable como el fluir y la multiplicidad de la experiencia a que está sometido,

dio lugar a que, en sus novelas, tuvieran especial importancia los momentos en que se crean identidades, en virtud de situaciones y relaciones, a través de las camaleónicas transformaciones de la personalidad sensible. Bernard, en *Las olas*, consciente de su constante ponerse y quitarse diferentes caparazones, concluye: «Solo el árbol resistía nuestro eterno fluir. Porque yo cambiaba y cambiaba, era Hamlet, era Shelley, era aquel personaje, cuyo nombre ahora he olvidado, de una novela de Dostoievski y, aunque parezca increíble, fui, durante todo un curso, Napoleón, pero fui principalmente Byron. Durante muchas semanas, mi papel me exigía entrar impetuosamente en estancias y arrojar abrigo y guantes en el respaldo de un sillón, frunciendo levemente las cejas».<sup>3</sup> Bernard quiere cristalizar su identidad, poner el dedo en ella, y detener el fluir: «Pero ahora, sentado ante este fuego gris, con los desnudos promontorios de carbón negro, me voy a formular la pregunta decisiva. De entre todos estos, ¿quién soy yo? Depende mucho de la estancia en que me encuentro. Cuando me digo “Bernard, ¿quién viene?”».<sup>4</sup> Susan se hace eco del pensamiento de Bernard cuando medita: «Porque no se me puede coger. Estoy en constante reconstrucción. Distintas personas me inducen a decir distintas palabras».<sup>5</sup>

Y, de la misma manera, los públicos a los que estas memorias iban dedicadas pusieron de relieve diferentes facetas de la personalidad de Virginia Woolf, con lo que los textos demostraron el aspecto de su creencia en la identidad continuamente cambiante, proyectada en su propia personalidad. En «Apunte del pasado», lo expresa así: «Esta influencia —con esto quiero decir la conciencia de que otros grupos influyen en nosotros, la opinión pública, lo que el prójimo dice y piensa, todos esos imanes que nos atraen para que seamos de esa manera, o que nos repelen para que seamos de la otra— nunca ha sido analizada ni siquiera en una de esas vidas con cuya lectura disfruto tanto, o lo ha sido de modo muy superficial. Sin embargo, gracias a esas invisibles presencias “el tema de estas memorias” deriva hacia aquí o hacia allá, día tras día de su vida; son esas influencias las que determinan su posición (...) y si no podemos analizar esas invisibles presencias, muy poco sabremos del tema de las memorias, y, en ese caso, qué trivial se vuelve la escritura de vidas. Me veo como un pez en una corriente, desviado, detenido en un sitio, pero no puedo explicar las corrientes».<sup>6</sup>

Estas memorias revelan, mediante la variedad de los matices y los tonos, cómo «otros grupos influyen» en Virginia Woolf, cómo «lo que el prójimo dice y piensa» altera sutilmente la forma del yo que se presenta al mundo. En el primer texto, «Recuerdos», se da una tímida adopción de un «modo» literario, plenamente previsible en un escritor que está aprendiendo a medir la envergadura de sus alas, pero que no por ello deja de ser triste, especialmente en aquellos momentos en que los forzosos vuelos en la imaginación poética dejan el sentimiento lejos, en tierra, o en que las vacilantes incursiones en el campo de la originalidad quedan abortadas por las presurosas retiradas al terreno seguro de las fórmulas convencionales. Esa timidez, con su correspondiente matiz de inseguridad, refleja, sin duda, cierta desconfianza en su público. Virginia Woolf se propuso que la «vida» de Vanessa fuera leída por su reciente cuñado, con el cual aún no

tenía un trato familiar y de total libertad, y por su hermana, la propia Vanessa, con quien sabía tenía que establecer nuevas relaciones sobre una base totalmente nueva. En realidad, durante esa época, Clive Bell era un ser tan omnipresente que Virginia creía que jamás volvería a ver a Vanessa a solas.<sup>7</sup> Esta situación quizá explique los desconcertantes cambios de tono que a veces se dan, desde el tono de afectuosa intimidad al de los modales medidos y formalistas que, más tarde, la autora relacionó con «el comportamiento victoriano a la hora del té».

«Apunte del pasado» representa un marcado contraste con su manera fácil y sin afectación, reveladora de un ego tan inconsciente de sí mismo que casi parece impersonal. Tanta confianza tiene ahora Virginia Woolf en sí misma, tanto domina su materia que ni siquiera siente necesidad de tomarse la molestia de decidir la forma que va a adoptar antes de empezar: «De modo que, sin detenerme a escoger el camino que debo seguir, en la seguridad y cierto conocimiento de que el camino se trazará por sí solo —y de que si no es así poco importa—, empiezo: el primer recuerdo».<sup>8</sup> Este recuerdo se caracteriza por una fluida y meditativa expansión. Nos brinda una conciencia que sigue sus peculiares ramificaciones en vez de ceñirse a una ruta prevista de antemano, mientras pondera el significado de la realidad y el misterio de la identidad.

Las obras destinadas al Memoir Club nos revelan otra faceta de Virginia Woolf. El yo expansivo y reflexivo de «Apunte del pasado» se contrae y adquiere una forma más perfilada y definida, una personalidad conocida y previsible que se enfrenta a un grupo de viejos amigos que, a pesar de ser íntimos, son exigentes. Esperan total franqueza, cierta originalidad y, desde luego, piden que les diviertan. Virginia Woolf cumple plenamente estas exigencias y, además, es evidente que disfruta con el carácter informal propio de estas ocasiones. Su ingenio chispea y en no pocas ocasiones incorpora una juguetona malicia a sus arranques de sinceridad e inspecciona oscuros rincones y mira debajo de camas, haciendo trizas la pesada capa de represiones y evasiones característica de las actitudes victorianas con respecto a la sexualidad.

Los recuerdos sacan a la superficie otras fuerzas invisibles, mencionadas en «Apunte del pasado», que desvían al pez en la corriente «hacia aquí y hacia allá», es decir la sociedad que cambia «de una década a otra; bien, también de una clase social a otra». Los mundos descritos en estos recuerdos son notablemente diversos. Con gran economía de medios, Virginia Woolf describe las presiones ejercidas por los convencionalismos y creencias dominantes en la vida familiar de la clase media alta y de los últimos años victorianos de los Stephen y los Duckworth, en Hyde Park Gate. La familia se proyecta en una amplia perspectiva histórica, al mismo tiempo que se analizan las diversas fuerzas que contribuyeron a su formación: el mundo literario y librepensador de Leslie Stephen y de sus amigos, las actitudes puritanas y de conciencia social de la secta de Clapham, los pintores y los poetas de Little Holland House, la «sociedad» de los bien relacionados Duckworth. A medida que la época victoriana se convierte imperceptiblemente en la época eduardiana, los jóvenes Stephen adquieren intereses que les orientan en diferentes direcciones. Thoby va a Cambridge, Vanessa tiene su pintura y Virginia su literatura. Luego, Hyde

Park Gate queda atrás y Bloomsbury empieza a tomar forma. Virginia Woolf describe la evolución de Bloomsbury desde sus orígenes serios, en busca de la verdad, y con orientación de Cambridge, pasando por su período de fama, hasta llegar a lo que en ciertos aspectos era su propia antítesis, es decir, la vida social de damas londinenses, tales como Margot Asquith y Sibyl Colefax.

Sin embargo, las mayores revelaciones que estas memorias nos ofrecen con respecto a la vida, pensamiento y sensibilidad de Virginia Woolf y al desarrollo de su arte, no son aquellas que fortuitamente surgen de los textos sino las que surgen cuando se propone conscientemente investigar los orígenes de las creencias y las intuiciones que dieron forma y ordenaron su visión de la vida y que, cuando empezó a escribir obras de creación, fueron dando gradualmente forma y orden a la vida.

Una de esas creencias consiste en que el individuo, en su cotidiano vivir, está aislado de la «realidad», pero que en insólitos momentos recibe una recia impresión. Estas fuertes impresiones, o «momentos de vida», no son, como Virginia Woolf había imaginado de niña, simples manifestaciones casuales de cierta fuerza malévola, sino «demostración de algo real que hay detrás de las apariencias». El concepto de un momento especial en que se percibe una verdad espiritualmente trascendente, ya sea de dimensiones personales, ya de dimensiones cósmicas, en un flash de intuición es, desde luego, un lugar común en la experiencia religiosa y, en particular, propio de las tradiciones del pensamiento místico, así como un rasgo reiterado de todas las filosofías idealistas a partir de Platón. Pero en estas memorias Virginia Woolf sitúa este concepto en una perspectiva personal sin posible parangón, y nos lo presenta como surgiendo, casi inevitablemente, de su intensa y altamente personal sensibilidad.

En breves palabras, la autora expresa la fundamental convicción en que se basa el significado que encuentra en su propia vida y en la vida que crea en sus obras: «De ahí llego a lo que bien podría llamarse una filosofía, de todas maneras se trata de una idea constante en mí; la idea de que detrás del algodón se oculta un modelo, una pauta; de que nosotros —y quiero decir todos los seres humanos— estamos relacionados con ello; de que el mundo entero es una obra de arte, de que somos parte de una obra de arte. *Hamlet* o un cuarteto de Beethoven son la verdad acerca de esa vasta masa a la que llamamos mundo. Pero no hay Shakespeare, no hay Beethoven; con toda certeza y rotundamente, no hay Dios; nosotros somos las palabras; nosotros somos la música; nosotros somos la cosa en sí misma».<sup>9</sup>

Aquí, tan resumidamente expresada, se encuentra la explicación de las razones por las que la búsqueda de la «señora Brown» —encarnación de la idea que Virginia Woolf tenía del personaje novelístico— no puede ser independiente de la búsqueda de la realidad, de las razones por las que el sujeto de las memorias no puede quedar separado de «la corriente». Los interrogantes que reiteradamente plantean los personajes de las novelas de Virginia Woolf —¿qué es la vida?, ¿qué es el amor?, ¿qué es la realidad?, ¿quién eres tú?, ¿quién soy yo?— conducen a este fin único, al todo espiritual que abarca la vida toda, a la visión de la realidad como unidad intemporal que se

encuentra, subyacente, bajo las apariencias de cambio, de separación, de desorden, que conforman la vida cotidiana. Uno de los personajes de *Las olas* observa: «Es Parsifal... quien nos hace caer en la cuenta de que estos intentos de decir “yo soy esto, yo soy aquello”, que todos hacemos ahora al reunimos, al acudir aquí como partes separadas de un solo cuerpo y una sola alma, son falsos. Algo callamos por miedo. Algo alteramos por vanidad. Nos hemos esforzado en acentuar las diferencias. Este deseo de ser individuos separados nos ha inducido a resaltar nuestros defectos y lo que es particular en nosotros. Pero hay una cadena que gira y gira a nuestro alrededor, con un círculo azul-acero debajo».<sup>10</sup>

La importancia dada al cambio y a la continuidad de la identidad personal antes señalada solo es de aplicar al yo que habita en el mundo limitado de la existencia física y social. Durante los momentos de vida, este yo es trascendido, y la conciencia individual deviene una parte indiferenciada de un todo más grande. De la misma manera que los límites exteriores de la personalidad son borrosos e inestables, debido a la capacidad de respuesta del yo ante las fuerzas del momento presente, los límites del yo interior son asimismo vagos y en ciertos momentos inexistentes. Para Virginia Woolf, cuando el yo se funde con la realidad, todos los límites referentes al mundo físico dejan de existir. La señora Dalloway, tan definida y decidida en la superficie, se convierte en una conciencia que trasciende todos los límites temporales y físicos, fundiéndose, a través de su imaginación, a través de su intuitiva identificación con Septimus Warren Smith, con la conciencia impersonal y universal que se encuentra detrás de todos aquellos personajes de la novela que no están irrevocablemente separados de la realidad. En *Al faro* hay un retrato de la señora Ramsay, después de que los niños ya se han acostado y en la casa se hace el silencio, en el que la señora Ramsay se hunde, lenta pero profundamente, en uno de esos momentos de vida caracterizados por intuiciones de profunda comprensión y de comunión, que en comparación con ellos el sentido de lo que nosotros somos con respecto a los demás parece trivial, transitorio e ilusorio. «Todo el ser y el hacer, expansivos, brillantes, ruidosos, se evaporaban y uno se reducía, con un sentimiento de solemnidad, a ser uno mismo, un núcleo de sombra en forma de cuña, algo invisible a los demás... y este ser, que habiendo soltado las amarras, era libre para las más extraordinarias aventuras. Cuando la vida descende, así, un instante, parece que el campo de la experiencia se ensancha hasta el infinito.»<sup>11</sup>

Expresar estos dos niveles de ser —la superficie y las profundidades insondables— fue la tarea que Virginia Woolf asumió, tanto en su calidad de memorialista como en la de novelista. Tal como escribió una vez sobre De Quincey: «Para narrar la historia entera de una vida, el autobiógrafo tiene que encontrar algunos medios que le permitan dejar constancia de los dos niveles de existencia, el rápido paso de los hechos y los actos, la lenta aparición de únicos y solemnes momentos de concentrada emoción».<sup>12</sup> En «Apunte del pasado», los dos niveles están entretejidos. Los momentos de vida, a veces preñados de revelaciones de pasmosa intensidad, están incorporados a escenas de días y ocasiones típicos en los que se describe el entorno físico,

las fuerzas sociales, los efectos y las pasiones personales y familiares que dan forma al ser exterior.

El momento de intensidad puede nacer, como en cierta ocasión ocurrió en la experiencia personal de Virginia Woolf, de algo aparentemente tan trivial como ver una flor y comprender que forma parte de un todo mayor; esta experiencia fue para ella, uno de aquellos momentos de los que dijo, en el ensayo sobre De Quincey, que «trascienden el valor de cincuenta años». Para Virginia Woolf, ese fue un momento de reconocimiento y, luego, de revelación, cuyo valor es independiente del objeto que actúa como catalizador, y como tal está muy cerca del concepto de epifanía en Joyce. Nos recuerda las palabras del joven Stephen Daedalus cuando dice solemnemente a su amigo Cranly que «el reloj de la oficina de Ballast era capaz de epifanía». Las dificultades con que debe enfrentarse el escritor que pretende expresar un valor de este orden son terribles en cierto modo especial, debido a que tal momento produce pocas consecuencias que puedan demostrarse objetivamente. Además, la experiencia del momento de vida, del momento de ser, es tan personal, la creencia en un orden trascendente es tan intuitiva, que, tal como dijo Virginia Woolf, al explicar su propia «filosofía»: «de nada servirá razonarla; es irracional».

Aun cuando Virginia Woolf jamás creyó que estos momentos de ser estuvieran reservados a una élite, creía que a algunos no se les revelaban. Tanto en sus memorias como en sus novelas, hay figuras dibujadas con contornos precisos, a diferencia de las fluidas y cambiantes líneas con las que suele retratar a sus personajes. Tales figuras están tan incrustadas en las trivialidades del vivir cotidiano, se hallan tan identificadas con objetos y valores que, en un último análisis, son irrelevantes, o bien están tan prisioneras en su egocentrismo que son incapaces de liberarse del mundo material. Así son George Duckworth, Sibyl Colefax, Margot Asquith, en las memorias; Hugh Whitbread, la señorita Kilman y Charles Tansley, en las novelas. La realidad nunca penetra el algodón de su vivir diario.

La creencia en estos momentos de vida motivó y determinó la dirección de los experimentos de Virginia Woolf con las formas de la literatura de creación que, en última instancia, condujeron a que descubriera un método —en realidad, varios métodos— para expresar los dos mundos, el mundo de ser y el mundo de no ser. Sin embargo, para alcanzar sus propósitos, tuvo que efectuar constantes y agotadores experimentos. La comparación de sus dos primeras novelas, *Fin de viaje* y *Noche y día*, con *Al faro* y *Las olas*, o bien de los primeros «Recuerdos» con el último texto, «Apunte del pasado», muestra vívidamente las dificultades que tuvo que superar para poder fundir eficazmente forma, método e idea.

En «Apunte del pasado», nos dice, casi entre paréntesis, que su instintiva manera de reaccionar ante la experiencia no puede separarse de sus métodos literarios ni de la creencia en una forma de significado que se encuentra más allá de la aparente contingencia del momento presente. «Pero, sea cual fuere la razón, he comprobado que la formación de escenas es mi manera natural de consignar el pasado. Siempre surge una escena compuesta, representativa. Esto confirma mi

instintiva noción (de nada servirá razonarlo; es irracional); la sensación de que somos vasijas selladas flotando en lo que, por comodidad, hemos dado en llamar realidad; en ciertos momentos, la materia que sella la vasija se resquebraja; entra a chorros la realidad; es decir, esas escenas...». <sup>13</sup> En «Apunte del pasado», al igual que en casi todas sus obras de creación, impuso un orden basado en esos momentos de ser, de vida, y expresado mediante esas escenas.

Muchas de sus novelas están organizadas de manera similar. Es decir, escenas, personajes, imágenes, que al principio parecen haber sido seleccionados de manera arbitraria, resultan después partes de un patrón oculto. Durante el día de la fiesta de la señora Dalloway, las escenas en la mente de los principales personajes no solo sugieren significativos patrones contruidos a lo largo de toda una vida y de los cuales solo fragmentos surgen a la superficie, sino que las tajantes diferencias entre Clarissa Dalloway y Septimus Warren Smith, reforzadas por la exposición de escenas de sus respectivas vidas, narradas en una inverosímil yuxtaposición, resultan ser meramente superficiales gracias a la revelación de esa otra realidad. De forma parecida, en *Al faro*, dos épocas separadas por un intervalo de diez años y que, al parecer, han sido determinadas al azar, son, en última instancia, unidas entre sí, en una estructura de momentos significativos, en la mente de varios personajes.

Implicita en este enfoque del pasado está la función de la memoria. El momento de vida es, casi siempre, «un golpe de martillo de herrero», un shock; el significado surge después de la experiencia. La decisiva función que la memoria tiene en los momentos de ser de Virginia Woolf pone de relieve su afinidad con Wordsworth, específicamente la importancia que este da a la «emoción recordada en la tranquilidad». Es frecuente en Virginia Woolf que una experiencia solo empieza a parecerle real después de haber escrito sobre ella; solo entonces tiene conciencia de su significado. Es evidente que la autora dio importancia, desde muy temprana edad, al factor de la reflexión: «“Esto es el conjunto entero”, dije. Estaba contemplando una planta con sus hojas abiertas; y de repente me pareció con toda claridad que la flor era parte de la tierra; que un anillo encerraba lo que era la flor; y eso era la flor real; parte tierra; parte flor. Y me guardé este pensamiento porque seguramente me sería muy útil más adelante». <sup>14</sup> Con ello vemos que la memoria, que en sí misma es la prueba de la calidad duradera del momento de ser, tiene un valor incalculable en lo referente a ampliar las dimensiones del momento; la memoria es el instrumento mediante el cual el individuo construye patrones de significado personal en las que anclar su vida, y darle seguridad, protegiéndola del «latigazo casual y sin propósito». Testigo de lo anterior es Septimus Warren Smith. Cuando pierde su capacidad de recordar el pasado, pierde la voluntad de sobrevivir el presente.

Inseparable de esta «formación de escenas», característica tanto de las memorias como de las obras de ficción de Virginia Woolf, es la calidad de «formación de símbolo» de su visión. En *Al faro*, «un perfil simbólico» trasciende las «figuras reales del señor y la señora Ramsay», cuando Lily y el señor Bankes aparecen: «Y súbitamente, aquel valor de significado, de símbolo, de

representación que, sin causa aparente, desciende a veces sobre las personas volviéndolas simbólicas, representativas, por ejemplo en el momento de salir del metro o de llamar a una puerta, cayó sobre los Ramsay, convirtiéndolos, allí de pie, ante el crepúsculo, en las figuras simbólicas del matrimonio: un hombre y una mujer». <sup>15</sup> En «Apunte del pasado», Virginia Woolf relata una experiencia personal parecida, referente a un objeto ordinario que, poco a poco, queda investido de este simbólico significado: «Y el árbol, fuera, a la media luz de agosto, era para mí, cuando gemía, un símbolo de su agonía; de nuestra estéril agonía; lo resumía todo». <sup>16</sup>

También ciertas imágenes —visiones, sonidos, olores— empaparon las más íntimas fibras de su ser, llegando a adquirir significado simbólico: las olas al romper, el adorno en forma de bellota en el extremo del cordón de la persiana arrastrando por el suelo, la aulaga olorosa, el graznar de las cornejas, el color de las flores en el vestido de su madre. A pesar de que estas experiencias solo se producen en un nivel puramente sensual, tienen para Virginia Woolf la capacidad de perdurar que las convierte en momentos de vida, al igual que esos destellos de reconocimiento que implican comprensión.

En las obras de ficción de madurez, los momentos de ser están circunscritos en un «aro de acero», por decirlo con las palabras utilizadas en *Las olas*. Este aro ahora existe más allá del espacio y del tiempo, más allá de lo individual. Cuando la señora Dalloway experimenta este hecho con mayor intensidad, en el momento de su identificación con Septimus, añade este momento al «aro de acero». La señora Dalloway se convierte —en ese momento— en parte de la conciencia impersonal que se expresa mediante intrincadas formas entretejidas, construidas con ritmos, símbolos, imágenes y frases, formas que, deliberadamente, infringen todas las leyes de probabilidad que rigen el mundo finito y material. El aro es la forma, el orden oculto: «un acerado aro de clara poesía», que Louis, en *Las olas*, busca, «que relacionará a las gaviotas con las mujeres de dientes cariados, a la aguja de la iglesia con los balanceantes sombreros hongo...». <sup>17</sup>

En estas memorias no solo se expresa claramente la génesis de la visión de Virginia Woolf, sino que también se revela la materia prima de sus obras de ficción. Para apreciar dichas obras no es necesario estar al tanto de sus raíces autobiográficas, pero tener conocimiento de ellas enriquece la lectura de las obras de ficción, dándoles una densidad de asociación semejante a la que da el recuerdo al momento presente. Que las relaciones personales de Virginia Woolf dieron lugar a novelas enteras se ha sabido desde la publicación de *Diario de una escritora* y desde la biografía escrita por Quentin Bell. Allí está la relación de Virginia Woolf con sus padres, que se encuentra al fondo de *Al faro*; con su hermano Thoby, a cuya memoria rinde homenaje en *El cuarto de Jacob*, y en el personaje de Parsifal, de *Las olas*; y con Kitty Maxse, cuya personalidad contribuyó a la realización del retrato de la señora Dalloway. Los textos reunidos en este volumen revelan el origen de muchos personajes de menor importancia. Cuando George Duckworth se pregunta si el escudo heráldico en el papel oficial de Correos quedaría bien en rojo, no podemos evitar acordarnos de Hugh Whitbread, en *La señora Dalloway*, «llevando una caja de despachos,

con las armas de la Casa Real estampadas en ella», o bien «anotando sentimientos en el orden alfabético de la más alta nobleza». La «santidad» de George, el entusiasmo con que siempre hacía lo que «el tacto exigía», queda proyectado en la reputación de que goza Hugh de ser «indispensable para las damas de sociedad». La implacable atención con que Virginia Woolf contempla la codicia de George ayuda a comprender el matiz de venganza de sus ataques a la codicia de Hugh. El supremo desparpajo de lady Bruton y las dificultades con que se tropieza en el uso del idioma, recuerdan el retrato de la marquesa de Bath, recostada en un sofá, y preguntando al mayordomo: «¿Qué significa marga, Middleton?».

Sin embargo, quizá no es tan bien sabido hasta qué punto los más pequeños detalles de las obras de ficción de Virginia Woolf tenían su base en experiencias concretas. La historia según la cual el padre de Virginia Woolf arrojó una maceta a su madre, tanto si es verdad como si no, constituye el claro prototipo del incidente en el que el señor Ramsay, «al encontrar una tizereta en la leche del desayuno, lo mandó todo volando por los aires a la terraza». El broche que Minta pierde en *Al faro*, probablemente es un recuerdo del broche que perdió una invitada en Talland House, pérdida que anunció por las calles Charlie Pearce, el pregonero del pueblo. Cam, enojada con James porque quiere que se cubra con un chal la cabeza del verraco, reproduce una escena que tuvo lugar en el cuarto de los niños de los Stephen, cuando Virginia y Adrian se pelearon por el fuego del hogar, debido a que a Adrian le gustaba, pero Virginia tenía miedo si se dejaba encendido al acostarse. «Como solución negociada, la niñera colgó una toalla ante el fuego...» Innumerables anécdotas que se relatan en estas memorias aparecen en las novelas, aunque casi siempre en forma levemente alterada o estructuradas de otra manera. Pero no se trata solamente de anécdotas, sino que las imágenes que se repiten en las novelas, una tras otra, son a menudo aquellas que quedaron indeleblemente grabadas en la conciencia de Virginia Woolf, desde su más temprana edad. Ciertos sonidos constituyen la base de ciertas formas rítmicas que aparecen en las novelas, por ejemplo, el romper de las olas en la playa, cuyo eco conforma toda la novela que de ellas toma el nombre. Otros sonidos cumplen funciones menos espectaculares, pero no por ello menos dignas de recuerdo, como el sonido de la llave en la cerradura de la verja de Talland House, que volvemos a oír de nuevo cuando la señora Dalloway recuerda: «Y así le había parecido siempre cuando, con un leve gemido de las bisagras, que en ese momento oyó...».

Pero el material de las novelas de Virginia Woolf, pese a que parezca haber sido tomado directamente de la vida, siempre quedó sutilmente transmutado en el proceso de creación. Rasgos de un individuo o partes de una anécdota son a veces, y no en pocos casos, mezclados con rasgos o partes de otro individuo u otra anécdota, pero siempre, y ello tiene mayor importancia, el significado de lo creado, sea individuo sea anécdota, queda rigurosamente subordinado a la estructura y finalidad de la novela que, una vez establecida, genera sus propios principios de armonía y coherencia. Con la salvedad de advertir que no se debe esperar que los textos autobiográficos «expliquen» los de ficción, estas memorias, cuyos intrínsecos valores son más que

suficientes para darles una rica entidad independiente, no pueden sino dar más profundidad a la lectura de las novelas, al enraizarlas con más firmeza en el contexto de la vida de Virginia Woolf.

## Agradecimientos

Esta edición de los escritos autobiográficos de Virginia Woolf ha sido posible gracias al consentimiento y la cooperación de Peter Lewis, de la Biblioteca de la Universidad de Sussex, y de los titulares de los derechos de autor, Quentin Bell y Angelica Garnett. El profesor Bell y su esposa, Olivier, se comportaron con la amabilidad y deferencia características en ellos, dándome su ayuda siempre que se la pedí, por inoportuno que fuera el momento. Me comunicaron abundante información indispensable y, a menudo, evitaron que cometiera errores, por lo que les estoy sumamente agradecida. La cortesía del personal de la Biblioteca de la Universidad de Sussex, en especial de Adrian Peasgood, quien nunca dejó de prestarme su valiosa ayuda en todas las fases de la preparación de esta edición, merece, asimismo, mi más sincero agradecimiento. Tengo una deuda especial para con el profesor David Daiches, por su estímulo y buenos consejos y por su constante generosidad.

Deseo también dar las gracias a los editores de las obras de Virginia Woolf por haberme concedido la autorización de citar párrafos de ellas en el «Epílogo», y a la señora Lola Szladits por haber hecho posible la presentación del texto completo de «Old Bloomsbury», al darme permiso para usar material perteneciente a la colección Berg. Es para mí un placer expresar mi agradecimiento a muchas personas, tantas que no puedo mencionarlas aquí, que me han ayudado a resolver pequeños problemas.

Por fin, debo también dar las gracias a mi marido y a mi hija, por su paciencia y buen humor.

## Notas

### Nota preliminar

1. The Hogarth Press, Londres, 1942.
2. The Hogarth Press, Londres, 1972 (trad. cast.: *Virginia Woolf*, Barcelona, Lumen, 2008).

### Recuerdos (nota de la editora)

1. QB, I, p. 122.
2. En la colección Berg, New York Public Library.
3. *Letters*, I, núm. 406.
4. Por ejemplo, en esta época de su vida, Virginia Woolf escribió las «vidas» de su íntima amiga Violet Dickinson, de su tía cuáquera Caroline Emelia Stephen y de su tía Mary Fisher. La «Vida» de Violet está en la colección Berg («Friendship's Gallery»), pero las cómicas vidas de las dos tías no han aparecido, por el momento. Véase *Letters*, I, núm. 199.
5. *The Memoirs of James Stephen. Written by Himself for the Use of His Children*, ed. M. M. Bevington (The Hogarth Press, Londres, 1954).
6. Este manuscrito se encuentra actualmente en el Museo Británico.
7. Las marcas más finas, a lápiz plomo duro, fueron hechas por Clive Bell en 1908.

### Recuerdos

1. «Tu madre» es, naturalmente, Vanessa, la madre de Julian Bell. «Las tres criaturitas» a las que Vanessa cuida son sus hermanos menores, dos chicos y una chica: Thoby, Virginia y Adrian.
2. «Los otros» eran George, Stella y Gerald Duckworth.
3. Los abuelos de Julian eran, claro está, Julia y Leslie Stephen.
4. St. Ives, Cornualles, donde la familia Stephen pasó las vacaciones de verano desde 1882 a 1894.
5. John (Jack) Waller Hills. Véase p. 53. «Era cosa natural tener que estarle agradecida (...) y recompensarle con (...) y atribuirle el título de tío de los hijos de otra persona.»
6. John Ruskin, *The Elements of Drawing* (Londres, 1857).
7. Madge Symonds, hija de J.A. Symonds, contrajo matrimonio con William Wyamar Vaughan, primo de Virginia. Madge fue el objeto de la primera pasión de Virginia, cuya intensidad encuentra eco en los recuerdos que la señora Dalloway tiene de Sally Seton. (Véase QB, I, pp. 60-61.)
8. «Los cuatro más» eran los tres hijos de Julia, habidos con su primer marido, Herbert Duckworth, y Laura, la hija de Leslie Stephen, habida con su primera esposa, Minny.
9. La página 14 del mc. está rasgada por la mitad. Después de la palabra «diversión», en vez de un punto hay un

punto y coma y cuatro palabras tachadas. No cabe duda alguna de que la página siguiente es directa continuación de ella.

10. El «Mausoleum Book», comenzado por Leslie Stephen en 1895, después de la muerte de Julia. Las últimas páginas corresponden a 1903, y las dictó a Virginia. Véase QB, «The Mausoleum Book», *A Review of English Literature*, VI, núm. 1 (enero de 1965), pp. 9-19.

11. La señora Carlyle tiene la extraña virtud de recordármela con su habla de «coterie» (VW).

12. *The English Utilitarians* («Los utilitarios ingleses»), publicado en 1900. A continuación escribiría obras más breves.

13. La tía Mary Fisher. Véase la p. 138 y nota 39 de «Apunte del pasado».

14. Julia murió a la edad de cuarenta y nueve años, el 5 de mayo de 1895. Vanessa cumplió dieciséis años el día 30 de mayo.

15. Véase la p. 132.

16. Kitty Maxse (de soltera, Lushington) iba a menudo de visita a la casa de Hyde Park Gate. Fue íntima amiga de Vanessa, después de la muerte de Stella.

17. El castillo de Corby, al este de Carlisle, era la casa solariega de los Hills.

18. George contrajo matrimonio con lady Margaret Herbert el 10 de septiembre de 1904.

19. Jack Hills fue elegido miembro del Parlamento en 1906. En 1931 contrajo matrimonio con Mary Grace Ashton.

## Apunte del pasado

1. Lady Strachey, madre de Lytton, murió a la edad de ochenta y nueve años, en 1928. Ya en la ancianidad, escribió «Algunos recuerdos de una larga vida», que eran muy breves, menos de doce páginas del *Nation and Athenaeum*. Esto puede muy bien indicar, como ha observado Michael Holroyd, que al principio de los años veinte había olvidado más de lo que recordaba.

2. Virginia Woolf estaba trabajando en *Roger Fry: A Biography* (The Hogarth Press, Londres, 1940).

3. VW escribió sobre las palabras que median entre «impide» y «claro», las siguientes: «hacía parecer que cayera desde una gran altura».

4. El jardinero y la asistenta, respectivamente, de Monks House, la casa de campo de los Woolf en Rodmell, Sussex, desde 1919.

5. James Stephen, al contraer matrimonio con Jane Catherine Venn, quedó vinculado con el mismísimo cogollo de dicha secta.

6. Julian Morrell era la hija de Ottoline y Philip Morrell; Garsington Manor era su casa en Oxfordshire.

7. La señora Swanwick era la hija única de Oswald y Eleanor Sickert. En su autobiografía, *I Have Been Young* (Londres, 1935), recuerda haber conocido a Leslie Stephen en St. Ives: «Con placer contemplábamos a sus hijas corriendo desnudas por la playa, o siendo remolcadas en el mar entre sus piernas [las de Leslie Stephen], y a su bella madre».

8. Dos casitas en la loma entre Southease y Piddinghoe, que en la localidad se conocen con el nombre de Mount Misery.

9. Friedrich Retzsch (1779-1857), grabador alemán muy conocido en Alemania e Inglaterra. En el mc. consta «Ketsch», lo que, evidentemente, se debe a un error mecanográfico.

10. Se trata del lodazal de Halse Town, al que los Stephen siempre llamaron el «lodazal de Halestown».
11. El obelisco de granito rojo, en Kensington Gardens, en memoria del explorador John Hanning Speke.
12. James Russell Lowell, poeta y crítico, embajador de Estados Unidos en la corte de St. James de 1880 a 1885 y amigo de Leslie Stephen, fue el padrino de Virginia.
13. En un texto escrito por Vanessa Bell, para el Memoir Club («Notes on Virginia's Childhood, a Memoir», ed. Richard Schaubeck, Jr.: Frank Hallman, Nueva York, 1974), «Clémont» aparece escrito «Clémenté».
14. Los vecinos de la casa contigua.
15. La redacción de *Al faro* empezó en 1925, y la obra fue publicada en 1927, cuando Virginia Woolf tenía cuarenta y cinco años.
16. Nombre que popularmente se daba a la semisecreta Cambridge Conversazione Society, fundada en la década de 1920. Todos los hombres jóvenes que formaron el núcleo central del «viejo Bloomsbury» pertenecían a ella, salvo Clive Bell y Thoby Stephen.
17. El número 52 de Tavistock Square fue el hogar de los Woolf desde 1924 a 1939.
18. John Addington Symonds, hombre de letras, era el padre de Katherine, que contrajo matrimonio con el artista Charles Furse, y de Margaret (Madge), que contrajo matrimonio con William Wyamar Vaughan.
19. El artista que se suicidó aquel mismo año, el 23 de junio de 1939.
20. Por error, Virginia Woolf escribió «hace cuarenta y tres años».
21. Julia nació en 1846, y no en 1848.
22. Sara, tía de Julia, era una de las siete hermanas Pattle y contrajo matrimonio con Thoby Prinsep. Fijaron su hogar en Little Holland House, Kensington, donde celebraban fiestas altamente excéntricas, a las que asistían miembros de la aristocracia y de la intelectualidad, en las que los pintores —Holman Hunt, Burne-Jones y sobre todo G.F. Watts, que residió allí largo tiempo— tenían un papel preponderante.
23. Las hermanas Pattle eran siete, pero nadie dijo nunca que Julia (Cameron) fuera hermosa. F.W. Maitland en su *The Life and Letters of Leslie Stephen* (Londres, 1906) comete el mismo error que VW al mencionar a Maria Pattle como «una de las seis hermanas» (p. 317n).
24. Strachey.
25. Todos los esfuerzos para hallar esa fotografía han sido en vano.
26. El taller de G.F. Watts.
27. Hunt y Thomas Woolner fueron miembros fundadores de la Hermandad Prerrafaelita.
28. Anne Thackeray era la hija mayor del novelista W.M. Thackeray y hermana de la primera esposa de Leslie Stephen. Se casó con su primo, Richmond Ritchie.
29. Contaba veintiún años cuando contrajo matrimonio con Herbert Duckworth.
30. Adeline, hermana de Julia, contrajo matrimonio con Henry Halford Vaughan. Los Vaughan alquilaron Upton Castle, en Pembrokeshire.
31. Elizabeth Robins, la actriz, fue amiga de Julia.
32. Minny murió en 1875; Leslie Stephen se casó con Julia en 1878.
33. Después de su matrimonio con Leslie Stephen, Julia vivió diecisiete años.
34. Por lo que se sabe, el *Hyde Park Gate News*, se publicó semanalmente desde el 9 de febrero de 1891 hasta abril de 1895. Al principio, el semanario fue empresa llevada a cabo conjuntamente por Virginia y Thoby, pero poco a poco se convirtió en obra exclusiva de Virginia. Véase QB, I, pp. 28-32.
35. Sophie Farrell fue la cocinera de los Stephen en Hyde Park Gate, 22, y en Gordon Square, 46, Bloomsbury. Después del matrimonio de Vanessa, Sophie fue con Virginia y Adrian a Fitzroy Square, 29, pasando después al servicio de George Duckworth.

36. James Kenneth Stephen, segundo hijo de James Fitzjames Stephen, hermano de Leslie.
37. El doctor George Savage, luego sir George, era un viejo amigo de la familia Stephen. También atendió, en su especialidad, a Virginia.
38. El origen de la ambigüedad de este párrafo puede hallarse en una anterior versión del ms. (A.5c, p. 4, 1.22-p. 5, 1. 3), que dice: «Así, cuando mi madre murió, Stella se quedó sin mediador en este asunto del matrimonio; Jack Hills vino a casa en muy extraña calidad. Seguramente llegó la noche de la muerte de mi madre. Ya que recuerdo que los médicos se habían ido; la situación era terrible, pero no desesperada; habíamos cenado ya; la tía Mary sirvió el té. (Stella estaba en el dormitorio.)».
39. La tía Mary (Jackson de soltera) era la hermana mayor de Julia. Contrajo matrimonio con Herbert Fisher y tuvo once hijos, siete varones y cuatro mujeres.
40. Margaret era una de las primas Vaughan a quien los jóvenes Stephen trataban a menudo.
41. El número 29 de Fitzroy Square, Bloomsbury, adonde se trasladaron a vivir Virginia y Adrian, después del matrimonio de Vanessa con Clive Bell, en 1907.
42. Francis Orpen Morris (1810-1893) escribía libros de divulgación de historia natural. Publicó *A History of British Butterflies* («Historia de las mariposas inglesas», Londres, 1853) y *A History of British Moths* («Historia de las mariposas nocturnas inglesas», en cuatro volúmenes, 1859-1870), pero no publicó libro alguno con el título *Butterflies and Moths* («Mariposas y mariposas nocturnas»).
43. Nombres corrientes de las mariposas nocturnas comunes en Inglaterra. En el texto mecanografiado de Virginia Woolf, «corazones y dardos y dúctiles letras hebreas».
44. Walter Headlam, miembro del King's College, Cambridge, destacado helenista y poeta de segunda fila, era un viejo amigo de la familia Stephen, con quien Virginia mantuvo un leve esgarce amoroso después del matrimonio de Vanessa. Murió en 1908.
45. Desmond MacCarthy, que perteneció desde el primer momento al círculo íntimo de Bloomsbury.
46. George Booth era hijo de Charles Booth, autor de *Life and Labour of the People of London*. Los Booth eran «Hyde Park Gaters» (Gente de Hyde Park Gate), según palabras que utilizaría Adrian más tarde.
47. El texto mecanografiado A.5a termina aquí. Lo que ahora sigue pertenece al texto mecanografiado BL 61973.
48. John Lehmann, quien al final se convirtió en socio de The Hogarth Press.
49. La residencia de los Woolf en Londres desde julio de 1939.
50. Entrada del diario del 2 de diciembre de 1939: «Anoche empecé a leer a Freud; para aumentar la circunferencia, para ampliar el alcance de mi cerebro, para hacerlo objetivo, para salir. De ese modo venzo el encogimiento de la edad». *Diary of Virginia Woolf*, V, p. 248.
51. Frederick William Maitland escribió la «Vida» autorizada de Leslie Stephen. Se casó con Florence Fisher, una de las hijas de la tía Mary.
52. Anne Ritchie (de soltera, Thackeray).
53. Dermod O'Brien (1865-1945), un famoso pintor aficionado que más tarde participó activamente en los asuntos de Irlanda.
54. Virginia Woolf escribió en el margen «la palabra “empotrado” es exacta, al menos en el caso de algunos armarios. Cuando nos marchamos de Hyde Park Gate, parte de la pared tuvo que ser cortada para poder sacar aquel armario italiano».
55. James Payn, novelista y editor de la *Cornhill Magazine*.
56. Virginia Woolf tachó: «Supongo que es porque solo veo un fragmento de él».
57. Virginia Woolf tachó: «un hombre distinguido».

58. *Roger Fry* se publicó el 25 de julio.
59. Sir James Stephen.
60. Harriet Marian Thackeray, la primera señora de Leslie Stephen.
61. Sarah Emily Duckworth, la cuñada de Julia Stephen.
62. Margaret Vaughan (de soltera, Symonds).
63. El material que sigue es una revisión del manuscrito MH/A. 5d, que fue transcrito en las páginas 107-137 de la edición original de *Momentos de vida*.
64. Estaba trabajando en *Entre actos*, que en ese tiempo se mencionaba como «P.H.», en *Diario de una escritora*, iniciales que indicaban «Poyntzet Hall» o «Poyntz Hall».
65. Estaba inquieta porque temía —erróneamente, según resultó— que Helen Anrep, la compañera de Roger Fry hasta la muerte de este, proyectaba irse a vivir permanentemente a Rodmell, juntamente con sus dos hijos, un chico y una chica. Por supuesto, «Clive» es Clive Bell.
66. «Solíamos pararnos a hablar con él», aparece escrito levemente a lápiz.
67. George Meredith, novelista y poeta.
68. Ka Arnold-Forster, de soltera Katherine Cox, «neo-pagana», fabiana y newnhamita, que tuvo una relación amorosa un tanto tormentosa con Rupert Brooke.
69. Esta celebración tiene lugar cada cinco años, no cada doce.
70. «Parlotea» ha sido tachado, y una palabra indescifrable aparece escrita a lápiz.
71. Cuando Leslie Stephen falleció en 1904, los cuatro se trasladaron del 22 de Hyde Park Gate al 46 de Gordon Square, Bloomsbury.
72. De lectura dudosa.
73. El texto mecanografiado deja un espacio en blanco.
74. Del parlamento final de Fortinbrás, en *Hamlet*: «Que cuatro capitanes / Traigan a Hamlet como a un soldado a escena, / Porque probablemente, si hubiera sido entronizado, / Se habría comportado con suma majestad...».
75. Clive Bell, Lytton Strachey y Saxon Sydney-Turner, los amigos de Thoby en el Trinity College, que formarían el núcleo de Bloomsbury.
76. Hay un pasaje de ocho frases tachado y reescrito, con cambios de menor importancia, en las siguientes líneas.
77. Lady Katherine Thynne, que contrajo matrimonio con lord Cromer.
78. Caroline Emilia Stephen.
79. Interpretación dudosa.
80. «Violento» aparece tachado e «ilícito» está añadido encima, seguido de una coma y una palabra ininteligible.
81. John Maynard Keynes.
82. «Nunca utilizaba las manos» es una nota al margen, el resto de la cual resulta ilegible debido al deterioro del papel.
83. «Un carácter intolerante y egocéntrico» aparece tachado.
84. Clara Pater, hermana de Walter Pater, quien enseñó griego y latín a Virginia antes que la señorita Case. Además de ser una profesora severa y meticulosa, Janet Case se convirtió para Virginia en una amiga para toda la vida.
85. Primo de Julia Stephen, hijo de Sarah y Thoby Prinsep.
86. Walter William Oules, R.A. (de la Real Academia) (1848-1933).
87. Ronald Norman, un pariente lejano de los Cameron, más tarde presidente de la BBC.
88. Falta la siguiente página del texto mecanografiado de la Biblioteca Británica. Como ya se ha comentado en

la «Nota del editor», el pasaje relevante de la versión anterior, MH/A.5a, ha sido incluido entre corchetes.

89. En el ms., VW menciona a los invitados sentados alrededor de la mesa de té por sus iniciales, aunque no siempre, lo cual indica que lo hizo por comodidad antes que por el deseo de producir un determinado efecto estilístico. En consecuencia, en el texto hemos puesto los nombres completos. En la página 49 de la libreta del ms., que no corresponde a la versión del texto que aquí se da, consta el contexto pleno de la observación de la señorita Bishop. En la primera media docena de líneas se dice: «Florence Bishop había dicho que mi padre tenía un aspecto notablemente saludable. Esto era un insulto, una infracción del código; era esencial la obligación de compadecer a mi padre. Por lo que estábamos obligadas a cargar de compasión nuestra conversación».

90. Lucrezia Rasponi, casada con Filippo Corsini en 1901.

91. Las líneas que siguen están tachadas y reescritas en el siguiente párrafo: «En mi descargo, debo decir que tenía quince años, y él hacía que me resultara difícil no obedecer, pues mientras que yo recibía cincuenta libras al año, él ganaba mil. Y nos hacía regalos».

92. El párrafo que sigue está suprimido y aparece reelaborado con cambios menores en el siguiente pasaje.

93. Elena Rathbone, que más tarde se casó con Bruce Richmond, director del *Times Literary Supplement*.

94. Hay una línea tachada: «Pagaba la ropa; compraba broches esmaltados; representaba el papel de buen hermano para el público, cumpliendo con su deber hacia las chicas que se habían quedado sin madre».

95. Lady Beatrice Thynne, hija de la marquesa de Bath y hermana de Katherine y Alice.

96. Andrew Lang (1844-1912), periodista y hombre de letras que escribió acerca de una gran variedad de temas. Era poeta, novelista, historiador, especialista en lengua y literatura griegas, antropólogo y autor de populares colecciones de cuentos de hadas.

97. Sir William Rothenstein describe este inquietante episodio en su autobiografía: *Men and Memories: 1872-1938*, edición resumida, Chatto & Windus, Londres, 1978, p. 61.

98. El texto mecanografiado de la Biblioteca Británica concluye aquí, omitiendo el último párrafo del texto MH/A.5d. Se incluye entre corchetes, pues es poco frecuente en VW omitir párrafos enteros de la versión manuscrita en el texto mecanografiado.

## Aportaciones al Memoir Club

1. *Beginning Again: An Autobiography of the Years 1911 to 1918* (The Hogarth Press, Londres, 1964), p. 22.

2. *Bloomsbury* (Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1968), pp. 14-15.

3. *Downhill All the Way: An Autobiography of the Years 1919 to 1939* (The Hogarth Press, Londres, 1967), p. 114.

## Hyde Park Gate, 22 (nota de la editora)

1. The Hogarth Press, Londres, 1959, p. 35.

2. Oliver Bell propone el 17 de noviembre como la fecha en que VW leyó «Hyde Park Gate, 22» en el Memoir Club (*Diary of Virginia Woolf*, vol. II, p. 77n). Que se sepa, no se han conservado las actas de las reuniones del Memoir Club.

3. El 2 de febrero de 1932, VW escribió a Ethel Smyth: «Voy a sacar copia de unos viejos recuerdos que

cayeron de una caja, mientras estaba buscando otra cosa y que escribí hace diez años, referentes a nuestras aventuras con George Duckworth, cuando nosotras éramos, por decirlo de algún modo, vírgenes. Quizá estos recuerdos te diviertan; pero es preciso copiarlos porque están impresentables» (Colección Berg).

## Hyde Park Gate, 22

1. Al referirse al amor de Stella y Jack Hills, Virginia Woolf escribió: «Y gracias a este noviazgo tuve mi primera visión —tan intensa, tan emocionante y tan arrebatadora fue que bien merece el nombre de visión—, mi primera visión del amor entre un hombre y una mujer». Véase la p. 145.

2. El texto A.15, revisión del A.14, pp. 1-11, termina a mitad de esta frase. A partir de aquí, el texto que damos en la presente obra sigue el no tan revisado A.14.

3. Ralph Hawtrey y Clive Bell.

4. Cf. p. 248, ll. 22-23.

5. Hay tres o cuatro palabras cortas ilegibles encima de «tratar con», que corresponden a una corrección en la interlínea.

6. VW parece haber confundido el Moorish Hall de la cercana Leighton House con la decoración moruna de la casa de los Hunt. La descripción de esta última se encuentra en *My Grandmothers and I* (Londres, 1960), de Diana Holman Hunt.

## Old Bloomsbury (nota de la editora)

1. Quentin Bell escribió: «fue leído en el Memoir Club (hacia 1922)» (QB, I, pp. 124-125n).

2. *Old Friends* (Chatto and Windus, Londres, 1956), p. 129.

3. *Beginning Again*, pp. 21-22.

## Old Bloomsbury

1. Molly MacCarthy, esposa de Desmond, era uno de los miembros fundadores del Memoir Club, y secretaria suya, cuando estas memorias fueron presentadas en el club.

2. Laura Stephen; murió recluida en un sanatorio de York en 1945.

3. En una carta a Violet Dickinson (22 de julio de 1906), Virginia escribe: «Thoby consiguió 1.000 £, mil libras, con la venta de diez páginas del lord Bateman de Thackeray. Las vendió a Pierpont Morgan» (*Letters*, I, núm. 279).

4. En realidad, Stella y Jack se comprometieron en Hindhead, pero Stella, naturalmente, vivió en Hyde Park Gate durante el noviazgo.

5. Esta fue la segunda crisis seria de la enfermedad mental de Virginia Woolf, crisis que empezó en mayo de 1904. Pasó casi tres meses en Burnham Wood, Welwyn, donde intentó suicidarse por primera vez. La atendió Violet Dickinson, amiga de la familia Duckworth, que, desde 1902, había sido la más íntima amiga de Virginia. Ozzie es el hermano de Violet.

6. Los añadidos a bolígrafo y a lápiz, a esta frase y las que siguen, son confusos e incompletos, por eso no se han

incorporado.

7. Lady Margaret Duckworth.

8. Virginia dio su conferencia en el Morley College, que estuvo situado en Waterloo Road desde 1905 hasta finales de 1907.

9. La primera mitad de la página siguiente del mc. fue tachada por VW; parte del texto obra en otro lugar. Esta tachadura, juntamente con la irregular numeración de las páginas, indica la existencia de otra versión, probablemente incompleta, del presente texto.

10. Saxon Sydney-Turner.

11. Edward Hilton Young, cuyo padre había sido amigo de Leslie Stephen, quizá fue el más respetable, en el sentido convencional de la palabra, pretendiente de Virginia. Era presidente de la Unión, en Cambridge, y cuando se trasladó a vivir a Londres, se convirtió en habitual de las veladas celebradas tanto en Gordon Square como en Fitzroy Square.

12. A. J. Robertson inició sus estudios en el Trinity al mismo tiempo que Bell, Woolf, Strachey, Sydney-Turner y Thoby Stephen. Clive Bell recuerda que fue miembro fundador de la Sociedad de Medianoche, a la que consideraba el núcleo del grupo de Bloomsbury. Sin embargo, añade que Robertson declinó tal honor (*Old Friends*, p. 129).

13. Leonard Woolf fue funcionario público en Ceilán, desde 1904 hasta 1911.

14. En el margen aparecen dos o tres palabras ilegibles.

15. Para incorporar la corrección de la interlínea entre guiones era necesario borrar parte de la frase: (ya que Clive) «distinto en muchos aspectos del resto».

16. «Cuando después del silencio, alguien dijo» estaba escrito en lápiz encima de una línea mecanografiada y borrada que seguía a «aceptado», de modo que la frase quedaba incompleta. Por eso se ha omitido.

17. Ralph Hawtrey estudió matemáticas en el Trinity College de Cambridge y fue miembro de los «Apóstoles» en la misma época que Woolf, Strachey y Sydney-Turner. Más tarde fue un conocido economista.

18. G.E. Moore, *Principia Ethica* (1903).

19. Thoby Stephen murió de tifus en noviembre de 1906.

20. Volumen de poesías, publicado por cuenta propia, en 1905, en el que había versos de Bell, Strachey, Sydney-Turner, Woolf, Walter Lamb y otros. Walter Lamb, hermano mayor del pintor Henry Lamb, también estudió en el Trinity College de Cambridge.

21. James Strachey era el hermano menor de Lytton, y posteriormente tradujo y dirigió la edición inglesa de las obras de Freud.

22. H.T.J. Norton, matemático de Cambridge, relacionado con el núcleo de Bloomsbury de la preguerra; Rupert Brooke, el poeta que murió en 1915.

23. Adrian y Virginia se trasladaron a vivir al 29 de Fitzroy Square después del matrimonio de Vanessa con Clive Bell.

24. Lady Ottoline Morrell era hija del general Arthur Bentinck y de lady Bolsover. Se rebeló contra el ambiente hipócrita y de clase alta que la rodeaba y consiguió escapar de él al casarse con Philip Morrell, que más tarde llegó a ser miembro del Parlamento, por el Partido Liberal. Recibía a un amplio círculo de destacadas personalidades, entre las que se contaban muchos artistas y escritores, en el 44 de Bedford Square Londres, y en Garsington Manor, Oxfordshire y, después de la guerra, en el 10 de Gower Street Londres.

25. La primera (borrada) versión de la frase, entre guiones eran: «esta es una de las diferencias entre nosotras».

26. Novela autobiográfica escrita por una costurera llamada Marguerite Audoux. Tuvo gran éxito cuando se publicó en 1910 en Francia.

27. Encima de «adjetivo» aparecían escritas tres o cuatro palabras ilegibles.
28. Trevor Grant, tío de Duncan Grant y de Lytton Strachey.
29. E.M. Forster.
30. La tía Susie (Isabel Dacre) era íntima amiga de Francis Dodd, grabador y pintor y más tarde miembro de la Real Academia.
31. Probablemente, Ottoline tenía un libro de visitantes en el número 10 de Gower Street, adonde los Morrell se trasladaron después de la guerra, tal como antes lo había tenido en Bedford Square. El párrafo siguiente —hasta «el movimiento postimpresionista»— procede de la hoja rasgada de la colección Berg.
32. En el baile celebrado con ocasión de la clausura de la segunda exposición postimpresionista (1912).
33. Esposa de Alfred North Whitehead, filósofo y matemático de Cambridge.
34. Virginia compartió la casa del número 38 de Brunswick Square con Adrian, Maynard Keynes, Duncan Grant y Leonard Woolf de 1911 a 1912.

### ¿Soy una esnob? (nota de la editora)

1. *Diary of Virginia Woolf*, vol.V, p. 26n. La entrada del 30 de octubre de 1936 describe la visita de Virginia Woolf a Angyll House, usada como base de las palabras finales de «Soy una esnob».

### ¿Soy una esnob?

1. MacCarthy.
2. Margot Asquith, lady Oxford, segunda esposa de Herbert Asquith, conde de Oxford (primer ministro, entre 1908 y 1916).
3. Geoffrey Dawson, dos veces director de *The Times*, 1912-1919 y 1932-1941.
4. «Del» es la última palabra de la línea del texto mecanografiado que se sale del papel. La condesa de Warwick era una célebre belleza, miembro del círculo del príncipe de Gales. Sin embargo, el que se hiciera referencia al príncipe de Gales en este texto es solamente una posibilidad.
5. En el mc. se dice «la Balfour», pero con toda seguridad pretendió escribir «lord». Arthur James Balfour, filósofo y hombre de Estado, primer ministro, entre 1902 y 1905, era la figura central de un exclusivo, aristocrático e intelectual grupito, conocido por el nombre de «The Souls» (las almas).
6. Los Woolf vivieron en Richmond desde 1914 hasta 1924.
7. Lady Colefax de Argyll House era una conocida dama de la sociedad londinense. Leonard Woolf la califica de «descarada coleccionista de celebridades».
8. «Hay que desnudarse» estaba mecanografiado después de «tienda» y borrado; luego aparece escrito y parcialmente borrado. La frase actual es el último añadido en el margen.
9. Sir Arthur Colefax, marido de Sibyl.
10. Strachey.
11. Los errores mecanográficos más las tachaduras parciales hacen que este párrafo sea de «lectura dudosa». Sin embargo, el significado es claro.
12. Murió el 19 de febrero de 1936.

13. Esta carta se encuentra entre los Papeles de Monks House, en la Biblioteca de la Universidad de Sussex.
14. En el texto mc. consta el siguiente párrafo tachado: «Sin embargo, cuando me invitó a cenar con ella a solas, fui incapaz de aceptar. Una vez más, el sentimiento parecía haberse partido en tres distintos fragmentos, y no pude afrontar la perspectiva de pasar una velada entera a solas con ella, hablando de Arthur. Pensé, no. Me descubrirá. Me inventé una excusa, y esperé a que pasara el tiempo y a que la necesidad de sentimientos auténticos fuera menos apremiante».
15. Esposa de Ralph Follet Wigram, CMG (miembro de la Orden de San Miguel y de San Jorge), consejero del Ministerio de Asuntos Exteriores.
16. Balestier murió en 1891; Kipling contrajo matrimonio con su hermana Caroline en 1892.

## Epílogo

1. P. 97.
2. *Collected Essays*, vol. III, ed. Leonard Woolf, The Hogarth Press, Londres, 1967, p. 66.
3. *Las olas*, traducción de Andrés Bosch, Lumen, Barcelona, 1972, p. 223.
4. *Op. cit.*, p. 73.
5. *Op. cit.*, pp. 119-120.
6. P. 106.
7. En una carta dirigida a Violet Dickinson (3 de enero de 1907), Virginia Woolf dice: «No he visto a Nessa a solas, pero comprendo que eso ha terminado y que no volveré a verla a solas nunca más, y Clive es una nueva parte de ella, que debo aprender a aceptar» (*Letters*, I, núm. 336).
8. P. 80.
9. Pp. 93-94.
10. *Las olas*, pp. 122-123.
11. *Al faro*, traducción de Antonio Marichalar (Sudamericana, Buenos Aires, 1958), p. 76.
12. *Collected Essays*, vol. IV, p. 6.
13. P. 203.
14. P. 91.
15. *Al faro*, p. 87.
16. P. 201.
17. *Las olas*, p. 114.

\* *Silver*, «plata»; *sliver*, «brizna». (*N. del T.*)

\* Se trata de la flor de *cow parsley*, traducción literal «perejil de vaca». (N. del T.)

\* En inglés, el telegrama original decía: «She is an angel Goat», y la versión que llegó a destino: «She is an aged Goat». (*N. del T.*)

**Virginia Woolf** nació en Londres el 25 de enero de 1882 y murió el 28 de marzo de 1941, ahogada en el río Ouse. Al fallecer su padre, el conocido hombre de letras sir Leslie Stephen, Virginia y su hermana Vanessa abandonaron el elegante barrio de Kensington y se trasladaron al bohemio Bloomsbury, que dio nombre al brillante grupo literario formado alrededor de las hermanas Stephen. En 1912, Virginia se casó con Leonard Woolf; años después, fundaron y dirigieron juntos la editorial Hogarth Press. Considerada como una de las autoras más revolucionarias e imprescindibles del siglo XX, entre sus obras más importantes cabe destacar *La señora Dalloway* (1925), *Al faro* (1927), *Orlando* (1928), *Las olas* (1931), *Los años* (1937) y *Entre actos* (1941).

Título original: *Moments of Being*

Edición en formato digital: septiembre de 2014

© 1976, Herederos de Virginia Woolf

© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 1980, Andrés Bosch, por la traducción

© 1976, Jeanne Schulkind, por la edición, el epílogo y las notas

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marta Borrell

Ilustración de portada: © *Matelot*, estampado de ropa. Victoria & Albert Museum, Londres

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0165-6

Composición digital: Newcomlab, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)